

Historia Universal

DEL

Conde de Segur.

TOMO XIX.

HISTORIA

Universal.

HISTORIA MODERNA

Por el Conde de Segur,

DE LA ACADEMIA FRANCESA, PAR DE FRANCIA.

traducida al español

Por D. Alberto Lista,

con correcciones, notas y adiciones.

TOMO XIX.

MADRID, ABRIL 1833.

Imprenta de DON TOMÁS JORDAN,

calle de Toledo, frente á la del Burro.

HISTORIA

Universal.

HISTORIA MODERNA

Por el Conde de Segur,

de la Academia Francesa, Par de Francia.

traducida al español

Por D. Alberto Lista,

con correcciones, notas y adiciones.



TOMO XIX.

MADRID, AÑO 1833.

Imprenta de DON TOMÁS JORDAN,

calle de Toledo, frente á la del Burro.

HISTORIA DE FRANCIA.

CAPITULO XXXII.

Cárlos sesto.

Cárlos VI, rey de Francia. Alianza entre Francia y Bretaña. Guerra de Flandes: batalla de Rosbeck. Victoria contra los ingleses: tregua. Paz de Tornay entre flamencos y borgoñones. Sitio de Brest. Prision del condestable Clisson. Tregua con Inglaterra. Demencia de Cárlos VI. Paz con Bretaña. Eleccion del papa Benedicto XIII. Espedicion de Nicópolis. Muerte de Ricardo II: nueva tregua contra Inglaterra y Francia. El duque de Orleans lugarteniente general del reino. Juan sin miedo, duque de Borgoña. Toma de Blaye. Asesinato del duque de Orleans. Entrada triunfante del duque de Borgoña en París. Rebelion de Génova contra los franceses. Guerra con los ingleses. Paz de Bourges. Toma de la Bastilla. Guerra con el duque de Borgoña. Batalla de Azincourt. Des-

tierro de Isabela: su confederacion con el de Borgoña. Asesinato del duque de Borgoña. Tratado de Troyes.

Cárlos vi, rey de Francia (1380). Cárlos VI tenia doce años, cuando la muerte de su padre dejó en sus manos débiles el cetro de Francia. La prudencia del difunto rey habia reparado en pocos años los males producidos por la derrota de Poitiers, el cautiverio de Juan II y la anarquía. Los estrangeros habian sido echados del reino, y esterminados los bandidos: la confianza, la disciplina y la victoria restituyeron al ejército su antigua gloria y le dieron nueva fuerza. El pueblo salió de su larga miseria y volvió á sus tareas acostumbradas; el comercio empezaba á renacer, y por la vez primera pudo el gobierno atender á sus gastos sin recurrir á exacciones odiosas, y aun poseía una suma considerable, con la cual era capaz de sostener ventajosamente la guerra, si los ingleses la querian.

Pero este tesoro, que juntó Cárlos V, fue causa de las primeras desgracias de su hijo; porque escitó la codicia de los príncipes, y sembró entre ellos los gérmenes de la discordia. Segun Condillac, Cárlos el prudente cometió un gran hierro en no haber destinado al alivio de las contribuciones el dinero que sobraba en su erario. "Sus hermanos, dice, lo repartieron entre sí, y llegaron á ser casi tan poderosos como el monarca. Los reyes des-

truian por una parte el gobierno feudal, y por otra lo resucitaban, dando á sus hijos menores grandes infantazgos con todos los derechos feudales, cuando solo debian darles honores y rentas. Pero el amor á sus hijos, mal entendido, les movió á hacerlos á todos señores poderosos: así excitaron su ambicion, que armó á los unos contra los otros, produjo mil calamidades, y aun estuvo para arruinar la familia real. Todo esto se vió en el reinado de Cárlos VI, y los príncipes de la sangre, sacrificando á la discordia sus propios intereses, pusieron la corona de Francia en la frente de un estrangero." Cárlos V, al morir, no disimuló los recelos y pesares que le causaban la tierna infancia de su hijo, y las pasiones ardientes de los príncipes, á quienes se vió obligado á confiarle.

Luis, duque de Anjou, era ingenioso, elocuente, diestro en el gobierno y en la guerra: pero dispuesto á hacer todos los sacrificios por saciar su ambicion y su avaricia. Ya, á pesar de las prudentes representaciones de su hermano y rey, habia oprimido la Aquitania, robado el Limosin y echado fuertes contribuciones en el Perigord y el Languedoc. Seducia y sobornaba á aquellos de cuyo auxilio necesitaba, y oprimia sin piedad al pueblo, que no tenia fuerzas para resistirle: solo el de Mompeller, impelido por la desesperacion, se atrevió á rebelarse contra él. Juana, reina de Nápoles, necesitando de su auxilio, le ofreció

la corona de aquel reino: y el duque de Anjou, para conseguir el objeto de su ambicion, se apresuraba á juntar riquezas por todos los medios posibles para alistar un ejército y pasar á Italia.

Juan, duque de Berry, era justo, afable y benigno cuando seguia sus propias inclinaciones: pero ignorante y fácil: obedecia á las sugestiones de los que le rodeaban: se contentaba con predicarles la virtud, y dejaba impunes sus delitos. Tenia en su casa una librería; y gustaba, no de las letras, sino de los libros como objetos de lujo, muy raros en aquella época. Felipe el atrevido, duque de Borgoña, mereció desde muy jóven, por el valor que mostró en la batalla de Poitiers, la predileccion del rey Juan su padre, y el aprecio de todos los caballeros de Francia é Inglaterra. Su alma era elevada y no le faltaba sagacidad: pero tambien era soberbio, pródigo, ambicioso y egoista, y nada emprendia por el bien de la patria, sino por su engrandecimiento personal. Sus gastos eran tan crecidos, que humillaba muchas veces su altivez, perdonando las injurias; y como dice un historiador, haciendo tráfico la clemencia. El duque de Borbon merecia mas confianza y aprecio por su moderacion y probidad: pero era poco activo, los obstáculos le desanimaban, y muchas veces se retiró de la corte, cansado de luchar inútilmente contra tantas pasiones y maldades. Los duques de Berry y Borgoña, alegan-

do la preferencia que siempre les habia dado el difunto rey, se creian con derechos á la regencia, porque Cárlos les habia recomendado al morir la educacion y los intereses de su hijo. El duque de Anjou, como hermano mayor, no creia que se le pudiesen disputar las riendas del gobierno. No habia ley que decidiese esta cuestion, ni Cárlos VI podia resolverla, siendo niño. Cada partido sostenia su causa, ganando adictos con argumentos y sobornos, y acudiendo tal vez á la violencia de las armas.

Los príncipes convocaron en París una junta, compuesta de ellos, de obispos, de señores y de individuos del parlamento y de la cámara de cuentas: mas no se citaron los diputados del comun, que segun las necesidades ó los caprichos del gobierno, era, ya libre, ya oprimido, asi como se violaban tambien con frecuencia los privilegios de la corona. El duque de Anjou pidió la regencia, y el abogado general Juan Desmaretz defendió su causa; pero le impugnó el canciller Pedro de Orgemont, apoyando los derechos de los otros príncipes en dos ordenanzas recientes, por las cuales se confiaba á los duques de Borgoña y Borbon la educacion de Cárlos VI y de su hermano, y la administracion de los fondos destinados á ella, y asignados sobre las rentas del vizcondado de París, del bailiage de Senlis y del dominio real de Normandía. No pudieron conciliarse las pretensiones: la junta

concluyó tumultuosamente, y cada príncipe mandó venir sus tropas para sostener su partido. La guerra civil amenazaba: pero las súplicas del pueblo y de los magistrados municipales movieron á los príncipes á nombrar árbitros. Estos en una nueva junta dieron su informe, y se decidió: que el duque de Anjou tendria el título de regente hasta la consagracíon del rey; que emanciparia á su pupilo para que pudiese hacerse la consagracion dentro de un mes: y que despues seria gobernada la monarquía en nombre del rey por un consejo formado de los príncipes sus tios, presidido por el duque de Anjou, que era el mayor: y en su ausencia no se podria decidir nada importante sin su aviso y consentimiento. Los cuatro príncipes nombraron otros doce miembros del consejo; y la residencia de este debia ser en París, excepto el caso de urgente necesidad. Ninguna autoridad habia de oponerse á las órdenes del consejo. Los príncipes nombrarian los capitanes y oficiales de la guardia real, y los senescales, bailíos y recibidores, segun las propuestas hechas en el consejo á pluralidad de votos. Ni los príncipes ni el consejo podrian enagenar los dominios reales sino por vida y á unanimidad de votos. Se haria un inventario de las rentas y joyas del rey. La custodia de su persona y de la de su hermano, entonces duque de Turena, y despues, de Orleans, se confiaba á los duques de Borgoña y de Borbon, que habian de nombrar sus subalternos.

de acuerdo con los de Anjou y de Berry. En los negocios graves no podria prevalecer la opinion del presidente sobre la del consejo. Tal fue el reglamento de la regencia, que se conserva en el archivo de la cámara de cuentas. El regente se opuso á este acto, alegando que reducia á límites muy estrechos su autoridad: pero se venció su resistencia adjudicándole la mayor parte de la argentería y joyas del difunto rey. Entretanto las tropas indisciplinadas de los príncipes habian llegado, y saqueaban las inmediaciones de París, sin respeto á las órdenes del consejo. Los aldeanos, despues de ver robadas sus casas, se refugiaban en las ciudades para vivir pidiendo limosna.

En la isla de Francia y en Picardía se sublevaron muchos pueblos contra la autoridad que no los salvaba de la soldadesca. El de París obligó á Juan de Culdoé, preboste de los mercaderes, á presentarse en el palacio del regente y pedirle diminucion de los impuestos. El duque lo prometió, pero no fue creido. Los corrillos se multiplicaron en todos los barrios, y señalaron con almagre las casas de los ricos que habian resuelto saquear. El rey permanecia en Melun, por temor de que los sediciosos se apoderasen de su persona. Los príncipes adoptaron el medio de entretener al pueblo con los preparativos de la coronacion y con la esperanza de que la autoridad real daria fin á los males de que se quejaba: y así el regente aceleró la época de la emancipacion de su so-

brino, y envió un cuerpo numeroso de tropas para conducirle de Melun á la capital.

Este séquito militar causó grande contento al niño rey, que no gustaba de otros juegos sino los que eran imágen de la guerra. Preguntó por qué no habia al frente de sus soldados un condestable que los mandase. Digéronle que bastaba para su dignidad que fuese caudillo de su escolta un guardia del oriflama: pero Cárlos insistió, y se dió la espada de condestable á Oliveros de Clisson, de quien el difunto rey habia dicho, que era el único capaz de reemplazar á Beltran Duguesclin. Los cortesanos celebraron con sus exageraciones acostumbradas el carácter belicoso del niño, y compararon á Aquiles el príncipe cuya demencia fue poco tiempo despues causa de las desdichas y de la humillacion de Francia.

El duque de Anjou, obligado por el voto público y las pretensiones de sus hermanos á dejar mal satisfecha su ambicion, procuró á lo menos hartar su codicia. Sabiendo que el difunto rey habia ocultado en el castillo de Melun gran cantidad de oro y plata en barras, y que los pocos á quienes se habia confiado donde estaba, juraron callarlo, hizo cavar, aunque inutilmente, en varios sitios. El camarero Savoisy era uno de los partícipes del secreto. El regente le instó en valde con promesas y con amenazas á que lo descubriese: hizo venir al verdugo; y Savoisy al ver la cuchilla que amenazaba su cabeza, confesó. El

duque de Anjou se apoderó sin escrúpulo del tesoro, despojando á su sobrino y al estado de un recurso tan necesario en atencion á los peligros que les amenazaban. Cometido este infame hurto, partió á Reims á reunirse con la corte.

El rey fue consagrado el cuatro de noviembre, y antes de la ceremonia le ciñó su tio la espada de caballero; honor que Cárlos dispensó tambien á doce señores jóvenes. Hubo grandes fiestas, á las cuales concurrian los príncipes unidos, aunque discordes siempre en los negocios esenciales. Se observaron escrupulosamente todos los usos antiguos. Cárlos entró en Reims, acompañado de sus tios, de los duques de Brabante, Lorena y Bar, de los condes de Eu y de Namur, de los hijos del rey de Navarra y de otros muchos nobles. La víspera de ser armado caballero, veló sus armas en la catedral. Mientras el arzobispo le ungia, el duque de Turena, hermano del rey, tenia en sus manos la célebre espada de Carlomagno, llamada *Joyosa*. En el banquete hubo disputa sobre los asientos. El duque de Anjou, como regente, se sentó junto al rey: pero el de Borgoña, como primer par del reino, se puso entre los dos, y nadie se atrevió á murmurar contra esta accion atrevida. Los grandes oficiales de palacio traian á caballo los platos, desmontaban y los ponian en la mesa: uso antiguo que se observó mucho tiempo en la coronacion de los emperadores de Alemania.

Durante la comida, se representaron *misterios*, dramas religiosos semejantes á los autos sacramentales de los españoles. El presidente Henault observa como una innovacion que de los pares legos solo asistió á esta ceremonia el duque de Borgoña: porque el conde de Flandes estaba ausente, y los estados de los otros cuatro pares seculares se habian agregado ya á la corona. La importancia que se dió á la consagracion de Cárlos VI, prueba, dice Leveque, que aun se creia que la uncion sagrada conferia el derecho de reinar.

Las fiestas fueron suntuosas, y los pueblos por donde debia pasar el rey para volver á la capital, prepararon grandes regocijos; pero los príncipes no permitieron que entrase en ninguno de ellos, porque temian que enmedio de las fiestas se oyesen algunos gritos quejándose de su gobierno. Solo en Paris hizo entrada solemne, y hubo tres dias de torneos, bailes y banquetes. El primer acto de la voluntad del rey fue de venganza. Desagradábale por su escesiva severidad el cardenal de Lagrange, ministro de hacienda, y confidente del difunto rey, hasta tal punto que en una ocasion dijo el príncipe á Saboisy: "ten paciencia: pronto nos vengaremos de ese clérigo." Cárlos, siendo ya rey, queria prenderle: pero el cardenal se ocultó en casa del abogado general Desmarets, y despues se refugió en la corte del papa Clemente VII. Iguales persecuciones sufrieron los demas amigos de Cár-

los el prudente. Al honor y virtud sucedian las pasiones bajas y la codicia: y se anunciaba, despues de un reinado feliz, otro desastrado.

El señor de Lariviere, que habia merecido por sus importantes servicios la amistad y confianza del difunto rey, fue desterrado por las intrigas del conde de san Pol; este deseaba casar con Matilde, hija del príncipe negro: pero Cárlos V se habia opuesto á ello: el conde celebró sus bodas á pesar de la prohibicion del rey, y fue desterrado. Atribuyendo su desgracia á Lariviere, juró vengarse de él y aprovechó la ocasion que le ofrecia el principio del reinado de Cárlos VI. Pero el condestable de Clisson, que se conservó amigo suyo en el infortunio, le sostuvo contra sus enemigos, le adquirió el favor de los duques de Borgoña y de Borbon; y se le volvió á dar su destino, á despecho del conde de san Pol y del duque de Berry.

Ya no habia pretesto para tener tropas en las cercanías de París: los príncipes las licenciaron: mas no pudieron pagarlas, y los soldados robaron las casas y talaron los campos. El pueblo acusaba al gobierno, y el duque de Borgoña al de Anjou, porque habiéndose apoderado del tesoro de Melun, privó á la autoridad de recursos para los gastos mas necesarios. El duque de Anjou respondió á estas quejas con amenazas. En vano Desmarets procuró reconciliar á estos dos príncipes, de los cuales el uno queria quedarse con todo el

dinero del estado, y el otro con toda la autoridad. El pueblo de París, á quien se habia prometido una rebaja de impuestos despues de la coronacion, viendo que no se cumplia la palabra, se presentó tumultuosamente en el palacio del duque de Anjou: y no cesó el alboroto, hasta que Desmarets promulgó un edicto que suprimia algunas contribuciones. En este tumulto fueron saqueadas las casas y oficinas de los perceptores; y muchos nobles, que debian dinero á los judíos, incitaron la plebe contra ellos. Fueron maltratados y robados. Varios de ellos emigraron, y el pueblo pedia á gritos que se les espeliese fuera del reino. La anarquía era completa.

Alianza entre Francia y Bretaña (1381). Los ingleses se aprovecharon de ella. Su ejército, mandado por Buckingham, habia atravesado varias provincias de Francia, siempre costeado y perseguido por numerosos destacamentos, segun el prudente sistema de Cárlos V. Pero los barones, que mandaban estos cuerpos, se dispersaron apenas murió el rey, prefiriendo sus intereses privados al comun, y se unió cada uno al príncipe, en quien esperaba hallar mas favor. Los ingleses pasaron entonces sin dificultad el Sarthe y el Mayenne, y ocuparon el Maine y el Anjou, de donde se preparaban ya á entrar en Bretaña: pero por felicidad de Francia, el soberano de este ducado, en vez de recibirlos como amigo, les opuso una barrera formidable. Este

te príncipe declaró á sus barones, que estaba resuelto á mudar de sistema. «Yo aborrecia, les dijo, no á la Francia, sino á su rey, y mi odio ha muerto con él. Yo detestaba al padre, y amo al hijo: si peleé contra aquel, defenderé á este. La independencia de Bretaña es mi objeto. No temo ya que los franceses la destruyan, y debo precaverme contra los ingleses que la amenazan." Envió á decir á Buckingham, que recibiria un placer su persona, pero no sus tropas: y en efecto, habiendo avanzado hasta Rennes el general inglés, esta ciudad cerró las puertas á sus soldados. El duque le declaró que su ejército seria mal recibido en Bretaña, y que ya la ciudad de Nantes se habia declarado por Francia. Así Buckingham no pudo intentar empresa de consideracion.

Como en Francia se deseaba la paz, Clisson y Beaumanoir persuadieron al duque que enviase á París al vizconde de Rohan, á Guido de Laval, y á Guido de Rochefort, los cuales prometieron al rey en nombre del de Bretaña vasallage y sumision. Los duques de Borgoña y Anjou, aunque discordes siempre, se convinieron en cuanto á la política esterior, y aceptaron la sumision del duque con tal que viniese á prestar homenage. Consérvase en el inventario de cartas el tratado que hicieron, segun el cual, el duque debia pedir perdon al rey, puesto de rodillas, de los enojos que le habia dado: despues de esto, se le daria el condado de Mon-

fort, haria homenage por él, y juraria ser en favor del rey contra Inglaterra, Navarra y cualquier otro enemigo; igualmente que los eclesiásticos, nobles y demas personas de Bretaña. El tratado se firmó el 15 de enero de 1381; el duque de Bretaña lo ratificó al mes siguiente, y prestó el homnege en Compiegne el 27 de setiembre del mismo año. Pero al mismo tiempo firmó otro acto secreto, en el cual protestó contra la fuerza que le obligaba á pedir perdon al rey. Los historiadores de Bretaña han publicado este acto. No es de estrañar, pues, la inaccion del duque de Bretaña, mientras el general inglés Buckingham puso sitio á Nantes. Pero el duque de Anjou, que sospechaba justamente de su nuevo aliado, habia guarnecido tan poderosamente aquella plaza, que Buckingham se vió obligado á levantar el sitio, y se embarcó para Inglaterra. La única plaza de Bretaña, que quedó ocupada por los ingleses, fue Brest. El rey de Inglaterra, indignado de haber perdido su influencia en Bretaña, ofreció sucesivamente á los dos hijos de Cárlos de Blois la mano de una de sus hijas, y su proteccion para recobrar el ducado, con tal que le prestasen homenage. Ninguno de ellos aceptó; por no cometer felonia contra su rey y su patria.

El cisma de la iglesia continuaba: el rey de Castilla habia reconocido á Clemente VII, al mismo tiempo que Luis, rey de Ungría, instaba á Cárlos VI, que negase la obediencia

á este papa. Urbano se habia grangeado por la suavidad de su gobierno el afecto de los romanos: pero Clemente VII era aborrecido de Francia por las grandes sumas que exigia del clero, y porque daba á los cardenales de su partido todos los beneficios de Aviñon. La universidad de París, corporacion muy respetable y poderosa, proponia, para dar fin al cisma, la convocacion de un concilio. El regente, incomodado por sus reclamaciones, mandó encerrar en un calabozo á Juan Rousse, diputado de la universidad. Este cuerpo mandó al momento cerrar las clases, y envió algunos doctores á Roma, para que solicitasen de Urbano lo que no habian podido lograr de Clemente. El duque de Anjou se opuso á esta embajada: pero no se hizo caso de su autoridad, y poco despues tuvo que poner en libertad á Juan Rousse. Este príncipe era adicto á Clemente, porque esperaba que le favoreciese para entrar en posesion del reino de Nápoles y del condado de Provenza que la reina Juana le habia legado. Los duques de Borgoña y de Borbon apoyaban esta empresa, porque pasando el regente á Italia, quedaban ellos con mas autoridad en Francia. El duque de Berry le prometió un cuerpo de tropas, si le daba el gobierno de Guiena y Languedoc: y el regente se prestó á su solicitud por vengarse de Gaston de Foix, á quien el difunto rey habia dado aquel destino quitándoselo á él. Así los príncipes de la sangre disponian de

las fuerzas del reino segun sus intereses particulares. Fueron imitados en esto por la nobleza: y los barones de Guiena y Languedoc no obedecieron el edicto de Cárlos VI, que nombraba gobernador de aquellas dos provincias al duque de Berry. El conde de Foix se puso al frente de ellos, y llegó con sus banderas hasta el Loira. Cárlos VI juntó contra él numeroso ejército, y creyó esta guerra de tanta consideracion, que sacó el oriflama de san Dionis. Pero el duque de Borgoña, á quien interesaba mas la reprension de los flamencos, que se rebelaron al mismo tiempo, persuadió al rey que reservase sus fuerzas para esta empresa, y que contra el de Foix bastaba un cuerpo menos numeroso. Así que el de Berry marchó al mediodia con pocas tropas y fue vencido: pero entró en negociacion, y ofreció tan grandes ventajas al de Foix, que se reconcilió con él, y entró en posesion del gobierno que deseaba.

El pretesto de la guerra de Flandes era sostener los derechos de su conde contra las usurpaciones del pueblo que desconocia su autoridad y le despojaba de sus posesiones: pero la verdadera causa fue el interes del duque de Borgoña, yerno del conde de Flandes, que deseaba restablecer el orden en aquellos estados, herencia de su muger.

El mal gobieno y los vicios de los príncipes despertaron los gérmenes de insubordinacion, que habia sofocado con tanta dificultad

la prudencia de Cárlos V. Como faltaba dinero para la guerra, se aumentaron los impuestos, y hubo en varias partes esplosiones terribles, aunque de corta duracion. En Ruan se sublevaron los obreros, y obligaron á un ropavejero, llamado Legras, hombre de mucha fuerza y de grande estatura, á que tomase el título de rey y publicase una ordenanza aboliendo los tributos, y lo hizo al instante; pues sino, su nueva dignidad no le hubiera libertado del degüello.

Guerra de Flandes: batalla de Rosbek (1382). Al mismo tiempo se levantó el pueblo en París por no pagar los impuestos: se apoderó de las puertas de la ciudad y puso cadenas en las calles. Un monge de san Dionis, que á la sazon volvia de Inglaterra, contó las terribles sediciones de Kent y de Essex, de las cuales habia sido testigo: la muerte violenta de muchos varones ingleses, y el asesinato del arzobispo de Cantorbery, y que un rebelde inglés, á quien manifestaba su asombro por tan grandes desórdenes, le dijo: «esto no es nada: cuando volvais á Francia vereis cosas peores." Parece que en las grandes ciudades los sediciosos de todos los paises tenian inteligencias secretas unos con otros.

El duque de Anjou peleaba contra los insurgentes de París, ya con astucia, ya con fuerza: en el invierno de 1382 pudo ganar á los principales gefes del vecindario, juntó los

mas ricos de ellos y les persuadió á que tomasen el arriendo de las contribuciones. Pero fue muy difícil encontrar quien se atreviese á publicar el edicto de los impuestos. En fin, un alguacil, por una suma de dinero, se aventuró á la empresa. Se presenta á caballo en el mercado, entretiene al pueblo contándole un robo que supuso hecho en el palacio del rey: proclama de repente el edicto, y echa á huir. La sorpresa y consternacion fue grande al principio: pero al dia siguiente un perceptor del impuesto, lo pidió á una verdulera, que se negó á pagarlo: quiso ponerla presa: ella imploró el ausilio de sus vecinos, que acudieron en gran multitud y mataron al perceptor. La sedicion fue general, y el pueblo estaba tan furioso, que la municipalidad, el preboste, el obispo y los consejeros del rey huyeron ó se ocultaron.

El pueblo rompió las puertas de las casas del ayuntamiento y del arsenal: tomó las armas que en él habia, dió muerte á los per ceptores que encontró, saqueó las casas de los burgueses mas ricos y echó los presos de la cárcel. Uno de ellos fue Hugo Aubriot, que habia sido preboste de los mercaderes, y en cuyo tiempo se habian edificado el puente de san Miguel, la Bastilla y el Chatelet: pero estaba condenado á prision perpetua por delitos probados de concusion. Eligiéronle capitan los sediciosos: aceptó por miedo, y á la noche huyó por prudencia. El abogado gene-

ral Desmarest fúe el único magistrado que se atrevio á quedarse en París, y á luchar con el furor del pueblo, que le amaba: reunió la multitud, logró que le escuchase, se manifestó sensible á los males que sufrian; pero al mismo tiempo les demostró que los escesos y crímenes á que se entregaban, agravarian las calamidades en vez de terminarlas: que el abandono del trabajo y el hambre eran para ellos los mas crueles enemigos, y les persuadió que recurriesen á la clemencia del rey que sabria hacerles justicia y aliviar sus padecimientos. El pueblo se retiró tranquilo á sus tareas y á sus casas.

Entretanto el rey, los príncipes y los caballeros armados que se habian reunido en Vincennes, marcharon á París, sorprendieron los puestos, derribaron un lienzo de la muralla, penetraron por la brecha, guarnecieron los principales mercados, quitaron las campanas, desarmaron á los vecinos, dieron muerte á los gefes de la sedicion, y echaron impuestos sobre todas las mercancias. El rey volvió á Vincennes, donde se le presentaron implorando su clemencia el preboste de París, los diputados del vecindario y la universidad. Recibiólos con benevolencia les prometió suprimir la contribucion que habia dado motivo al tumulto, y concedió perdon general; pero mandó que fuesen presos y castigados los facciosos que habian roto las puertas del Chatelet, donde estaba la cárcel. El abogado general

paseó en litera las calles publicando el indulto: pero el pueblo, irritado todavía, le recibió con injurias y amenazas, y acudió en tropel á impedir el suplicio de los delincuentes. El preboste sosegó, aunque con mucha dificultad, este segundo tumulto, y fue menester volver los reos á la cárcel: pero por la noche los arrojaron al Sena. Desde entonces tuvo Cárlos alternativamente su corte en Vincennes, Melun y Compiegne, y no se atrevió á residir en la capital, donde su autoridad se respetaba tan poco. A esta degradacion llegó el poder regio, por los vicios y discordias de los príncipes que gobernaban la monarquía.

En el mes de abril se celebraron estados generales en Compiegne. Arnaldo de Corbie, primer presidente del parlamento, les representó la imposibilidad de atender á la defensa del reino sino se concedian al rey los mismos subsidios que á su padre. Los diputados respondieron, que solo estaban autorizados para oir los pedidos del gobierno, y dar cuenta de ellos á sus ciudades. Hecha esta declaracion, se separaron. Casi todos los pueblos, excepto Sens, siguieron el ejemplo de París, y se negaron á pagar los subsidios. El rey, viendo que era necesario restablecer su autoridad en la capital, sopena de perderla en el reino, declaró á los parisienses que consentian en volver á su palacio, si el pueblo dejaba las armas, quitaba las cadenas de las calles, y permitia que las tropas reales

entrasen en la ciudad, y se alojasen en las casas de los vecinos. Estos se negaron á admitir las condiciones, y á pagar la gabela y los derechos de áduana. El duque de Anjou, para castigar su ostinacion, colocó sus tropas al rededor de la ciudad, y les permitió el saqueo de los arrabales, mas no el homicidio ni el incendio. Era preciso que concluyesen tantos desórdenes: tuvieron conferencias en san Dionis el primer presidente con poderes del gobierno, y el abogado general, con los del vecindario, y se hizo la paz, consintiendo el rey en volver á París, y en dar amnistía, y pagando la ciudad una suma de 100000 francos.

Entonces partió el duque de Anjou á Aviñon, para emplear el rico tesoro que habia robado á Francia, en la empresa de Italia: y el duque de Borgoña, quedando al frente del gobierno, activó los preparativos de la espedicion de Flandes.

Los flamencos fueron en estos siglos sumamente celosos de su independencia: y segun observa Mezeray, ni tres grandes derrotas, en cada una de las cuales perdieron 15000 hombres, ni la tala de los campos, ni el hambre, ni el abandono de las otras ciudades, ni cuanto padecieron en dos sitios, pudieron domar el ardiente espíritu de los ganteses. Este pueblo estaba en guerra con su conde mucho tiempo habia; el conde alistó un ejército de 1500 caballeros, y 20000 hombres de mili-

cias de las ciudades que se habian conservado á su devocion: pero desconfiaba de estas milicias, y las despreciaba: cuando les pasó revista, les dijo: «si huís en el combate, no adelantareis nada, porque os mandaré degollar á todos." Poco tiempo despues de esta insultante arenga, dió batalla al enemigo, y la ganó. En ella quedó muerto Rosse, el mas valeroso de los caudillos de Gante. Otro de los gefes, llamado Pedro Dubois, guió el ejército vencido hasta Gantes, y lo animó para la defensa de esta plaza. Este hombre tenia las cualidades propias de un tribuno: era osado, activo, sagaz, y conocia todos los medios de seducir, inflamar ó contener el espíritu faccioso de sus conciudadanos. Viendo que se habian desanimado en gran manera los flamencos con la derrota pasada, imaginó, para darles nuevo impulso, elegir por caudillo á un hijo del famoso Artevelle, el que fue ídolo y víctima de sus conciudadanos sediciosos; pero cuyos vicios y malversaciones se habian ya olvidado, y solo quedaba la memoria de sus triunfos.

Felipe Artevelle vivia quieto y pacífico en su casa. Dubois fue á verle, y le dijo, «si quereis, podeis ser el primer hombre de Flandes." «¿Cómo?" respondió Felipe. «Es forzoso, continuó Dubois, elegir un gefe. Presentaos al pueblo: encargaos del gobierno: renovad los tiempos de Santiago Artevelle, tan querido y tan respetado en Flandes. Pues

teneis su nombre; heredad su poder. Nada temais: mis consejos y mis esperiencias os guiarán hasta el momento, muy próximo sin duda, en que no necesiteis de mí." Felipe aceptó, y le ofreció docilidad y agradecimiento. «Muy bien: replicó Dubois: pero ¿sabreis ser cruel y orgulloso? Porque no basta la severidad á un hombre de nuestra clase para gobernar el pueblo, y mas el flamenco: y es meneste hacer tan poco caso de la vida de los hombres como de la de las alondras cuando llega el tiempo de comerlas." «Yo haré todo lo que sea necesario," respondio Felipe.

Dubois juntó el pueblo, propuso por caudillo á Artevelle, y fue elegido con unánimes aclamaciones. Pero Felipe se manifestó muy disgustado, y se negó á admitir el mando «Vosotros, dijo al pueblo, teneis confianza en mí: pero ¿cómo puedo yo tenerla en vosotros, que dísteis muerte á mi padre?" Dubois le hizo presente que sus temores eran infundados y sus quejas injustas: y que conduciéndose por el consejo de hombres prudentes, adquiriria tanta gloria como su padre sin esponerse á los mismos riesgos. Mientras mayor era la resistencia de Artevelle, instaba el pueblo con mas ardor. En fin, aparentando dejarse vencer, consintió en gobernar, y su primer acto fue enviar al suplicio doce ciudadanos de los mas ricos, que habian tenido parte en la muerte de su padre, y al síndico de los tejedores, por el monopolio que hacia

en el comercio de pólvora. Los ganteses se sometieron á este caudillo cruel con mas docilidad que á los gobernadores justos y moderados que habian tenido, y justificaron con su conducta la prevision de Dubois.

El conde de Flandes puso sitio á Gante, creyendo desalentados á los enemigos: pero la resistencia de estos le desengañó. El señor de Enghieu, caballero jóven y muy estimado por su valor, habiéndose acercado sin precaucion á la plaza, cayó en una emboscada donde pereció con otros muchos nobles que le seguian. Las salidas de los sitiados eran frecuentes, y obligaban á los enemigos á estar en alerta continua. El conde tenia partidarios en la ciudad, y eran los hombres mas ricos, y por cosiguiente mas amigos de la paz. Estos, habiendo ganado á otros muchos ciudadanos, se atrevieron á hablar mas descubiertamente de la necesidad de entablar negociaciones. Dubois y Artevelle dieron de puñaladas á dos de estos ciudadanos pacíficos que propusieron la sumision al conde: un convoy de víveres que entró en Gante burlando la vigilancia de los sitiadores, dió nuevo brio á los partidarios de la guerra: mas no queriendo oponerse de frente á un gran número de vecinos que deseaban medios honestos de terminar los males, los gefes consintieron en enviar diputados al conde de Flandes para empezar la negociacion.

El conde, naturalmente orgulloso é infle-

xible, dijo que concedería la paz, con tal que todos los habitantes, que tuviesen de quince á sesenta años, viniesen á su presencia descalzos y con dogal al cuello, á implorar su misericordia. Cuando se dió noticia de esta respuesta al gefe de Gante, dijo Dubois á Artevelle: "no esperaba yo menos. Dentro de pocos dias será Gante la ciudad mas célebre del orbe por su gloria ó su infortunio. Inspirad al pueblo, irritado de este insulto, resoluciones atrevidas. Si hemos de morir, no muramos solos." Artevelle juntó los ciudadanos, y viendo la indignacion que les causaba la respuesta del conde, les habló así: "vuestro valor merece que se os descubra con toda franqueza la situacion en que estamos. Hemos perdido poca gente en los combates, y tenemos todavía 30000 hombres sobre las armas: pero esta misma superioridad de número nos es dañosa: porque se han acabado las provisiones. En semejante posicion solo hay tres partidos que tomar: ó confesarnos, y esperar al pie de los altares nuestra última hora; ó salir todos á pedir perdon al señor conde de Flandes, que tendrá piedad de su pueblo, y se contentará con mandarme cortar la cabeza, á lo que me ofrezco por el bien de todos, ó escoger 6000 hombres de los mas valientes y bien armados, y que se arrojen intrépidamente sobre el conde, sus caballeros y sus tropas mercenarias. Si perecemos en esta lucha, pereceremos con honor. Si vencemos, y Dios nos permite, como á los Macabeos, des-

truir con tan pequeño número un ejército tan formidable, seremos el pueblo mas heróico que ha habido en la tierra desde los tiempos del pueblo romano." Dichas estas palabras, gritaron todos. "Decid vos lo que ha de hacerse." "Mi opinion es, dijo Artevelle, que nos presentemos al señor conde, no con dogal al cuello, sino espada en mano. Volved á vuestras casas, y tomad yelmos y espadas.

Cinco mil hombres resueltos salieron de la plaza bajo las órdenes de Artevelle con artillería y bagajes. El pueblo les dió los pocos víveres que quedaban, que eran cinco carretadas de pan y dos toneles de vino. "Id, valerosos, les gritaba: no volvais aquí sino vencedores: porque si sois derrotados, pondremos fuego á la ciudad." Esta tropa llegó á una legua de Brujas, y se atrincheró detras de los bagajes. Los soldados dirigen al cielo sus plegarias, oyen las exortaciones de algunos religiosos que los incitaban en nombre del cielo á la batalla, y reciben la comunion. Artevelle inflama su valor con sus ardientes palabras, y acabó así su discurso: "aquí estan las provisiones que nos quedan: vamos á repartirlas amigablemente. Comed, y pensad que para hacer otra comida, será preciso ganarla con la espada."

Aquella tropa poco numerosa, pero determinada, marcha intrépidamente contra el ejército del conde de Flandes, que reforzado ya con las milicias de Brujas, ascendia á 40000

hombres. El conde, asombrado de la temeridad del enemigo, esclamó: "su locura é insolencia los llevan á la ruina: hoy se acabará la guerra. Pero su valor es digno de admiracion: quieren mas bien perecer á hierro que de hambre." Como el sol descendia ya hacia el ocaso, pensó el conde dejar la batalla para el dia sigujente: pero los de Brujas, confiados en su número, y creyendo fácil el triunfo, empezaron el combate sin haber recibido órden. Artevelle descubre su artillería, los pone en fuga, la caballería del conde se desordena, y él mismo fue. derribado del caballo y escapó con dificultad

Los ganteses entraron mezclados con los fugitivos en Brujas, y se hicieron dueños de la ciudad. El conde, para salvarse, se disfrazó de criado, entró en casa de una pobre muger, se escondió en el miserable lecho de sus hijos, donde se ocultó de los que entraron á buscarle, y á la noche siguiente pudo escaparse á Lila. Los ganteses cometieron en Brujas horribles excesos, mataron á 1200 partidarios del conde, y saquearon la ciudad y el castillo de Male: pero perdieron un tiempo precioso, y no pudieron hacerse dueños de Udenarda, que se habia fortificado. Artevelle, que no era modesto, tomó, despues de su victoria, el título de regente de Flandes, y el conde imploró el socorro de la corte de Francia.

El jóven rey queria partir inmediatamente: "aun no he sacado la espada, dijo: y es menester que la esgrima, si he de reinar con

gloria y poder." Celebróse una junta de la nobleza en Compiegne. Como algunos barones digesen al rey, que si se aventuraban á hacer la guerra sin tomar las precauciones necesarias, habia peligro de no salir bien de la empresa, Cárlos respondio: "Eso está muy bien: pero quien no empieza, no acaba." Artevelle pidió socorro á Inglaterra: y el gobierno francés, receloso de esta negociacion, entabló otra, y envió embajadores á Gante. Artevelle los puso en prision, y respondió con insolencia á Cárlos VI. Al punto se puso en marcha el ejército francés, en el cual el conde de Flandes mandaba un cuerpo de 16000 hombres. Tratóse en un consejo de guerra, si el rey, que entonces tenia catorce años, entraria en batalla. Cárlos se indignó de la duda, y declaró que marcharía al frente de las tropas.

El objeto de los franceses era obligar al contrario á levantar el sitio de Udenarda: pero encontraron muy dificil el paso del Lis. El condestable Clisson dijo: "este rio ha de tener principio; subámosle, pues, y hallaremos vado." Tanta era la ignorancia de aquel siglo. Mas no pudo seguirse este dictámen, porque embarazaban el camino lagunas impracticables. Así que acometieron el puente de Comines, y se apoderaron de él, rechazando á los flamencos que le guardaban: pero Artevelle acudió en su socorro con 8000 hombres, é hizo volver á los franceses en desórden. El condestable acudió y encontró ya el puente medio

roto: pero un destacamento, que habia enviado rio arriba, halló vado, atacó el flanco de los enemigos, y los obligó á retroceder. El condestable pasó el Lis en un barco, reparó el puente, y lo fortificó con atrincheramientos. Diez mil flamencos los atacaron despues: pero fueron rechazados con pérdida de 3000 hombres, y el ejército del rey se encaminó hácia Ipres. El almirante de Viena, que mandaba la vanguardia, derrotó otro cuerpo flamenco y le mató 5000 hombres. De resultas de estas victorias cayeron en poder de los franceses Ipres, Dunkerque, Gravelinas, Casel y otras muchas plazas.

Los ganteses, mas irritados que abatidos, celebraron un consejo en que se tomó la resolucion de dar una batalla decisiva, y de no conceder cuartel á ningun francés, excepto al rey, á quien pensaban hacer prisionero, y llevarle á Gante, *para que aprendiese á hablar flamenco*, como decia Artevelle.

Este gefe atrevido se acampó con 40000 hombres en Rosbek, cerca de Lis, entre Deins y Harlebec. La gendarmería francesa desmontó, porque no fiaba mucho en las milicias de los consejos, y solo el rey entró á caballo en el combate, ocupando el centro de la batalla. Dióse orden, pena de la vida, de que ningun soldado saliese de sus filas. La noche antes de la accion, un destacamento francés penetró en el campo enemigo, y llegó hasta la tienda de Artevelle, que hubiera sido preso, á no ha-

berle dispertado á tiempo su dama que le acompañaba á todas partes. Al dia siguiente tuvo la imprudencia de abandonar su fuerte posicion y descender al llano á presentar la batalla con 9000 hombres escogidos. Beaumanoir le acomete con 500 lanzas, y despues de breve escaramuza, se retira aparentando miedo. Artevelle, despues de una descarga de sus pedreros, que hizo poco daño, acomete con furia á los franceses, y aunque desordenados en el primer encuentro, resisten de nuevo, y dan lugar al condestable á atacar el flanco enemigo. Despues de tres cuartos de hora de combate, fueron derrotados los flamencos con horrible mortandad, que por confesion de sus mismos historiadores fue de 20000 hombres: entre ellos Artevelle, que se encontró en un foso, no herido, sino oprimido por el gran número de fugitivos que habian caido sobre él. Esta batalla se dió el veinte y nueve de noviembre de 1382. Si la hubieran perdido los franceses, Ruan, París y otras ciudades considerables de Francia se hubieran sublevado contra los nobles. Pedro Dubois recogió en Gante las reliquias del ejército vencido, y animó á los suyos para la defensa de tal modo, que cuando se les propuso rendirse, respondieron: "cuando estemos muertos todos nosotros, nuestros huesos se juntarán para pelear contra el conde y contra los franceses." Cárlos VI entró en Courtrai: y los soldados enfurecidos de ver en la catedral espuestos como trofeo

de gloria las armas, banderas y espuelas doradas, que ochenta años antes habian quitado los flamencos á los franceses vencidos junto á esta plaza, tuvieron la barbarie de saquear la ciudad y de dar muerte á muchos habitantes. Solo Gante se negó á someterse: el rey dejó al conde de Flandes el cuidado de rendirla, licenció sus tropas y se volvió á París, donde el partido democrático estaba muy decaido por la victoria de Rosbek.

Los parisienses fueron castigados severamente por su rebelion. Desarmóse su milicia: se abolieron las cofradías de los artesanos: fueron presos 300 ciudadanos de los mas ricos: las tropas del rey se alojaron en las casas de los vecinos á discrecion: las rentas de la ciudad se agregaron al dominio del monarca, y los ciudadanos pagaron fortísimas contribuciones, que en vez de entrar en el erario, aumentaron los tesoros particulares de los tios del rey. En esta reaccion pereció en el cadalso el abogado general Desmarets: el pretesto de su muerte fue haberse quedado en París en los momentos de la sedicion; la verdadera causa, ser amigo del duque de Anjou, y por tanto, mortalmente aborrecido del de Borgoña. Al tiempo de subir al cadalso, esclamó: *Judica me, Deus, et discerne causam meam*, y añadió: "he servido fielmente á los reyes Felipe de Valois, Juan y Cárlos V. Si el rey actual fuese mayor de edad, en vez de condenarme, me protegeria."

Victorias contra los ingleses: tregua (1383). La guerra contra los ingleses continuaba, aunque con flogedad, por las disensiones civiles de Inglaterra durante el reinado de Ricardo II. Los franceses derrotaron algunos de sus destacamentos en las orillas del Loira, y las escuadras combinadas de Francia y Castilla destruyeron la inglesa. El papa Urbano mandó predicar en Inglaterra una cruzada contra los franceses que obedecian á Clemente VII. El obispo de Norwik, que mandaba las tropas, desembarcó en Flándes: venció al conde y se apoderó de Dunkerque, Casel y otras plazas. Pero Cárlos VI marchó contra él al frente de 16000 hombres, y le obligó á levantar el sitio de Ipres. El condestable Clisson le derrotó junto á Casel, le arrojó de Bergas y Grabelinas, y le obligó á capitular en Bourbourg. Despues se concluyó tregua de un año: los ganteses, admitidos en ella, conservaron á Udenarda. En este tiempo murió el conde de Flandes, odioso á sus vasallos y despreciado de sus amigos: el duque de Borgoña heredó de sus estados, y así reunió dominios que le hacian casi tan poderoso como el rey.

La tranquilidad pública asegurada por las treguas, se turbó algun tanto por la rebelion de los aldeanos en varios distritos de Auvernia y Poitou, que trataban con la mayor barbarie á los eclesiásticos y nobles que caian en sus manos. El duque de Berry esterminó aquellos sediciosos. Muchos barones franceses,

mandados por el duque de Borbon, formaron una cruzada para restablecer en el trono á Leon de Lusignan, rey de Armenia, despojado de su pequeña monarquía por Amurates, sultan de los turcos. Dieron la vela para el África, se apoderaron de Cartago, libertaron los cautivos cristianos que allí habia, y cuando se les hubo acabado el dinero, volvieron á su patria, cubiertos de heridas y laureles. No fue mas feliz la espedicion del duque de Anjou á Italia. Juana, reina de Nápoles, y Oton de Brumwik, su marido, habian sido ya vencidos y hechos prisioneros por Cárlos de Durazo, que dió muerte á la reina en venganza de la que ella habia mandado dar á Andres de Ungría, su primer esposo. El duque de Anjou recibió estas noticias cuando se hallaba al frente de 60000 hombres en las fronteras del Abruzo. El de Durazo evitó una accion general, y diseminó su ejército en guarniciones, género de guerra que consumió poco á poco el tesoro y el ejército del duque. Este príncipe falleció el veinte de setiembre de 1384: sus soldados se dispersaron: la mayor parte de ellos perecieron de hambre, y solo Pedro de Craon volvió á la corte de Francia á sufrir los nombres de traidor y cobarde por haber abandonado á los suyos. Cárlos de Durazo fue asesinado algunos años despues cuando solicitaba con las armas la corona de Ungría: y Luis, hijo y heredero del duque de Anjou, recibió del papa Clemente, á instancias del rey Cárlos VI,

las investiduras de Nápoles y Provenza. Los provenzales se resistian á ello: pero el mariscal de Samerre entró con tropas en aquellos estados, y los obligó á someterse.

En estos mismos años hubo dos desafíos célebres: uno de Courtenay, caballero inglés, con el señor de la Trimouille. Cárlos VI, que no queria conceder campo, le preguntó á este, ¿qué motivo tenia para reñir? "Él es inglés, y yo francés," respondió el paladin. Efectivamente se verificó el duelo: pero despues de los primeros encuentros, mandó el rey al duque de Borgoña, que separase los combatientes. Courtenay se jactó despues, estando en Picardía en casa de la condesa de san Pol, de que no habia hallado en la corte de Francia ningun caballero que se atreviese á pelear con él. El señor de Clary, caballero del Languedoc, que era uno de los circunstantes, le desmintió: Courtenay pidió campo: la condesa, que era hermana del rey de Inglaterra, se lo concedió: el inglés, herido y derribado del caballo, hubo de confesarse vencido.

El otro desafío se verificó entre dos caballeros de Normandía, llamados Carouge y Legris. La muger de Carouge, postrada á sus pies cuando volvió de una espedicion, le pide que la atraviese con su espada para lavar en su sangre la mancha del honor: pero que le prometa venganza del violador: y acusó de este delito á Legris. El marido furioso presenta querella al parlamento. En vano Legris de-

claró que era inocente: en vano probó con el testimonio del conde de Alenzon, que estaba ausente en la época en que decian haberse cometido el delito: el tribunal pronunció que era caso, propio del *juicio de Dios*, y concedió campo. Junto al palenque estaba la acusadora en un cadalso, y cerca una hoguera para arrojarla en ella, si su adversario vencia: pero la inocencia de Legris no le defendió contra la ira del celoso marido, que le derribó y le atravesó el corazon. Legris fue declarado reo, y su cadáver puesto en una horca. Poco despues, un malhechor, que se le parecia mucho en rostro y estatura, preso por otros delitos, confesó que habia cometido, al favor de la oscuridad de la noche, el que se atribuyó á Legris. Carouge desesperado pasó al Africa á buscar la muerte entre las lanzas de los moros: y su esposa se condenó á eterna reclusion en una celda, donde solo recibia luz y escaso alimento por una pequeña ventana.

Paz de Tournay entre flamencos y borgoñones (1385). Cárlos VI casó á principios de este año con Isabela de Baviera; muger en cuyas gracias se ocultaban vicios horrendos. Hechizó á su marido apenas la vió en Amiens, y aun al pueblo de París, que conservó siempre hácia ella el primer amor que le inspiró cuando hizo su entrada solemne en la capital. Las fiestas fueron celebradas con la magnificencia y gusto propios del tiempo. Hubo representaciones teatrales, en que se mezcla-

ban con los misterios religiosos las ideas y hazañas caballerescas. El rey asistió disfrazado á algunos de estos regocijos; y aun llevó un palo de un sargento de la guardia, porque no se apartó cuando se lo mandaba.

Habiendo espirado la tregua con Inglaterra, se determinó en el consejo hacer una espedicion contra la isla, por el dictámen del duque de Borgoña que previa cuán útiles le serian contra los flamencos rebeldes las tropas que con aquel pretesto se alistasen. En efecto los de Gante, aliados del inglés, emprendieron sorprender la Esclusa, y fueron rechazados. El borgoñon se valió del enojo que esta empresa causó á las tropas del rey para sitiar á Dam. Tomó por asalto esta plaza, pasó la guarnicion á cuchillo, y aterró de tal manera á los flamencos, que firmaron la paz en Tournay el 18 de octubre, y se sometieron al duque, destruyéndose así la antigua alianza entre Inglaterra y Flandes. Pero la espedicion a la isla se redujo á un pequeño cuerpo auxiliar que se envió á Escocia, é hizo, unido con los escoceses, una invasion en Northumberland, de donde fueron arrojados por el duque de Lancaster: y se volvieron á Francia poco despues, porque el rey de Inglaterra, no queriendo pelear contra dos enemigos al mismo tiempo, hizo paces con el de Escocia. Cárlos VI licenció su ejército por falta de víveres y de dinero: porque las sumas producidas por exhorbitantes contribuciones,

no bastaban á saciar la codicia de los duques de Borgoña y Berry.

Sitio de Brest (1386). Este año cometió Cárlos el Malo, rey de Navarra, su última alevosía, que fue enviar á la corte de Francia un confidente suyo, inglés de nacion, y músico de oficio, con bastante cantidad de arsénico para envenenar toda la familia real. Este hombre fue preso, lo confesó todo y murió en el suplicio. El parlamento de París formó causa al rey de Navarra como conde de Evreux y par de Francia, y le condenó en rebeldía á confiscacion de todos los estados que poseia en el reino.

La muerte de este príncipe, acaecida el año siguiente, fue terrible. Por órden de los médicos se le rodeaba en una sabana empapada en aguardiente, como remedio de la estrema debilidad que padecia. El sirviente que cosió la sabana un dia, se sirvió para cortar el hilo, no de tigeras, sino de la luz: se prendió fuego al lienzo, no se pudo apagar con nada, y Cárlos pereció abrasado.

La guerra con los ingleses continuaba. Clisson pasó á Bretaña, y puso sitio á Brest, y el almirante de Viena bloqueó el puerto de Cherburgo. Al mismo tiempo marcharon tropas á Picardía, y se reunieron muchos buques en la Esclusa para hacer un desembarco en Inglaterra. Pero Clisson no adelantó nada, porque en el momento que la plaza de Brest estaba ya para capitular, reti-

ró sus tropas el duque de Bretaña, que tenia secretas inteligencias con el rey de Inglaterra.

Prision del condestable Clisson (1387). La ocasion parecia favorable para el desembarco: porque ademas de las contínuas desavenencias entre Ricardo II y sus barones, el duque de Lancaster su tio habia sacado de la isla las mejores tropas con el objeto de disputar la corona de Castilla á la casa de Trastamara, y hacer valederos sus derechos como marido de una hija de don Pedro el cruel. El número de buques reunidos en la Esclusa era tan grande, que segun dice Froissard, se podia echar con ellos un puente sobre el mar. El rey pasó revista en Arras á 8000 hombres de armas y un gran número de infantes, y solo se esperaba para hacer la espedicion al duque de Berry: pero este príncipe, ofendido de que no se le hubiese consultado en esta empresa, retardó cuanto pudo su marcha, y no llegó hasta mediados de setiembre, que era la época de las tempestades: los almacenes estaban ya agotados: los pocos granos, que quedaban, corrompidos: y una parte de los buques pereció, arrojados á la costa por los vientos furiosos que corrieron. Entonces el duque de Berry hizo presente al rey que desembarcar en tales circunstancias era esponer la flor de las tropas y de la nobleza á inevitable ruina. Ademas el tesoro estaba exhausto: no habia con que pagar los sueldos: las milicias se desman-

daron, y cometieron en las aldeas excesos que ninguna autoridad podia reprimir. El jóven rey, desesperado de la precision en que se hallaba de licenciar sus tropas, volvió, no sin vergüenza, á la capital; y se hicieron sátiras amargas contra el gobierno por el ridículo fin de aquella espedicion, comenzada con tanto orgullo y brillantez, y concluida tan ignominiosamente. Se dijo que el duque de Berry estaba sobornado por los agentes del rey de Inglaterra, y que el de Borgoña habia sacrificado á su ambicion los recursos del tesoro y las fuerzas de Francia. En efecto, á él solo fueron útiles tantos afanes y gastos, pues logró que los flamencos se sometiesen; y ademas, valiéndose de la influencia que tenia en el ánimo del rey, consiguió de este príncipe que le cediese el puerto de la Esclusa, y una ciudad de madera, que estaba á bordo de la escuadra, dividida en partes, y que se habia construido con el objeto de armarla, apenas se hiciese el desembarco en Inglaterra, para que sirviese de campamento al ejército. Cárlos VI empezaba ya á conocer cuán graves eran los hierros del gobierno: y apenas lo observaron sus tios, procuraron distraerle con fiestas que alhagasen su juventud, del pesar de haberse malogrado la empresa con pérdida de su reputacion y ruina del tesoro y del pueblo. Hiciéronse suntuosos regocijos con motivo del casamiento de Catalina su hermana, con el hijo del duque de Berry: y las historias de aquel tiempo cuen-

tan muy circunstanciadamente los vergonzosos medios que se pusieron en práctica para corromper al jóven príncipe, dotado de escelentes cualidades por la naturaleza, pero harto propenso por su edad á los placeres del juego, de la mesa y del amor. Estraviado, pues, por los mismos que debian dirigir su corazon é ilustrar su entendimiento, fue triste ludibrio, y despues víctima de sus privados, de sus ministros y de sus mancebas.

Lancaster, no menos ambicioso que los tios del rey de Francia, fue al principio mas feliz en sus proyectos. Efectuó el desembarco en Galicia, y favorecido por los portugueses, hizo algunas conquistas en Castilla. El gobierno francés, á pesar de las obligaciones contraidas con los castellanos, solo les envió trescientos hombres de armas. Pero los españoles, viéndose privados del refuerzo considerable que esperaban, tomaron una resolucion prudente que los salvó; y acosejaron á su rey que esperase del tiempo el ausilio que no podia lograr de su aliado; que se mantuviese á la defensiva, y que no arriesgase ninguna accion general. Se adoptó este dictámen y produjo buen efecto. El ejército inglés, consumido por las marchas y enfermedades, se enflaqueció de modo que en pocos dias se redujo á la defensiva. Presentáronse en fin en el ejército castellano 4000 hombres de armas franceses, mandados por el duque de Borbon: pero antes de llegar este socorro tardío, los in-

gleses, rodeados por todas partes, se vieron obligados á capitular para tener permiso de volver á embarcarse. El rey de Castilla despidió tambien las tropas del duque de Borbon, que le eran ya mas gravosas que útiles. Lancaster volvió á Inglaterra, y esperimentó la suerte de los vencidos: perdió su antiguo crédito, y se le separó del manejo de los negocios. El jóven rey Ricardo, resuelto á gobernar por sí mismo, desterró á sus tios, y no hizo mas que mudar de dueño, entregándose á los consejos de sus privados, jóvenes tambien. Formáronse entonces dos partidos en Inglaterra, el de los príncipes y el de los targritos. Los gefes del primero eran los condes de Cambridge y de Buckingham, sostenidos por muchos barones: los del segundo, el conde de Oxford, el arzobispo de York, el canciller Artopol, y Trevil. Despues de terribles querellas parlamentarias, hubo guerra civil: el rey fue vencido, y huyó para salvar la corona y la vida. Estas turbulencias proporcionaban á los franceses ocasion favorable para abatir una potencia rival, que por tantos años los habian vencido y oprimido: y se renovó el proyecto de desembarco, pero menos dispendioso y mejor combinado. Clisson debia embarcarse en Bretaña, el almirante de Viena en Normandía, ambos combinando sus operaciones.

El plan era prudente, el tiempo propicio, y los preparativos estaban hechos, cuando

una rencilla feudal malogró la empresa. El duque de Bretaña aborrecia á Clisson, porque habia dado libertad al conde de Penthievre, hijo de Cárlos de Blois, y le habia prometido su hija, con la esperanza de verla algun dia duquesa de Bretaña. El difunto rey de Navarra habia persuadido tambien al duque Juan de Montfort, que el condestable enamoraba á su esposa. Los ingleses, informados del odio y de los celos del duque de Bretaña, le movieron facilmente á una resolucion, que malogró la parte de la empresa del desembarco, que estaba encargada al condestable.

Montfort, que ardia en deseos de venganza, encubriendo su aborrecimiento con las apariencias de amistad, convidó á Clisson á pasar algunos dias en Vannes, le recibió con magnificencia, y despues de un banquete suntuoso, le propuso, igualmente que á los señores de Beaumanoir y de Laval, ir á ver una fortaleza que acababa de edificar. Despues de haberles mostrado sus diferentes aposentos, los llevó á un cuarto situado en lo mas alto de una torre, y los dejó encerrados en él, quitando las espadas á Clisson y Beaumanoir, echándoles cadenas en pies, manos y cuello, y poniéndoles guardias á la puerta. Laval no fue preso: pero el duque le amenazó con la muerte, si no cesaba en las instancias y representaciones que le hacía.

No contento con esto, mandó á Bavalen,

gobernador del castillo, que entrase á media noche en la prision del condestable, le metiese en un saco y le arrojase al mar. Bavalen, indignado, le hizo presente que una maldad tan grande le deshonraria, y que era de temer que todos los barones de Bretaña y el pueblo mismo se sublevasen contra él: pero el duque solo le respondió que si tenia miedo, buscaria otro sirviente mas fiel y resuelto. Bavalen prometió obedecer. A la noche siguiente el estímulo de la venganza se embotó en el corazon del duque, entregado á los remordimientos: luchaban en él el rencor y el honor: permanecia indeciso, cuando oyó la señal que le anunciaba haberse ejecutado sus órdenes. Entonces un temblor espantoso agitó sus miembros, y se bañó su rostro de lágrimas. Las consecuencias del crímen se presentan á su imaginacion: manda llamar á Bavalen y le pregunta, suspirando, si ha obedecido su mandato. Bavalen responde callando: y cuando vió al duque entregado á la mas horrible desesperacion, le dice: «consolaos: he suspendido la ejecucion de una orden, dictada en momentos de ira, y de la cual no ignoraba yo que os pesaria despues. Aun vive el condestable." El duque le abrazó manifestándole su sincero agradecimiento. Este rasgo histórico es el asunto de la tragedia de *Adelaida Duguesclin.*

El rey, sabedor del cautiverio del condestable, juró vengar el insulto. El desembarco

no se efectuó, apesar de la victoria naval que consiguió de los ingleses el almirante de Viena, tomándoles muchos navíos. Cárlos VI mandó al de Bretaña poner en libertad á Clisson, amenazándole, si no lo hacia, con citarle ante el parlamento. El duque respondió con respeto, pero eludiendo la orden: entabló negociacion por medio de los señores de Laval, Rohan y otros, y prometió perdonar á Clisson los delitos de rebeldía y concusion, si entregaba las plazas que tenia, pagaba 100000 libras en oro, y negaba la mano de su hija al de Penthievre: añadió ademas, que cuando se firmase el tratado, devolveria las plazas, excepto dos. Clisson y Beaumanoir, obligados por la necesidad, accendieron á tan duras condiciones: pero apenas se vieron libres, pasaron á Francia á pedir justicia al rey: y entretanto muchos caballeros de su partido tomaron las armas, y se apoderaron de Guincamp, Lamballe y Saint Maló. Cárlos VI logró del papa Clemente que le adjudicase esta última ciudad, como perteneciente al duque de Bretaña que seguia la obediencia de su competidor Urbano.

El duque, viendo contra sí á sus barones y á su rey, conjuró la tempestad por medio de los duques de Borgoña y Berry, envidiosos del crédito del condestable. Estos persuadieron á Cárlos que no convenia reducir al de Bretaña á la desesperacion, porque entonces se le obligaria á entregarse en manos de los

ingleses: y así la guerra se redujo á negociacion. El señor de Coucy, que mediaba en favor del duque, consiguió que este príncipe iria á Blois á manifestar su arrepentimiento á los duques de Berry y Borgoña, y despues besaria al rey la mano en París. Fue bien recibido: pero se le obligó á firmar un acto por el cual debia entregar á la corona las plazas que habia retenido, y devolver al condestable las 100000 libras, que le quitó por el tratado que hizo cuando estaba prisionero. Bajo estas condiciones perdonó el rey al duque la injuria recibida: y Clisson y el de Bretaña se reconciliaron en apariencia.

Tregua con Inglaterra (1389). Dos motivos tenia el rey para apresurar la paz con el duque de Bretaña: primero, impedir que los ingleses desembarcasen en este ducado: segundo, vengarse del duque de Gueldres, que se habia atrevido á desafiarle, porque el de Borgoña habia dado socorro á la duquesa de Brabante con la cual estaba en guerra. Así que Francia estaba obligada á pelear y consumir sus recursos en favor y por causa del duque de Borgoña. En vano el de Berry se opuso á esta nueva guerra, completamente inútil, cuando urgia emplear las fuerzas del reino contra los ingleses que hacian movimientos en Guiena. El de Borgoña triunfó: Cárlos VI se puso al frente de su ejército, sometió al paso la ciudad de Verdun, que se habia rebelado, entró en el ducado de Gueldres, y el duque

amedrentado pidió perdon al rey, y consiguió la paz por mediacion de su padre el duque de Juliers.

Cárlos VI tenia ya veinte años, y sus tios no podian impedir que la verdad llegase á sus oidos. Conocia que aquellos dos príncipes le habian engañado, incitándole, por solo el interes de ellos, á empresas ruinosas y mal concertadas, vergonzosas para la corona, y útiles solamente á su ambicion. Supo que el pueblo era atropellado, y que yacia en la miseria: que el gobierno carecia de plan; el tesoro, de dinero; la justicia, de fuerza; y que todos los empleos se daban no mas que por favor. Resolvió, pues, romper las prisiones en que le tenian, y gobernar por sí mismo.

Disimuló su intento en presencia de sus tios: pero lo confió al canciller, á Montaigu, al cardenal de Laon, á su camarero mayor el señor de la Riviere, y al señor de Novian. Convocó á Reims una asamblea de príncipes, obispos y barones, dió gracias á los duques por el desvelo con que habian procurado enseñarle el arte de reinar, y declaró que desde aquel momento se encargaba del gobierno de la monarquía, indicando al mismo tiempo que el duque de Borgoña hacía falta en sus estados, y el de Berry, en su gobierno. Estas palabras causaron gran sorpresa á la mayor parte de los que asistian á la junta. El obispo de Laon, en un discurso muy es-

tudiado, despues de dar algunos elogios á los príncipes, felicitó al rey por la determinacion que habia tomado, y todos los concurrentes siguieron su ejemplo. El duque de Borgoña nada dijo: pero se leia su enojo en sus miradas: el de Berry, mas franco, solo dijo al rey, que antes de tomar una resolucion como aquella, deberia haberla reflexionado con mas tiempo.

Pocos dias despues espiró el cardenal entre violentos dolores, y se creyó que envenenado. El historiador anónimo de san Dionis dice que al morir declaró que perdonaba á los que le habian muerto; y añade que el rey se abstuvo de hacer pesquisas acerca de este crímen, temiendo hallar muchos y muy poderosos culpables. Cárlos volvió á París, y á pesar de cuanto hicieron sus tios, se mantuvo firme en no darles parte en el gobierno. Entonces tuvieron la osadía de pedirle indemnizaciones, cuando solo merecian castigos. El de Berry exigia que se dejasen á su disposicion las rentas de Languedoc y Guiena; y el de Borgoña, las de Normandía. Solicitaban ademas que se archivasen en el parlamento los nombramientos que habian hecho para los empleos de palacio, y las gratificaciones que habian concedido á sus parciales. El rey les respondió que lo consultaria con su consejo, y los dos príncipes se retiraron descontentos, el uno á Languedoc y el otro á Borgoña. El pueblo, que atribuia á la avari-

cia de los duques todas sus desgracias, manifestó grande alegría cuando supo la revolucion hecha en el gobierno. El duque de Borbon, estimado por su justicia y moderacion, conservó la gracia del rey. Lariviere fue el presidente del nuevo ministerio; Novian, gran maestre de la corte, y encargado juntamente con Montaigu de la administracion de rentas. Retiráronse del palacio los partidarios de los príncipes y los disipadores del erario, y volvieron á él los antiguos consejeros de Cárlos V. Empezó á haber unidad en las operaciones del consejo: disminuyéronse los gravámenes públicos, y sin embargo se llenó el erario, que estaba vacío, por medio de prudentes economías. Se encargó la policía de París á Juvenal de los Ursinos, caballero italiano, cuyo hijo escribió la historia de Cárlos VI. En todas las partes del reino se pusieron en ejecucion las sabias reformas mandadas por el rey, excepto en el gobierno del duque de Berry, que favorecia los abusos, oprimia los pueblos, y con sus amenazas los obligaba á callar: pero Juan de Grandvelves, monge de san Bernardo, tuvo osadía para informar á Cárlos de los desórdenes de su tio. El rey le reprendió severamente, el duque se disculpó, y fue perdonado: mas no sin quedar sometido á una sobrevigilancia rigorosa.

Inglaterra estaba agitada: pero Francia tenia necesidad de reposo, y no podia aprovecharse de las disensiones civiles de aquel

pais. Por otra parte, no pudiendo haber paz solida con un gobierno poco estable, se adoptó el partido prudente de concluir una tregua de tres años.

Demencia de Cárlos VI (1390). El rey se aprovechó de ella para visitar las provincias y corregir los abusos. Al pasar por Aviñon, consiguió del sumo pontífice para su primo Luis de Anjou la investidura de los reinos de Nápoles y Jerusalen. Luis pasó con ejército á Italia, venció á Ladislao, hijo de Cárlos de Durazo, y tomó á Nápoles: pero en breve perdió todas sus conquistas, como ha sucedido siempre á los franceses, mas propios para ganar que para conservar.

En el viaje que hizo el rey por el mediodia, logró que Gaston de Foix, que no tenia hijos, le legase sus estados. En este tiempo las ciudades de Bolonia y Florencia, acometidas por Galeazo Visconti, duque de Milan, quisieron entregarse al rey de Francia: pero no fue admitida esta oferta, ya por no esponerse á una guerra lejana y peligrosa, como porque el duque de Orleans, hermano de Cárlos, favorecia la causa de su suegro Galeazo.

La felicidad, de que empezaba á gozar el reino, bajo el gobierno de un monarca bondadoso, liberal y clemente, hizo que se le diese á Cárlos el nombre de *amado*. Pero esta sombra de ventura desapareció en breve: las nuevas disensiones entre los príncipes, la cruel enfermedad del rey, y la ambicion y talento

del nuevo monarca de Inglaterra, sumergieron á Francia en un abismo de calamidades que duraron todo el reinado de Cárlos y muchos años despues de su muerte.

La tiranía del duque de Berry en su gobierno obligó al rey á quitárselo y darlo á Pedro de Chevreuse. El príncipe, atribuyendo su desgracia al condestable Clisson que no era su amigo, juró vengarse de él: y el duque de Bretaña, deseando aprovecharse de estos gérmenes de discordia, se negó á entregar las plazas que por el último tratado debia restituir al conde de Penthievre, yerno del condestable. Clisson, justamente ofendido, entró ausiliado de sus amigos en las tierras del duque y las taló. El duque hizo lo mismo en las suyas; pero el rey le mandó venir á Tours, y le condenó á restituir las plazas y pagar una suma de 100000 libras al condestable.

La sumision del duque de Bretaña, las victorias conseguidas contra los flamencos y la prolongacion de la tregua con los ingleses, produjo esperanzas de una larga paz, que se desvanecieron por el siguiente suceso. El duque de Orleans, hermano del rey, brillaba entre los caballeros de su tiempo, por su ingenio, valor y gentileza: pero estas raras cualidades, en vez de asegurar la dicha de su esposa Valentina de Milan, excitaban los temores de esta princesa amante y celosa.

El duque estaba muy amartelado de una dama de palacio, y confió su secreto á Pedro

de Craon, cuya imprudencia descubrió á Valentina lo que recelaba. Furiosa con los celos, se quejó amargamente á su marido; y este, irritado de la deslealtad de su confidente, no solo se enojó con él, sino ademas logró del rey un decreto para desterrarle de la corte. Craon, que estaba reñido con el condestable, le atribuyó su desgracia: pasó á Bretaña, despertó los resentimientos antiguos del duque de este pais, tomó á su sueldo veinte facinerosos, volvió secretamente con ellos á París, y los ocultó en una casa que tenia cerca del cementerio de Santiago: y una noche, saliendo el condestable de una fiesta que dió al rey en el palacio de san Pablo, y pasando por el cementerio para volver á su casa, le acometieron y le derribaron del caballo de una cuchillada. Clisson se defendió valerosamente, y logró refugiarse, siempre peleando, en la tienda de un panadero, donde cayó sin conocimiento, perdida mucha sangre de tres heridas que le habian dado. El pueblo acudió: los asesinos huyeron, y Craon no paró hasta su castillo de Sablé, situado en el Maine. Tres de los facinerosos fueron presos en su fuga, y ahorcados. El parlamento sentenció á Craon, declarado traidor, á confiscacion de bienes en favor del duque de Orleans. Como se sospechaba que el duque de Bretaña era cómplice en aquella maldad, el rey le escribió que entregase á Craon, que se habia refugiado á su corte; sino, se le formaria causa en el parlamento.

El duque respondió que ya no estaba en sus dominios el delincuente; lo que no era verdad.

Determinado el rey á vengar este desprecio del cetro, y la tardanza del duque en cumplir lo pactado, juntó tropas para entrar en Bretaña, y mandó á los duques de Borgoña y Berry, que le asistiesen con las suyas. Estos, mal su grado, obedecieron, y Cárlos, á pesar de las promesas de sumision del duque de Bretaña, continuó su marcha.

Ya hacía algun tiempo que los que se acercaban á la persona del rey, observaban cierto desorden en sus ideas y razonamientos. Unas veces enmudecia y se quedaba muy triste: otras prorrumpía en espresiones violentas. Un dia que caminaba al frente de su ejército, vió delante de sí á un hombre mal vestido, y feroz en sus miradas, que con voz espantosa le gritó: «¿adónde vais? os hacen traicion: os entregan á vuestros enemigos." Al mismo tiempo oyó el rey el ruido súbito de una espada que se cayó á uno de sus caballeros. Cárlos, agitado del terror y de la ira, pierde la razon, saca su espada, atraviesa con ella el pecho del caballero que dió motivo á su asombro, y mata á otros tres, uno de ellos el baron de Polignac. Sediento de sangre, acomete á los demas, hasta que se le cayó el acero de la mano. Entonces le cogieron, y le llevaron á Mans, donde le entró un letargo tan profundo, que á no ser por los latidos del corazon, se le hubiera tenido por

muerto. El letargo duró tres dias: cuando volvió en sí, y le contaron lo que habia hecho, se afligió en gran manera: confesó y comulgó, é hizo voto de ir en romería á Nuestra Señora de Chartres y á san Dionis. Hiciéronse rogativas públicas: se sospechaba que sus tios le habian dado yerbas: y los enemigos del duque de Orleans decian que su muger habia hechizado al rey. Valentina, como nacida en Italia, trataba mucho con encantadoras y astrólogos. Cárlos la amaba sobremanera, y en el delirio repetia su nombre. Esto bastaba para que en un siglo ignorante se diese crédito á semejantes estravagancias.

Abandonóse la empresa de Bretaña. El rey volvió á París, cumplió su voto, y regaló á la abadía de San Dionís una caja de oro, destinada á encerrar las reliquias de San Luis. Como quedó muy debilitado de esta enfermedad, no fue dificil á sus tios recobrar su cariño y el antiguo poder. Reuniéronse los estados, y se decretó que volviesen al consejo: y al punto comenzaron á perseguir á los ministros. Novian y Lariviere fueron presos y enviados á la Bastilla: el condestable Clisson, que temia la misma suerte, y peleaba con solas sus fuerzas contra el de Bretaña, no quiso obedecer cuando se le mandó venir á París, por lo cual fue declarado rebelde, y se dió su empleo á Felipe de Artois, conde de Eu, primo del rey. Pero á pesar del crédito

de los duques de Berry y de Borgoña, los ministros acusados se defendieron con tanta elocuencia y vigor, que salvaron las vidas, aunque no pudieron libertarse del destierro: y el rey, en un lucido intervalo, anuló el decreto dado contra el condestable.

Paz con Bretaña (1393). Clisson sostuvo mucho tiempo la guerra contra el duque de Bretaña, hasta que cansados de arruinarse sin fruto, hicieron paces. Al mismo tiempo se prolongaron por un año las treguas con Inglaterra.

Los tios del rey, siguiendo la política que habian observado durante su menor edad, procuraban distraerle de los negocios, cuando recobraba el uso de su razon, con banquetes y fiestas. En la que hubo para celebrar el matrimonio de una dama de la reina, se dispuso un baile de máscaras: y entraron en el salon cuatro personas que representaban sátiros encadenados: y para fingir mejor el pelo de estas deidades rústicas, llevaban vestidos cubiertos de pez sobre la cual iba pegada mucha lana. Uno de estos sátiros era el rey. El duque de Orleans se acercó imprudentemente con una luz para reconocerlos, y prendió fuego á los vestidos: como estaban asidos con las cadenas, no podian separarse, y empezaron á arder. Los circunstantes huyeron aterrados: solo la duquesa de Berry tuvo serenidad. Quitóse al momento su capa, rodeó con ella al rey, le apretó estrechamente entre sus brazos, apagó el fuego que ya empezaba á cebarse en él,

y desató las cadenas que le unían con los otros, que eran el bastardo de Foix, Aymeri de Poitiers y Hugo de Guisay, que todos perecieron abrasados de las llamas, por mas que se arrojaron, uno en un pozo, otro en un baño, y el tercero en el rio. El rey solo sacó algunas leves quemaduras: pero el terror, que le causó este accidente, aumentó la perturbacion de su espíritu, y desde entonces fueron mas frecuentes sus accesiones de demencia.

Eleccion del papa Benito XIII (1394). El cisma continuaba affligiendo á la cristiandad. Pedro de Luna, cardenal, fue elegido pontífice por el conclave de Aviñon, y disputaba la tiara, reconocido por España, Francia é Inglaterra, con Bonifacio, á quien obedecian Alemania é Italia. Sin embargo, ya estaban todos los príncipes y pueblos fatigados de tan escandalosa disension, y empezaban á proponerse medios para terminarla. Tres eran los mas obvios: la renuncia de los dos papas, el juicio por árbitros, ó la sentencia de un concilio general. La corte de Francia envió á Benedicto una embajada, compuesta de los duques de Berry, Borgoña y Orleans, tres obispos y otros señores, para moverle á hacer su dimision, como habia prometido cuando se le eligió, en el caso de que conviniese para la paz de la iglesia.

Pero ni él ni Bonifacio querian renunciar. Venceslao, emperador de Alemania, vino á París á defender la causa de este último pon-

tífice: pero la costumbre que tenia de embriagarse, le impidió asistir á las sesiones, y se volvió á sus estados despues de haber sido el ludibrio de Europa.

En fin, el rey de Francia, determinado á vencer la resistencia de Benedicto, reunió la asamblea del clero, y en ella se decretó negarle los subsidios y proveer por eleccion los obispados vacantes. De diez y nueve cardenales, que habia en Aviñon, diez y siete aprobaron este decreto y solo dos se opusieron á él. Tan deseado era de todos el fin del cisma. Benedicto se preparó á resistir á la tempestad: fortificó á Aviñon, juntó tropas, imploró el auxilio del rey de Aragon, que se conservó en su obediencia, y mandó prender á los cardenales disidentes.

La corte de Francia envió en socorro de ellos al mariscal de Boucciaut, guerrero célebre, con un cuerpo de tropas; libertó á los cardenales, entró en Aviñon, y sitió al papa en su palacio: pero treinta caballeros franceses, que validos de la oscuridad de la noche, penetraron en su recinto, fueron descubiertos y presos por las tropas del pontífice: y el mariscal, por libertarlos de la muerte con que los amenazaba Benedicto, si no cesaban las hostilidades, entró en negociacion, y se acordó que el papa renunciaría á la tiara, con tal que hiciese lo mismo su rival Bonifacio: Pero ni uno ni otro se verificó, y el cisma de la iglesia duró todavía algunos años.

Entretanto se concluyó una tregua de veinte y ocho años con el rey de Inglaterra, que tenia mucha necesidad de ella por las disensiones que afligian su reino, y se estipuló el casamiento de Ricardo II con Isabela, hija de Cárlos VI. El inglés restituyó la plaza de Brest al duque de Bretaña, y la de Cherburgo al rey de Navarra, que la cedió á la Francia. Con motivo de estas bodas se indultó á Pedro de Craon, asesino del condestable: su ánimo y carácter se habian mudado: pues á sus exhortaciones se debió que se aboliese la costumbre bárbara é irreligiosa de no conceder á los reos condenados á muerte el auxilio de un confesor.

Libre Francia del temor de la guerra contra los ingleses, empezó á fijar su atencion en los negocios de Italia, donde Galeazo Visconti, duque de Milan, amenazaba con sus armas las repúblicas de Génova y de Florencia. La primera se sometió á la autoridad del rey, entregando á sus embajadores un cetro, una espada y una silla, símbolos de la soberanía; y Galeazo, temiendo el poder de Cárlos VI, aunque no renunció á sus designios, los reservó para mas adelante.

Espedicion de Nicópolis (1396). Al mismo tiempo se abrió un nuevo teatro al ardor belicoso de los caballeros franceses. Segismundo, rey de Ungría, acometido por Bayaceto, sultan de los turcos, que se habia apoderado ya de Bulgaria y Valaquia, pidió socorro á

Francia: y aunque el gobierno nada hizo en favor de los cristianos oprimidos en el Oriente, cerca de dos mil caballeros voluntarios, mandados por Juan, conde de Nevers é hijo del duque de Borgoña, atravesaron la Alemania, tomaron por asalto la plaza de Raab, y pusieron sitio á Nicópolis. En esta espedicion se hallaron el mariscal de Boucciaut, que dirigia las operaciones, el condestable de Eu, el almirante de Viena y otros muchos guerreros de nombradía. Todos los historiadores de aquel tiempo hablan con admiracion del fausto que la nobleza de Francia ostentó en esta espedicion: de los ricos tapices de sus tiendas, de sus bajillas de oro y plata, de sus espadas y vestidos guarnecidos de diamantes. Esta magnificencia hacia gran contraste con la pobreza y sencillez de los alemanes y úngaros. Tambien llevaron á aquel pais remoto la ferocidad propia de las recientes guerras civiles de Francia: y en una batalla degollaron un gran número de prisioneros que no podian conservar.

Bayaceto acudió con un ejército numeroso y bien disciplinado en defensa de Nicópolis: ocupó una posicion ventajosa, la fortificó con empalizadas, y solo presentó al enemigo una parte de sus fuerzas. El rey de Ungría propuso á los franceses que le dejasen empezar la batalla con la infantería úngara, y se reservasen para completar y asegurar la victoria: pero aquella nobleza, tan altiva y denodada como ignorante, respondió que no habian ve-

nido de tan lejos para ver pelear á otros. Segismundo tuvo que ceder á su ardor, y dió la señal del combate, que empezó á la tres de la tarde. Los franceses acometieron con intrepidez, rompieron las empalizadas, mataron 10000 turcos é hicieron huir la vanguardia del enemigo: y si hubiesen esperado á que las tropas úngaras entraran en la accion, la victoria hubiera sido completa: pues Bayaceto iba ya á retirarse: pero la juventud francesa, sin oir los consejos de Boucicaut, Viena y el condestable, atacó, sola y sin apoyo, el centro de los mulsumanes, y los hizo replegarse un poco con pérdida de 5000 turços: pero como avanzaban siempre sin esperar á los úngaros, fueron rodeados por la numerosa caballería del sultan, y aun por los fugitivos que habian vuelto al campo de batalla. Túvose por inevitable la ruina de los franceses, y los úngaros, poseidos de terror pánico, huyeron sin pelear.

Los caballeros franceses vendieron caras sus vidas, y el combate fue de los mas ostinados y sangrientos. Cuando se vieron reducidos al número de tres mil hombres se rindieron: pero Bayaceto mandó degollarlos, y concedió la vida solamente á los condes de Nevers y de la Marcha, al duque de Bar, al mariscal de Boucicaut, y á otros veinte y cinco caballeros, á quienes dió libertad, mediante un rescate cuantioso. Tal fue el éxito de esta desventurada espedicion, debido al valor indisciplinado é impetuoso, que tantas victorias

ha arrebatado de las manos á los franceses.

Esta derrota causó en Francia mas ira que consternacion: y Boucciaut volvió al Oriente en socorro de Manuel, emperador de Constantinopla. Pero, despues de haber logrado muchas victorias de los turcos en el Asia menor, disminuido su ejército con sus mismos triunfos, volvió á Francia con Manuel en persona, á pedir nuevos auxilios, que no pudieron dársele por la escasez del erario. Salvó entonces al imperio griego la terrible invasion de los mogoles, mandados por Tamerlan ó Timurbek, que venció é hizo prisionero á Bayaceto en la batalla de Ancira, y quebrantó para mucho tiempo el poder de los otomanos.

Muerte de Ricardo II: nueva tregua entre Inglaterra y Francia (1399). Inglaterra era entonces el teatro de las mas sangrientas catástrofes. El duque de Glocester, tio de Ricardo II, y gefe de casi todas las conspiraciones que se habian formado contra este rey, fue preso y muerto por orden de su sobrino. Enrique de Lancaster, desterrado por la reyerta que tuvo con Tomás Mowbray, conde de Norfolk, y amenazado durante su destierro de perder la herencia de su padre Juan de Gante, primer duque de Lancaster que falleció entonces, desembarcó en la isla con pocas fuerzas, mientras el rey sujetaba á los irlandeses rebeldes, aumentó en gran manera su partido, se apoderó de la persona del infeliz Ricardo II, le encerró en un castillo, le mandó ase-

sinar, y se coronó rey de Inglaterra, contra los derechos de Felipa, hija de Leonelo, hermana mayor de Juan de Gante.

La reina Isabela, hija de Cárlos VI y víctima de esta revolucion, quedó prisionera en Londres despues de destronado su esposo. Cárlos no quería reconocer á Enrique IV de Lancáster por rey de Inglaterra: pero como entrambos reinos estaban cansados de pelear, los dos monarcas sacrificaron sus resentimientos al bien público, é hicieron treguas por veinte y seis años. Isabela recobró su libertad y su dote: y volvió á Francia, donde casó despues con un hijo del duque de Orleans.

Las recaidas de Cárlos VI eran cada vez mas frecuentes; y en 1399 padeció siete. Para aliviar su profunda melancolía en los intervalos, se inventaron los juegos de naipes, cuyas figuras conservan todavía nombres famosos en aquella época, y otros históricos y antiguos. Los príncipes y princesas, para libertarse de la obligacion de cuidar al rey, pusieron á su lado una jóven, hija de un vendedor de caballos, á la cual llamaban *la reina chica.* Entretanto la verdadera se entregaba á frívolas diversiones, á intrigas ambiciosas y á placeres criminales.

Francia hubiera sido menos infeliz, si hubiese tenido siempre un mismo gobernante: pero durante la mejoría del rey, mandaba él; y cuando empeoraba, los duques de Borgoña y Berry volvian á recobrar su poder. Escitó

base entonces la envidia del duque de Orleans contra ellos, y la de su esposa Valentina contra la duquesa de Borgoña: y de aquí nació el odio entre estas dos ramas de la familia real, tan funesto á la monarquía.

Valentina, dotada de grande hermosura, era muy amada de Cárlos VI: y sus enemigos atribuyeron á hechicería esta prediccion. El duque de Orleans fue tenido tambien por hechicero: porque dos frailes, que prometieron curar al rey y no lo consiguieron, para libertarse del furor popular, atribuyeron á los maleficios del duque el mal éxito de sus remedios.

Desde entonces se declaró el duque de Orleans contrario á sus tios en el consejo: sostuvo el partido de Benedicto, favoreció al emperador Venceslao contra Roberto de Baviera que le disputaba la corona, é hizo estrecha alianza con el duque de Gueldres. La division de los príncipes llegó á tal estremo, que uno y otro acercaron sus tropas á Paris, y hubieran venido á las manos sin la intervencion de la reina. Mas no por eso cesó la animosidad entre ambos partidos.

El duque de Orleans, lugarteniente general del reino (1400). El duque de Borgoña hizo un viaje á sus estados, y Valentina, duquesa de Orleans, se aprovechó de esta ocasion para hacer que el rey nombrase á su marido lugarteniente general del reino siempre que la enfermedad impidiese al monarca gobernar por sí mismo. El de Orleans, valido

de su nuevo título; hizo que Benedicto, fugitivo entonces, volviese á Aviñon, y fuese reconocido papa por la asamblea del clero de Francia. El gobierno francés se mostraba siempre enemigo de Enrique IV, rey de Inglaterra, y hubo hostilidades entre los buques de ambas naciones, y desembarcos y talas en las costas. Aunque Francia, gobernada por un rey demente, y por el duque de Orleans, no menos codicioso de dinero que sus tios, estaba débil y dividida, no obstante era célebre y glorioso su nombre hasta en las naciones remotas: y Tamerlan, caudillo de los mogoles y conquistador del Asia, envió á Cárlos VI un religioso dominico por embajador para hacer un tratado de alianza y comercio.

Juan sin miedo, duque de Borgoña (1403). Felipe el atrevido, duque de Borgoña, falleció, y le sucedió su hijo Juan, por sobrenombre *sin miedo*: príncipe sanguinario y despreciador de todas las leyes humanas y divinas. Su perversidad era tan conocida, que cuando cayó prisionero de Bayaceto en la batalla de Nicópolis, persuadieron los mismos turcos al sultan que le perdonase la vida en atencion á los males que su carácter habia de causar á los cristianos.

Su primera accion, cuando vino á Paris á rendir homenage al rey por sus estados, fue declarar guerra impía y civil al duque de Orleans y á la reina Isabela, que estaban entonces muy unidos; pero tan aborrecidos del pue-

blo por sus desórdenes y avaricia, que en un sermon, que se predicó en presencia del rey y de la corte, osó el predicador censurar públicamente los escándalos de la reina, y los vicios del de Orleans.

Juan de Borgoña, valido de estas disposiciones, y atrayendo á su partido los enemigos de su rival, entró en París al frente de seis mil hombres de armas, con el pretesto de prestar su homenage con mas solemnidad: infundió tanto miedo á la reina y al de Orleans, que huyeron á Melun: detuvo al delfin Cárlos que era muy niño, y juntó una asamblea de príncipes, pares, obispos y diputados de la universidad.

En esta asamblea propuso la reforma del gobierno y la convocacion de los estados; y dió el mando de París y el encargo de educar al príncipe, á su tio el duque de Berry. El de Orleans juntaba tropas, como lugarteniente general del reino, determinado á no consentir ninguna division ni menoscabo de su autoridad. Avistáronse ambos ejércitos cerca de Montfaucon: pero como el pueblo detestaba la guerra civil, logró el duque de Borbon reconciliar á los dos príncipes ambiciosos. Licenciáronse las tropas, la familia real volvió á París, y se resolvió continuar con empeño la guerra contra los ingleses.

Toma de Blaye (1406). El duque de Orleans mandó el ejército de Guiena, y el de Borgoña, el del Artois. La campaña fue insig-

nificante, sin mas ventaja que la toma de Blaye: porque ni el primero pudo apoderarse de Burdeos, ni el segundo de Calés. Acusáronse mútuamente los dos, segun la costumbre, del mal éxito de sus espediciones.

Asesinato del duque de Orleans (1407). Hiciéronse treguas por un año, y los príncipes volvieron á París, donde emprendieron guerra cruel de intrigas, acusaciones y calumnias, durante casi todo el año. En fin, el duque de Berry logró que fuesen á oir misa juntos el 20 de noviembre, y jurasen ser amigos: juramento sacrílego, que fue quebrantado tres dias despues por el crímen mas horroroso.

El duque de Orleans estaba de visita en el cuarto de la reina Isabela en el palacio de Barbette, cuando se le avisó que el rey le mandaba á llamar con urgencia al palacio de San Pablo donde residía. Era ya de noche, y el duque, por ir mas aprisa, no quiso llevar mas escolta que dos escuderos y tres pages con hachas. En medio de la calle Barbette le acometieron diez y ocho hombres, y el que los mandaba, le cortó la mano de un hachazo. "¿Qué haceis? dijo el príncipe: yo soy el duque de Orleans." "A ese buscamos," respondieron los asesinos. Derríbanle del caballo, con otro golpe en la frente: y cuando ya estuvo en el suelo, le hicieron pedazos la cabeza. Los asesinos huyeron. La consternacion fue general en la corte, y en el pueblo. Fue llevado el cadáver á la iglesia, llamada de las

Capas blancas, y se puso á sus pies el de un escudero suyo, que se echó sobre su cuerpo cuando cayó en tierra, para recibir el golpe por su amo, y que pereció sin poder salvar al infeliz príncipe. El duque de Borgoña se presentó en dicha iglesia, derramó lágrimas, y asistió á los funerales de su rival.

Entretanto el preboste mandaba cerrar las puertas de Paris, buscaba á los asesinos en todas las casas y palacios. Presentóse en el de Borgoña, y pidió permiso para registrarlo. El duque se lo concede, mudado el color y con balbucientes palabras: huye de su palacio; busca á Luis de Anjou, rey de Sicilia, y al duque de Berry, les confiesa haber sido el autor del asesinato, huye de París, vuela á Flandes, junta los estados de aquel señorío, disculpa facilmente su accion ante el pueblo que detestaba á los franceses, y reune un ejército para asegurar el fruto de sus maldades.

Entrada triunfante del duque de Borgoña en París (1408). En vano los príncipes de la sangre tuvieron conferencias con él para disuadirle de su propósito: en vano le presentaron una orden del rey que le prohibia volver á París. El de Borgoña sabía muy bien que los parisienses aborrecian de muerte al duque de Orleans por sus vicios, y le amaban á él por su valor y prodigalidad. Así que, á pesar de todas las advertencias y reprensiones, marchó con sus tropas á la corte, entró en ella en medio de las aclamaciones del pueblo, y se

presentó al infeliz monarca, que se vió obligado á recibir con agrado y cortesía al homicida de su hermano. El virtuoso duque de Borbon, no queriendo vivir entre monstruos, huyó á sus estados, y se negó á tomar parte en el gobierno.

El duque de Borgoña tuvo la avilantez de exigir del rey que le permitiese justificar su conducta en la corte de los pares, y el rey la debilidad de consentirlo: lo que dió motivo á un nuevo crímen, mas pernicioso quizá que el mismo asesinato, cuanto vá de una mala máxima á una mala accion. Reunióse el tribunal el 8 de marzo: y ante él pronunció Juan Petit, doctor en teología, un discurso tan infame por su mal gusto y la absurdidad de su lógica, como por la atrocidad de su doctrina y la indecencia de los motivos del orador para defender al duque de Borgoña, esplicados candorosamente por él mismo.

Prueba en primer lugar á su manera que el duque de Orleans habia sido tirano, y ademas hechicero: y de algunos hechos siniestramente interpretados del Antiguo Testamento, y de los ejemplos de las repúblicas antiguas de Guiena é Italia, concluye que no solo es lícito, sino tambien meritorio y laudable asesinar los tiranos. A esto se reduce la célebre defensa de Juan Petit, el cual tuvo buen cuidado de advertir á los que le oian, que si defiende al de Borgoña es porque gozaba una pension de este príncipe: para que la posteridad no igno-

rase que su corazon era tan ruin, como desatinada su cabeza, é indecente su estilo.

El parlamento no dió sentencia: porque todos sus individuos se dispersaron; la reina y el delfin huyeron á Melun, y el de Borgoña quedó en París dueño de la persona del rey y árbitro del gobierno. En este tiempo murió el papa Bonifacio, y los cardenales de su obediencia nombraron para sucederle, á Inocencio VII; y muerto este, á Gregorio X.

Rebelion de Génova contra los franceses (1409). Algunos cardenales de la obediencia de este papa, enemistados con él, se refugiaron en Pisa; auxiliados por los votos de todos los príncipes cristianos, que deseaban la terminacion del cisma, reunieron un concilio en que fueron depuestos Benedicto y Gregorio; y elegido pontífice Alejandro V: de modo que en lugar de haber dos papas, hubo tres.

Una espedicion que tuvo que hacer en Bélgica el duque de Borgoña para someter á los de Lieja, que se habian rebelado, animó á la reina y al delfin para volver á la capital al frente de 3000 hombres que habian reunido. Volvieron á tomar las riendas del gobierno: el parlamento, por querella de Valentina, duquesa viuda de Orleans, condenó á su asesino, y el delfin aseguró á la viuda que Juan de Borgoña sería perseguido como enemigo público. Pero apenas volvió este príncipe á la capital, fiado en el afecto que le tenian los pa-

risienses, varió el aspecto de los negocios: la reina y el delfin volvieron á salir de la corte, y despues de algunos combates, que hubo en Turena entre ambos partidos, se vino á una vergonzosa transacion, en que se estipuló que el duque imploraria el perdon, que el rey se lo concederia, é interpondria su autoridad para que el delfin, y el duque de Orleans, hijo del asesinado, se reconciliasen con él. En efecto, así se hizo: y por medio de esta farsa se sobresanaron llagas incurables, y continuamente irritadas por el odio, la venganza y la ambicion.

Era imposible que la dignidad y poderío de Francia se sostuviese en los paises estrangeros, cuando dominaba la anarquía en lo interior, y el trono del hijo de Cárlos V era conmovido hasta sus cimientos por la discordia de los príncipes, la codicia de los grandes y la turbulencia de los pueblos. Y así el mariscal de Boucicaut, vencedor de los turcos, libertador del imperio griego, protector y gobernador de Génova, árbitro entre Florencia y Milan, y pacificador de Italia, vió destruirse en esta época el poder adquirido con tanta prudencia y hazañas. Los pueblos de Lombardía, cansados de la dominacion opresiva de sus príncipes, se sublevaron contra el duque Galeazo y sus hermanos Felipe y Gabriel: de los cuales el primero mandaba en Alejandría, Navarra, Vercel, Tortona y Pavía, y el segundo en los estados de Pisa. La acome-

tida fue tan pronta que no hubo tiempo de oponerle resistencia: los rebeldes se apoderaron de casi todas las plazas: y los príncipes desposeidos imploraron la proteccion de Francia. Boucicaut, que jamas contó el número de los enemigos, marchó á Lombardía con su ejército, pequeño á la verdad, pero muy aguerrido, se apoderó de Milan, restituyó la esperanza y el ánimo al duque, y ocupó su trono como representante del rey de Francia, protector de aquellos príncipes. Pero mientras gozaba de este triunfo, que habia de ser el último, tuvo noticia de la grande revolucion que al mismo tiempo estallaba en Génova, donde fueron asesinados todos los franceses, y en desprecio de los juramentos hechos por la república á Francia, nombrado dux Teodoro, marques de Monferrato. Unos autores atribuyen esta rebelion á los manejos de los gibelinos: otros, á la severidad injusta de Boucicaut, que habia condenado á muerte por conspirador á Gabriel Visconti, cuyo verdadero delito era deberle dinero y no pagárselo. Boucicaut y el señor de Lafayette, que era su segundo, sorprendidos é indignados de tan imprevista mudanza, marcharon rápidamente á Génova: pero sus esfuerzos fueron en vano contra la resistencia de los genoveses, y los muros de la ciudadela se burlaron de la paciencia y de la intrepidez. El duque de Milan, no menos ingrato que aquellos republicanos, volvió las espaldas al poder caido, y se

libertó de la dependencia de los franceses: de modo que el ilustre mariscal, tan afortunado hasta entonces en todas sus espediciones, hubo de abandonar á Italia y volver á su patria vencido y fugitivo. Como la escena de estos grandes sucesos era lejana, no hizo caso de ella el gobierno francés, afligido por las calamidades con que amenazaba al reino la insaciable ambicion del duque de Borgoña.

Juan sin miedo, descontento siempre cuando no reinaba, y cansado de la paz, que le obligaba á sufrir en el consejo iguales y colegas, formó el designio de dividir á los príncipes para dominarlos. Con este objeto, procuró ganar la amistad de los duques de Berry y de Borbon, y de los reyes de Navarra y Sicilia para destruir el crédito y autoridad del duque de Orleans, del conde de Armagnac y de la reina. Isabela, cuando supo esta conjuracion, temió: huyó segunda vez á Melun, llevando consigo al delfin, y á pesar de las solicitaciones de la corte y de la ciudad, declaró que no volveria á París sino por el mes de diciembre. El de Borgoña y los príncipes de su partido conocieron que era necesario volver á ganar el afecto de los parisienses que se mostraban decididos en favor de la reina, manifestando la firme resolucion de respetar sus derechos y de aliviar sus males adoptando medidas de economía severa. Suspendióse la cámara de cuentas: encargóse á los condes de la Marcha, de Ven-

doma y de san Pol examinar con rapidez la situacion de la hacienda y denunciar los concusionarios: en fin, para reconquistar el favor popular, se restituyeron á los vecinos de París sus privilegios, regidores, preboste, centuriones, gremios y armas. Confiósceles la guardia de la ciudad, y aun lograron el permiso de poner feudos con las mismas franquicias y prerrogativas que los nobles; y para gozar de todas ellas, les bastaba probar que habian nacido en París. Estas providencias causaron universal alegría: pero la gratitud del pueblo que se manifestó en afectuosas demostraciones, no realizó completamente las esperanzas del duque de Borgoña: porque los diputados del vecindario terminaron sus acciones de gracias declarando, que si volvia á encenderse guerra civil entre los príncipes de la sangre, la ciudad de París no tomaria parte en ella sino en virtud de órdenes directas y orales del rey. Se creyó que Juan de Montaigu, como ministro fiel, les habia aconsejado hacer esta declaracion, y el duque resolvió perderle. El rey de Navarra se unió á él para este designio, y sin consultar al duque de Berry, protector del ministro, le enviaron preso al Chatelet. Dessarts, preboste de los mercaderes, ejecutó este orden riguroso, y prendió tambien al obispo de Cambray y á Pedro del Eclat, validos y consejeros, el primero de la reina Isabela, y el segundo del duque de Berry.

Quebrantáronse todas las formalidades le-

gales: Montaigu fué juzgado por una comision, y no se le admitió la apelacion al parlamento; ni la excepcion eclesiástica de haber sido clérigo cuando jóven. Este ministro, de familia plebeya é hijo de un notario, habia logrado por su talento tener mucha influencia y poderío. El pueblo le amaba y se compadecia de él; y esta popularidad era un nuevo delito para el duque de Borgoña. El infeliz sufrió todos los horrores del tormento, sin declarar mas delito que algunas dilapidaciones de que nadie estuvo exento en aquella época, y justificó noblemente la memoria del duque de Orleans, insultando y castigando á un mismo tiempo el asesino de este príncipe y perseguidor suyo. Despues, á pesar de las súplicas del obispo de París su hermano, se le cortó la cabeza en el mercado á la vista del pueblo afligido de tan injusta violencia. Cárlos VI recobró el mismo dia el juicio y la salud, y supo con el mayor pesar la muerte de su fiel ministro. Quiso castigar á los jueces: pero todos se conjuraron para engañarle. So color de celebrar su convalecencia, se le convidó á un banquete solemne, donde se le presentó una bajilla tan magnífica, que excitó su admiracion. "Esta bajilla, le digeron los príncipes, era de vuestro padre y vuestra: y no ha mucho que la encontramos en el castillo de Marcoussy, perteneciente á Montaigu." Este hecho, verdadero ó fingido, disipó el enojo del rey, y olvidó á su ministro. Juan de Borgoña

temia el influjo de Isabela sobre su esposo; y ganó á esta princesa, casando á su hermano Luis de Baviera con la hija del rey de Navarra, y dando á los reciencasados el mismo castillo de Marcoussy confiscado á Montaigu. Tambien recobró la amistad del duque de Berry, cediéndole las rentas de Guiena: mas no pudo ganar al virtuoso duque de Borbon, que inconsolable por la muerte del ministro á quien estimaba y queria, se retiró segunda vez de la corte donde dominaban los vicios, y las virtudes eran premiadas con el cadalso. Su ausencia alhagó mucho á los otros príncipes, porque les quitó un testigo importuno de sus crímenes y de su tiranía. Pero como la opinion pública exigia reformas, disminuyeron muchos impuestos, y suprimieron algunos. Los desórdenes de la reina causaban general indignacion: y como el delfin tenia ya catorce años, se le separó de su madre, y se confió su educacion al duque de Borgoña. Para suavizar esta injuria, hecha á Isabela, se renovaron las letras patentes del rey que le daban la presidencia del consejo en caso de enfermedad del monarca, y el duque de Borgoña juró que seguiria siempre sus dictámenes, y dió al de Berry por fiador de estas promesas. El preboste Desessarts, instrumento de la persecucion contra Montaigu, recibió en premio la superintendencia de la hacienda, á despecho del duque de Berry que le detestaba.

Guerra con los ingleses (1410). En este tiempo Luis de Anjou, despues de haber vencido en dos combates en Italia á Ladislao, que le disputaba el reino de Nápoles, le dejó tiempo para recobrar fuerzas, y fue arrojado de la península. Ladislao manifestó el descuido de su rival en las espresiones siguientes, muy célebres en aquel siglo: "Si Luis hubiese seguido el alcance el mismo dia en que me venció, se habria apoderado de mi persona y del trono: si me hubiese perseguido al dia siguiente, yo me hubiera salvado, pero el reino seria suyo: ha esperado á mas tarde, y se quedará sin lo uno y sin lo otro."

Entretanto volvió á comenzar la guerra con los ingleses, porque la tregua se habia concluido. La escuadra francesa acometió y destruyó á la enemiga que pasaba con tropas desde la isla á Guiena: pero este triunfo se compensó con el incendio de los almacenes y máquinas, preparadas por el duque de Borgoña para el sitio de la plaza de Calés. Un carpintero, sobornado por los ingleses, les prendió fuego. Al mismo tiempo el duque de Bretaña tomó las armas contra el de Pentiebre, por recobrar la ciudad Moncontour, que el señor de Chateaubriant habia cedido á este; y para sostener su causa, imploró el socorro de Enrique IV, rey de Inglaterra, por lo cual se enojó mucho el de Francia: pero los duques de Berry y de Borbon mediaron, y se apaciguó esta discordia, que pudo haber

dado á los ingleses la alianza de Bretaña.

Las conferencias para la mediacion se celebraron en Gien, y en ellas manifestaron el duque de Orleans y los condes de Foix, Clermont y Armagnac grande resentimiento contra el de Borgoña, que habia despojado de sus empleos á todos los amigos de los príncipes, engañado á la reina y al rey, y que gobernaba el reino como tirano cruel y codicioso. El duque de Orleans no podia sufrir la violencia con que le habian obligado á dejar impugne el asesinato de su padre. El duque de Berry llegó á conocer que el Borgoñon era dueño del gobierno, á pesar de sus fingidas protestaciones de amistad, no le dejaba mas que el destino de primer esclavo: y los demas príncipes y señores le acusaban de haber faltado á la promesa que habia hecho de renunciar á la administracion del reino. De las quejas pasaron á los proyectos de venganza; firmaron una confederacion, y resolvieron marchar á París á pedir al rey por medio de un memorial, que libertase á Francia de las calamidades en que la surmegia la ambicion de un solo hombre. Tomada esta determinacion, y dado parte de ella á los demas obispos y señores, se separaron para alistar tropas. El de Borgoña procuró conjurar la tempestad con súplicas y representaciones; pero al mismo tiempo formó un ejército para no hallarse desprevenido en la ocasion. Escribió á las ciudades para interesarlas en su favor: pero

todas, inclusa Paris, se le mostraron desafectas; y el rey, que en esta ocasion tenia buena salud y se manifestaba dispuesto á gobernar por sí mismo, prohibió á todos los príncipes y á todas las ciudades tomar las armas. El duque de Berry, gefe de la confederacion, respondió á las protestaciones amistosas del borgoñon y á las órdenes de Cárlos VI, que "sus tropas y las de sus amigos se reunirian en Chartres; y que allí se conoceria la pureza de sus intenciones." Juan de Borgoña, viendo que la guerra era inevitable, comenzó las hostilidades apoderándose de Creil del Oise: y temiendo la inconstancia de la reina, pasó á Melun donde esta se hallaba, puso tropas en el castillo y la persuadió á venir con él á Paris, donde entró con ejército considerable, formado de los refuerzos que le dieron las provincias de Brabante, Flandes, Borgoña y Picardía. Los parisienses, indignados de verse en la dependencia de la soldadesca forastera, querian que el rey se pusiese al frente de ellos y arrojase de su capital al tirano que la subyugaba: pero ni las fuerzas del ánimo ni los ausilios de que á la sazon podia disponer Cárlos, eran suficientes para tan ardua empresa. Dominado por el borgoñon, envió orden al duque de Berry para que depusiese las armas: pero no fue obedecido. La reina, que fue despues á persuadir lo mismo á los confederados, tampoco logró nada. El duque y sus aliados marcharon contra Paris, y pusieron

sus cuarteles junto á las murallas: el de Berry se acampó en Bicetre, y el de Orleans, junto á Gentilly. Los parisienses, que les tenian mas odio que temor al duque de Borgoña, consintieron en fin en alistar y formar milicias para defender la ciudad contra los príncipes, cuyas tropas acababan de saquear á san Cloud. París, amenazada de un asalto, que podian favorecer enemigos interiores y ocultos, tomó el aspecto de una plaza de armas: estaba iluminada por la noche, llena de cuerpos de guardia y de patrullas: enviaronse 200 hombres á guardar el puente de Charenton. Al mismo tiempo propuso el gobierno frances al rey de Inglaterra una tregua de un año, y fue aceptada, ó porque los ingleses estaban afligidos tambien con divisiones intestinas, ó porque esperaban á que sus contrarios se destruyesen con guerras civiles para caer sobre ellos con mas ventajas.

Para evitar tantos males y peligros, propuso el rey de Navarra un proyecto de reconciliacion, cuya base era que los príncipes renunciasen al gobierno, y se confiase esto á una junta nombrada por el rey. El de Borgoña aceptó sin dificultad: el de Berry, despues de haberse resistido, viendo que la guerra civil agotaba sus recursos, accedió al tratado. Los ejércitos se dispersaron, los duques se retiraron de la corte, el prêboste Dessart fue depuesto, y nombrado en su lugar Brunot de Saint Clair, el rey concedió una

amnistía general, y nombró un consejo compuesto del arzobispo de Reims, dos obispos y doce señores. Este tratado se llamó *la paz de Bicetre*: pero el pueblo, preveyendo lo futuro, se empeñó en llamarle *la traicion de Bicetre.*

En efecto las rencillas de los príncipes comenzaron poco despues con nueva vivacidad. El duque de Borgoña publicó que se habia formado una conspiracion poderosa para apoderarse de las personas del rey, de la reina y del delfin, y gobernar en su nombre; y denunció como autores de esta maldad al condestable, al conde de Alenzon, al duque de Orleans y al conde de Armagnac, su suegro. El pueblo, que siempre cree en las traiciones, concibió el odio mas violento contra el partido de estos señores, y le puso el nombre, funestamente célebre, de partido de los *Armañaques*. Apenas supieron los príncipes la acusacion intentada contra ellos, pidieron justicia al rey contra los calumniadores, y alistaron tropas. Cárlos VI, afligido por desprecio que se hacía de su autoridad, y de la paz recien jurada, mandó que cesasen los armamentos, y nadie obedeció. Los armañaques talaron el Beaucé: pero el mariscal de Boucicaut marchó contra ellos y los ahuyentó. El rey nombró por árbitros de esta querella á la reina y al duque de Berry: el duque de Borgoña dudó si los admitiria: el de Orleans exigió que ante todas cosas fuesen cita-

dos en juicio algunos individuos del consejo enemigos suyos. Esta pretension tan atrevida é importuna fue una declaracion de guerra. El consejo propuso á Cárlos romper la negociacion, ajustarse con el de Borgoña, y obligar á los príncipes á someterse por fuerza de armas. No deseaba otra cosa el borgoñon, que en el momento ofreció al rey su persona y su brazo: pero pidió tropas y dinero. La universidad hizo en esta ocasion al rey representaciones insolentes, y el canciller del reino se contentó con reprehender asperamente su atrevimiento. Los armañaques esparcieron por todas las provincias manifiestos y un cartel de desafío del duque de Orleans, concebido en estos términos. «Cárlos, duque de Orleans y de Valois, Felipe y Juan de Orleans, condes de Vertus y de Angulema; á tí, Juan, que te llamas duque de Borgoña, por el homicidio horrible y alevoso que has cometido contra nuestro respetable padre y señor Luis, duque de Orleans, hermano único del rey, te desafiamos y declaramos, etc, etc." El duque de Borgoña no escaseó las injurias en su respuesta: llamó á los príncipes de Orleans embusteros, falsarios, deshonestos; y á su padre envenenador, tirano y mágico: añadiendo que tenia á mucha gloria haber libertado de tal monstruo al rey y á la Francia.

Cárlos VI, dominado por todos los que le rodeaban, mas no resolviéndose todavia á ver su reino destrozado é inundado de san-

gre por los mismos que parecian mas interesados en la conservacion del orden y en el mantenimiento de las leyes, procuró reconciliar aquellos príncipes delirantes por la mediacion de Isabela y de algunos diputados de París; que hablaron con el duque de Berry; el cual, para dar lugar á los confederados de reunir sus fuerzas, manifestó falsos deseos de paz. Pero los parisienses, oida esta palabra, ciegos por el odio á los armañaques, pidió á gritos que se encargase á un borgoñon el gobierno de la capital: y así se dió este destino importante al conde de san Pol, cuya primer diligencia fue dar muerte ó echar de París á todos los que se sospechaba que eran amigos del de Orleans.

Con este designio y para ganar el afecto de la muchedumbre, dió su confianza á un carnicero rico llamado Legoix, y á sus tres hijos, hombres ardientes y amados del pueblo. Dióles por compañeros otros vecinos y artesanos, gefes los mas conocidos de las corporaciones gremiales. Estos organizaron una milicia de 500 hombres, dispuestos á cometer todos los crímenes que se les mandasen. Los gefes de la faccion popular, no eran artesanos, y ni aun ejercian su misma profesion: sino vecinos que tenian subalternos para ejercer su comercio, mientras ellos estaban encargados de abasto de la capital y de la intendencia de la carnicería mayor: corporacion antigua compuesta de 20 familias. Se conserva uno de sus

contratos, del año 1210, en el cual se habla de otro anterior: y en tiempo de Luis XIII quedaban todavía descendientes de aquellos carniceros. Su carácter feroz, en la época de que hablamos, fue el terror de los ricos, de los nobles y de los vecinos pacíficos: y el partido mismo que se valia de ellos, temblaba en su presencia. Cárlos VI autorizó al cuerpo de carniceros para que tomase las armas: y al punto corrieron en cuadrillas por todas las calles, deteniendo, insultando y degollando á los armañaques, en venganza de los escesos que cometian las tropas de este partido en las cercanías de París. Los armañaques, que eran valientes y estaban armados, resistieron algun tiempo: pero, por su corto número, perecieron casi todos. El terror fue general: y los vecinos más ricos se ausentaron de París para salvar sus vidas. En medio de esta esplosion de pasiones violentas, el obispo de Saintes, digno ministro del evangelio, se atrevió á proponer la paz en el consejo; y pidió al rey que mandase al de Borgoña dar satisfaccion al duque de Orleans para que cesasen las enemistades. Apenas se supo esto en la ciudad, los carniceros enfurecidos, y sus feroces satélites buscaron por todas partes al obispo, pidiendo á gritos su cabeza. Cárlos y el delfin, no creyéndose en seguridad en el palacio de san Pablo, se retiraron al Louvre: las amenazas, gritos y escesos de aquellos furiosos perturbaron de nuevo el cerebro del rey,

y tuvo un ataque de demencia. San Pol, desembarazado por este accidente, de la resistencia del monarca, aumentó sus fuerzas y organizó nuevas compañías de carniceros; y obligó al delfin á publicar un edicto confiscando los bienes de todos los partidarios de los príncipes que habian huido de París. El duque de Orleans, por represalias, taló la Picardía: el conde de Armagnac saqueó la ciudad de Roye: Bernardo de Albret se apoderó de Ham: los habitantes de Orleans, de Montlhery: pero fueron rechazados de Corbeil, y los paisanos armados asesinaban á los soldados armañaques, siempre que los encontraban en corto número.

El duque de Borgoña triunfaba: el consejo del rey, el gobierno y pueblo de la capital, obispos y magistrados, todos en fin estaban sometidos á su voluntad. Entonces se fulminó contra los príncipes y sus partidarios el mismo decreto de proscripcion que se habia promulgado en tiempo de Cárlos V contra los aventureros. Se quitó á Dangest el empleo de gran maestre de la artillería, porque habia recibido una carta del duque de Borbon: y se embargaron las temporalidades del arzobispo de Sens, hermano del desgraciado Montaigu. Se quitó al duque de Berry el gobierno de Guiena, y se dió al señor de San Jorge: y no se sabe por qué razon, en este trastorno de destinos, se dejó al mariscal de Albret el que tenia.

El duque de Borgoña sitió, al frente de

6000 hombres, la plaza de Ham, abrió brecha á cañonazos y se apoderó de la ciudad. Su hermano el conde de Nevers devastó el territorio de Tonnerre que se habia declarado en favor de los príncipes. El borgoñon cometió entonces un gravísimo yerro, y fue llamar en su socorro á los ingleses é introducirlos en el reino. El conde de Arundel se le reunió con 800 hombres de armas y mil flecheros. Esta noticia escitó grande indignacion en Francia, en la corte y hasta en el ejército borgoñon. El duque, aterrado por los gritos de la opinion pública, escribió al delfin disculpando esta accion, y diciendo que su alianza con los ingleses solo era defensiva, y no contenia ningun artículo perjudicial al reino. Este mismo escrito dirigió á todos los pueblos de Francia. Como Desessan le habia servido harto bien, destituyó á Saint Clair, y volvió su empleo al antiguo preboste, que activo y valiente, puso en estado de defensa á Creil, San Cloud, Charenton, Corbeil y San Dionis. Hubo muchos combates parciales entre ambos ejércitos, que hallándose á 10 leguas uno de otro cerca de Mont Didier, parecian dispuestos á dar una batalla decisiva: pero los flamencos y picardos declararon que ya se habia cumplido el tiempo de su servicio feudal, y sin atender á mandatos ni á súplicas, se volvieron á su pais. El duque de Borgoña hubo de retirarse al Artois, como si hubiese sufrido una derrota.

El de Orleans pudo seguirla: pero como el objeto de su ambicion era París, se acercó á esta ciudad, y dió un asalto á San Dionis, en que fue rechazado. Mas el príncipe de Orange, gobernador de la fortaleza, no tenia municiones y hubo de capitular; como tambien el de San Cloud. Entonces los orleanistas bloquearon á París y talaron los campos hasta Normandía. Estos sucesos infundieron espanto en una parte de la poblacion de París, y en otra, sed de venganzas. Cuatrocientos vecinos marcharon á recobrar á San Cloud: pero cayeron en una emboscada y fueron degollados. Este reves dobló la violencia de los facciosos, y no pudiendo vencer á sus enemigos, se vengaron infamemente en el duque de Berry, entregando á las llamas su castillo de Bicetre, que era entonces el mas hermoso, vasto y mejor mueblado del reino, y mas rico en cuadros y estátuas. El arzobispo de Sens, que tenia tambien injurias que vengar, se valió de un medio mas inocente y decoroso. Habiendo adquirido el original del tratado, que el borgoñon habia hecho con los ingleses, esparció copias de él: y así se supo que Juan daba su hija en casamiento al príncipe de Gales, y prometia al rey de Inglaterra prestarle homenage por el condado de Flandes. La publicacion de esta alianza, muy dificil de justificar, y el efecto que causaban en el pueblo los triunfos de los armañaques, convencieron á Juan que le era forzoso volver á París si habia de con-

servar su influencia: y aunque no tenia mas tropas que los auxiliares ingleses, se atrevió á acercarse á Pontoise y aparentó acometer esta plaza.

El de Orleans, engañado por este movimiento, acudió á pelear con el enemigo: y durante su marcha, torció el de Borgoña el camino, pasó el Sena por el puente de Meulan, y allí encontró 3000 parisienses que le introdugeron en la capital por la puerta de Santiago sin haberse opuesto ni un solo hombre de las tropas que bloqueaban la plaza. La alegría que causaba al pueblo la presencia del duque de Borgoña, se templaba mucho con la vista de los ingleses. Estos, para ganar el afecto del vecindario, hicieron una salida al dia siguiente, acometieron á las tropas de los príncipes, apostadas en Montmartre y en la Chapelle y volvieron á París con gran número de prisioneros. Los caudillos de los dos partidos hicieron entonces dos descubrimientos de que sacaron mucha utilidad. El de Orleans halló en San Dionis un rico tesoro, que la reina habia ocultado allí, y lo repartió con sus gendarmas. El de Borgoña encontró en el tesoro de cartas una bula de Urbano V contra los *camineros*, *cerreros*, *tardíos* y otros bandidos de las épocas anteriores: y el consejo y el parlamento la aplicó contra los orleanistas. Tocáronse las campanas en todas las iglesias: apagáronse las velas: fue prohibido dar á los príncipes y señores de la faccion de Armagnac

los títulos que les pertenecian. El pueblo, añadiendo al furor de la guerra civil este nuevo estímulo, degolló los prisioneros que habian caido en poder del partido de Borgoña, y arrastró sus cadáveres al muladar.

Por una concurrencia funesta de circunstancias, fueron acometidos en este mismo tiempo por los borgoñones, los atrincheramientos que tenian los orleaneses, cerca del puente de San Cloud: la victoria quedó por los de Borgoña, y perecieron 900 de los de Orleans. El duque, desanimado por este reves, se retiró tan precipitadamente que dejó en poder del enemigo casi todos sus equipages. La fortuna parecia declararse á favor de los borgoñones: hicieron prisionero al conde de Vertus, hermano del de Orleans. El Limosin, la Guiena y el Languedoc se sometieron al vencedor, y muchos señores y ciudades abandonaron el partido de los príncipes. En medio de tantos triunfos sufrió Juan de Borgoña un solo reves: el conde de la Marcha, que mandaba una de sus divisiones, fue vencido, preso y llevado á Orleans, con otros muchos caballeros; cuya prision salvó la vida á los pocos armañaques que quedaban prisioneros en poder de los borgoñones: porque estos no se atrevieron á hacerles daño por temor de las represalias.

Paz de Bourges (1411). Cárlos VI recobró su razon en el mes de enero de este año: pero sometido al duque de Borgoña, quito la espada de condestable al Señor de Albret, y

la dió al conde de San Pol: lo que no impidió que este caudillo fuese derrotado en el primer combate que tuvo con los orleanistas. El partido de los príncipes cometió entonces la misma maldad que habia echado en cara al borgoñon, pidiendo auxilio al rey de Inglaterra, y tomando tropas inglesas á su sueldo. El gobierno interceptó las cartas relativas á esta negociacion, el rey las leyó, é indignado resolvió continuar la guerra con el mayor denuedo. Púsose al frente de sus tropas, y mientras marchaba con el duque de Borgoña hácia el Loira, encargó al condestable de San Pol la defensa de Picardía.

El nombre del rey, y el oriflama que tremolaba su ejército, tenian grande influjo en el ánimo de los pueblos, y muchas ciudades le abrieron las puertas. Despues sitió á Bourges. Los príncipes, que tenian inteligencias en el campo del rey, formaron el designio de apoderarse del monarca: y para favorecer á los que debian entregarlo, salieron 500 soldados de la ciudad, y dieron un ataque falso contra el campamento: pero esta conspiracion fue descubierta y se malogró. La ostinacion de los sitiados era igual á la de los sitiadores: el tiempo pasaba: la escasez, y las enfermedades que produce, consumian los ejércitos, y debilitaban hasta el rencor: mas de 2000 caballeros habian fallecido del contagio. Estas calamidades de la guerra intestina triunfaron de los corazones mas endurecidos, y los obligaron á

desear la paz. Los duques de Berry y de Borgoña tuvieron conferencias presididas por el delfin; y se ajustaron en breve, porque el descanso era igualmente necesario á uno y otro partido. Se acordó que la plaza de Bourges sería entregada al delfin: que el duque de Berry y sus aliados implorarian la clemencia del rey; renunciarian á toda alianza con Inglaterra y contra el duque de Borgoña: que este príncipe haria lo mismo por su parte: que todos auxiliarian al rey de Francia contra los ingleses; que unos y otros jurarian las condiciones de la pacificacion de Chartres: que se darian á todos las garantías necesarias: y que se devolverian á los príncipes y señores los bienes confiscados. La publicacion de esta paz causó universal alegría: pero se turbó muy pronto con la noticia de haber desembarcado en Normandía el duque de Lancaster, al frente de un ejército poderoso. El rey no pudo participar ni de aquel contento, ni de estos temores, porque habia vuelto á recaer. El delfin convocó en París una asamblea de obispos, príncipes y señores, que juraron de nuevo observar sinceramente el tratado de Bourges. Esta reconciliacion se celebró con grandes regocijos y un banquete solemne en que el pueblo vió con grande satisfaccion al duque de Orleans sentado entre los de Borgoña y de Borbon. El de Orleans despidió á los ingleses que servian bajo sus banderas: y no pudiendo pagarles enteramente sus sueldos, les dió una

gran suma en oro, y por rehenes, que les asegurasen la paga de lo demas, al conde de Angulema, su hermano. El oriflama fue depositado en San Dionis con las solemnidades acostumbradas.

Concluida, ó mas bien, suspendida la guerra civil, se reunieron todos contra los ingleses, que despues de haber fomentado las divisiones intestinas, acometian el reino para subyugarlo. Convocáronse los estados: pidióseles dinero, y no lo concedieron sin haber exigido antes la reforma de las pensiones y la persecucion de los concusionarios.

Toma de la Bastilla (1413). La universidad, acostumbrada á desatender sus ocupaciones pacíficas para mezclarse en las disensiones civiles, se encargó de denunciar los disipadores del caudal público: y dirigió principalmente sus acusaciones contra el preboste de los mercaderes y contra el canciller. El gobierno recibió con frialdad sus quejas, la reprendió severamente, y la advirtió que debia limitarse á discutir en sus escuelas las doctrinas teológicas sin entremeterse en los negocios del gobierno.

Este mismo año falleció Enrique IV, rey de Inglaterra, despues de 13 años de reinado, ó por mejor decir, de usurpacion. Dícese que antes de morir, afligido por las injusticias que su ambicion le habia hecho cometer, dió á su hijo Enrique V consejos, que no fueron oidos: porque este jóven, tan ambicioso como su pa-

dre, y mas funesto á la Francia, no se manifestó dispuesto á ceder la corona á la familia de March, en la cual habian recaido los derechos de Leonelo, hermano segundo del príncipe Negro.

Subió al trono, y fue coronado con asistencia del parlamento. Este suceso, que con el tiempo habia de producir en Francia una guerra larga y calamitosa, la dió al principio algun reposo: pues se concluyó tregua por un año, que fue mirada como un beneficio: pero se observó mal, y dió motivo á nuevas disensiones interiores apenas cesó el riesgo de la invasion estrangera. Las palabras y demostraciones de los gefes de las facciones eran pacíficas: sus juramentos daban seguridad al vulgo: pero no á los observadores hábiles que descubrian en medio de la serenidad aparente anuncios de las tempestades futuras. El duque de Orleans guardaba siempre el luto de su padre, y su corazon ardía en deseos de venganza. El conde de Armagnac, su suegro, retirado á sus dominios, cometia, á pesar de la paz, contínuas hostilidades en las tierras del rey. Por otra parte, el duque de Borgoña, irritado de la inaccion, temia los artificios de Isabela que le detestaba, el resentimiento del de Orleans, y el influjo del de Berry y del delfin en el ánimo del rey: y veía con despecho la destitucion sucesiva de todos sus partidarios, presagio cierto de su desgracia. Pero Deseffarts, el mas distinguido de todos ellos,

imploró en vano su auxilio, cuando perdió el empleo de preboste: porque habia tenido la imprudencia de decir, que si se le acusaba de malversacion, mostraría un billete del duque de Borgoña, por el cual le mandaba este príncipe entregarle dos millones en oro. El duque lo supo; y para ponerse á cubierto de esta traicion, y castigar al traidor, empleó toda su habilidad en ganar á su yerno, el delfin, á quien antes despreciaba por su carácter débil y ligero. Consiguiolo fácilmente, pero sin manifestarle sus proyectos contra Desessarts.

Acaeció al mismo tiempo, que el delfin, convencido de la necesidad de sujetar al pueblo, quiso tener en su poder la fortaleza de la Bastilla. El duque de Borgoña, disimulando su odio con el pretesto de solicitar el bien de su antiguo protegido, aconsejó al príncipe que encargase esta empresa al preboste depuesto: pero Desessarts, que era muy astuto, no aceptó la comision sino en virtud de orden firmada del delfin y del duque; garantía la mas fuerte que pudo imaginar. Dueño de este escrito, reune sus antiguos camaradas, entra en la Bastilla, y la toma. Apenas se supo en la ciudad este suceso, la faccion de los carniceros, conmovida é irritada, tomó las armas. Sus caudillos eran Simon Caboche y un cirujano llamado Juan de Troyes. Sus gritos y su ejemplo inflamaron la ira del pueblo: reunieron en pocas horas 30000 hombres, y acometieron la Bastilla. Los hombres que conocian como iban

las cosas, no tardaron en saber de dónde venía el golpe: porque en las primeras filas de los sediciosos estaban Jacqueville y Mailly, gentiles hombres de la casa del duque de Borgoña. El infeliz Desessarts, sitiado, lleno de injurias y amenazado, gritaba en vano que nada habia hecho sino por orden de los príncipes: no se le escuchó: y como persistia en tener cerradas las puertas, empezaron á subir hombres por las escaleras, resueltos á tomar el castillo y degollar su corta guarnicion. Desessarts vacilaba; teniendo que temer de ambas partes, y ni se atrevia á ceder ni á resistir. En este momento, consumando el borgoñon su infame perfidia, le aconsejó con un mensagero secreto, que se rindiese para evitar las consecuencias del asalto á que no podia resistir. El preboste obedece y se rinde: el pueblo le lleva al Chatelet, diciéndole tantas injurias como vivas le prodigaba antes cuando le proclamó padre de la libertad y salvador de la patria. Al mismo tiempo otra multitud de sediciosos se dirigió al palacio del delfin, y con sus gritos lo obligó á asomarse á la ventana. Entonces le declaró insolentemente Juan de Troyes, que daba oidos á malos consejeros, y le presentó una lista de 50 señores, que el pueblo queria que fuesen presos. El príncipe se vió obligado á leerla: pero no satisfechos de esta condescendencia, rompieron furiosos las puertas del palacio, corrieron por sus aposentos, prendieron al duque de Bar, á Juan

de Bailly, al camarero Santiago de Lariviere, y á otros muchos gentiles hombres, y los llevaron atados al palacio de Artois, que era del duque de Borgoña. Este príncipe permitió que los pusiesen en prision. El pueblo, embriagado con su triunfo, recibió de sus gefes Caboche y Juan de Troyes sombreros blancos con bandas encarnadas y la cruz de San Andres, y obligó á los príncipes á usar de esta señal de rebelion, que era la del partido de Borgoña: Al mismo tiempo Eustaquio de Pavilly, fraile carmelita, le pidió al delfin con arrogancia, en nombre del pueblo, que los presos fuesen entregados á la justicia: y que diese órden para hacer guerra á los armañaques. Era imposible reusar tan vergonzosas concesiones. Nadie ignoraba que Juan de Borgoña, sus confidentes y sus oficiales atizaban y dirigian el fuego de la rebelion. En ninguna época aspiró el de Borgoña á la tiranía mas á las claras. Despues de este suceso, su faccion procuró hacer alianza con un gran número de villas. Solo la ciudad de Sens resistió á las súplicas y á las amenazas. Llegaron diputados de Gante, pidiendo que se enviase á Flandes el conde de Charolais, hijo del duque de Borgoña, para mandar las fuerzas del condado. El triunfo de los rebeldes acrecentaba su osadía, y llenaban contínuamente al delfin de amenazas é injurias. Incapaces de guardar moderacion alguna en sus escesos, dieron á Jacqueville el gobierno de la

capital. Jacqueville, con una escolta de 16 hombres armados, entró en el aposento del rey; prendió al secretario de la reina, á Luis de Baviera su hermano, á otros muchos señores, y á 11 damas de la primera clase: y en fin, obligó á Cárlos á venir con él al parlamento, y á dar una ordenanza, que el vulgo llamó *cabochiana*, por la cual fueron condenados á muerte Lariviere y Dumesnil, destituido el abogado general Armando de Corbie; y se instruyó el proceso de Desessarts. La sentencia le declaró culpable de haber querido apoderarse de la persona del rey. Se le cortó la cabeza, y se le colgó el cuerpo en la horca de Montfaucon. Este faccioso fue el que hizo ahorcar á Montaigu.

El delfin, mas digno entonces de desprecio que de lástima, quiso disimular su dolor con aparente alegría, y dió un baile en su palacio: ruindad, que no tardó en ser castigada; porque Jacqueville se presentó en medio del festin, reprehendió al príncipe en alta voz los desórdenes de su conducta, y acusó al señor de la Trimouille, de que estraviaba su juventud incitándole á los crímenes mas vergonzosos: este caballero le desmintió, y sacaron las espadas. El delfin enfurecido dió tres puñaladas á Jacqueville: pero el traidor llevaba peto. Los criados del príncipe se arrojaron sobre el sedicioso para matarle; y el duque de Borgoña no logró ponerle en salvo, sino prometiendo que le mandaría castigar: prome-

sa que olvidó como los demas juramentos.

El monarca y su hijo, oprimidos tan indignamente por la faccion de los borgoñones, escribieron á los duques de Orleans y de Bretaña, y á los condes de Alenzon y de Armagnac, pidiéndoles socorro y mandándoles que reuniesen sus fuerzas para favorecerle. Ellos acudieron, y entablaron conferencias en Verneuil con los diputados del monarca. Los príncipes, antes de recurrir á las armas, ofrecieron la paz bajo las condiciones del tratado de Bourges. Cárlos, que habia recobrado su juicio, convocó en las casas de villa á los prebostes, regidores y principales vecinos de la capital, indignados de tantos escesos: los miembros de esta junta declararon unánimemente que era preciso para salvar la Francia aceptar dichas condiciones: pero Jacqueville y Caboche entraron en la sala con 100 hombres armados, y declararon que el pueblo *queria la guerra.* A esta voz se apoderó el miedo de los circunstantes y se retiraron. En los dias siguientes logró Juvenal de los Ursinos, abogado general, con la asistencia de muchos vecinos honrados, calmar los ánimos y traer al camino de la razon parte de los facciosos. Despues de muchos conciliábulos secretos, se convocó una nueva asamblea; en la cual, á pesar de las injurias y amenazas de Caboche, de Jacqueville y de sus clientes, y con gran pesar del duque de Borgoña, se proclamó la paz en todos los cuarteles de Paris, escepto en el de

los Mercados, porque allí tenian mas influencia los facciosos. El rey mandó poner en libertad al duque de Bar, á Luis de Baviera y á los otros prisioneros: lo que se ejecutó al momento. El borgoñon, obligado á disimular la pesadumbre que le causaba la caida de aquella faccion, que manejaba él mismo á su arbitrio, aparentando ceder á su violencia, aconsejó á los cabochianos que se retirásen por algunos dias de la capital: pero él se quedó á ser testigo de las felicitaciones que el parlamento, la universidad y demas corporaciones de París ofrecieron al rey. Y lo que mas le enojó, fue que el delfin su yerno confió el gobierno de la ciudad al duque de Berry, el de la Bastilla, á Luis de Baviera, el de Louvre, al duque de Bar, y el empleo de preboste á Tannegui Duchatel. Así quedaban frustradas todas las esperanzas del borgoñon, é inutilizados todos sus crímenes. Mas no le abatió este golpe imprevisto: se preparó á apoderarse de la persona del rey para recobrar la autoridad; y disimuló tan bien, que Cárlos aceptó sin desconfianza una cacería que le propuso, y salió con él á Vincennes. Pero Juvenal de los Ursinos no perdia de vista al duque, y dió parte de sus sospechas á Luis de Baviera: este marchó al punto con 500 caballos detras de los cazadores, y envió otro destacamento para que ocupase el puente de Charenton. Juvenal se acercó al rey y le aconsejó que se volviese á París pretestando el escesivo calor. "¿Y

por qué venís á quitar al rey su diversion?" le dijo el de Borgoña. "Monseñor, replicó el abogado general, llevais muy lejos á S. M.: y el trage de vuestros monteros no es propio para cacerías." Entonces se presentaron los gendarmas de Luis de Baviera: Cárlos volvió á París, y el de Borgoña se retiró á Flandes. Los príncipes pasaron á la capital, y fueron admitidos en el consejo: el delfin juró amistad sincera al duque de Orleans, y á Juvenal de los Ursinos se le dió el empleo de canciller de Guiena. El odio y el desprecio á Juan de Borgoña, no comprimidos por el temor, se manifestaban públicamente, y este príncipe sufrió todos los sinsabores que merecen los que abusan de la fortuna. Su hija estaba en Sicilia, tratada de casar con Luis de Anjou, que la envió á su padre apenas supo los últimos sucesos de París; y este desaire produjo el odio mas violento entre ambas familias. En este tiempo vino el duque de Yorck á pedir á Cárlos VI en nombre de Enrique V, rey de Inglaterra, la mano de su hija Catalina. La necesidad y la esperanza que se tenia de la paz, hicieron que se admitiese favorablemente esta proposicion. Empezáronse las conferencias: firmóse una tregua, y los enemigos del duque de Borgoña pudieron disponer contra él de todas las fuerzas que tenian. Juan, para conjurar la tempestad, escribió al rey una carta sumisa disculpando sus violencias y la precipitacion con que habia dejado la corte.

En ningun tiempo fue París teatro de reacciones y venganzas mas activas. Los armañaques, que poco antes eran amenazados, perseguidos y asesinados por los borgoñones, se entregaban ahora á los sucesos mas tiránicos contra sus enemigos. La sanguinaria faccion de los cabochianos, rea de tantos crímenes, se substrajo por la huida al castigo que merecia; y el vulgo inconstante, que la habia aplaudido, pedia á gritos sus cabezas, y degollaba sin piedad no solo á los que llevaban sus insignias, sino tambien á los que eran sospechosos de pertenecer al partido arruinado. Todos temian encontrar un traidor en su familia, un espía en sus vecinos, un delator en sus amigos. La ingratitud era mérito: el agradecimiento, crímen: la imprudencia, peligro: una palabra bastaba para dar muerte, y el silencio era sospechoso. En todas las casas habia luto: pero el dolor no se atrevia á manifestarse, porque esponia á nuevas persecuciones. Solo el gobierno, arrastrado por el flujo y reflujo de pasiones implacables, carecia de poder y de libertad en medio de la licencia comun. Juan de Borgoña, afligido por la victoria de sus enemigos, y descontento de la tregua, que contrariaba sus designios, procuraba excitar el celo de sus partidarios, publicando en todas partes que el delfin solicitaba su socorro: y aunque no le creian, bastaba solo este rumor para causar alarmas. La inquietud fue mayor, cuando declaró el canciller en

pleno consejo que la correspondencia, de que se jactaba el duque de Borgoña, no era fingida, sino harto verdadera. A estas palabras añadió amargas quejas contra la instabilidad é indolencia del heredero del trono, que aborrecia el trabajo, y sacrificaba siempre los deberes á las diversiones. El rey, la reina y los príncipes, convencidos por este discurso, atrevido pero sincero, llamaron y reprendieron al delfin, mandaron arrestar á Juan de Foix, su valido, y exigieron del príncipe que prohibiese al duqne de Borgoña acercarse á la capital. El delfin lo confesó todo, prometió enmendarse é hizo lo que se le mandaba. El gobierno esparció gran número de copias de su carta á Juan sin miedo, y procuró reprimir el descontento que dicho escrito causaba á la faccion de los borgoñones.

Guerra con el duque de Borgoña (1414). Juan de Borgoña se burló del enojo y de las órdenes del rey, y sus tropas continuaron las hostilidades. Aunque se mandó á las ciudades de Picardía que le cerrasen las puertas, ó no pudieron, ó no quisieron obedecer. Noyon, Soissons y Compiegne recibieron sus tropas. Senlis hizo resistencia: pero san Dionis se entregó. El atrevido duque escribió á los parisienses, que iba á libertarlos de la opresion, llamado por el delfin; y que le auxiliasen en su empresa. El conde de Armagnac, Juan de Gaucourt y Luis Boisbourdon, encargados de la guardia de París, velaron diligentemente

sobre los emisarios del borgoñon, y le impidieron recibir la respuesta que esperaba. A pesar de este silencio, Juan creyó lo que le decian los cabochianos que se habian refugiado á sus banderas, y que segun la costumbre invariable de las facciones vencidas, le daban falsas noticias y esperanzas quiméricas. Se persuadió, pues, que si se acercaba á la capital, el pueblo se sublevaria en su favor y le recibiria en triunfo: y así marchó con osadía, se presentó en la puerta de san Honorato, y esperó, formado en batalla, cerca de una hora, á que le franqueasen la entrada: pero como nadie se movió, avergonzado de su engaño, se retiró precipitadamente á Flandes. Entonces una ordenanza, que se fijó en todas las ciudades, le declaró enemigo público, autor de todas las turbulencias y asesino del duque de Orleans, condenando la escandalosa apología de Juan Petit. El parlamento mandó quemar al autor: pero como ya habia muerto, se ejecutó la sentencia en sus escritos. El rey, se manifestó resuelto á perseguir á todo trance al duque de Borgoña: reunió su ejército, tomó el oriflama, y lo confió al señor de Briqueville. Esta fue la última vez que se habló de esta bandera, que desapareció ó en el campo de batalla ó en la confusion que causó poco despues en todo el reino la guerra con los ingleses. Pero entonces no se preveian tantos desastres. La tregua continuaba; el duque de Borgoña era mal visto del público: y el rey,

auxiliado de toda su familia y vasallos, marchaba al frente de sus tropas contra un rebelde abandonado de la mayor parte de sus amigos. París, en lugar del entusiasmo que manifestó en otro tiempo al borgoñon, le aborrecia: y los mismos que tantas aclamaciones le habian dado, prorrumpian ahora en imprecaciones, repetidas y popularizadas por medio de canciones satíricas.

El ejército del rey sitió á Compiegne, que capituló despues de seis semanas de resistencia. En este cerco se prendió fuego á la tienda de Cárlos, y se acusó como autor del incendio á Beurnomville, que mandaba en Soissons por el duque de Borgoña, y que, segun decian, trataba de apoderarse de la persona del rey en medio de la confusion que producian las llamas. Soissons cayó en poder del rey, y Beurnonville fue ahorcado. Todo parecia conspirar á la ruina de Juan de Borgoña: los flamencos, que siempre se le habian mostrado fieles, le rehusaron sus servicios cuando le eran mas necesarios, y enviaron diputados al rey para jurarle que solo obedecerian á sus órdenes.

El duque, afligido con tantos golpes imprevistos, perdió toda esperanza de mejorar de fortuna por el arbitrio de las armas: y tan humilde entonces como antes se habia mostrado orgulloso, mandó al conde de Nevers, su hermano, ir al campamento del rey á arrojarse á sus pies é implorar su clemencia. Aunque

Juan habia faltado siempre á sus promesas y quebrantado sus juramentos, como los del partido contrario hacian lo mismo, y tenian necesidad de algun descanso para juntar dinero con que pagar sus tropas y reunir elementos para una nueva guerra, persuadieron al monarca que concediese la amnistía que solicitaba el borgoñon, exigiendo de este en rehenes personas muy considerables de sus estados, y algunas plazas del Nivernes y de Champaña. Ademas la condesa de Henao, el duque de Brabante y las ciudades de Flandes pedian al rey que perdonase al de Borgoña, prometiendo tomar las armas contra él si volvia á quebrantar la paz jurada. Mientras se firmaba, el ejército continuó sus operaciones, y el conde de Armagnac derrotó en un combate un cuerpo de 4000 borgoñones: al mismo tiempo que el emperador Segismundo prometia sostener la causa de Cárlos con todas sus fuerzas, Juan, que era harto pérfido para esperar que no lo fuesen con él, no podia resolverse á aceptar la principal condicion para la amnistía: á saber, que se pusiese en manos del rey: y creia esta exigencia lazo peligroso. Cárlos, indignado de su tardanza, le amenazó que embargaria el Artois, la Borgoña y la Flandes: y para mantener á los flamencos en la causa del rey, se les hizo entender que el duque habia prometido cuatro de sus puertos á Inglaterra si esta potencia queria darle socorro.

Las hostilidades continuaban: el ejército del rey tomó á Bapaume, y sitió á Arras, defendida por Juan de Luxemburgo. En este sitio se usaron por la vez primera unos tubos de hierro que disparaban grandes balas de plomo; y se les llamaba *cañones de mano.* El duque de Borgoña, á instancias del delfin, firmó el tratado, por el cual se le daba entero perdon, y se le obligaba á entregar al rey los castillos de Crotoi y de Chinon, á desterrar de sus estados á Jacopeville y á Coboche, á romper su alianza con Inglaterra, á observar puntualmente la paz de Chartres, y á no acercarse á la capital sin permiso del gobierno. Licenciáronse las tropas: y la noticia de esta reconciliacion hubiera causado en París júbilo universal, sino lo hubiesen turbado los embajadores de Inglaterra declarando que Enrique V exigia el cumplimiento del tratado de Bretigny: esto es, la cesion de Normandía, Turena, Anjou, Maine, Guiena, Ponthieu y demas provincias, tan laboriosamente reconquistadas por la habilidad y firmeza de Cárlos el prudente. El rey, los príncipes y los grandes se negaron á admitir condiciones tan ignominiosas: y esta resistencia, cuando los ingleses creian agotada á Francia con las divisiones intestinas, abatió su altanería y disminuyó sus pretensiones. Cárlos propuso ceder el Agenes, el Perigord, el Rovergue y muchas plazas del Saintonge, y dar por esposa su hija Catalina al rey de Inglaterra con un dote de

300000 libras. Como los enviados ingleses dijeron que no estaban autorizados para admitir estas proposiciones, el embajador de Cárlos en Lóndres las propuso á Enrique, y tenia poderes para aumentar el dote de la princesa. El inglés aceptó las ofertas, no para una paz definitiva, sino para una tregua de cincuenta años, que empezarian á contarse desde que las plazas se le entregasen y la princesa Catalina se embarcase para Inglaterra. El arzobispo de Bourges no quiso sino paz definitiva, á pesar de que una tregua tan dilatada podia mirarse como tal, rompió la negociacion y se volvió á Francia.

Guerra con los ingleses: batalla de Azincourt (1415). Enrique V escribió á Cárlos VI una carta amenazadora que empezaba así: "al serenísimo príncipe Cárlos, nuestro primo y adversario de Francia:" y la firma era, "Enrique, rey de Inglaterra y de Francia." Cárlos, que estaba entonces en su juicio, y gozaba de un rayo de su antiguo valor, le respondió que ni temia sus amenazas ni sus armas: y que si desembarcaba en Francia, le hallaria preparado para recibirle.

La espedicion del rey de Inglaterra se retardó por una conspiracion del duque de York del conde de Gray y del conde de Cambridge, que querian destronarle, y poner en su lugar la familia de March. Para infelicidad de Francia, fue descubierta á tiempo la traicion, reprimida y castigada. Enrique V, libre de es-

te peligro doméstico, desembarcó en las costas de Normandía y sitió á Harfleur.

El condestable, encargado de defender la provincia, no se opúso á los movimientos del enemigo, queriendo, decia, imitar la prudente contemporizacion de Cárlos V. Harfleur fue tomada por asalto: muchos caballeros franceses murieron en la brecha, y otros quedaron prisioneros. El delfin se acercaba, para reparar esta desgracia, al frente de 14000 hombres de armas, y Enrique se retiró á Picardía. A pesar de la reconciliacion de los príncipes con el duque de Borgoña, se sospechaba todavía de este: y así, aunque ofreció reunir todas sus fuerzas á las del rey, solo se admitió un cuerpo auxillar de 500 hombres de armas y 300 ballesteros. El ejército francés temia igualmente los socorros del borgoñon, que el poder de los ingleses. La posicion de Enrique era peligrosa: porque halló defendidos todos los vados del Soma: y habiendo subido por su ribera para pasarle, Boucicaut y el bastardo de Borbon, persiguiéndole con fuerzas numerosas, le hacian mucho daño. En fin, llegó á pasar el rio cerca de san Quintin: pero supo que otro cuerpo francés se le habia adelantado y le cortaba el camino de Calés. Entonces, extenuado, igualmente que su ejército, del cansancio de las marchas, privado de víveres, y amenazado de inevitable ruina, vió desaparecer sus ilusiones, y cediendo á la fortuna, pidio la paz y propuso para lograrla los

mayores sacrificios. Pero los príncipes franceses, arrastrados por la fatalidad, no quisieron vencer sin pelear, y respondieron al inglés que solo una batalla podia decidir tan larga querella.

Esta batalla infausta se dió en la llanura de Azincourt el 14 de octubre. El ejército inglés solo tenia 12000 flecheros y 2000 hombres de armas. El de los franceses era tres veces mas numeroso, y su brillante vanguardia tenia 8000 caballeros á las órdenes de los duques de Orleans y de Borbon, del condestable, del conde de Richemont, del mariscal de Boucicaut, y de Rambure, gran maestre de la artillería. Los duques de Alenzon y de Bar, los condes de Nevers, de Vendoma y de Vaudemont mandaban el cuerpo de batalla: y los condes de Marle y Dammartin, la retaguardia. Enrique tomó una fuerte posicion entre dos bosques muy espesos, y puso en primer línea 12000 flecheros escogidos y protegidos por empalizadas. En el momento de dar la señal para el combate, volvió á pedir la paz: sus condiciones eran que se le dejase el tránsito libre para Calés, y que se le diese la mano de Catalina con una dote conveniente y el ducado de Guiena, renunciando á las demás pretensiones. Todo se le negó, y empezó la batalla. A pesar de los escarmientos recientes de Crecy y Maupertuis, se repitió en Azincourt el mismo yerro de despreciar á un enemigo valeroso, y de acometer desordenadamente una

posicion ventajosa. Un cuerpo de 1600 caballeros franceses, con sus hombres de armas acometieron á pie á los flecheros ingleses: y apenas estuvieron á medio tiro de saeta, sufrieron un diluvio de flechas que los desordenaron: los ingleses, aprovechándose del momento, dejan sus arcos, acometen al enemigo con clavas y hachas, y como los caballeros estaban cubiertos de hierro y no podian moverse con agilidad en un terreno obstruido con el lodo, los hicieron huir con grande pérdida. Siguiéronlos los ingleses; penetraron en el cuerpo de batalla y lo desbarataron. El duque de Alenzon, desesperado de ver un ejército tan hermoso deshecho por un puñado de enemigos, se arrojó á los batallones ingleses, llegó hasta donde estaba Enrique, hirió mortalmente al duque de York, dió al rey una cuchillada que le rompió la corona, y cuando levantaba el brazo para asegundar, le cogieron los soldados ingleses, y le mataron á pesar de los gritos que daba pidiendo cuartel. Solo un cuerpo del ejército francés se retiraba en orden: Enrique no quiso dejarlo escapar; todas las tropas inglesas lo rodearon, y quedó enteramente destruido.

Algunos paisanos franceses se arrojaron sobre el campamento inglés y lo saquearon, mientras Enrique seguia el alcance del enemigo. Este suceso irritó de tal modo al rey, que afeó su gloria mandando degollar á casi todos los prisioneros. En esta matanza pere-

cieron 14000. Los ingleses no perdieron mas que 160 hombres, entre ellos el duque de York y el conde de Oxford. Siete príncipes franceses quedaron en el campo de batalla, los duques de Alenzon y de Bar, el hermano de este, su sobrino Roberto, conde de March, el duque de Brabante y el conde de Nevers, hermano del duque de Borgoña. Murieron ademas el condestable Cárlos de Albret, y el conde de Vaudemont, hermano del duque de Lorena. Quedaron prisioneros los duques de Orleans y de Borbon, cuya imprudencia y temeridad fueron causa de la pérdida de la batalla, los condes de Eu, de Vendoma y de Richemont, y el mariscal de Boucicaut. Monstrelet trae la lista de los caballeros que perdieron la vida ó la libertad, como Mailly, Noailles, tres de la familia de Crequi y dos de la de Humieres. Por la tercera vez en menos de un siglo quedó casi destruida la nobleza de Francia. Los príncipes fueron tan temerarios que no esperaron para dar la accion el refuerzo que les llevaban el duque de Bretaña y el mariscal de Loigny. Estos llegaron despues de dada la batalla, y viéndola perdida, se retiraron. La penuria en que Enrique se habia hallado, era tal que despues de tan señalada victoria solo pensó en retirarse á Calés y volver á Inglaterra para alistar nuevo ejército: y así la Francia, á pesar de la terrible pérdida de Azincourt, pudo haber recobrado la superioridad, si todos los barones se hubiesen reunido al trono

para defender la patria. Pero el rencor y el orgullo los tenian ciegos. La debilidad del rey demente, la ambicion del borgoñon y las pasiones de una perversa madre continuaron degradando el trono, y afligiendo el pueblo con vejaciones y proscripciones, que no perdonaron ni aun á la familia real.

El rey supo en Ruan el desastre de Azincourt, la pérdida de sus mejores guerreros, la ruina de las provincias asoladas por los soldados de ambas naciones, la penuria del erario, las negociaciones sospechosas del duque de Bretaña con los ingleses y los armamentos formidables del rey de Inglaterra. Pero cuando toda Francia estaba en la mayor consternacion, consolaban al rey sus cortesanos diciéndole que la ausencia del duque de Borgoña, la muerte del condestable y el cautiverio del duque de Orleans le libertaban del yugo insoportable de los partidos. Volvió, pues, á París, mandó alistar tropas, llamó á palacio al conde de Armagnac, enemigo implacable del Borgoñon, y le dió la espada de condestable. El triunfo de los ingleses y el abatimiento de Francia dieron nuevo brio á Juan de Borgoña, que poco antes se creia perdido sin recurso, y ya tenia esperanza de triunfar de sus enemigos débiles y discordes. Los flamencos, artesianos y loreneses, antiguos partidarios suyos, que poco antes le abandonaron, volvieron á él cuando le vieron favorecido de la fortuna. Púsose al frente de

10000 hombres, y envió al delfin desde Provins cartas insolentes de seguridad para algunas personas de la corte. El delfin le respondió en el tono de un soberano indignado justamente contra su vasallo. El duque pasó á Lagny, y allí supo la muerte del heredero del trono, que falleció de disenteria. Su hermano Juan, conde de Turena, tomó el título de delfin. Juan de Borgoña pidió que se le restituyese su hija la delfina, y el dote. Concediósele la primer parte de su pretension, pero no la segunda. El condestable de Armagnac procuraba alentar los corazones é inflamar á sus partidarios contra los del duque de Borgoña. Al principio logró algunas ventajas; y Juan se vengó infamemente, mandando saquear á Lagny: pero viéndose acometido con vigor, se retiró al Artois; y los parisienses, siempre acostumbrados á burlarse del infortunio, le llamaban en sus canciones *Juan de Lagny que no tiene prisa.*

A estas burlas siguieron actos de crueldad. El condestable era gefe del ejército, superintendente de hacienda; disponia de todos los empleos del reino, y por tanto tenia en su mano todo el poder del estado. Era ademas altanero, temerario, rencoroso y ardiente en sus venganzas. Persuadió facilmente al rey que no quedaba otro medio para gobernar sino el terror: y practicando lo que aconsejaba, llenó de horror y espanto la capital. Los miembros de la universidad fueron desterrados

porque hacian representaciones al gobierno. El condestable redujo al silencio los tribunales. La queja era delito. La sospecha de interesarse por los borgoñones costaba la vida. Las reuniones mas pacíficas eran castigadas como si fuesen motines. Los gremios de los carniceros fueron abolidos. Las contribuciones se aumentaron y llegaron á ser intolerables. Esta tiranía, que obligó á salir de París á los habitantes mas ricos, mas honrados y de mas influencia, era favorable y no dañosa á los designios de Juan de Borgoña: porque le ganó el afecto inconstante del pueblo. Pero algunos emisarios suyos se aceleraron demasiado á aprovecharse de esta mudanza de los ánimos, y formaron una conspiracion que fue descubierta por el gobierno. Algunos fueron presos, y confesaron, antes de subir al cadahalso, que su designio era asesinar al rey de Sicilia y al duque de Berry. Uno de sus cómplices, llamado d'Orgemont, no fue enviado al patíbulo, porque era canónigo; pero se le condenó á prision perpetua, sin mas alimento que pan y agua. A pesar de las calamidades de Francia, se mantuvieron fieles á su alianza el rey de castilla y la república de Génova, y enviaron tropas y bajeles: pero las fuerzas navales, mandadas por el vizconde de Narbona y el señor de Beauveau, fueron derrotadas por los ingleses, que quemaron dos navíos y se apoderaron de los demas. La insaciable ambicion del duque de Borgoña estin-

guia en él todo afecto nacional: y así hizo con los ingleses un tratado de neutralidad para el Artois y la Flandes: no tardó en saberse que habia reconocido por un acto secreto los derechos de Enrique V á la corona de Francia: y en una carta suya, que se conserva, fecha en 1416, prometió al rey de Inglaterra que le prestaria homenage.

Destierro de Isabela: su confederacion con el de Borgoña (1417). El cisma tocaba ya á su fin. Juan XXIII fue arrojado de Roma por Ladislao, y se refugió á la corte del emperador Segismundo. Las dos autoridades se reunieron, y convocaron un concilio general en Constancia. Segismundo, resuelto á terminar el cisma, obligó á Juan á abdicar á pesar de las instancias del rey de Francia y del duque de Borgoña. El concilio de Constancia obligó á hacer lo mismo á Gregorio XII; Benedicto XIII resistió: pero le abandonaron los reyes de Aragon, Castilla y Navarra; y su muerte puso fin al cisma. En el concilio fue elegido Martino V, reconocido en Francia, mas tarde que en lo demas de la cristiandad.

Ladislao, rey de Nápoles, murió, y dejó la corona á Juana II, que casó con Santiago de Borbon, conde de la Marcha, príncipe de la sangre real de Francia. Pero Juana, que no tenia ninguna de las prendas ni de las virtudes de su sexo, hizo tan desgraciado á su marido con sus vicios y desórdenes, que le obligó á abandonar el siglo y á retirarse á un mo-

nasterio de Besanzon. El emperador pasó en esta época á París, y ofreció ser mediador entre los reyes de Francia y de Inglaterra: pero la corte de Cárlos VI, orgullosa en su debilidad, se negó á ello, y rehusó su consentimiento al designio que tenia Segismundo de erigir en ducado el condado de Saboya. Algunos cardenales refractarios nombraron en Peñíscola un antipapa con el nombre de Clemente VIII: pero como no tenia fuerza ni protectores, abdicó algunos años despues. El concilio de Constancia condenó la doctrina del tiranicidio, tan escandalosamente profesada por Juan Petit, y anatematizó con las censuras religiosas un sistema tan inmoral. Cárlos VI, resentido de no tener ya en su reino la silla pontificia, renovó las antiguas ordenanzas, relativas á la colacion de los beneficios, y prohibió exportar de Francia dinero, principalmente para Roma. El consejo del rey tenia entonces un cuidado mas: porque el delfin estaba casado con la hija del conde de Henao, partidario del duque de Borgoña, y se temia que el heredero del trono siguiese el partido de su suegro. La reina y el condestable querian que viniese á la corte, pero los condes de Henao no consentian en ello, sin que se permitiese al duque de Borgoña la entrada en París. Durante esta negociacion, murió casi de repente el delfin, y tomó este título Cárlos de Ponthieu, hijo tercero del rey, que á la sazon tenia 15

años, y que despues reinó gloriosamente con el nombre de Cárlos VII. El conde de Armagnac tenia mucho influjo en su ánimo, y le habia inspirado desde su adolescencia el aborrecimiento á la faccion borgoñona. Al mismo tiempo murió Luis de Anjou, rey de Sicilia, y dejó á sus tres hijos Luis, Renato y Cárlos los señoríos de Anjou, Provenza y Maine. El duque de Berry murió sin sucesion, y los estados de Berry y Poitou volvieron á la corona.

Juan de Borgoña, perdida toda esperanza de reconciliacion, no respetó ya nada, y formó los designios mas perversos contra un partido, implacable como él en sus enojos. Esparció por el reino una declaracion en que decia que el rey estaba oprimido y cautivo, y que todos los franceses debian unirse para libertarle y defenderle de los armañaques y de los ingleses. Este acto fue denunciado al parlamento, condenado y entregado á las llamas. Los armañaques por su parte estendieron la voz de que Juan habia dado veneno al último delfin, y estaba sobornado por los ingleses. Los borgoñones se presentaron con grandes fuerzas delante de Boloña, y se hicieron dueños de esta plaza, mientras el príncipe de Orange hacía que el Languedoc se declarase á favor del de Borgoña. El pueblo de París, irritado de que se le hubiesen quitado las armas, y fatigado de la severidad del condestable, deseaba en secreto, pero

con ardor, la vuelta del duque de Borgoña: un acto de violencia, cometido por el conde de Armagnac y por el delfin, adquirió á Juan un aliado mas útil y formidable.

Estos dos príncipes, que tenian necesidad de dinero, hallaron una suma que la reina habia ocultado y se la quitaron. Isabela, indignada tanto de la pérdida como de la injuria, se separó del rey y de su hijo, y se retiró al castillo de Vincennes, seguida de la brillante juventud de la corte, cuyos desórdenes eran objeto del menosprecio y de las murmuraciones públicas. Allí estableció, á imitacion del parlamento, *un tribunal de amor*, cuyos presidentes y oidores deliberaban bajo formas judiciales sobre cuestiones poco modestas de galantería. Un religioso agustino se atrevió un dia á reprehender á Isabela la licencia de sus costumbres, usando de espresiones duras y groseras. La reina le advirtió que se valia de palabras poco honestas. «Vuestras acciones, respondió el fraile, son mas deshonestas que mis palabras." Sospechábase que Isabela tenia trato amoroso y criminal con el señor de Boisbourdon, y estos rumores habian llegado á los oidos del rey, que molestado por la enfermedad, por su familia, por sus enemigos, por sus ministros y por su muger, pasó una noche inesperadamente al palacio de Vincennes, sorprendió á Boisbourdon que salia, y mandó á Tannegui Duchatel que le prendiese, y le llevase al Chatelet, donde fue

puesto á cuestion de tormento y condenado sin forma de juicio. Fue arrojado al rio metido en un saco, en que estaban escritas estas palabras: *Dejad pasar la justicia del rey.* ¡Qué siglo! ¡qué costumbre! ¡qué justicia! Si el delfin fue indiscreto, y su padre tirano, el odio y las venganzas de Isabela fueron atroces. La muerte de un caballero valeroso, cuyo delito no estaba probado, indignó á la nobleza: y el suplicio de un hombre sin condenacion legal aumentó el descontento del pueblo y su inclinacion al duque de Borgoña, á quien esperaba como libertador. Voltaire dice, hablando de la muerte de Boisbourdon y de los furores de Isabela contra su hijo, que este incidente contribuyó mas que la batalla de Azincourt á poner la corona de Francia en la frente del rey de Inglaterra.

El rey desterró á Turena su indigna esposa: con ella partió la princesa Catalina su hija: allí se las pusieron guardias de vista y se las trató con sumo rigor. Todas estas faltas de un gobierno que carecia de regla y de moderacion, fueron muy útiles al de Borgoña. Amiens, Montreuil y demas ciudades de Picardía se coligaron con él. Cárlos le envió orden de licenciar sus tropas, y él respondió: "mi venerable señor no es libre: y yo le ofrezco 6000 caballeros y 30000 soldados para que recobre su libertad." Dejó en Amiens al conde de Charolais, su hijo, y continuó su marcha. Declaráronse á favor suyo Beauvais, Montdidier,

Senlis, L'isle Adam, Reims, Chalons, Troyes, Auxerre y Ruan.

Pero el delfin, que mostraba ya lo que habia de ser un dia, sacó la espada por la primera vez, sitió á Ruan, tomó la plaza y castigó á los autores de la sedicion. Entretanto el impetuoso Juan, cuyo ejército aumentaba diariamente, ensoberbecido con su número, se apodera de Beaumont, Pontoise, Vernon y Meulan. Encubriendo su natural altivez, prodigó elogios al clero y á la nobleza, y promesas á todos los partidos. Pasó despues á Montrouge, se acampó allí, y envió al rey un parlamento á anunciarle que llegaba para terminar su cautiverio. Cárlos VI se hallaba en una accesion de demencia. El delfin respondió, que ni él ni su padre estaban cautivos, y que no creerian que las intenciones de Juan eran rectas, hasta que se alejase de la corte y pasase á Normandía á pelear contra los ingleses. El duque de Borgoña esperaba que los parisienses se sublevarian: pero el condestable tenia suma vigilancia, y los reprimia tanto, que permanecieron mudos é inmóviles. Perdida esta esperanza, puso sitio el duque á Montoléry, Chartres y Etampes, que se rindieron. Tambien sitió á Compiegne; pero Barbazan y Latour d'Auvergne la defendieron con valor, y no pudo tomarla.

La reina Isabela, sedienta de venganzas, escribió en secreto al duque de Borgoña, pidiéndole que la pusiese en libertad. Deseoso

de aprovecharse de una circunstancia tan favorable, partió á Chartres con todo su ejército, y destacó al Señor de Vergy con 800 hombres de armas, dándoles orden de que se ocultasen en un bosque situado á media legua de Tours. Informada la reina de haber llegado el destacamento, salió de su palacio, so color de oir misa en un convento de benedictinos, acompañada de 60 guardias y tres magistrados encargados de observar su conducta. Apenas habia entrado en la iglesia, se presentó el duque de Borgoña, desbarató la flaca escolta de Isabela, y causó tanto terror, que la ciudad de Tours le abrió las puertas. Despues de este triunfo tan poco costoso, se volvió á su ejército, llevando consigo á la reina. Apenas esta se vió libre y tan poderosamente sostenida, restableció en una proclama la antigua ordenanza del rey por la cual era declarada Regenta, siempre que la enfermedad de Cárlos le impidiese atender al gobierno: y escribió á todos los pueblos y barones, intimándoles que la obedeciesen. El preámbulo de sus cartas era este: "Isabela, por la gracia de Dios, reina de Francia, que durante la enfermedad de nuestro Señor el rey, tenemos el gobierno y administracion del reino por la concesion irrevocable que nos hizo dicho Señor y su consejo supremo, mandamos, etc." La reina nombró canciller á Juan de Morvilliers, y anuló por un edicto el parlamento y demas tribunales de París. Su sello tenia su imágen propia,

en actitud de afliccion, tendiendo los brazos como que imploraba socorro: y en el reverso se veian las armas de Francia y de Baviera con esta inscripcion: "Este es el sello de las causas, soberanías y apelaciones al rey." En París habia un partido poderoso en favor del duque de Borgoña, y le aseguraba su próximo triunfo. Se habian puesto de guardia en las puertas hombres de confianza que se las entregasen: pero uno, traidor ó indiscreto, descubrió la conjuracion, y se mudaron los puestos.

Juan, impetuoso en sus deseos y creyendo tocar al cumplimiento de ellos, llegó sin desconfianza por la noche con 6000 hombres cerca de la puerta de Saint Marceau. Como no vió fuego ni oyó ruido, se adelantó para gozar del triunfo, que le parecia seguro: pero una nube repentina de flechas, lanzadas contra sus tropas, dió muerte á gran número de sus soldados, y él mismo salió herido. Volvióse avergonzado á Troyes donde estaba la reina formando un nuevo parlamento. Al mismo tiempo desembarcó en Normandía el rey de Inglaterra, y se apoderó sin obstáculos de casi todas sus plazas. Cherburgo y el Monte de San Miguel le opusieron alguna resistencia, y los señores de Lafayette y de Monterey defendieron tres semanas la fortaleza de Caen. El príncipe de Orange, que mandaba un ejército inglés, sometió el Maine y el Languedoc: el condestable huyó, y pasó al Beaucé para defender esta provincia contra los borgoñones

que la talaban. El peligro del estado era tan evidente que todos los que sentian en su pecho un corazon francés, reconocieron la necesidad de favorecer los esfuerzos del papa Martino, dirigidos á estinguir la discordia entre los miembros de la familia real. Esta tentativa empezó con felicidad: porque se convinieron entrambas partes que el gobierno del reino se confiaria al duque de Borgoña y al delfin; pero ni sus partidarios ni sus enemigos respetaban su autoridad en aquellos tiempos de confusion. El conde de Armagnac y el canciller, gefes de la faccion dominante, se opusieron á este proyecto de pacificacion: y el consejo, incierto y dudoso, se separó sin haber tomado resolucion alguna. El condestable mandó á uno de sus lugartenientes acometer á Montlery, y tomar el castillo de Mancoussy.

Cuando la debilidad de los príncipes dejaba incierto el destino del reino, un vecino de París lo fijo, y entregó la capital al duque de Borgoña. Era jóven, é hijo de un mercader de hierro: llamábase Perinet Leclerc. Fue insultado por algunos de la servidumbre de palacio, y no pudiendo alcanzar justicia del preboste de Paris, juró vengarse. El Señor de L'isle Adam, que mandaba en Pontoise, sabedor de este suceso, resolvió aprovecharse de él, y envió agentes que sondeasen á Perinet. Estos hallaron que era hombre atrevido y secreto; y averiguaron por él que su padre, como gefe de barrio, guardaba en su casa las

llaves de las puertas del arrabal de San German. Añadió que muchas veces se le encargaba que reemplazase á su padre y relevase la guardia: y en fin prometió entregar la puerta á L'isle Adam la noche del 28 de mayo, y que la guardia que entonces se pusiese, estaria toda compuesta de hombres adictos á Juan de Borgoña. Esta conjuracion de personas oscuras se manifestó precisamente cuando á pesar de la ostinacion del condestable y del canciller se acababa de firmar la paz en la corte. Nunca fue mayor la esperanza del reposo que en el mismo instante en que un suceso imprevisto iba á destruirla.

Segun el convenio que habian hecho los conspiradores, el Señor de Chastellux se presentó con 800 hombres en el lugar de la cita: La hora suena: Perinet abre la puerta de San German: entran los borgoñones, seguidos de otro cuerpo mandado por L' isle Adam Chevreuse, Vargines, Bournonville y Gouy. Un gran número de prisioneros se reune con ellos gritando: *la paz! la paz! viva Borgoña.* Todos los partidarios de Juan salen de sus casas armados y llevando en sus vestidos la banda roja y la cruz de San Andres, símbolo de aquella faccion. Todos acometen la casa del condestable, que escapó huyendo. El canciller fue puesto en prision.

Al estruendo de las armas, Tannegui Duchatel, que era muy afecto al delfin, temiendo el peligro de este príncipe, acudió á pala-

cio donde le halló durmiendo, le cogió en sus brazos y le llevó, envuelto en una sábana, á la Bastilla. Allí se armó, montó á caballo, y auxiliado de su fiel escudero, se abrió paso, y llegó á Melun, y encontró en esta plaza tropas y amigos fieles. En este tiempo la faccion victoriosa entró con violencia en el palacio del rey y le obligó á montar á caballo, á salir por la ciudad y á declarar que aprobaba lo que habia hecho el de Borgoña. Apenas hizo esta declaracion, el pueblo enagenado de un regocijo feroz, entregó al saqueo las casas de los nobles y ricos, asesinó á los que llevaban bandas blancas y cruz derecha, insignias del partido de Armagnac, y puso en prision á los arzobispos de Reims y de Tours y á cinco obispos. Los caudillos de la conjuracion tuvieron en premio, Guido de Bar, el prebostado de París; y Chastellux y L'isle Adam, el grado de mariscales de Francia. Fueron degollados muchos consejeros del parlamento. Se descubrió el asilo del condestable, y se le llevó á una prision. Tannegui Duchatel, puesto el delfin en seguridad, volvió á París con las tropas de los mariscales de Rieux y de Barbazan. Como el partido del delfin ocupaba todavía la Bastilla, entraron en esta fortaleza, y marcharon hácia el palacio de San Pablo, gritando: *viva el rey, el delfin y el conde de Armagnac*. Su objeto era apoderarse de la persona de Cárlos VI: pero ya le habian trasladado al Louvre. Duchatel marchó á este palacio, encon-

tró en el camino á L'isle Adam, y se trabó el combate mas encarnizado. El odio, el valor y las fuerzas eran iguales: pero el populacho se declaró por los borgoñones y les dió la victoria. Duchatel, acometido por todas partes, se retiró con el mariscal de Rieux, peleando siempre, y se alejó de París, dejando guarnicion en la Bastilla; pero demasiado corta contra tantos enemigos, y así se rindió dos dias despues. Los borgoñones quedaron dueños de la capital; cuyo ejemplo siguieron otras muchas ciudades y villas. El populacho de París forzó las cárceles y dió muerte á todos los prisioneros, entre ellos al conde de Armagnac, á muchos obispos, arzobispos y magistrados, y á un gran número de vecinos distinguidos. Los arrojaban por las ventanas, y el pueblo los recibia en las puntas de las picas. Harto de sangre y de venganzas, recompensó despues la traicion de Perinet, erigiéndole una estatua, que se colocó en el rincon de las calles de San Andres es-Arts y de la Carnicería vieja.

El duque de Borgoña, apenas supo en Dijon, donde se hallaba, su triunfo inesperado, marchó á París para consolidarlo al frente de sus mejores tropas, y llegó á la corte el 14 de julio. Los parisienses, que poco antes le habian proscrito y denigrado con indecentes sátiras, le recibieron á él y á la reina con las aclamaciones que suele tributar el vulgo á los favorecidos por la fortuna. El duque sintió la

muerte de Armagnac: porque ademas de que hubiera tenido una prenda tan importante en su poder, aquel asesinato quitaba las esperanzas de paz y escitaba contra el duque el odio de los hombres honrados. Colmó de favores á sus amigos: Eustaquio de Laine fue nombrado canciller: Morvilliers, primer presidente, y Juan tomó para sí el título y autoridad de gobernador de la capital. Los carniceros y los cabochianos, mas feroces despues de su destierro, saciaban sus iras derramando contínuamente arroyos de sangre. La reina y el duque nombraron nuevos magistrados para reemplazar en el parlamento á los que habian seguido al delfin.

Asesinato del duque de Borgoña (1419). La ausencia del delfin causaba justas inquietudes á la reina y al borgoñon: aquel príncipe, que nació en medio de las turbulencias, se habia educado en la escuela de las desgracias. Aborrecia al duque de Borgoña, causa de todas las calamidades de Francia y que la entregaba desarmada en manos del rey de Inglaterra. Resistiendo á las órdenes de su padre, que carecia de juicio y de libertad, conociendo los artificios de su madre, ó mas bien madrastra que habia jurado su ruina, prefirió con nobleza la suerte aventurada de gefe de partido á la de príncipe cautivo: y no pudiendo tolerar la usurpacion que se hacia de la autoridad legítima, se apoderó de ella en calidad de heredero del trono, alistó soldados, formó un

nuevo parlamento en Poitiers, imploró el socorro de todos los hombres generosos, y se preparó intrépidamente contra los peligros domésticos y esteriores que le amenazaban. Fue favorecido en esta empresa por muchos militares valientes, de los cuales algunos llegaron á merecer el renombre de héroes, y por gran parte del pueblo aficionado á su brio. El mariscal de Rieux, Tannegui, Barbazan, Dunois, bastardo del de Orleans, Vignolles, por sobrenombre Lahire, Pothon de Xaintralles, el jóven conde de Armagnac, Lafayette y otros muchos señores se reunieron á sus banderas. Dió el gobierno de Languedoc al conde de Foix, que justificó su confianza, derrotándo al príncipe de Orange y arrojándole de la provincia. Tannegui Duchatel fue nombrado lugarteniente del delfin en la isla de Francia, Champaña y Brie. Deseando adquirir gloria por una hazaña importante, marchó en persona al Poitou, sometió rápidamenta esta provincia, se apoderó de Tours y de Bourges, y mostró á su madre, al ambicioso Juan y al rey de Inglaterra, que aun quedaban raices al trono, y que habia muchos obstáculos que vencer para derribarlo. En este tiempo el duque de Bretaña, aunque dudoso del partido que debia seguir, ofreció su mediacion: pero no fue admitida, porque el odio y la venganza no permitian oir la voz de la prudencia.

Enrique V era ya dueño de una parte de Normandía., y rechazaba con desden las pro-

posiciones pacíficas del cardenal de los Ursinos, legado del papa. "Ya veis, le decia, que Dios me trae aquí como por la mano. En Francia no hay rey: tengo derechos á esta corona, y la Providencia manifiesta que quiere ponerla en mi cabeza: porque hay tanto desórden en este reino, que ni aun piensan en defenderse de mí."

Despues de haber tomado á Pont de l'Arche, puso sitio á Ruan: y era tal la desgracia de los tiempos, que á pesar de las instancias de los habitantes de esta ciudad, ni el de Borgoña, ni el delfin quisieron socorrerla. A todas las calamidades de esta época, se añadió un contagio funesto, que afligiendo igualmente á ambos partidos, los inclinó á la paz. El rey de Inglaterra la ofrecia á condicion que se le diese la mano de Catalina de Francia con un millon de escudos de oro, y se le diesen en toda soberanía los ducados de Normandía y Guiena, y el condado de Ponthieu. El delfin y el de Borgoña se negaron á subscribir á estas condiciones ignominiosas. El artificioso Enrique procuró alucinar al delfin prometiéndole su auxilio para quitar á Juan la Borgoña, en cuyo caso habia de cederse á la Inglaterra el condado de Flandes. Al mismo tiempo adelantaba rápidamente sus conquistas en Normandía, en el Maine, y hasta la Picardía. El odio y la indignacion contra los ingleses era universal: pues no podian los franceses por mas ciegos y apasionados que estuvie-

san, desconocer los peligros de la patria. El mismo duque de Borgoña entabló negociaciones con el Delfin, que sacrificando generosamente al bien público sus resentimientos particulares, aceptó las proposiciones de su enemigo, y concluyó la tregua con él. Cárlos VI ofreció á Enrique la mano de Catalina y la ejecucion completa del tratado de Bretigny: pero el inglés no quiso ceder ninguna de sus pretensiones. Habiendo recaido poco despues el rey de Francia, su esposa Isabela, mas enemiga de los franceses que el mismo rey de Inglaterra, arregló con él en Pontoise un tratado cuyas condiciones eran tan duras que los consejeros mas serviles se negaron á firmarlas.

El delfin y el duque de Borgoña tuvieron una conferencia, y se reconciliaron en Pouilly, cerca de Melun. Diéronse los brazos, y juraron amistad eterna. Este convenio causó en todo el reino tan sincera alegría como lo fue el pesar del rey de Inglaterra. Los franceses reunidos podian aun disipar los sueños de su ambicion, y echarle del reino. El delfin tomó á Abranches y á Pontorson: pero el inglés resarció esta pérdida apoderándose de Gisors y de Pontoise. Los parisienses vieron el fruto de sus furores anárquicos, y se consternaron sobremanera al saber que los ingleses estaban tan cerca de la ciudad. El rey, la reina y el duque de Borgoña se retiraron á Troyes. La única esperanza de los amigos de la patria se fundaba en la union de las fuerzas

y de los caudillos, nunca mas necesaria que entonces: pero un nuevo crimen llenó los anales franceses de páginas sangrientas é ignominiosas.

El delfin y el duque de Borgoña, al firmar la paz, acordaron tener otra conferencia, un mes despues, en Montereau-faut-Yonne. A pesar de estas señales de amistad, los males que se habian hecho y las injurias que se habian dicho, estaban grabadas en sus corazones, carcomidos por el rencor. Los cortesanos de uno y otro príncipe procuraban alimentar los odios: los del delfin, le persuadian que Juan queria matarle como hizo con el duque de Orleans; y apoderarse del trono que quedaria sin defensa: los del borgoñon decian lo mismo á su gefe, y querian disuadirle de ir á Montereau, donde sospechaban que se le ponian asechanzas mortales. Juan, aunque movido de sus instancias, incapaz por otra parte de mostrar timidez, persistió por desgracia en la resolucion de asistir á la conferencia. El 10 de setiembre se encontraron los dos príncipes en el puente de Montereau, enmedio del cual se habia formado un pabellon rodeado de verjas. Seguian á cada uno diez caballeros. Tannegui Duchatel, Barbazan y Covillon acompañaban al delfin: y al duque de Borgoña, san Jorge, Thoulongeon, Demontagu y el señor de Noailles, hermano del captal de Buch. Si se há de creer á los autores que favorecen mas al duque de Borgoña, el delfin, despues de los primeros cumplimientos

reprendió con severidad al duque, acusándole de haber cometido nuevas hostilidades despues de jurada la paz: y en este momento observando Juan que su espada estaba mal puesta y muy atras, puso mano á la empuñadura para volverla, y los que acompañaban al delfin esclamaron: ¿"os atreveis á sacar la espada delante del príncipe?"

Entonces Tannegui hizo una señal á los caballeros que le seguian, diciéndoles: *ahora es tiempo*: y descargó su hacha en la cabeza del duque, que al ponerse en defensa, cayó atravesado de muchas estocadas. La pelea entre los dos partidos se hizo general: el señor de Noailles fue muerto, y Demontagu y los demas de la comitiva del duque se escaparon. Pero los historiadores que sostienen la causa de Cárlos VII, cuentan que habiendo proferido el duque de Borgoña palabras altaneras y propias de su carácter, la conversacion, pacífica al principio, degeneró en rencilla: que el señor de Noailles levantó la mano contra el delfin: y que Tannegui Duchatel, cogiendo al príncipe en sus brazos y libertándole segunda vez del peligro que le amenazaba, volvió al puente con sus hombres de armas, y que en la pelea, que se suscitó entonces, pereció el de Borgoña. El autor de los anales de Cárlos VII dice que el delfin no tuvo culpa en su muerte: sino los caballeros que le seguian, y que habian jurado vengar, temprano ó tarde, la muerte del duque de Orleans. Juvenal de los

Ursinos, el mas grave de los escritores de està época, dice que no es facil saber quién cometió el delito: porque el suceso fue tan rápido, que ninguno de los circunstantes podria declarar con verdad cómo pasó. "Voltaire dice que no es fácil probar la complicidad del delfin; pero que es mas dificil todavia demostrar su completa inocencia." Pero esta misma incertidumbre dió libre curso á las sospechas contra el príncipe y sus partidàrios. Los borgoñones acusaron al obispo de Langres y á la señora de Giac, de haber hecho traicion al duque, obligándole con su influjo á asistir á la conferencia fatal. En vano el delfin procuró justificarse; el odio de Isabela, irritando y estraviando la opinion, atrajo sobre su desgraciado hijo toda la responsabilidad de un delito, que su madre debiera ocultar, aunque fuese cierto. Apenas se estendió la noticia de tan fatal acontecimiento, el condestable duque de Lorena, el canciller y los oficiales civiles y militares, todos borgoñones, se creen perdidos sin recurso, igualmente que la reina, si vuelve el delfin á la corte y toma en sus manos las riendas del estado. Escribieron pues á Felipe, por sobrenombre el bueno, hijo de Juan, y nuevo duque de Borgoña, excitándole á la venganza, concluyeron con él un tratado el 2 de diciembre de 1419, y firmaron treguas con el rey de Inglaterra.

Tratado de Troyes (1420). Poco despues pasó Enrique á Troyes para conferenciar con

Cárlos VI y con Isabela. Allí, para oprobio de Francia, se acordó que la princesa Catalina casaria con el rey de Inglaterra: que despues de la muerte de Cárlos, Enrique heredaria su trono, el cual pasaria á sus descendientes; y que durante la enfermedad del rey, se confiaria la regencia á su yerno. Enrique, favorecido de la fortuna mucho mas de lo que pudiera esperar, no aguardó á la muerte de su suegro, para ejercer sus facultades: pues se conserva una ordenanza que manda fabricar moneda en Normandía con este mote: *Enricus francorum rex*, y esto en la misma época en que todos los decretos se publicaban á nombre de Cárlos. Una declaracion solemne anunció á la Francia y á la Europa admiradas, que las coronas de Francia y de Inglaterra iban á reunirse en una sola frente, y que Enrique se encargaba de restablecer el orden en el reino. Cárlos, Enrique y Felipe de Borgoña juraron no hacer paz con *el que se llamaba delfin*, sin el consentimiento de las tres órdenes de Inglaterra y de Francia. El tratado de Troyes fue aprobado y jurado por el parlamento de Paris, que fue el primero en dar á Enrique el título de regente y heredero de Francia: lo que consta por los archivos de 1420 y 1421. Este tratado, que violaba á un mismo tiempo los derechos del delfin, de la familia real y de todos lo franceses, se habia redactado en Arras el 17 de octubre de 1419, y se firmó en Troyes en mayo de 1420. El 2 de junio casó Enrique con

Catalina, y fue declarado el delfin enemigo del estado é incapaz de heredar la corona. Una parte de Francia se sometió á la usurpacion: pero los paises situados al mediodia del Loira abrazaron con ardor la causa del príncipe proscrito Voltaire, hablando de estos sucesos, añade: "Enrique usurpó la corona de su suegro, como hizo dos siglos despues en Inglaterra el príncipe de Orange. Si los sucesores de Enrique hubieran consolidado su usurpacion, ¿habria hoy historiador que no defendiese su causa como justa? (1). En este caso no hubiera dicho Mezeray que Enrique V murió de hemorroides en castigo de haberse sentado sobre el trono de los reyes de Francia. La ley sálica hubiera sido despreciada, y mil voces hubieran aplaudido á Enrique como vengador del asesinato y libertador de Francia." Felizmente, Cárlos VII, resistiendo á una perversa madre y á sus ambiciosos consejeros, á las fuerzas del Artois, Flandes y Borgoña, supo recobrar su trono, consolidarlo, y hacer mas sagrados sus derechos que pudieran serlo por una ley oscura, inventada en los bosques de Germania. Fundó sus títulos y los de su familia en el amor de los franceses, que aficionados á su valor y compadeciendo sus desgra-

(1) Sí: todos aquellos para quienes los principios eternos de moral valen algo. Aun hoy censuran nuestros historiadores y poetas dramáticos la usurpacion de Enrique II contra su hermano Pedro el cruel: usurpacion harto mas disculpable que la de Enrique V. (N. *del T.*)

cias, juraron sostener su trono legítimamente heredado. Las tropas escocesas que habia en Francia, se reunieron á las del delfin: y este príncipe tomó el título de regente del reino. Solo uno de sus amigos le faltó á la fidelidad, que fue el conde de Foix. Cárlos le venció, y dió el gobierno de Languedoc al conde de Clermont. Nimes y Puente de Saint Esprit se le sometieron.

Pero Enrique V, gozando del triunfo que debia á la casualidad, hacía continuos progresos, llevando consigo al rey y al duque de Borgoña, cuya conducta era mas disculpable que la de los otros príncipes, por el dolor de la muerte de su padre. El inglés, el dia despues de su casamiento se apoderó de Sens, y restableció en su silla al arzobispo de esta ciudad, que le habia casado, diciéndole: "ayer me disteis muger, y hoy os restituyo la vuestra." Montereau se rindió al enemigo: Melun, defendida por Barbazan, resistió cuatro meses: pero los sitiados carecian de víveres, y hubieron de rendirse á discrecion. El cruel Enrique, por saciar la sed de venganza de los borgoñones, mandó matar gran número de los prisioneros, dejándolos perecer de hambre. Pero en vano se valió del terror para someter los franceses al yugo estranjero. En todas partes habia almas generosas que rehusaban prestarle juramento. Solo París, entregada largo tiempo á los rencores y á la venganza, recibió en triunfo á los dos reyes

y á las dos reinas, que la suerte les daba.

El duque de Borgoña se presentó, vestido de luto, en aquella corte anglofrancesa, y pidió justicia contra el asesino de su padre. El parlamento se reunió por querella de Juan Larcher, doctor de la universidad, y siguiendo las conclusiones de Marigny, abogado general, decretó que Cárlos VI y su yerno Enrique, rey de Inglaterra y regente de Francia, hiciesen justicia al duque, condenando á destierro perpetuo al delfin, por contumaz, y declarándole indigno de suceder en el trono de Francia. Monstrelet trae el testo de esta sentencia, ignominiosa para la magistratura. Fue comunicada de oficio al papa Martino V: pero este pontífice no quiso aprobarla, y en el tesoro de cartas hay una suya, por la cual asegura al delfin, que nunca lograrian de Roma ningun acto contrario á los derechos que le daba su nacimiento. Juntáronse, solo por formalidad, los estados generales, compuestos de los partidarios de la usurpacion, los cuales concedieron subsidios necesarios para sostener esta guerra antinacional. La universidad dió algunos pasos, pero infructuosos, para libertar al clero de las nuevas contribuciones.

Enrique V volvió á Inglaterra, llevando consigo á su esposa, con el designio de alistar ejército suficiente para acabar la conquista. Dejó á París defendida y oprimida por tropas inglesas y borgoñonas, que ocupaban el Louvre, la Bastilla, á Vincennes, Saint

Cloud, Pontoise y Melun. Mandábalas el duque de Clarence, lugarteniente general del rey y gobernador de Normandía. Catalina fue coronada en Londres con gran pompa. Los ingleses, alucinados con una gloria tan poco costosa, concedieron á su rey triunfante todos los subsidios que pidió. Entretanto París, saciado su violento odio contra los armañaques, sentia con dolor el peso vergonzoso de una cadena estrangera. Los habitantes estaban mas bien tristes que sosegados: y se leian en su tristeza los amargos pensamientos que los oprimian.

El rey de Inglaterra pudo conocer cuánta era la indignacion concentrada en sus almas, cuando puso en prision arbitrariamente al mariscal de L'isle Adam. El pueblo se sublevó por libertarle. Esta sedicion fue reprimida: pero anunciaba tempestades futuras: y L'isle Adam quedó preso en la Bastilla hasta la muerte de Enrique. El delfin confirió la dignidad de mariscal de Francia al valeroso Lafayette. Este guerrero se reunió con los escoceses que mandaba Bucanau, duque de Albania. El de Clarence marchó contra ellos al frente de 1500 hombres de armas para sorprenderlos en Beaugé, villa del Anjou, y Salisbury le seguia con el grueso del ejército inglés. En esta jornada no fueron abandonados de la fortuna los franceses. Dióse un combate sangriento, en que Clarence fue herido, derrotado y hecho prisionero. Murió de las heri-

dás pocos dias despues. Salisbury llegó demasiado tarde para impedir ó reparar la pérdida que sufrieron los ingleses. Lafayette y Bucanan se retiraron con el gran número de prisioneros que habian hecho: y el delfin dió al escocés la dignidad de condestable. Cárlos sitió á Alenzon; Salisbury acudió á socorrerla, y fue vencido. Estos primeros triunfos aumentaron el partido del heredero legítimo del trono: y hasta en la provincia de Picardía tomaron las armas contra los ingleses Santiago de Arcourt, Rambure y otros muchos caballeros.

Enrique V, informado de estos sucesos, desembarcó en Francia con un ejército de 28000 hombres, al tiempo que el delfin sitiaba á Chartres: pero viendo que se acercaban los ingleses, se retiró prontamente al mediodia del Loira, por no comprometer, contra fuerzas superiores, su causa todavía flaca, y que se arruinaria con la pérdida de una batalla. El inglés se apoderó de Dreux, y sitió á Meaux, que resistió ocho meses. Era gobernador de esta plaza el bastardo de Vauras, guerrero valiente, pero cruel. Mandaba ahorcar todos los prisioneros que hacía, en un árbol grande que habia cerca de la ciudad: y así cuando la plaza se vió obligada á capitular, fue ahorcado de las mismas ramas en que habia hecho perecer tantas víctimas. Nunca fue mas necesaria la constancia al jóven príncipe que disputaba á los ingleses las reliquias de su corona. Catalina, que acababa de dar á luz un

mento el peligro del príncipe, y fue que el duque de Bretaña, traidor á su confianza, emprendió, de concierto con los ingleses, apoderarse de la Rochela: pero Cárlos socorrió á tiempo la plaza y frustró el intento de los enemigos. Un accidente pudo mostrarle los peligros que corria y la proteccion que le dispensaba la Providencia. La casa, que habitaba en la Rochela, se desplomó de repente, y solo quedó intacta la viga sobre la cual estaba su silla; y casi todos sus cortesanos quedaron muertos ó heridos. Poco despues supo que su padre Cárlos VI habia terminado su infausta vida el 20 de octubre de 1422.

Los franceses le dieron el nombre de *muy amado*, acordándose de las esperanzas que dió en su juventud, mas bien que de las calamidades de su reinado, y siempre le manifestaron mas lástima que indignacion. Ninguno de los príncipes de su familia asistió á sus exequias. En sus últimos momentos careció de las cosas mas necesarias; y no se encontró en su palacio el dinero preciso para el gasto de los funerales. Su infame parlamento mandó que para hacerlos se vendiesen sus muebles, al mismo tiempo que un rey de armas proclamaba en París, triste y silenciosa, la muerte de Cárlos VI y el advenimiento de Enrique de Lancaster, rey de Francia y de Inglaterra: á cuya proclamacion sólo respondieron murmullos sordos. Cárlos VI á pesar de sus infortunios, siguió el ejemplo

de los demas reyes capetos, y aumentó el poder de la corona con los estados de Champaña y Brie; formó tambien el atrevido proyecto de exigir de los barones que cediesen, con indemnizacion, los puertos de mar y las plazas fronterizas del reino: pero la falta de dinero y la anarquía le impidieron llevarlo al cabo. Su viuda, oprobio del trono y azote de Francia, le sobrevivió 15 años, aborrecida de toda la nacion. "Cuando murió, dice Brantome, su cadáver fue sacado de su palacio, y puesto en una lancha del Sena, sin mas pompa ni ceremonia, y así fue llevado á san Dionis y colocado en su sepulcro, ni mas ni menos como si fuese una muger particular."

Cárlos VI tuvo muchos hijos: Cárlos, que murió niño: otro Cárlos, duque de Guiena, que murió en 1400: Luis, que fue delfin, y murió sin sucesion en 1415, así como el delfin Juan, que falleció al año siguiente; y Cárlos VII que le sucedió. Tuvo otro hijo, llamado Felipe, que murió antes de las 24 horas de nacido. Sus hijas fueron, Juana, que murió de corta edad; Isabela, muger de Ricardo II de Inglaterra, y en segundas nupcias, del duque de Orleans: Juana, que casó con Juan VI duque de Bretaña: María, que murió sin casar: Micaela, muger de Felipe el Bueno, duque de Borgoña, y Catalina que fue esposa de Enrique V de Inglaterra, y en segundas nupcias, de Owen Tudor, cuyo nieto ascendió al trono de aquel reino con el

nombre de Enrique VII. Cárlos VI tuvo de su dama Odeta de Champdivers, llamada la reina chica, una hija natural, Margarita de Valois, que casó con el señor de Belleville. En este reinado calamitoso hubo sin embargo, muchos hombres célebres. Ademas de Clisson, Sancerte, Boucicaut, Armagnac, Rieux, Lafayette y L'isle Adam, hábiles guerreros, floreció Juvenal de los Ursinos, orador elocuente, ministro íntegro, magistrado virtuoso, político hábil y prudente. Era italiano de nacion, y se elevó por su mérito. Arrostrando por el interés público el orgullo de los grandes, consiguió del rey un decreto para arrasar muchos molinos, propios de los barones, que incomodaban la navegacion y reducian al pueblo á la indigencia. Defendió intrepidamente al valeroso Clisson, al virtuoso Novian, al sabio Lariviere: y aunque sus enemigos pedian su cabeza, su elocuencia firme impuso respeto á los cortesanos y á los príncipes. Era el mas firme apoyo del parlamento, y sostuvo sus sentencias contra los duques de Lorena y Borgoña. Despues del asesinato del de Orleans, á pesar de las pasiones populares, se declaró contra el homicida, y mas tarde impidió que el borgoñon se apoderase de la persona del rey. El delfin Luis recompensó sus servicios nombrándole canciller. Cuando los borgoñones entraron en París y la inundaron de sangre, se alejó de la capital por no ser testigo de tantos horrores. Siempre que Cár-

los VI recobraba su razon, las elecciones que hacía eran buenas. Sus ministros fueron, ademas de Novian y Lariviere, Juan de Montaigu, Pedro de Orgemont, Armando de Cobie, Delaitre, y Enrique de Marle.

Florecieron en este tiempo, á pesar de la anarquía, tan contraria á la propagacion de las luces, Nicolas Flamel, instruido en la química, á quien el vulgo acusaba de buscar la piedra filosofal: Baldo, sabio muy apreciado: Juan Froissard cuyas crónicas curiosas é ingenuas se leen todavía con placer: y Juan Petit, célebre por la impudencia y absurdidad de sus discursos. El cuadro del reinado de Cárlos VI es el mas triste de la historia de Francia. En el dilatado espacio de cuarenta años se sufrieron todos los males hijos de la anarquía popular; del furor de las facciones ya vencedoras, ya vencidas; de la discordia de los príncipes; de la invasion y usurpacion estranjera; del adulterio en el lecho real; de la alternativa continua entre la razon y la demencia del rey, y del cisma de la iglesia. Pero este cuadro será, sino tan agradable, quizá mas instructivo que el de las acciones gloriosas de un reinado feliz: porque nada enseña tanto á los pueblos y á los gobernantes como el infortunio: y acaso si los males de Francia no hubiesen llegado á su estremo, no se hubieran aplicado los remedios. El orden nació del caos. Y así veremos que en lo sucesivo fue rápidamente decayendo la potencia de los

barones, causa primera de todos los males, y afirmándose la autoridad regia. El trono se elevó en los tres siglos siguientes al poder absoluto: sus abusos y la debilidad del gobierno fueron causa de su ruina á fines del siglo XVIII.

CAPITULO XXXIII.

Cárlos séptimo.

Coronacion de Cárlos VII. Victorias de los ingleses. Alianza del rey con el duque de Bretaña. Suplicio de Guiac. Sitio de Montargis. Sitio de Orleans. Sitio de Compiegne: prision de la Poncella. Suplicio de la Poncella. Sublevacion de Normandía contra los ingleses. Congreso y tratado de Arras. Rendicion de París á Cárlos VII. Conjuracion de la Praguería. Victorias de Cárlos VII. Reunion del condado de Cominges á la corona. Establecimiento del parlamento de Tolosa. Tregua con Inglaterra. Muerte de la delfina Margarita. Conspiracion del delfin. Espedicion de Génova y Milan. Rompimiento con Inglaterra. Espedicion de Talbot en Guiena. Fuga del delfin Luis á Borgoña. Causa del duque de Alenzon. Espedicion de los franceses á Italia.

Coronacion de Cárlos VII (1422). Cárlos VII recibió la noticia de la muerte de su padre en el castillo de Mehun, de la provincia de Berry, ó segun Mezeray, en el de Espailly. Desde la fundacion de la monarquía, ningun príncipe heredero de la corona se habia hallado en situacion mas deplorable. Aborre-

cido de su madre, desheredado por el autor de sus dias, declarado culpable de un asesinato, perseguido por la venganza de un príncipe de su sangre, despojado de sus derechos y dignidad por un parlamento infiel, espelido de su capital, abandonado del mayor número de sus vasallos, y acometido por todas las fuerzas de Inglaterra, veia á un monarca estrangero dueño de su herencia por el infame tratado de Troyes, insultándole en su desgracia desde el trono donde le habia colocado la perfidia. "¡Cosa admirable! esclama el autor de las *variaciones de la monarquía*: un tratado contrario á todas las leyes divinas y humanas, opuesto á la razon y á las máximas fundamentales del estado, firmado por un rey demente, una reina sin honra y un consejo pervertido, fue autorizado y sancionado por el primer tribunal del reino, y casi todos los pueblos de la monarquía sufrieron voluntariamente el yugo de un estrangero, el mas implacable enemigo de Francia." No puede negarse á Cárlos VII el elogio de no haber desesperado, en circunstancias tan deplorables, ni de su fortuna, ni de la salvacion de la patria. Solo un prodigio pudiera haberle dado medios, no solo para reconquistar la corona, sino tambien para arrojar á los ingleses de las provincias que ocupaban desde los tiempos de Luis el joven. Cárlos previó que se disiparía la ilusion, con que estaban entonces obcecados los franceses, y se despertaria su an-

tigua aversion al dominio estrangero: que el duque de Borgoña, su deudo mas cercano, arrebatado momentáneamente por el deseo de vengar la muerte de su padre, se cansaria de sacrificar á esta pasion los intereses de su patria y de su familia; y que conociendo, primero que nadie, cuán ignominioso era el tratado de Troyes que privaba de la corona á su descendencia, veria que la usurpacion, dando á los ingleses un poder colosal, comprometia la seguridad de sus propios dominios. En fin se persuadió á que el amor de los franceses á su príncipe legítimo y nacional, los uniria á todos contra el enemigo comun. El suceso justificó susj uiciosas previsiones, y coronó su heróica firmeza.

Los guerreros que le acompañaban en Mehun, sabida la muerte de Cárlos VI, tremolaron en su presencia el estandarte real y le aclamaron rey. Cárlos pasó á Poitiers donde fué coronado con alguna mas solemnidad en presencia del duque de Alenzon y del conde de Clermont, príncipes de la sangre, de los barones de su partido, del parlamento que habia formado, y de los habitantes de aquella gran ciudad. Pero, ademas de la coronacion, exigian el uso y las ideas del siglo la uncion y consagracion en Reims: y esta ciudad se hallaba entonces en poder de los ingleses. Solo los arzobispos de Reims, segun la bula de Alejandro III de 1179, tenian derecho de consagrar á los reyes: y así hasta que la victoria abrió á Cárlos el camino de aquella metrópoli, los in-

gleses, los borgoñones, y los partidarios de unos y otros, no le dieron otro título que el irónico de *rey de Bourges*. Las provincias, que le obedecian, eran el Berry, el Borbonés, Auvernia, Delfinado, Saintonge y Languedoc; y no tenia mas aliado que Luis III, duque de Anjou y rey de Sicilia: porque los duques de Orleans y Borbon estaban prisioneros en Londres. Cárlos no tenia dinero: mas no se atrevia á echar contribuciones en las provincias fieles por no destruir sus recursos ni enagenar los ánimos de sus habitantes. Su verdadera fuerza consistia en el odio de los franceses a lyugo estrangero: pues en medio de París y en el centro del partido inglés habia tenido el duque de Bedford que sofocar muchas conspiraciones. Este príncipe tenia a su disposicion todos los recursos de Inglaterra, las armas de un aliado tan poderoso como Felipe de Borgoña, y las provincias de Normandía, isla de Francia, Picardía, Flandes, Artois, Nivernes, las dos Borgoñas y Guiena. Era ademas prudente, benigno tanto como firme, y procuraba ganar el afecto de los pueblos conquistados.

Su primer acto fue reunir en París una asamblea compuesta de muchos obispos, algunos nobles, los magistrados principales y los burgueses mas distinguidos. En ella Bedford leyó el traiado de Troyes, y el contrato matrimonial de Enrique V con Catalina de Francia: documento, que segun el regente, hacia

incontestables los derechos de Enrique VI á la corona: pues Cárlos la habia perdido por el atroz asesinato cometido en su presencia y por su orden. Concluyó invitando á los circunstantes á prestar fé y homenage á su sobrino. Todos obedecieron, y las demas ciudades siguieron el ejemplo de París. Juan Chartier, escritor de esta época, y testigo de la sesion, dice que "le causó mucho pesar, aunque gozaba salario por el rey Enrique, como canónigo de san Dionis é historiógrafo de Francia."

Era dificil de prever cuál seria el éxito de la lid, porque aunque Cárlos VII tenia sentimientos elevados y generosos, que hacian respetable su infortunio, y valor á toda prueba, su capacidad para los planes de campaña no era grande: y por otra parte era propensísimo á los placeres. Gobernábanle alternativamente sus privados y sus damas, que gastaban todo su tiempo en fiestas, y disipaban sin pudor su escaso tesoro. Mucho tiempo le tuvieron retirado de los reales, persuadiéndole que no debia arriesgar su causa, poniendo á peligro su persona; y cuando á pesar de sus instancias, se presentó en los combates, fue mas bien como soldado intrépido, que como general esperimentado. Esta mezcla de valor y debilidad era ventajosa al enemigo, ya tan superior en fuerzas: pero felizmente los consejos de su virtuosa muger María de Anjou, balanceaban en su corazon los de sus indignos favoritos. Tuvo tambien la fortuna de

que Inès Sorel, su dama, aunque enlazada con él en trato criminal, tenia grande empeño en que su amante fuese digno del trono, y le aconsejaba siempre acciones heróicas y gloriosas. Tuvo tambien un amigo fiel, intrépido y desinteresado, que era Tannegui Duchatel. En fin, para suplir la debilidad de sus fuerzas, estaba acompañado de héroes, como Richemont, Dunois, Lahire, Poton, Xantraillos, Gaucourt y el mariscal de Lafayette, que fueron generales hábiles y ministros ilustrados. No habia entonces mas que un hombre hábil en los negocios de hacienda, y que tuviese algunas ideas grandes y exactas acerca de la ciencia del crédito, ignorada en aquel siglo: este era Santiago Coeur, que por su celo y riquezas halló recursos para suplir las cortas rentas de Cárlos. En fin, hubo la inesperada ventura de que una jóven, educada en los campos, acelerase con su exaltacion y heroismo, de una manera prodigiosa, el momento de la reconquista.

Victorias de los ingleses (1423). Los gefes intrépidos que mandaban en las provincias las tropas diseminadas del rey, cortas en número, pero fuertes por su valor y lealtad, comprendieron que manteniéndose á la defensiva harian mas tímidos á los suyos é inspirarian confianza al enemigo. Así que, acometieron á los ingleses en todas partes con aquella temeridad que en los peligros estremos suele valer mas que la prudencia. En uno de estos ata-

ques se apoderaron de Meulan. El regente juntó sus fuerzas y puso sitio á esta plaza. Seis mil realistas acudieron de Berry en su socorro; pero desgraciadamente no pudieron concertarse entre sí los generales de Cárlos: y su discordia paralizó las operaciones. Narbona y Aumale disputaban el mando. Tannegui Duchatel no pudo dar á las tropas la paga necesaria: se desmandaron, y la guarnicion desanimada se rindió á los ingleses. Graville, que la mandaba, abandonó el partido del rey para seguir el de los enemigos. El regente, despues de este triunfo, entabló una negociacion muy importante. Bretaña, hasta entonces neutral, podia, decidiéndose por uno de los dos partidos, darle considerable ventaja. Bedfort supo que Artus, conde de Richemont y hermano del duque de Bretaña, tenia grande influencia en el ánimo de este príncipe. Richemont habia sido hecho prisionero en la batalla de Azincourt: vino á su pais bajo palabra de honor; y alegaba que la muerte de Enrique V le dejó libre de su juramento. El regente, en vez de irritarse, le mostró agrado por la utilidad que esperaba de él: y persuadió á Felipe de Borgoña que le diese su hermana en casamiento. Por su medio se celebró un tratado en Amiens, en virtud del cual el duque de Bretaña y el regente prometian dar uno á otro 500 hombres de armas auxiliares; y Richemont casó con Margarita de Borgoña, que resistia este enlace, como indecoroso á la

viuda de Luis, hijo de Cárlos VI, y delfin. Al mismo tiempo casó Bedford con otra hermana de Felipe el Bueno, estrechando así los lazos entre Inglaterra, Bretaña y Borgoña. Bedford, tan activo para la guerra como para las negociaciones, se apoderó en poco tiempo de todas las plazas que los realistas tenian en Picardía y Champaña.

Pero estos, mas irritados que abatidos con tantos reveses, redoblaron sus esfuerzos para vengarlos. Estuardo, condestable de Escocia y el Señor de Estissac, entraron en Borgoña con un cuerpo francés, y sitiaron á Crevan, fortaleza cercana á Auperre. Toulongeon, mariscal de Borgoña, marchó contra ellos, reforzado por la flor del ejército inglés, á las órdenes de Sufolk y de Salisbury. Chastellux, gobernador de la plaza, dió con su tenaz resistencia tiempo para que se le socorriese. Los ingleses, fieles á los principios de táctica, con los cuales habian conseguido tantas victorias durante un siglo, ocupaban una posicion fuerte, la guardaban vigilantes, y esperaban con prudencia que los franceses cometiesen uno de los yerros que tantas veces habian inutilizado su valor y causádoles estragos calamitosos. La esperiencia no los instruia; impacientes de combatir, abandonaron una colina en que estaban atrincherados ventajosamente, y descendieron con desórden á la llanura: arrojáronse al frente de la línea contraria, y entre tanto la guarnicion de Creran hizo una sali-

da, atacó su flanco y despues de una sangrienta pelea, los derrotó completamente. En esta accion perecieron muchos escoceses, y Estuardo y Xantrailles quedaron prisioneros: costó á los franceses 3000 hombres y la plaza de Macon con todo su territorio. La ciudad de Auxerre dió á Chastellux por recompensa de su valor una canongía patrimonial. Este mismo año nació el célebre Luis XI, hijo de Cárlos VII, y todas las ciudades fieles á su causa, celebraron con regocijos públicos el nacimiento de un heredero del trono.

Al mismo tiempo envió al rey un cuerpo auxilar de 600 lanzas el estado de Milán, unido á la casa de Orleans por el parentesco de sus duques con la familia real de Francia. Este socorro sirvió para recobrar algunas plazas y derrotar completamente un destacamento de borgoñones. En esta accion fue hecho prisionero Toulongeon. El valiente Lahire se apoderó de Compiegne; pero los ingleses le obligaron á evacuar esta plaza. Xantrailles, habiéndose rescatado, tomo por sorpresa á Ham y á Guisa: pero acometido de fuerzas superiores, fue hecho prisionero segunda vez. Los ingleses invadieron y saquearon el Anjou: pero cuando se retiraban cargados de botin, el conde de Hareaurt los sorprendió y derrotó é hizo prisionero á su comandante el lord Poll, que fue cangeado con el condestable de Escocia. Esta victoria, aunque pequeña, alentó á los realistas: y poco despues recibieron otro re-

fuerzo de 5000 escoceses, enviados por el duque de Albania, regente de Escocia, y hermano de Bucanan, condestable de Francia. Este cuerpo estaba á las órdenes de Arquinbaldo, conde de Douglas, suegro de Bucanan. El rey, mas generoso que rico, recompensó con grandes favores el celo de estos caballeros. Al condestable de Escocia dió los condados de Dreux y de Aubigny, y á Douglas, el ducado de Turena con la lugartenencia general del reino *en materia de guerra*. Esta prodigalidad impolítica descontentó á los franceses, que vieron con envidia confiada la guardia del rey á la compañía escocesa que mandaba Estuardo. Por motivos muy diferentes se hizo aborrecer de la nacion el duque de Bedford, que mandaba pasar á cuchillo sin piedad las guarniciones de las plazas, cuando se le resistian mucho tiempo. La de Orsay fue conducida á París, para aterrar con su suplicio á los habitantes de la capital: pero á ruegos de la duquesa de Bedford se les perdonó la vida. El duque de Gloscester, regente de Inglaterra, deseando impedir que los escoceses enviasen tropas en socorro de Cárlos, les devolvió á su rey Jacobo, que estaba prisionero en Lóndres. Este príncipe casó con la hija del conde de Somerset, hizo treguas por 7 años con los ingleses, observó la neutralidad en la guerra con Francia, y privó á Cárlos VII de las tropas auxiliares que antes recibia de Escocia.

Bedford puso sitio á Yvry, plaza cercana á Dreux. El rey y el conde de Douglas acudieron á socorrerla: pero viendo que los cuarteles enemigos eran inespugnables, se retiraron á Verneuil, Bedford envió un cartel insultante á Douglas, que mas atentó al pundonor que á la prudencia, aceptó el desafio, y puso su campo enfrente del enemigo. Douglas dió la señal del combate sin permitir descanso á sus tropas, fatigadas de una larga marcha, y cometió ademas la imprudencia de mandar desmontar á los hombres de armas para que peleasen á pie. La victoria fue muy disputada: la cuarta parte del ejército francés pereció, y la pérdida de los escoceses fue todavía mayor. Murieron el conde de Douglas, su yerno el condestable, Gaucourt, y el vizconde de Narbona, cuyo cadáver mandaron descuartizar los anglo-borgoñones, por haber sido uno de los asesinos de Juan sin Miedo. Quedaron prisioneros el duque de Alenzon y el mariscal de Lafayette: y la caja militar y los bagages cayeron en poder de los ingleses vencedores. La miseria de Cárlos era tal despues de esta derrota, que tuvo que pedir prestadas 40 libras que debia al capellan que bautizó á su hijo: pero el lujo de los validos contrastaba escandalosamente con esta penuria. Sin embargo, el desastre de Verneuil le fue útil en cuanto despertó en todos los corazones el amor del rey, de la independencia y de la gloria. Muchos caballeros franceses dejaron las banderas

de Bedford, y el mismo dia de la derrota, se rindió á Cárlos la plaza de Verneuil. Los parisienses, al saber esta noticia, creyeron que Bedford habia sido vencido en la batalla, y se rebelaron: pero fueron cruelmente castigados. Salisbury se apoderó sucesivamente de Mayenne, de Mans y de la Ferté Bernard, que le costaron mucha sangre por la heróica resistencia que hicieron. Pero la posicion de Cárlos era cada dia más crítica: su erario estaba exausto, sus mejores capitanes, prisioneros: solo le quedaban ya Lahire y Xantrailles. Los soldados abandonaban sus banderas: la familia real carecia muchas veces de lo necesario, y la ruina del partido realista parecia segura, cuando una muger le permitió respirar desuniendo á sus enemigos.

Jaquelina, hija de Guillermo de Baviera conde de Henao, y viuda del delfin Juan, casó en segundas nupcias con el duque de Brabante, que tenia 15 años y estaba siempre enfermo. La duquesa, disgustada de su marido, le abandonó y huyo á Inglaterra, donde el duque de Glocester, codiciando los estados de Henao, Holanda y Frisia que la pertenecian, se enamoró de tan rica dote, y se casó con ella sin esperar á que fuese competentemente anulado su anterior matrimonio: y para tomar la posesion de los dominios de la que llamaba su esposa, desembarcó en Calés con un cuerpo de 5000 hombres y se apoderó del Henao. El duque de Borgoña, sabedor de la

injuria hecha á su primo y aliado el duque de Brabante, comprendió cuán fuenesta le sería la ambicion de los ingleses con los cuales estaba unido, pues ya amenazaban sus propios dominios. Indignado, pues, llamó y reunió sus tropas y las llevó en defensa del duque de Brabante; de modo que Bedford, cuando ya se creia cierto de consumar la ruina de Cárlos, se vió privado inesperadamente de los auxiliares borgoñones y de los refuerzos que habia prometido enviarle su hermano el duque de Glocester. Esta repentina defeccion le obligó á repartir y diseminar sus fuerzas en las plazas conquistadas: y le impidió adquirir las ventajas que su última victoria le prometia. El partido realista se aprovechó de circunstancias tan favorables: y cuando el duque de Borgoña entró en el Henao, un cuerpo francés, mandado por Xantrailles, le ofreció sus servicios. Aceptó este socorro que no esperaba; y desde entonces se pudo prever que no era imposible ni estaba muy lejana la reconciliacion entre este príncipe y el rey. Bedford, previendo las consecuencias de estos primeros pasos, procuró impedirlas, empleando con Felipe el Bueno ya las súplicas, ya las reprensiones: pero unas y otras fueron tardías é inútiles. Amadéo VII, duque de Saboya, enemigo de los ingleses, trabajaba con eficacia en reconciliar á Cárlos y á Felipe. A la verdad sus esfuerzos no tuvieron éxito por el pronto: pero á lo menos logró que se hiciese una tregua;

en que se estipulaba la neutralidad de los territorios de Borgoña y del Leonesado. La guerra no satisfacia el enojo de Felipe: deseando vengarse personalmente del duque de Glocester, le envió un cartel de desafio. El príncipe inglés aceptó al principio el combate: pero despues pidió término para señalar el dia, y se volvió á Inglaterra. Jaquelina no podia ya ignorar hasta qué punto habia sido engañada: porque su infiel esposo, que solo codiciaba sus riquezas, llevaba á todas partes consigo á Leonor de Cobham, su dama declarada. En este mismo tiempo Bedford, habiendo convocado un gran consejo, compuesto de caballeros ingleses y borgoñones, se decidió en él que la cuestion entre los duques de Borgoña y de Glocester no era causa bastante para un combate particular entre los dos. Jaquelina era digna de que le hiciesen traicion: y así se la hicieron sus vasallos, así como se la habia hecho su marido, y la entregaron al duque de Borgoña que la mandó recluir en la fortaleza de Gante. Pero esta muger atrevida, habiéndose disfrazado de hombre, se escapó de su prision, se refugió en Holanda, juntó un ejército, y sostuvo la guerra contra los borgoñones, con desventaja, pero con ostinacion. La habilidad del duque de Bedford disipó momentáneamente estas tempestades. El papa, á instancia suya, anuló el matrimonio de Jaquelina con Glocester: y este, viéndose libre, tomó por esposa á Leonor, su indigna manceba.

Nada enfrenaba las pasiones inconstantes y ardientes de Jaquelina. Enamoróse de un caballero de Zelanda, llamado Bercelen, y casó con él apenas le dejó libertad para contraer su cuarto matrimonio la muerte del duque de Brabante. Si Bercelen hizo feliz á su esposa, lo pagó muy caro: porque el duque de Borgoña, despues de haber vencido y dispersado sus tropas, le hizo prisionero, y no le puso en libertad sino á condicion de que Jaquelina entregase á Felipe el Bueno todas las plazas de sus estados, y le declarase único heredero. Así la casa de Borgoña tuvo la dicha de aumentar su poderío, por un suceso que la amenazaba decaer: y la ambicion del duque de Gloecester no tuvo otro efecto que el engrandecimiento de un príncipe cuyo poder envidiaba. La querella, que sobrevino tan felizmente entre los enemigos de Cárlos, y la frialdad que produjo entre los borgoñones é ingleses, permitia respirar al partido de la independencia, y alentar á los verdaderos franceses; mucho mas despues que el conde de Foix trajo al ejército del rey un cuerpo considerable de tropas.

Alianza del rey con el duque de Bretaña (1425). Al mismo tiempo se concibieron esperanzas de hacer amigo del rey al conde de Richemont, y por su medio, al duque de Bretaña. Los ingleses habian negado á aquel guerrero ambicioso el mando de sus tropas; y su orgullo quedó ofendido. Cárlos le ofreció la

espada de condestable: él la aceptó, y volvió á ser francés. Este convenio se tuvo secreto al principio: porque era menester entablar negociaciones con el de Bretaña. El primer agente que se empleó, fue mal escogido: era Louvet, ministro codicioso, objeto de la censura pública, y que antes se habia grangeado el odio de la casa de Montfort, por sus intrigas á favor de los príncipes de Penthievre. Así es que nada consiguió: la reina de Sicilia y Tanegui Duchatel le reemplazaron, y salieron bien en la negociacion. Pero el duque exigia ante todas cosas que Cárlos alejase de su corte á los partidarios de los Penthievres, principalmente á Louvet, que era valído suyo. El crédito de este ministro era muy dificil de derribar, porque la señora de Joyeuse, su hija, tuvo por algun tiempo mucho imperio en el corazon del rey. Este hizo promesas vagas, y el orgulloso conde de Richemont no se contentó con ellas: pidió mayores garantías, y exigió por rehenes al señor de Albret, al bastardo de Orleans y cuatro plazas de seguridad. No fue este el último sacrificio que costó al debil Cárlos ganar la amistad de aquel breton intrépido, desconfiado, duro é intratable. Richemont pasó á Angers con numerosa comitiva y mucho fausto, que insultaba al indigente monarca: insaciable en sus pretensiones, quiso tambien que se le cediesen Parthenay y otras ciudades del dominio real. La situacion del rey era tan miserable que nada podia ne-

gar: y sin embargo, nada se concluyó todavía. Richemont declaró que antes de entrar en el servicio de Cárlos, le era forzoso tener el consentimiento de los duques de Borgoña y Saboya. Esta detencion parecia un pretesto, y se creyó que la negociacion se malograria. Pero con grande sorpresa de los ministros y del rey mismo, consiguió Richemont lo que deseaba; y esta prontitud acabó de demostrar que el duque de Borgoña no conservaba en su corazon ningun resentimiento contra Cárlos. Decian tambien que declaraba estar dispuesto á reconciliarse enteramente con el rey, apenas los cómplices del asesinato de su padre fuesen desterrados de la corte. En fin, cuando Richemont volvió á Chinou, recibió la espada de condestable, hizo homenage al rey y de prestó juramento de fidelidad. El estado deplorable á que Cárlos se hallaba reducido, le obligaba á abatir su altivez ante la soberbia de los señores cuyo socorro le era necesario. Se sometia á sus vasallos mismos; y el nuevo condestable le hizo jurar sobre los evangelios, que alejaria de su persona á todos los que habian contribuido á la muerte del duque de Borgoña y á la prision del de Bretaña. Asi para adquirir nuevos servidores le era preciso sacrificar amigos antiguos. Richemont, satisfecho por el momento con la condescendencia del rey, se alejó de la corte para salir al encuentro á sus tropas, y encargó á algunos de sus partidarios que velasen durante su ausen-

cia por la ejecucion de las condiciones que habia impuesto al monarca. Cuando volvió, los halló solos y consternados; y supo que el rey se habia alejado de ellos mas dominado que nunca por sus validos. Richemont determinó ir á buscarle, y casi todos los señores del Berry, del Poitou y de Auvernia le acompañaron animados del odio comun contra los ministros de Cárlos. Cuando llegó á su presencia, no se contentó con solas represensiones: prorumpió en amenazas; amedrentó al rey, y se mostró mas dueño del estado que el mismo Cárlos. "Comenzó, dice L'evêque, sus funciones de condestable con el lenguaje y la conducta de un rebelde." Los ministros por su parte no dejaban de incitar al rey contra un vasallo tan imperioso: pero Tannegui Duchatel, sacrificándose por el bien de su monarca, declaró que se creía obligado á retirarse de la corte, si su presencia impedia un beneficio tan importante para la patria como la reconciliacion del rey con Felipe de Borgoña; y así con su permiso se fue á Beaucaire donde acabó sus dias. Los demas cortesanos aplaudieron su noble desinterés, y se vieron obligados á imitarlo. Louvet, mas adicto á su empleo, resistia aun: pero su mismo yerno Joyeuse, y el bastardo de Orleans, le echaron en cara tan vivamente su ambicion y codicia, que hubo de ceder al menosprecio público, y se fue á Aviñon, pidiendo una escolta para el viaje, porque temia el furor de los pueblos que le

detestaban. Pero dejó al lado del rey otro favorito, que era el señor de Giac, no menos codicioso y mas nocivo. Cárlos pasó á Poitiers y de allí á Saumur, donde vino el duque de Bretaña á prestarle juramento y hacer alianza con él contra los ingleses. Warwik, lugarteniente de Bedford, invadió la Bretaña, en venganza de esta defeccion, y llegó hasta Rennes.

El nuevo condestable marchó contra él al frente de 20000 hombres, tomó por asalto á Pontorsou, pasó á cuchillo los que la defendian, y sitió á Saint James: pero sus mas temibles enemigos quedaban junto al rey. El canciller y Giac, que solicitaban su ruina, no le enviaron ni dinero ni provisiones: las tropas desmayadas asaltaron sin vigor el castillo, y siendo rechazadas, abandonaron á su general.

Suplicio de Giac (1426). Richemont enfurecido acusó al canciller de estar vendido á los ingleses; y de su propia autoridad le mandó poner en prision. El rey sostuvo á su ministro, y le dió libertad: pero como los hechos eran favorables á la acusacion, compareció el canciller ante el tribunal, que le declaró inocente. No obstante, le separó de su lado, dándole una comision diplomática en la corte de Borgoña. Giac era aborrecido del pueblo, porque habia aconsejado á Cárlos ahogar en el rio un obispo, diputado en los estados de Melun, y que descubrió en ellos las malversaciones de los ministros. Los consejos de Giac

eran siempre interesados y muchas veces pérfidos: pero tenia grande ascendiente en el ánimo del rey. Su muger, viuda del conde de Tonnerre, habia descubierto que Giac, para lograr su mano, dió la muerte con veneno á su primera esposa estando en cinta: y horrorizada de este crímen, y temerosa de igual suerte, buscaba la ocasion de anticiparse á su odioso marido: tanto mas, cuanto estaba enamorada del señor de la Tremouille: y deseaba á toda costa quedar libre para recibirlo por esposo. Richemont no ignoraba estos horrores: y de acuerdo con la Tremouille, y el señor de Albret, formaron el designio mas infame para arruinar al ministro.

La corte estaba en Issoudun. Una noche que Giac dormía al lado de su esposa, Richemont y sus parciales forzaron las puertas de su casa, y le prendieron. Aunque el rey envió para defenderle su guardia, no se atrevió esta á pelear contra el condestable. Giac fue conducido á Dun le Roi, y puesto en juicio confesó el asesinato de su primera muger, y se le condenó á ser ahogado en el rio. Para salvar la vida, ofreció al condestable 100000 escudos: pero Richemont queria sangre y no dinero. La crónica dice que cuando le llevaron al suplicio, "pidió que se le cortase la mano derecha con que habia firmado pacto con el demonio: porque temia que el maligno espíritu le asiese de ella y le llevase."

Sitio de Montargis (1427). Cárlos, que

necesitaba de un favorito, dió á Giac por sucesor á Camus de Beaulieu, que abusó de su poder como los que le habian antecedido, apartando del rey á cuantos podian decirle la verdad. Conjuróse toda la corte contra él: y el violento Richemont envió sus hombres de armas, que asesinaron á Beaulieu un dia que se paseaba á caballo en las cercanías del pueblo del mismo nombre. Cárlos irritado mandó que se hiciesen pesquisas para descubrir los autores del crímen: pero nadie se atrevió á declarar. El condestable, fatigado de esta lucha perpétua contra los privados, quiso dar al rey uno de su mano, y designó á La Tremouille, el enemigo de Giac. Cárlos, aunque no sin repugnancia, le aceptó, diciendo á Richemont: "Buen primo, vos me le dais: mas os pesará; porque yo lo conozco mejor que vos."

Richemont, no teniendo ya que temer las intrigas de palacio, se dedicó á justificar su arrogancia, sirviendo con utilidad al rey y al estado. Supo que Warwik tenia sitiada á Montargis, y resolvió acometerle: pero hallándose sin tropas ni dinero, vendió sus joyas y diamantes, alistó 1600 hombres de armas, y los dividió en dos cuerpos, cuyo mando confió á Lahire, y á Dunois, el bastardo de Orleans. Este héroe, tan conocido en los anales de Francia, fue destinado en su juventud al estado eclesiástico: pero renunció á esta carrera, cuando en la batalla de Azincourt quedaron prisioneros sus hermanos. Cárlos VII le nombró su

camarero. Tres cuerpos enemigos sitiaban á Montargis, bajo las órdenes del lord Poll, de Bizez y de Warwik. Los franceses se formaron en dos columnas, y lograron encubrir su movimiento á los ingleses. Lahire guiaba la primera y Dunois la segunda. Las crónicas de aquel tiempo refieren que Lahire, antes del combate se confesó, y que mandándole el sacerdote que digese alguna oracion, pronunció la siguiente: "Dios, te pido que hagas hoy por Lahire lo que quisieras que Lahire hiciera por tí, si él fuese Dios, y tú Lahire." Súplica singular, que prueba el candor é ignorancia de los guerreros de aquel siglo. Cumplidos estos deberes religiosos, acometió con furia al cuartel del lord Poll y lo tomó. Bizet opuso mas resistencia á Dunois, y aun le obligó á retroceder; pero Lahire le auxilió, y entrambos reunidos ahuyentaron á los ingleses hasta el cuartel de Warwik que estaba delante de Montargis. Al pasar un puente los fugitivos, se rompió por el gran número de ellos: el gobernador de la plaza soltó las esclusas é inundó la llanura: de modo que apenas salvó Warwik un corto número de hombres de los tres cuerpos que mandaba. Este triunfo fue compensado con la defeccion del duque de Bretaña, que acometido por Bedford al frente de 20000 hombres, hubo de romper la alianza con Cárlos, y mudar de partido por la cuarta vez.

La Tremouille que no se contentaba con

gobernar al rey, mientras él mismo se via obligado á obedecer al condestable; creyó favorable la ocasion para justificar la prevision de Cárlos, manifestar su ingratitud y arruinar á su protector. Manifestó al monarca que todo el fruto de los sacrificios hechos á Richemont, se habia perdido con la defeccion de Bretaña, y que solo restaba de todos ellos un vasallo indómito, que pretendia dominar á la corte y al rey. Cárlos siguió los consejos de su privado, que halagaban sus resentimientos, y quedó resuelta la caida del condestable. Richemont estaba entonces en las fronteras de Bretaña, y se preparaba á arrojar á Bedford de esta provincia, cuando supo la novedad por cartas de los condes de Clermont y de la Marcha. Detuvo las operaciones militares, y pasó á verse con estos señores, decididos como él á derribar el crédito y contraminar las intrigas de la Tremouille. Despues de algunas negociaciones infructuosas, alistaron tropas y ocuparon á Bourges los dos condes: pero antes que el condestable hubiese llegado con el grueso de sus fuerzas, el rey los venció y los obligó á someterse. Richemont hizo inútiles esfuerzos para reconciliarse con el monarca. Cárlos se mostró inexorable, y solo le permitió reunirse con su esposa que estaba prisionera en Bourges: pero declarando al mismo tiempo que no debia esperar reconciliacion. Estas discordias anunciaban que las calamidades de la guerra civil se juntarian á las de la es-

trangera. Felizmente, Richemont no llevó hasta ese estremo la venganza: y no puso impedimento alguno á que se renovase el tratado con Borgoña; y aun se estendió la neutralidad, estipulada anteriormente, á todos los dominios de las dos partes contratantes por tres años; de modo que los franceses y borgoñones solo eran enemigos en el nombre. La defeccion de un aliado tan poderoso disminuia notablemente las fuerzas de Inglaterra, y se podia esperar por lo menos que se compensasen las victorias y las derrotas: pero no era llegado aun el término de las desgracias de Cárlos.

Sitió de Orleans (1429). Salisbury desembarcó en Francia con un refuerzo de 10000 ingléses, y persuadió á Bedford que le permitiese emprender el sitió de Orleans: plaza importante, que si se conquistaba, daria entrada á los enemigos en las provincias fieles al rey. Cárlos conoció cuanta necesidad tenia de consevarla: y así pidió socorro á los escocéses, y solicitó para su hijo la mano de la princesa Margarita, dándola en dote el Saintonge y la plaza de Rochefort. Reunió al mismo tiempo sus mejores tropas, y dió el mando de ellas á sus mas hábiles generales. Ya Salisbury se habia apoderado de todas las plazas cercanas á Orleans, y aun se atrevió á asaltar esta ciudad: pero fue rechazado con pérdida de 300 hombres de armas. La guarnicion era numerosa é intrépida: y ademas los habitantes, poseidos del odio mas violento contra el enemigo

público, habian tomado las armas en defensa de sus murallas. Las mugeres mismas emularon el valor de los militares, y pelearon armadas: otras acarreaban tejas y piedras para tirarlas al enemigo. La única ventaja que lograron entonces los ingleses, fue la toma del castillo de las Turnalas, que defendia la entrada del puente. Los orleaneses construyeron otro por la parte de la ciudad. Salisbury, orgulloso por la superioridad de sus fuerzas, se creia seguro de conquistar á Orleans. Un dia mirando las calles y plazas de este pueblo, desde las almenas del castillo que acababa de rendir, le dijo uno de sus capitanes: "estais viendo una ciudad que pronto será vuestra." Apenas habia dicho estas palabras, cuando una piedra, lanzada de las murallas enemigas, derribó muerto en el suelo á Salisbury. Los ingleses desalentados con su pérdida, renunciaron á los asaltos, bloquearon la plaza estrechamente, esperando tomarla por hambre, y la circunvalaron con fuertes atrincheramientos, guarnecidos con castillos de distancia en distancia. Lahire, sin embargo, logró salir de la plaza y avisar el peligro que corria á Cárlos, ocupado entonces en los preparativos de un baile, acerca de los cuales consultó al guerrero. Este respondió: "no es posible perder un reino mas alegremente." Esta ingeniosa y noble espresion despertó al monarca de su letargo: y se envió en socorro de la plaza un convoy escoltado por 200 hombres de

armas. Consiguióse introducirlo en Orleans, y sus defensores gozaban de abundancia, cuando en los reales de los enemigos habia suma escasez.

Bedford, que se hallaba sin dinero, empeñó los diamantes de la corona, y envió al campamento 500 carros de víveres con escolta de 1600 hombres de armas y mil infantes. Clermont, el condestable de Escocia, Dunois, Albert, Chabannes y Lahire, se propusieron interceptar este convoy con 3000 hombres de armas que reunieron. Pero la discordia, azote de Francia y fruto deplorable de la anarquía feudal, dividió de nuevo á aquellos impetuosos guerreros. Solo estaban acordes en pelear: mas no sobre quién habia de mandar, ni sobre el plan y momento del ataque. Acometieron pues sin orden y emplearon inutilmente su valor; y á pesar de su superioridad numérica, se retiraron vergonzosamente. Como nadie mandaba ni obedecia, el combate no fue mas que una confusa mezcla. El condestable de Escocia y otros guerreros de nombradía perecieron en él. La pérdida de los franceses y escoceses ascendió á 600 hombres. Dióse á la batalla el nombre de *jornada de los arenques*, porque siendo entonces cuaresma, la mayor parte de los víveres del convoy consistian en este pescado. Para aumentar el oprobio de esta derrota, muchos autores dicen que los franceses tenian cañones: Villaret lo niega: pero L'Eveque cita una crónica de

aquel tiempo, titulada *Historia de la Poncella de Orleans*, donde se lee este pasage: "la infantería francesa ajustó sus cañones, y los de Orleans cargaron muy bien sus culebrinas que hacian pedazos todo lo que se les ponia en frente." Esta derrota desanimó á los sitiados, y preveyendo que tarde ó temprano seria inevitable su ruina, por salvar la ciudad resolvieron ponerla en depósito en manos del duque de Borgoña, so color de que era contrario al derecho de gentes apoderarse de los dominios de un príncipe que hallándose entonces cautivo en Londres no podia defenderlos. Felipe el Bueno no desechó la proposicion, y tuvo una conferencia con Bedford sobre esta materia: pero nada consiguió. "No quiero, decia el inglés, ceder la plaza al duque de Borgoña: porque caerá en mi poder cuando yo quiera, y los habitantes tendran que indemnizarme los gastos del sitio. No me parece justo que yo ojée la caza y otro la çoja." El duque de Borgoña, irritado de esta repulsa insultante, dió orden á sus vasallos de abandonar inmediatamente el campamento de los sitiadores.

Cárlos, desalentado con estas noticias, y renunciando á la esperanza de defender la línea del Loira, parece que tuvo, por algunos momentos el designio poco noble de abandonar el reino y retirarse al delfinado, apenas supiese la rendicion de Orleans. La mayor parte de sus consejeros era de la misma opinion. "Felizmente, dice L'Eveque, la

reina alentó el valor de su esposo: le representó que su obligacion era pelear: y que faltaria á ella retirándose." Añade que se atribuiria esta noble espresion á Ines Sorel; pero esta señora no se presentó en la corte hasta tres años despues. Acaso existian ya, aunque secretas relaciones entre Cárlos é Ines: y se puede creer que apoyó en conversaciones privadas el dictamen que sostuvo la reina en el consejo: pues Brantome cita estas palabras dichas por ella misma al rey: "un astrólogo me ha anunciado que tendria un amante rey y belicoso. Si Cárlos se manifiesta tan indolente y tímido, me será forzoso ir á buscar á Enrique." Francisco I creia que era verdadera la narracion de Brantome, cuando compuso los versos en que elogia el corazon heróico de la Sorel, y la influencia que tuvo en la restauracion del reino. Esta lucha sangrienta de Francia con Inglaterra se terminó, como muchas tragedias griegas, por la intervencion de un personage prodigioso.

Cuando el rey Cárlos creía perdida su corona sin esperanza de recobrarla, una jóven aldeana, que se creía inspirada del cielo, se presentó, habló, peleó, animó los consejeros tímidos, alentó los guerreros abatidos, mudó la fortuna, fijó la victoria, inspiró terror pánico al enemigo, y restituyó á Cárlos su cetro y su honor. Hume dice que esta doncella causó una de las mas grandes revoluciones que han confundido los vanos proyectos de

los hombres. Si inspiró á los franceses el mayor entusiasmo, tambien excitó en los ingleses odio implacable. El duque de Bedford, en una carta confidencial, escribia que Juana de l'Arc no debió sus portentosas victorias, sino á hechizos y sortilegios. No debe juzgarse de esta heroina, de sus visiones y de sus hazañas por las ideas de nuestro siglo, en el cual las inspiraciones de esta muger estraordinaria á nadie inflamarian ni aterrarian: pero siendo cierto que entonces la creyeron y siguieron, que excitó la admiracion de todos, que fue la libertadora de su patria, y que su valor heróico hizo prodigios, debemos contar sus apariciones y hazañas como las han escrito los autores contemporaneos. Los historiadores franceses del siglo XV, muchas crónicas, y entre los modernos, los escritos estimables de M. Walkenaer, y las investigaciones curiosas y recientes de M. Buchon, contienen todas las noticias importantes de este episodio de la historia moderna, el mas semejante á las narraciones fabulosas de la antigüedad: con la diferencia de que la vida y acciones de Juana de Arc, en lugar de ser invenciones novelescas, son hechos históricos é incontestables.

Esta muger célebre nació en la aldea de Domremí, situada á las orillas del Mosa, entre Neutchateau y Vaucouleurs. Santiago de Arc, su padre, é Isabela Roucé, su madre, eran labradores honrados, y muy queridos por

su probidad, sencillez de costumbres y caridad con los pobres y peregrinos. Tenian tres hijos y dos hijas que los ayudaban en sus tareas rústicas. Vivian apartados de las tempestades del mundo: su vida oscura y laboriosa alejaba de sus ánimos toda idea de ambicion y de codicia: y no era facil prever que de aquella choza pacífica saldria una heroina libertadora de Francia. Juana pasó su infancia y los primeros años de su juventud, cosiendo, hilando y llevando á pacer el ganado. Era suave de carácter, obediente, tímida, y no se distinguia entre sus compañeras sino por su piedad religiosa, que la esponia algunas veces á las burlas de sus conocidos. Era de mediana estatura y de cuerpo robusto: la tez blanca, pero asoleada: los ojos, grandes y negros: el cabello, del mismo color, descendia hasta las rodillas. Su mirada espresiva y altanera anunciaba un carácter elevado; y la suavidad de su voz y la modestia de sus palabras, correspondientes á la pureza de su alma, inspiraban cariño mezclado con respeto. Felipe de Bérgamo, religioso contemporaneo, dejo escrito este retrato de Juana, que segun dice, le certificó un testigo ocular. El tiempo que las demas aldeanas dedicaban á los juegos, bailes y fiestas, lo empleaba Juana en la iglesia orando al pie de los altares. En aquel pais, mas que en otros de Francia, se conservaban tradiciones de cosas invisibles y sobrenaturales. Cerca de la aldea de Domre-

mí habia una antigua selva, llamada *Bois Chenu*, donde se creia que habitaban todavía las hadas. Juana veia desde su casa este bosque misterioso, en cuyo centro nacia una fuente de agua muy clara, cerca de la cual se elevaba un haya magestuosa: y los viejos aseguraban que por las noches se oian cantar las hadas bajo su espesa sombra. La fuente que regaba su pie, se tenia por sagrada, y los enfermos acudian desde muy lejos á beber de sus aguas con la esperanza de recobrar la salud. Esta creencia duró mucho tiempo, y dos siglos despues era aun venerado aquel árbol; y se le adornaba con guirnaldas de flores.

Desde la edad de 13 años, Juana, cuya imaginacion era sumamente activa, tenia frecuentes éstasis: y por la noche creia oir desde el jardin de su casa una voz que le parecia venir de la iglesia. Despues afirmaba que era la del arcangel san Miguel que se le habia aparecido. Sus éstasis se hicieron mas frecuentes, y le parecia ver en ellos á san Gabriel, pero con mas frecuencia á santa Catalina y á santa Margarita, que la llamaban hácia donde estaba el haya de la selva. Juana sostuvo constantemente en la corte, en los reales, ante los sacerdotes, en presencia de sus jueces, y junto á la hoguera en que pereció, la realidad de estas apariciones. Así que, es forzoso confesar que la sinceridad de sus discursos es un hecho histórico, aunque la ha-

bilidad política los emplease para alentar los ánimos del vulgo.

Juana oia á los loreneses y franceses quejarse continuamente de las depredaciones que los ingleses cometian, de la opresion del pueblo, de los infortunios del rey de Francia y de la usurpacion de su trono, ocupado por un príncipe estrangero. La doncella, conmovida con estas quejas que llenaban su alma de piedad é indignacion, contó poco despues que las voces celestes que interrumpian su sueño, le mandaban tomar las armas, ir á Francia, obligar al enemigo á levantar el sitio de Orleans, y ante todas cosas dar parte de su mision al capitan Baudricour, comandante de Vaucouleur.

La salud de Juana, que hasta entonces era débil, se fortificó: y sus padres para desviarla de sus proyectos, que les parecian quiméricos, resolvieron casarla con un jóven de Toul. Juana se negó á ello: pero como espresó su repulsa en términos suaves y tímidos, el jóven, que estaba enamorado de su hermosura, esperó vencer la resistencia: y de acuerdo con sus padres, la puso pleito asegurando que le habia dado palabra de casamiento. Juana defendió su causa en Toul, la ganó, y quedó libre para obedecer á los únicos señores, cuyos mandatos, segun decia, queria escuchar, que eran las voces celestiales que le anunciaban las órdenes del Altísimo. En su familia casi ninguno daba crédito á sus apariciones. Solo

su tio Beltran Laxa se dejó persuadir; y convencido de la realidad de sus inspiraciones, habló de ellas al capitan Baudricour, que las oyó con desden, y le dijo que su sobrina era energúmena ó loca, y que le aconsejaba que la mandase exorcizar en el primer caso, ó la diese de palos en el segundo. Entretanto se estendia por el pais la noticia de las apariciones de Juana; y dábase crédito á ellas, y se aumentaba cada dia mas la celebridad de la doncella. Muchas personas de las poblaciones y ciudades comarcanas la creian inspirada.

Una romería, que hizo á Nancy, estendió tanto su reputacion, que el duque de Lorena, enfermo entonces, la llamó para consultarla: y aunque no le sanó, la dió al despedirla una suma considerable. Algunos oficiales representaron al gobernador, que el nombre de Juana y sus visiones, fuesen falsas ó verdaderas, podian darle tanta influencia en el vulgo, que alentase los ánimos abatidos, y que por tanto, fuese iluminada del cielo, ó fuese loca, podia ser útil á la corona del rey. Baudricour informó al gobierno de lo que pasaba, y añadió, si hemos de creer á una crónica de aquel tiempo, que la Poncella habia anunciado el éxito de la funesta jornada de los arenques, antes de haberse recibido en Lorena noticia alguna de aquel suceso. Juana, cuya constancia era invencible, superó todos los ostáculos: y á pesar de su timidez, fue á

casa del gobernador, le reconoció en medio de muchos caballeros, aunque aseguraba no haberle visto otra vez, y acercándose á él sin miedo, le notificó las órdenes que habia recibido de *su señor*. "¿Y quién es tu señor?" replicó Baudricour. «El rey del cielo, dijo Juana, que me ha mandado libertar á Orleans, coronar al delfin y conducirle á Reims." Guillermo Boulangi, que se hallaba presente, escribe todos estos pormenores. El fuego de las miradas de Juana, la seguridad y conviccion con que hablaba, movieron algun tanto al anciano militar: mas no se rindió todabía á sus deseos. Juana no se manifestó admirada de ello: y dijo que la voz celestial le habia anunciado que sufriria tres repulsas. Boulangi, y otro caballero, llamado Juan de Metz, uniendo sus instancias á las de la Poncella, juraron por su honor que la conducirian á la presencia del rey bajo la proteccion de Dios. Baudricour cedio: Juana se cortó los cabellos, se vistió de hombre y señaló dia para su partida. Los dos caballeros que se habian declarado en su favor, hicieron todo el gasto de su equipo y viage. Baudricour le dio una espada, y en la despedida le dijo: «vé, y suceda lo que Dios quiera."

La Poncella, despues de haber cumplido la órdenes del cielo, satisfizo á otras obligaciones que la naturaleza le dictaba. Arrojose á los pies de sus padres, pidioles perdon por la pesadumbre que les daba, y partió escoltada por sus caballeros, acompañada de Pedro de

Arc, su hèrmano, y seguida de dos criados, de un flechero llamado Ricardo y de Collet de Vienne, mensagero del rey. Púsose en camino á fines de febrero para empezar su vida, hasta entonces mas aventurera que heróica, en un pais infestado de enemigos y á 150 leguas del término de su viage. Cuando partió, los habitantes de su aldea lloraron por el amor que la tenian, y le representaron los peligros de un camino tan largo y tan lleno de soldadesca. "No temais, les decia ella: si encontrare hombres de armas, Dios me abrirá sendero para que llegue adonde está mi señor el delfin." Cuéntase que el mensagero Collet de Vienne y el flechero Richard se enamoraron de ella durante el viage: y que desdeñados por Juana, se convirtió su amor en miedo, y mas de una vez quisieron matarla para evitar los riesgos que corrian por su causa. Pero se sometieron al ascendiente que tiene un alma vigorosa sobre los espíritus débiles. La dignidad natural de la Poncella y la elevacion de su carácter les impusieron tanto respeto que no salieron un punto de sus órdenes. Sospechóse tambien que Boulangi, que era jóven, intentó seducirla: pero él atestiguó constantemente que nunca le pasára tal cosa por el pensamiento, á causa, añadia, de la mansedumbre, bondad y grande virtud que veia en ella. No obstante, la crónica cuenta que la Poncella dormia todas las noches entre los dos caballeros que la escoltaban, fundando su defensa y

seguridad en su inocencia, en su valor, y en los vestidos de hombre que nunca se quitaba. Tuvo la felicidad de no hallar en el camino ni enemigos ni obstáculos: y despues de haber concluido un viage que tan peligroso se creia para ella, se detuvo en la aldea de Fierbois, á seis leguas de Chinon, donde residia entonces el rey Cárlos. Despues de haber hecho oracion, escribió una carta al monarca, á quien todavía no daba mas nombre que el de delfin, y se la envió con los pliegos de Baudricour. La Poncella no pudo llegar en mejor ocasion: las noticias recientes de Orleans eran muy tristes, y tanto el rey como sus ministros, desesperaban de la salvacion de la patria. Cuando leyeron las cartas de Baudricour, casi todos los consejeros y en particular el canciller Renaud de Chartres, tuvieron á Juana por visionaria, y la acusaron, unos de embustera, otros de traidora, y el que menos de loca: y digeron, que si el rey la recibia, quedaria espuesto al ludibrio de sus enemigos. Solo Cárlos, segun dice L'Eveque, habló en su defensa, porque el bastardo de Orleans le habia recomendado mucho la Poncella. Es muy probable que tanto Dunois como Baudricour preveyesen la importancia de semejante ausilio para escitar el valor de las tropas y la confianza del pueblo, y los prodigios que haria la opinion comun declarada en su favor.

El dictamen del rey prevaleció, y Juana

vino á la corte. Cárlos, para probarla se puso un trage sencillo y se colocó entre la multitud de sus cortesanos, que la mayor parte de ellos tenian magníficos vestidos. La Poncella le reconoció al punto y se arrojó á sus pies: y como Cárlos le digese "yo no soy el rey; vedle allí," señalando á uno de los caballeros, Juana replicó: "vos sois y no otro;" y añadió: «Soy enviada de parte de Dios para socorrer á vos y á vuestro reino. El rey de los cielos os envia á decir por mí, que Orleans será libertada; que sereis consagrado y coronado en la ciudad de Reims y que reinareis como lugarteniente suyo: porque tambien es rey de Francia.» Segun el autor de la crónica, que lo habia oido decir á muchos personages testigos de este suceso, ó el confesor del rey, ú otro señor de la corte le aconsejaron que hablase en secreto con Juana, y le preguntase cuáles pruebas podia dar de su mision. La Poncella respondió: "¿creereis que soy enviada por Dios, si os digo cosas tan secretas, que solamente el señor y vos las sabeis?" "Sí," replicó Cárlos. "¿Habeis dicho, repuso la Poncella, á vuestro confesor ó á algun otro tres peticiones que habeis hecho á Dios?" "Es cierto que las he hecho, dijo el rey: mas no lo he contado á nadie.» -- "Y si os digo cuáles fueron, ¿me creereis? -- Sí. -- El año pasado, dia de Todos Santos, estando solo en la capilla del castillo de Loches, hicisteis tres peticiones á Dios. La primera: que si no erais legítimo rey de Fran-

cia, pluguiese á su divina magestad quitaros la resolucion de proseguir en vuestra empresa, para que no fueseis causa de la guerra de la cual habian de resultar tantos males antes de recobrar el trono. La segunda: si los grandes males y tribulaciones que el pobre pueblo de Francia sufria y habia sufrido tantos años, provenian de vuestros pecados, libertase al reino de tantas adversidades; y os castigase á vos solo, ó quitándoos la vida, ó con cualquier otra pena que le pluguiese imponeros. La tercera: que si los pecados del pueblo eran la causa de las calamidades, le perdonase y aplacase su ira; y libertase al reino de los males que sufre despues de 12 años." El rey, conociendo que decia verdad, dió crédito á sus palabras, reconoció por divina su mision, y concibió esperanzas de que le ayudaria á recobrar la corona. Despues declaró á su corte que la Poncella le habia dicho cosas que solo Dios y él sabian; y así, que tenia en ella la mayor confianza. Los cortesanos, que hasta entonces la habian despreciado, imitaron el ejemplo del rey, y aun lo exageraron segun costumbre. Todos elogiaban su gracia natural; algunos su franqueza: otros, el candor y la oportunidad de sus respuestas. Alababan la dignidad de su continente, la espresion y fuego de sus miradas, y su agradable y amena conversacion. Dunois, el mas celoso de los partidarios de la Poncella, reunió el pueblo, y le contó lo que habia visto y oido. La mul-

titud conmovida se entregó al júbilo, olvidó sus temores, y la esperanza succedió á la consternacion. Nadie dudaba de que la Poncella es inspirada: pero no todos creian que sus inspiraciones fuesen del cielo: y no pocos recelaban que tuviese pacto con el demonio.

Encargose pues, á algunos obispos que la examinasen: y como quedase incertidumbre todavia, la enviaron á Poitiers para ser interrogada por los teólogos mas famosos. El rey pasó á la misma ciudad, y contó á los doctores y magistrados todo lo que el sabia acerca de la mision divina, de que se creia encargada la Poncella. Cuando el teólogo Aymery la llamó ante sí en presencia del duque de Alenzon, le dijo: "si Dios quiere darnos la victoria, no necesita de gendarmas ni de soldados: ¿por qué pues los pedis?" "Los gendarmas pelcarán, respondió ella, y Dios dará la victoria." Preguntósele qué señal tenia para probar su mision: porque sin tener certeza de ella, no debian esponerse inutilmente las tropas del rey por solo su dicho. "Yo no he venido á Poitiers, respondió, á hacer milagros. La señal que yo daré, es ahuyentar á los enemigos de Orleans: y en dándome algunos hombres de armas, aunque sea en corto número, me pondré al instante en camino." "¿Y por qué habeis dejado, le preguntó un obispo, el trage de vuestro sexo?" "Por que es incompatible, respondió Juana, con el servicio militar: y bajo el de hombre,

excitaré menos los deseos de los que estén á mi lado, y conservaré mejor mi pureza.» Los teólogos, despues de haberla oido muchas veces ante varios testigos, declararon que no podia recaer sobre ella ninguna sospecha de heregía, magia, ó mala fé: y que, pues gozaba en su pais de reputacion no manchada, podia el rey aceptar con toda confianza el socorro que aquella vírgen le prometia en nombre del cielo. Sin embargo, Cárlos no se resolvia aun: porque muchos individuos del parlamento de Poitiers, el canciller Renaud de Chartres y el arzobispo de Reims persistian en no dar crédito ni á las apariciones ni á las promesas de Juana. Se determinó pues, hacer con ella la última prueba. Era entonces opinion comun que el diablo no podia hacer pacto con una doncella: y por tanto se encargó á la reina de Sicilia, suegra del rey, y á las señoras de Gaucour y de Vienne asegurarse en secreto de su inocencia: exámen que en aquella época no era raro: y Froissard dice que las jóvenes de la clase mas distinguida solian someterse á él antes de casarse. El informe de la reina y de las damas fue favorable á la Poncella, y el consejo del rey, renunciando á sus anteriores recelos, decretó que se le daria el mando de una escolta para introducir un convoy en Orleans.

Para evitar las burlas de los incrédulos, se dió á la joven heroina un séquito correspondiente al papel que iba á hacer. La humil-

de aldeana de Vaucouleurs tuvo mayordomo, capellan, pages, escuderos y muchos criados y caballos.

Cárlos regaló á Juana una armadura completa, y un estandarte, cuya forma y color eligió ella misma. Era de tela blanca, sembrada de flores de lis y guarnecido de franjas de seda. Estaba pintado en él el Salvador del mundo sentado sobre nubes y con un globo en la mano. A su derecha se veian dos ángeles postrados: uno de ellos tenia una flor de lis, que bendecia Cristo, y al rededor de ella habia este letrero: *Jesus, María*. Para completar su armadura, no faltaba mas que la espada: pero Juana no quiso admitir ninguna de las que le dieron, y dijo que debajo del altar mayor de la iglesia de santa Catalina de Fierbois estaba enterrada una, en cuya hoja habia señaladas cinco cruces, y que esa era la que el cielo le destinaba. Buscóse en efecto, pareció, y se la entregaron.

Era llegada la ocasion de realizar tantas esperanzas. Alistáronse seis mil guerreros bajo la bandera de Juana, que llevaba su capellan. La Poncella mandó á todos sus soldados que se confesasen, para tener la proteccion celestial: y se puso en marcha con tal confianza y entusiasmo, que los comunicó no solo á sus soldados, sino tambien á todos los que acudian por verla pasar.

No contenta con excitar el valor de los soldados que la seguian, determinó para asom-

brar y sorprender á los enemigos, escribirles cartas amenazadoras. Se ha conservado la que escribió al rey de Inglaterra, y comienza así: "Jesus, María. Rey de Inglaterra, y vos, duque de Bedford, que os llamais regente de Francia, y vosotros, Guillermo Poll, conde de Sufolk, Juan señor de Talbot, y Tomás de Escalles, que os llamais lugarteniente del duque de Bedford, dad gloria al rey del cielo: entregad á la Poncella, que es enviada de parte de Dios, las llaves de todas las ciudades que habeis tomado y oprimido en Francia: porque ha venido de parte de Dios á reclamar todo lo que pertenece á la sangre real. Está dispuesta á hacer la paz, si le dais satisfaccion, evacuais el reino, pagais los daños que habeis hecho, y restituis los dineros que habeis tomado. Y vosotros, flecheros, soldados, gentiles hombres y otros, que estais sobre la ciudad de Orleans, idos con Dios á vuestra tierra: y sino lo haceis, la Poncella irá á veros con daño vuestro." Las demas cartas suyas consistian en amenazas, como estas: "os aviso que en cualquier lugar que nos encontremos, os hemos de herir: y se levantará un *ay! ay!* que no se haya oido en Francia otro mas terrible." La carta al rey de Inglaterra tenia por fecha el martes de la semana santa, y el sobre era así: «oid las noticias que Dios y la Poncella envian al duque de Bedford, que se dice regente de Francia, para el rey de Inglaterra." Este pliego singular indignó á los

ingleses: pusieron presos á los reyes de armas que lo entregaron, y quisieron quemarlos como mensageros del demonio: pero los generales, determinaron consultar antes la universidad. Parece que Cárlos confiaba mas en las inspiraciones de Juana que en su talento militar: y así, aunque la Poncella era el caudillo y el alma de los soldados que la seguian, el rey habia tenido la prudencia de encargar al mariscal de Baissac, á Culan, á Gaucourt, á Dunois, á Lahire y á otros generales esperimentados que dirigiesen sus movimientos. Juana lo conoció, viendo que se seguia otro camino que el que ella habia indicado, y se quejó á aquellos héroes de que prefiriesen el camino de los hombres al de Dios.

Era de esperar que los ingleses opondrian grande resistencia á la entrada del socorro que la Poncella conducia á la ciudad sitiada. Todos aguardaban un combate sangriento: mas no fue así. Los enemigos, poseidos de espanto, se quedaron inmoviles. Los sitiados, viendo el estandarte de Juana, salieron de la plaza, se unieron al convoy, que entró en medio del dia y sin ostáculo alguno el 3 de mayo. Este primer triunfo fue considerado como portentoso. Con Juana entró en la ciudad no solo la abundancia, sino tambien la seguridad: y la guarnicion y los habitantes, confiados en la proteccion del cielo, se creyeron invencibles.

La Poncella, sabiendo que los ingleses

iban á quemar sus reyes de armas, escribió segunda vez á los generales enemigos, y logró con sus amenazas que se los enviasen libres. Los caudillos de la guarnicion formaron consejo de guerra, de cuyas resoluciones no querian darla parte. Juana se presentó á ellos, y les dijo: «Mis señores, creeis que por ser yo muger, no sabré guardar secreto: pues os asseguro que nada ignoro de lo que habeis resuelto, y que no revelaré lo que sea preciso callar." Los franceses de la guarnicion, reducidos hasta entonces á la defensiva, mas animados ya con la presencia de Juana, determinan acometer al enemigo: pero solos y sin socorros sobrenaturales.

El 4 de mayo de 1429 estaba Juana durmiendo profundamente, cuando su escudero le avisó que sus tropas habian hecho una salida contra los ingleses: y que habiendo asaltado un castillo de los cuarteles, eran rechazadas. La heroina toma las armas, marcha á unirse con sus guerreros, los guia al combate y sube al asalto con ellos teniendo en su mano una bandera pequeña. Los soldados, avergonzados de que una muger se les adelante, vencen todos los ostáculos y toman el castillo. Pocos dias despues quiso acometer á otro fuerte: pero habiéndole advertido que era la fiesta de la Ascension, y no queriendo quebrantarla, dejó el asalto para la mañana siguiente. Pasó el Loira, dió la señal del combate, tomó una escala, y plantó su bandera en lo alto del muro.

Viendo desde allí, que sus tropas rechazadas huian desordenadamente, acude á ellas y las reprende con tanta vehemencia su cobardía, que vuelven de nuevo para reparar su ignominia, escalan la fortaleza, la toman, y á pesar de las representaciones de la Poncella, la entregan al pillage. El dia siguiente cañonearon y asaltaron los franceses el castillo mas fuerte del campo inglés. Abierta la brecha, se arrojó la Poncella á entrar por ella: pero cayó herida de una flecha en el hombro. El grito de dolor de los franceses y el de alegría de los enemigos resonaron en el viento. Pero la intrépida guerrera, apenas recobró sus sentidos, arranca ella misma la saeta de su profunda herida, vuelve al combate y entra en la fortaleza al frente de los suyos: los ingleses huyeron, y amontonados en un puente, lo rompieron, y perecieron muchos en el agua.

Los generales ingleses consternados levantan el sitio precipitadamente, dejando en poder de los enemigos fortalezas, enfermos, bagajes y víveres. Juana, al entrar triunfante en la plaza, mandó sacar del agua el cadáver del general que mandaba las tropas inglesas. No permitió que se siguiese el alcance á los fugitivos: «no es menester matarlos, decia: basta que huyan." El terror de los enemigos fue tal, que algunos no pararon hasta Normandía: otros dispersados, se encerraron en las plazas mas fuertes. Así acabó, ocho dias después que llegó la Poncella, el famoso sitio de Orleans que habia durado siete meses. Este

suceso aumentó la confianza de Juana y de todas sus inspiraciones: y las burlas de los incrédulos se convirtieron en admiracion. La Poncella, deseando vencer otra vez y completar la obra para que se creia enviada, fue con prontitud á presentarse al rey, le dió parte de la libertad de Orleans, y le exortó á que la siguiese inmediatamente á Reims. En vano representaron los ministros que era contra todas las máximas de la prudencia emprender con un ejército poco numeroso sin municiones ni almacenes, un viaje de setenta leguas por un pais infestado de enemigos, lleno de fortalezas, y en el cual interrumpirian á cada paso la marcha de las tropas los rios cuyos pasos estaban muy bien guardados. Pero la voz del entusiasmo acalló la de la razon. Cárlos partió con su ejército, mandado nominalmente por el duque de Alenzon, pero en realidad por la Poncella: porque entonces Dunois, Culan, Lahire y aun los mismos mariscales eran eclipsados por la heroina, cuya voz parecia al pueblo nuncio de las órdenes celestiales. Las tropas no eran dirigidas por los héroes de Francia, y apenas se hacia caso de los guerreros ancianos. Todos obedecian á los oráculos pronunciados por una jóven aldeana. El éxito fue muy superior á sus esperanzas.

La plaza de Gergeau opuso resistencia, y los franceses determinaron asaltarla. Comenzó el ataque, y observando Juana que los ingleses peleaban con mucho ardor en una parte

de la muralla, puso en ella su escala y subió con el estandarte en la mano. Al momento echó un inglés sobre ella una piedra enorme que la derribó en el foso. Los franceses retroceden, y el enemigo se cree vencedor: pero Juana se levanta con prontitud y grita: "amigos, valor; Dios es contra los ingleses: en esta hora todos son nuestros." Los asaltadores, animados con estas palabras, y alentados con su ejemplo, redoblan los esfuerzos, salvan la muralla, penetran en la ciudad, persiguen á los enemigos de calle en calle y dan muerte á 1100 ingleses. Sufolk, gobernador de la plaza, viéndose obligado á rendirse á un escudero francés, le dió el orden de caballería para no degradarse entregando su espada á un guerrero subalterno. Los vencedores, aprovechándose de sus ventajas, se apoderaron de otras muchas plazas. Cuando el ejército real marchaba á Beaugeney, supo el rey con sorpresa y enojo que el condestable Richemont, objeto constante de su enemistad, se acercaba al campo con 1200 hombres de armas. Era preciso ó recibirle como auxiliar, ó rechazarle como enemigo. Juana queria salir contra él: pero esta vez su dictamen no prevaleció en el consejo; "porque, dijo candorosamente Lahire, hay en nuestro ejército muchos hombres que aman mas al condestable que á todas las doncellas de Francia." Determinose que se le recibiera con cortesía. La Poncella se presentó á él y le dijo: "no sé si venís de parte de Dios. Si sois

obédiente á su voz, no os temo, porque él sabe mi buena voluntad: si venís de parte del diablo, os temo menos." El condestable, en vez de ofenderse por estas palabras, suplicó á la Poncella que interpusiese sus buenos oficios para reconciliarle con el rey.

Cuando Bedford supo el lévantamiento del sitio de Orleans, las hazañas de la Poncella, la consternacion de los ingleses, la marcha atrevida del rey de Francia, y la reunion de Richemont con el ejército real, juntó las reliquias de sus soldados dispersos hasta el número de 6000 hombres, y resuelto á pelear salió al encuentro á los franceses y se acampó en Patay. Cárlos, descontento de la llegada de Richemont, se habia detenido en Sully; y su ejército marchó sin él, bajo las ordenes de Juana del condestable y del duque de Alenzon para dar batalla al enemigo. Diose la señal del combate, del cual hace la crónica la siguiente descripcion. «La vanguardia se colocó en Patay, cuya iglesia tenia una torre fuerte: y fueron enviados Lahire y otros gefes con algunos gendarmas para escaramucear con el enemigo. El duque de Alenzon, el condestable, el conde de Vendoma, el bastardo de Orleans y Juana la Poncella se adelantaron contra los ingleses que marchaban en buen orden. Apenas vieron estos á los franceses, torcieron su camino hácia un bosque cercano, buscando lugar á propósito para la batalla. Pero nuestra vanguardia los acometió tan fuerte-

mente que derrotaron la caballería enemiga. Los de á pie se retiraron al bosque y á la aldea para salvarse: mas fueron tambien vencidos y deshechos por los del duque de Alenzon. En esta batalla murieron 3000 hombres, la mayor parte ingleses. Hiciéronse muchos capitanes prisioneros, entre ellos Talvot. Despues de la victoria, Joinville y muchas plazas cercanas se rindieron al rey." Contentos con este brillante triunfo, se volvieron los vencedores á Orleans: y la Poncella fue á Sully á rogar al rey que viniese al ejército y se reconciliase con Richemont. Pero en vano el duque de Alenzon unió sus exhortaciones á las de Juana: en vano reprobaron los consejos del valido La Tremouille: Cárlos, inaccesible á sus ruegos y á las súplicas del altivo condestable, respondió: "mas bien quiero perder mi corona, que debérsela á Richemont." Despues de esta respuesta severa, se retiró el rey á Parthenay, seguido de muchos caballeros amigos de La Tremouille: así este privado separaba al rey de sus mas intrépidos defensores; y podia desalentar al ejército la ausencia de Cárlos, cuando los soldados se esponian á los mayores peligros con la mas generosa lealtad. Juana, afligida por los obstáculos que se oponian á la felicidad del reino, aunque veia estenderse la gloria de su nombre, no dejaba de conocer que algunos cortesanos envidiosos trataban de robarle el afecto y la confianza del rey: mas ella solo oponia á su odio la modes-

tia amable, la mansedumbre imperturbable y la piedad cristiana. Cuando no peleaba, buscaba esclusivamente la compañía de señoras virtuosas, manifestaba claramente su desprecio á las mugeres poco honestas, y preferia para la conversacion á las doncellas, cuyo candor le recordaba la sencillez de las compañeras de su infancia. Cuando se presentaba en los campamentos, la pastora tímida se convertia en caudillo severo, y algunas veces violento. Echaba á palos de las tiendas á las mugeres de mala vida: y en una ocasion rompió sobre ellas su famosa espada. Como su ardor militar no tenia mas objeto que la salvacion de su patria y el restablecimiento del rey en su trono, exigia de los soldados disciplina rigurosa, no toleraba saqueos ni venganzas particulares, y jamas recibió los víveres y municiones que le ofrecian los pueblos, sin haberlos pagado. Despues de la victoria de Patay, consiguió del rey á fuerza de instancias que se reuniese con el ejército en Gien y tomase el mando.

Allí se celebró un consejo de guerra, en que hubo dictámenes opuestos. La mayor parte de los generales decian que antes de ir á Reims, era menester apoderarse de Cone y de la Charité del Loira. La Poncella, que llevaba á mal toda detencion, hizo que se resolviese no acometer esta plaza hasta despues que el rey volviese de la consagracion. Era necesario pasar cerca de Auxerre: esta ciudad

dió víveres al ejército, y evitó así el peligro que la amenazaba. Troyes no quiso al principio abrir sus puertas: pero apenas vió las tropas y la Poncella que se acercaban valerosamente á sus murallas, hacer los preparativos del asalto, los habitantes y la guarnicion, poseidos del terror pánico, que inspiraba á todos el nombre y la vista de la heroina, capitularon. Cárlos entró en la ciudad, y Juana á su lado. Una crónica de aquel tiempo refiere el suceso de otro modo. "El consejo de guerra dudaba si poner sitio á Troyes, ó continuar la marcha para no retardar el viaje, y dejar un cuerpo de tropas que observase la plaza. Juana declaró que dentro de tres dias se rendiria la ciudad ó de grado ó por fuerza. Todos se rieron de la jactancia: pero á pocas horas se supo que la guarnicion borgoñona, separándose de los ingleses, se habia unido con los habitantes, fieles al rey, que se sublevaron y entregaron las llaves de la plaza." La misma crónica añade que en este dia una vandada, ó mas bien una nube de mariposas, se puso á revoletear al rededor de Juana, y que este prodigio aumentó en gran manera la confianza del pueblo y su entusiasmo á favor de la heroina. El ejército siguió su marcha Chalons se rindió sin combate, y se llegó en fin al pie de las murallas de Reims, cuya guarnicion era numerosa á las ordenes do los señores de Chatillon y de Saveuse. Se esperaba un asalto sangriento; pero el pueblo de Reims se alboroto,

obligó á las tropas inglesas y borgoñonas á evacuar la ciudad, y abrió las puertas á Cárlos.

El rey hizo su entrada solemne en esta ciudad el 14 de julio de 1429, y fue á la catedral rodeado de un inmenso pueblo que llenaba los aires con sus aclamaciones. El arzobispo Renaud de Chartres le dió la uncion real, y despues de tantas calamidades, comenzó para Francia una nueva era. Las victorias habian sucedido á los reveses, los triunfos á las humillaciones. Juana de Arc, en ademan de dignidad modesta, asistia á la augusta ceremonia, durante la cual tuvo desplegada su bandera cerca del altar mayor. Cuando se terminó la solemnidad, esclamó: "ya moriré sin pena." Dunois, conmovido por estas palabras que le parecian pronóstico triste, le preguntó si habia tenido alguna nueva revelacion que le anunciase cosas funestas. "No, respondió Juana: solo sé que Dios no me ha mandado otra cosa que arrojar al enemigo de junto á Orleans, y conducir al monarca á Reims." Al salir de la iglesia, escribió al duque de Borgoña una carta instándole á que reconociese públicamente á su legítimo soberano.

Despues de la coronacion, la Poncella, postrada á los pies del rey, le suplicó que la permitiese volver á su aldea: "buen príncipe, le dijo, Orleans está libre, vos triunfante, y sois rey. He consumado mi mision. Restituidme á la paz de los campos, y á la oscuridad de que no he salido sino por mandato del Señor." Su

padre, su tio y sus hermanos, que habian venido á verla y abrazarla, redoblaban su ardiente deseo de volver á su humilde estado. Y como el arzobispo se manifestase sorprehendido de su inesperada resolucion, "pluguiese á Dios, le dijo ella, que pudiese partir al instante, dejar las armas, volver á la aldea y servir á mis padres guardando sus ovejas con mi hermana y mis hermanos, que se alegrarian mucho de verme en aquellos campos." La naturaleza y la virtud hablaban por su boca: pero la política se opuso á sus deseos. El rey habia esperimentado muchas veces la utilidad de su nombre, de su valor y de su presencia, y no queria privarse de un auxilio tan poderoso. Le mandó, pues, que no se ausentase; sino que pelease todavía por su causa. Calló, derramó lágrimas y obedeció. Los escritores de aquella época observan que Juana, creyendo terminada su mision, y no considerándose ya ni como inspirada ni como responsable de los sucesos, dejó de proponer empresas al rey y de oponerse al dictámen de los generales y ministros: y limitó su celo á los afanes y cuidados de la milicia y á ser la primera en oponerse á los peligros. Fue sumamente desinteresada para sí, mas no para su familia ni su patria: y logró del rey absoluta exencion de tallas, subsidios é impuestos á favor de los habitantes de Domremi. Las cartas patentes de este privilegio declaran que fue concedido por consideracion á la Poncella: su fecha es de 31

de julio de 1429. Fueron confirmadas por Luis XIII en 1610, y los habitantes de aquella aldea gozaron del privilegio hasta la revolucion de 1789

Las hazañas de Juana, los progresos del rey y el odio á los ingleses mudaron enteramente los ánimos, y muchos barones, oficiales y hombres de armas desertaron de las banderas de Bedford y de Enrique para alistarse en las de Cárlos. En pocos dias fue recibido en triunfo en las plazas de Laon, Soissons, Chateau Thierry, Provini y Crecy. Bedford comenzaba á recelar que se libertase tambien de su poder la capital de Francia; y así reforzó la guarnicion, y exigió de los vecinos nuevo juramento de fidelidad: lo que era, en una poblacion contraria á los ingleses, manifestar que su dominacion iba á concluirse. En medio de tantos peligros logró Bedford reconciliarse con Felipe el Bueno: tuvieron una conferencia, y aun solicitaron entrar en negociacion con aquel mismo Cárlos, á quien tantas veces habian desdeñado.

En este tiempo desembarcó en Francia el obispo de Winchester con 4000 soldados ingleses, que pagados por el papa iban á hacer guerra en Bohemia contra los huritas. Bedford, que era poco escrupuloso y que temia al rey legítimo Cárlos mas que á los hereges de Alemania, hizo venir á su ejército los hombres de armas de Winchester, los obligó á mudar de servicio, y marchó al frente de ellos

contra el rey de Francia. Cárlos le salió al encuentro con 12000 hombres y algunas tropas que acababan de enviarle los duques de Lorena y de Bar. Avistáronse entrambos ejércitos cerca de Melun: pero como uno y otro temian comprometer su fortuna al trance de una batalla decisiva, esta no se verificó y los ingleses se retiraron. Cárlos, que hubiera debido perseguirlos, mal aconsejado, se retiró tambien hácia Dammartin. Bedford, alentado con este movimiento, volvió atras, siguió al enemigo y lo desafió con altanería. Como al mismo tiempo los habitantes de Compiegne pidieron al rey que fuese á libertarlos, Cárlos marchó hácia esta plaza, y Bedford tambien; y entrambos ejércitos acamparon en la llanura de Senlis. Durante muchos dias, no hubo de una parte y otra mas que desafíos y bravatas: pero á pesar de las instancias de los oficiales, ninguno de los dos gefes quiso dar la señal del combate. Bedford supo entonces que el condestable Richemont habia entrado en Normandía al frente de un cuerpo bastante numeroso; y para oponerse á él, movió sus reales, se alejó de Cárlos, y dejó el campo por suyo. Este príncipe se aprovechó de la ocasion, y tomó á Beauvais, entregada por los habitantes, á pesar de los esfuerzos y artificios de su obispo Cauchon, que despues fue ignominiosamente famoso. Todas las villas cercanas á París, pidieron que el rey las visitase. Cárlos se rindió á sus deseos, y puso su

corté en San Dionis. Juana hizo nuevas instancias para que se la permitiese volver á su aldea: mas nada consiguió.

No se ignoraba que la mayor parte de los habitantes de París deseaban con impaciencia el momento de su libertad. Cárlos, engañado por sus promesas, pensó que en presentándose á las puertas, el pueblo se sublevaría de modo que no pudiese reprimirlo la guarnicion inglesa. Fiado en esta esperanza, acometió súbitamente las murallas de París. Sus tropas, que ascendian á 12000 hombres, estaban dispuestas en orden de batalla en un terreno, llamado *el mercado de los cerdos*, comprehendido hoy entre el alto de San Roque y la puerta de San Honorato. Dada la señal, todos arremetieron á las murallas. Al principio fueron rechazados los ingleses: pero no tardaron en rehacerse, y volviendo en mayor número, hicieron retirarse á los agresores. Pero Juana, cebada en la pelea, quedó sola en lo alto de la muralla, gritando á los parisienses que abriesen la puerta al rey. Los ingleses la acometieron y cercaron. Herida en el muslo de una ballesta; cae y vá arrastrando con dificultad hasta un cerrillo, donde vertió mucha sangre. Allí quedó tendida y abandonada de los mismos por los cuales habia arriesgado tantas veces su vida. Solo un caballero, llamado Ricardo de Tiembrone, acudió á socorrerla, y la halló derramando lágrimas de indignacion por la ingratitud de los suyos que

la atormentaba mas que la herida. Deseaba la muerte, y se negaba á seguir á su libertador. En fin, el duque de Alenzon llegó, y la condujo por fuerza al campamento. La Poncella mandó colgar sus armas en los artesones de la iglesia de San Dionis delante de la urna del santo, y suplicó al rey por la tercera vez, tan inútilmente como en las dos anteriores, que la permitiese volver á su cabaña. Los parisienses no habian obrado de mala fé con Cárlos, y tenian trazada una conjuracion para favorecer su entrada: pero fue reprimida por las fuerzas superiores de los ingleses, que desde entonces multiplicaron los rigores, las prisiones y los suplicios, al mismo tiempo que muchos emisarios amedrentaban al pueblo con las venganzas de Cárlos si llegaba á entrar en la ciudad que le habia desterrado. El rey, abandonando por entonces la empresa de la capital, volvió al Loira, dejando guarniciones en las plazas que habia conquistado.

A pesar de las negociaciones que tenia entabladas con el duque de Borgoña, este hizo alianza con el de Bedford, que lo asoció á la regencia y le nombró su lugarteniente en París: mas no por eso dejó de estender, por un tratado hecho con Cárlos en 14 de octubre de 1429, la neutralidad de Borgoña, estipulada antes, á San Dionis, Vincennes, Charenton, y aun á Saint Cloud. Bedford volvió á Normandía y Felipe al Artois confiando el gobieron de París al mariscal de L'isle Adam.

Cárlos; para consolar á la Poncella, hizó nobles á sus padres, les dió el nombre de Lis, y por armas dos flores de lis con una espada. En el siglo XVII el parlamento revocó este privilegio á la rama femenina de esta familia, con el pretesto de que habia muchos nobles en el reino.

Cuando el duque de Borgoña casó en terceras nupcias con Isabela de Portugal, Bedford le dió como Infantazgo los condados de Champaña y Brie. Poco despues cedió el regente al duque de Bretaña el condado de Poitiers, de modo que los tres enemigos del rey quedaron mas unidos que nunca. Pero todos los corazones franceses favorecian á Cárlos y eran contrarios á Bedford: y el mezquino castillejo de Torey, defendido por Destaing y por los habitantes, resistió seis meses á los ingleses.

Sitio de Compiegne: prision de la Poncella (1430). Muchos nobles, mercaderes ricos y magistrados formaron una conspiracion para entregar al rey la capital. Por desgracia, Dalley, encargado de la correspondencia de los conjurados, fue preso, puesto á cuestion de tormento y condenado con 150 cómplices. A unos descuartizaron, á otros degollaron. Muchos perecieron en el potro, y el mayor número fueron arrojados al Sena. Al mismo tiempo el príncipe de Orange, que alegaba pretensiones antiguas sobre varias tierras del Delfinado, declaró guerra á Cárlos y tomó algunas plazas á pesar de cuanto hizo el conde de Foix para defenderlas. El duque de Sa-

boya, á quien se nombró árbitro para terminar esta contestacion, fue contrario á los intereses del rey, porque tenia esperanza de apoderarse algun dia de toda la provincia. Gaucourt pasó á ella con tropas nuevamente alistadas, y presentó batalla al de Orange cerca de Authon, derrotó completamente su ejército, y le obligó á huir mal herido, de suerte que solo se salvó por la fuerza y agilidad de su caballo que pasó nadando el Ródano. Las relaciones de esta victoria son tan exageradas, que aseguran que Gaucourt no perdió un solo hombre.

Cárlos, condenado á no gozar descanso en toda su vida, via su palacio mas alborotado que nunca por las discordias del valido, del condestable y de sus partidarios. Richemont puso en prision á un hombre, que, segun decia, estaba pagado por la Tremouille para asesinarle, y que ó por la verdad que confesó, ó por las mentiras que dijo, logró la libertad; y aun el condestable le dió un marco de plata: generosidad que pareció sospechosa. Estas querellas domésticas retardaban y entorpecian las operaciones mas importantes. Pero el nombre de la Poncella despertaba aun el valor de los franceses. Esta heroina peleó valerosamente con Xantrailles y Chabanes en el sitio de la Charité. Los dos generales, á pesar de sus reiterados asaltos, se habian visto obligados á retirarse y á abandonar las murallas defendidas por numerosa y valiente guarnicion. Juana, que miraba ya la vida con indi-

ferencia, quedó sola en la brecha, segun su costumbre, con cinco ó seis soldados resueltos. Esta firmeza ostinada logró su efecto. Los generales y hombres de armas, avergonzados de abandonar de aquel modo á la Poncella, se reunieron de nuevo, volvieron al combate y tomaron la plaza por asalto. Cada nuevo triunfo la llamaba á nuevos peligros: y como su presencia daba casi siempre seguridad de la victoria, se enviaba sin piedad aquella jóven aventurera á las facciones mas peligrosas. Una tropa feroz desolaba entonces las aldeas y campos de las provincias del norte, mandada por Franquet de Arras. Juana salió contra él al frente de un destacamento considerable que se le confió, le encontró, le dió sangrienta batalla, y le hizo prisionero. Queria salvarle la vida: pero el pueblo impaciente de ver castigados sus latrocinios, le entregó á la justicia: y los jueces de Lagny, insensibles á las súplicas de la heroina, le condenaron á muerte. El desapiadado tribunal, que despues juzgó á la Poncella, le echó en cara como obra suya la muerte de aquel prisionero.

Al mismo tiempo se supo que el duque de Borgoña tenia puesto sitio á Compiegne. Juana acudió á socorrerla con Chabanes, Potou y otros muchos guerreros célebres. Atravesó las líneas de los sitiadores y entró en la plaza donde su llegada produjo tanta sorpresa como entusiasmo. El 24 de mayo de 1430 resolvieron la Poncella y sus valientes compañeros

hacer una salida para apoderarse de uno de los cuarteles enemigos, mandado por Juan de Luxemburgo. La Poncella, acompañada de Potou y del señor de Crequi, sorprendió á los ingleses, los desordenó, y ahuyentó: pero habiendo recibido los fugitivos un refuerzo mandado por Montgomery, tuvieron que retirarse los vencedores. En esta retirada era la intrépida Poncella la última de la retaguardia, y muchas veces volvia la cara al enemigo para impedir que persiguiese á los suyos y volverlos á las plazas sin pérdida. A la vista de un cuerpo inglés que se presentó de improviso, amenazando interceptarla en su camino, las tropas francesas se arrojaron desordenadamente á la puerta de la ciudad: la caballería borgoñona cargó sobre la francesa con furia, y la obligó á rendirse una parte, y otra á echarse al rio. La infantería, ostigada por el enemigo, entró en la ciudad y echó el rastrillo dejando fuera á la Poncella, que aunque llegó peleando valerosamente al pie de las murallas, fue presa de los ingleses, por estar las puertas cerradas. El bastardo de Vendoma la llevó al castillo de Marigny. En aquella época se sospechó que Guillermo de Flavie, gobernador de Compiegne, envidioso del valor y popularidad de Juana, mandó cerrar de propósito las puertas para que la heroina no pudiese escapar de muerta ó prisionera. Los ingleses manifestaron mas alegría por el cautiverio de Juana que por cien victorias, y

mandaron hacer fiestas y regocijos que fueron el elogio mayor de la heroina. Dos veces procuró escaparse, una en Beaulieu y otra en Beaurevoir, cerca de Cambray, aunque su prision no era rigorosa: porque la muger y la hermana de Juan de Luxemburgo la trataban con mucha benignidad: pero temia que los borgoñones la entregasen á los ingleses cuyo odio implacable conocia. En su segunda tentativa de evasion, al echarse de una ventana, se lastimó y perdió el uso de los sentidos. Trasladáronla á la fortaleza de Crotoy, situada en la embocadura del Soma. El regente queria destruir el prestigio, funesto para sus armas, que ejercia la Poncella tanto en los franceses como en los ingleses; y para lograrlo, tuvo por mejor medio demostrar, con un juicio público, que Juana tenia su mision, no de Dios, sino del diablo; y que solo debia sus triunfos á los sortilegios y á la magia. Un religioso, llamado Martin, vicario general de la inquisicion, favoreció sus designios, como tambien Pedro Cauchon, obispo de Beauvais, espelido de su silla, y la universidad de Paris, que escribió al duque de Borgoña pidiéndole con instancia que citase á Juana ante un tribunal eclesiástico. Pero Juan de Luxemburgo, y aun mas que él su virtuosa muger, se opusieron á ello: y no querian entregar su prisionera á una muerte segura. Bedford triunfó de su resistencia invocando el derecho, que tenian entonces los soberanos para apoderarse

de los prisioneros de guerra, de cualquier condicion que fuesen, mediante una suma de 10000 libras.

Diose esta suma al de Luxemburgo, y una pension de 300 libras al bastardo de Vendoma: y la Poncella, vendida de este modo, fue entregada á un destacamento inglés que la llevó á Ruan. Las crónicas han conservado la cédula que el obispo de Beauvais escribió entonces al duque de Borgoña, á Juan de Luxemburgo y al bastardo de Vendoma. En ella los requiere, de parte del rey y de la suya, que le entreguen la Poncella para formarle causa, por cuanto está sospechada y disfamada de haber cometido muchos crímenes contra la fé, como sortilegio é idolatría: y añade, «que para remuneracion de los que la han preso, quiere el rey darles liberalmente hasta la suma de 10000 libras, y para el mencionado bastardo que la cautivó, rentas hasta 300 libras para sostener su condicion.» Las cartas de la universidad de París, de 14 de julio, declaran, que «si de la prision de Juana no se seguia la reparacion y castigo de las ofensas que habia hecho á Dios, esta omision seria una nueva é intolerable injuria contra la fé.» En París se habia cantado el *Te Deum* celebrando el cautiverio de la libertadora de Francia. El duque de Borgoña no pudo resistir á la curiosidad de ver tan ilustre prisionera. Llegó prevenido é irritado contra ella: pero el aspecto de la heroina le sorprendió, desar-

mó su enojo y le movió á compasion. El candor y sinceridad de sus respuestas realzaban la gloria de sus hazañas. Como estaba ella misma convencida, persuadia á los demas. El duque dió algunos pasos en su favor, pero sin interés ni firmeza. La voz de la política vencia la de la piedad: y ademas Felipe supo entonces la muerte del duque de Brabante: y fue á recoger tan rica herencia, dejando á sus lugartenientes el cuidado de continuar el sitio de Compiegne. Despues de su partida, Chabannes y Xantrailles se acercaron por el campo ó las líneas de los sitiadores, favorecidos de la guarnicion, obligaron á los borgoñones á retirarse, abandonando á los franceses sus atrincheramientos, bagajes y artillería. Xantrailles los persiguió hasta Santerre. Felipe acudió á reparar este reves: los franceses le presentaron la batalla: no se atrevió á aceptarla, se retiró, y las tropas de Cárlos entraron en Compiegne. La libertad de esta plaza fue muy tardía: ya Juana estaba presa: y con ingratitud sin ejemplo no se dió paso alguno ni para libertarla, ni para impedir su muerte, ni aun para vengarse de sus asesinos. La Poncella habia mostrado el camino de la victoria, y los franceses le seguian. Barbazan esterminó junto á Chaloy con muy pocas tropas un cuerpo de 8000 borgoñones. Esta campaña, tan funesta para los enemigos de Cárlos, no tuvo ningun suceso que les resarciese de tantas pérdidas, sino el cautiverio de la Pon-

cella. Enrique VI, imitando á Cárlos, se consagró en París, aunque la ceremonia se retardó mucho por la ausencia de los pares, señaladamente del duque de Borgoña, que no podia consentir sin grave pesar en el destronamiento de su propia dinastía. Pero el rigor que usó Bedford con los que creia enemigos suyos, y su crueldad con la Poncella, le enagenó para siempre los ánimos de todos.

El proceso de Juana comenzó apenas llegó á Ruan donde la metieron en un calabozo. Ante sus jueces lloraba como una niña inocente: pero respondia con la firmeza de un héroe á los interrogatorios insidiosos, á las mentiras y á las calumnias que acumulaban para confundirla. Jamás quiso confesar lo que habia pasado en su coloquio secreto con el rey: pero esplicó ingenuamente todo lo que era relativo á sus visiones, y sostuvo sus pronósticos. Se atrevió tambien á anunciar á los ingleses que dentro de 7 años perderian una prenda mucho mas importante que Orleans, y despues todo cuanto habian conquistado en Francia: y en efecto apenas habian pasado 6 años, se apoderó el rey de París, y entró en esta corte el 13 de abril de 1436.

Fueron muchas las sesiones de esta célebre causa. Para conocer el carácter de la víctima y de sus jueces, bastará dar un estracto de las preguntas mas importantes que hicieron á Juana, y de sus nobles y sencillas respuestas. Cuando la digeron que jurase sobre los evangelios decir

verdad acerca de todo lo que le fuese preguntado, respondió: «no sé cuales son los puntos sobre que me quereis preguntar. Quizá me preguntareis cosas que no os diré, aunque me corteis la cabeza.» Ninguna de sus visiones negó, y dijo que habia visto á San Miguel y á los ángeles corporeamente como via á sus jueces. «Y cuando se separaron de mí, añadió, lloraba, y hubiera querido que me llevasen consigo.» Cuando la preguntaron qué figura tenian los ángeles, respondió: «eso no os diré.» Confesó que los ángeles la habian mandado quedarse en San Dionis; pero que los señores de la corte no quisieron, porque estaba herida. En otro interrogatorio la preguntaron qué arte ú oficio habia aprendido: y ella replicó: «mi madre me enseñó á coser: y no creo que haya en Ruan muger que sepa mas que yo en este ejercicio.» -- «¿Cuándo y dónde oisteis por la primera vez esas voces del cielo?» -- «A mediodia, en tiempo de estío, un dia de ayuno, en el huerto de mi padre, del lado de la iglesia, de donde venia mucha claridad.» -- «¿Estais en gracia de Dios?-- «Sino lo estoy, Dios me la dé; y si lo estoy, Dios me conserve en ella.» -- «¿Queríais perseguir á los ingleses y borgoñones?» --Mi deseo era que el rey recobrase su reino. -- «¿Habeis querido escaparos?» -- «Sí: porque esto es lícito á todo cautivo: y aun cuando lo haga, nadie podrá culparme de quebrantar la fé que á nadie he dado.» -- «¿Vuestra madrina creia en las hadas?

¿tenía buena reputacion?» — «Era estimada como muger de bien, y no hechicera.» — «¿Cuál era vuestra edad cuando tuvisteis las primeras apariciones?» — «Trece años.» Un dia la preguntaron si Dios aborrecia á los ingleses, y dijo: «no sé si son amados ó aborrecidos del Señor: solo sé que serán echados de Francia todos los que no perezcan en ella, y que Dios dará victoria á los franceses contra ellos.» Quisieron saber con qué palabras seducia á los soldados franceses, y si les predecia que siguiendo su bandera vencerian siempre: su respuesta fué: «yo no les decia mas sino *acometed con valor á los ingleses*, y yo les daba el ejemplo.» Acusáronla de homicidio, heregía, de haber declinado la jurisdiccion eclesiástica, de haberse vestido de hombre, de haber afirmado temerariamente que se salvaría, en fin, de haberse dicho enviada por Dios; hácia el cual solo se reconocia responsable. La instaron á que retractase sus errores, y respondió: «quiero sostener lo que siempre he dicho: si estuviese sentenciada, si viese encendida la hoguera, y el verdugo dispuesto á arrojarme á ella; y en fin, si ya estuviese enmedio del fuego, no diría otra cosa que lo que he dicho; y lo sostendré hasta la muerte.» «Preguntáronle qué le habian dicho sus santos y santas sobre el éxito de su juicio.» «Que seré libertada con grandes victorias: que sufra con alegría, porque iré á la gloria.» Un juez, llamado Isambert, que queria salvarla, le dió el consejo, y ella

lo siguió, de someterse al papa y al concilio de Basiléa, en cuanto á la naturaleza y realidad de sus apariciones. Esta apelacion bastaba para librarla del furor de sus enemigos: pero el obispo de Beauvais se opuso á ello, y este hecho no fue conocido hasta el juicio de revision que se celebró por orden de Cárlos VII.

Los jueces no hallaban pruebas para condenar á la Poncella. Enviáronla un confesor llamado Loisoleur, y escondieron dos testigos para que oyesen sus conversaciones secretas con Juana: pero estas eran tan inocentes como sus declaraciones públicas. La infeliz cayó enferma, y Bedford, temeroso de que se le escapase su víctima, mandó acelerar la causa. Consultóse á la universidad, que pronunció sentencia contra la acusada. Engañada por Loisoleur, reconoció la competencia de la universidad: pero se negó á retractarse, y los aprestos del tormento la aterráron tan poco como las espadas de los ingleses.

Suplicio de la Poncella (1431). El 24 de mayo de 1431 fue llevada á la plaza del cementerio de san Oven, donde habia dos estrados, uno para sus jueces, otro para ella: y en el mercado viejo se habia encendido una hoguera. Leyéronle una fórmula de abjuracion que no quiso firmar, y apeló á la iglesia universal para que decidiese si debia, ó no, abjurar.

Instáronle de nuevo con súplicas, consejos

y amenazas, y al fin, vencida, firmó una cédula de ocho líneas que le leyeron. Parecia que solo era una promesa de no usar armas, de dejar crecer su cabello, y de renunciar al trage de hombre: pero los malvados abusaron de su ignorancia, y la cédula decia mucho mas: porque en ella confesaba que era herege, disoluta y entregada al demonio. Despues fue reconocido el fraude por las declaraciones del escribano, del alguacil Masieu y de otros muchos testigos. El obispo de Beauvais leyó la sentencia que condenaba á Juana de Arc, en reparacion de sus culpas, á pasar el resto de sus dias á *pan de dolor y agua de angustia.* La infeliz replicó: pues que la iglesia me condena, debo ser entregada á su poder. Llevadme pues, á sus prisiones: no quede yo en manos de los ingleses." Esta sentencia, aunque tan cruel, no satisfizo la rabia de sus enemigos. Las tropas inglesas, enfurecidas de ver libre de la muerte á la que tantas veces las habia hecho huir, murmuran, se conmueven, se reunen, prorrumpen en amenazas y piden la cabeza del obispo de Beauvais y de los demas jueces. El mismo Warwik declaró á los individuos de aquel inicuo tribunal, que salvando la vida de la Poncella, comprometerian los intereses del rey Enrique. "No tengais cuidado, le respondió uno de los jueces: nosotros no la hemos dejado todavía de la mano."

Desde entonces la prision de Juana fue un suplicio prolongado. Tenia tres soldados

dentro del calabozo y dos á la puerta. De noche estaba atada á su cama con cadenas, y de dia, á un palo. Sin embargo, sometida y resignada volvió á usar los vestidos de muger, y no daba pretesto alguno á las crueldades que usaban con ella. Una mañana, mientras estaba durmiendo, le quitaron los vestidos que tenia junto á la cama y le dejaron otros de hombre. En vano suplicó á sus bárbaros guardas que le den su ropa: la insultan de mil modos, y amenazando su pudor, la obligan á ponerse el traje que habia jurado no volver á usar. Al momento se presentan el obispo de Beauvais, Warwik y otros testigos. En el mismo calabozo formaron sumaria de haber la Poncella quebrantado el juramento.

Al dia siguiente deliberó el tribunal, solo por la forma, y pronunció la sentencia que condenaba á Juana como relapsa, escomulgada y espelida del seno de la iglesia, á ser entregada al brazo secular. De los manuscritos de M. de la Verdie, y de las deposiciones de los testigos en el proceso de revision constan las circunstancias del fin trágico de Juana de Arc. El 31 de mayo de 1431 Martin Ladrenu, religioso dominico, confesó á Juana y le anunció que iba á morir. Ella quiso comulgar y se le concedió. Dijo que habian querido violarla un par de Inglaterra y los guardas de su prision, y que esa fue la causa de haberse puesto los vestidos de hombre. Cuando subió en la carreta que habia de llevarla al suplicio,

Loisoleur, cediendo á los remordimientos que le atormentaban, quiso acompañar á su víctima para expiar su delito asistiéndola en su última hora. Pero los guardas no le permitieron acercarse; vertió lágrimas tardías y huyó. La heroina fue llevada al mercado viejo enmedio de 800 ingleses armados. En la plaza habia levantados tres estrados: uno para los jueces, otro para los obispos, y en el tercero estaba la hoguera. Un clérigo, llamado Midí, pronunció un discurso violento y grosero, que terminó con estas palábras: "la iglesia no puede defenderos y os entrega al brazo secular. *Vade in pace.*" Cauchon leyó en público la sentencia definitiva, y entregó á Juana al bailío de Ruan, que sin nueva deliberacion ni juicio, mandó al verdugo que la llevase á la hoguera. El alguacil Massieu, que refirió estos hechos, dijo que los soldados ingleses, viendo á la heroina hablar con su confesor, impacientado su furor por esta leve tardanza, gritaron: "clérigos malditos, ¿hemos de comer aquí?" Y la entregaron al verdugo diciéndole: "haz tu oficio."

Juana pidió que se digese una misa por su alma: y cuando vió que las llamas se le acercaban, dijo á su confesor que se retirase, y tuviese en alto el crucifijo para verlo bien. Murió repitiendo el nombre de Jesus. Todos los concurrentes se retiraron derramando lágrimas, y clamando que se habia

dado muerte á una inocente. El cardenal de Inglaterra mandó echar sus cenizas al rio: pero su nombre será inmortal para gloria de Francia y oprobio de sus enemigos. Condillac y Voltaire hacen de ella merecido elogio, aunque el primero, temeroso quizá de los filósofos de su siglo, creyó efecto de arterías políticas lo que solo fue debido á la íntima conviccion de aquella muger estraordinaria. Parece que la confianza que inspiraban universalmente las apariciones de la Poncella, movian los ánimos á consultarla sobre asuntos enteramente diversos de su mision. Es muy probable que se le hicieron preguntas acerca del cisma de la iglesia: pues se ha conservado la carta siguiente, dirigida al conde de Armagnac. "Jesus María. Conde de Armagnac, mi muy querido amigo: Juana la Poncella os hace saber, que vuestro mensagero llegó á mi presencia, y me dijo que le habiais enviado para saber á cuál de los tres papas debiais obedecer: sobre lo cual nada puedo responderos hasta hallarme en París, ó en otra parte, con descanso y tranquilidad: porque ahora estoy harto ocupada con los negocios de la guerra. Y así cuando sepais que he llegado á París, enviadme otro mensagero, y os diré lo que debeis creer, que será lo que yo haya sabido de mi soberano Señor, rey de todo el mundo. A Dios, que os guarde. Escrito en Compiegne, á 22 de agosto de 1429." La inaccion del rey de Francia, cuando supo el infortunio de su li-

bertadora, fue una muestra indisculpable de ingratitud: pues tenia en su poder muchos prisioneros, entre ellos personas muy distinguidas: y si hubiese amenazado con represalias, la infeliz Juana no hubiera perecido. Bastaban las hazañas de esta doncella heróica, para hacer maravillosa su vida: pero segun la costumbre del tiempo, todos añadian fábulas á los sucesos. Entre otros cuentos, se divulgó que el corazon de Juana se habia encontrado intacto en las cenizas, y que de enmedio de las llamas salió volando una paloma blanca, símbolo de su inocencia y castidad. Cárlos VII conoció, cuando ya era tarde, que su honor y el de Francia exigian justificar á la Poncella de las infames calumnias con que habia sido denigrada y que la habian llevado al suplicio. El rey dispuso que sus parientes pidiesen á la santa Sede jueces para la revision del proceso. El papa Calixto III oyó esta peticion y nombró por comisarios al arzobispo de Reims y á los obispos de París y de Constancia, que se reunieron en Ruan. Los documentos fueron examinados escrupulosamente, como tambien muchos testigos, y la Poncella quedó completamente justificada. Por sentencia de los nuevos jueces fueron rotas y quemadas las actas del procedimiento en virtud del cual se condenó á Juana. La mayor parte de sus verdugos, atormentados por los remordimientos, y perseguidos por el odio y desprecio público, terminaron sus dias con muerte repentina ó in-

fame: y la Francia agradecida, pagando á su nombre eterno homenage, le erigió una estatua en el mismo sitio en que pereció abrasada. Muchos escritores se empeñaron en resucitar á la Poncella, y cuentan que el 24 de mayo de 1431 se puso en lugar de Juana, una persona de su sexo, convencida de crímenes, y que se le parecia. Esta fue, dicen, la que pereció en la hoguera: y acompañan esta narracion con todas las circunstancias necesarias para hacer probable la supercheria, imaginada con el objeto de frustrar el odio de los ingleses. En apoyo de esta fábula, citan una carta del hermano de la Poncella, en que habla de la ausencia de su hermana, y no hace mencion alguna de su muerte. Refieren tambien el estracto de un manuscrito de Metz, en que el padre Vignier, sacerdote del oratorio, asegura haber visto el contrato de casamiento, del año 1436, entre Juana de Arc y el señor des Armoises. "Es posible, dice Moreri, que los que han visto esta supuesta Juana y al caballero des Armoises, su esposo, se hayan dejado sorprender: pero la sentencia de los comisarios del papa, dada en 1456, que habla de la difunta Juana de Arc, de buena memoria, llamada vulgarmente la Poncella, habrá desengañado necesariamente á los seducidos por aquella impostura."

Dos veces debió Francia su libertad á una doncella inocente de los campos: á santa Génoveva, en la invasion de Atila, y á la Ponce-

lla, que aniquiló la formidable potencia de los ingleses.

Sublevacion de Normandía contra los ingleses (1432). El trono de Francia se restauraba, pero con suma lentitud y enmedio de obstáculos y dificultades de toda especie. El duque Cárlos de Lorena habia muerto, sin dejar mas sucesion que Isabela, casada con Renato de Anjou, duque de Bar, hijo de Luis, rey de Sicilia; el cual solicitaba la herencia de Cárlos: pero el príncipe de Vaudemont, sobrino de este, la pretendia tambien. El emperador y el rey de Francia favorecian á Renato; y el duque de Borgoña seguia el partido de Vaudemont. La guerra empezó. Barbazan, comandante de los franceses, puso sitio á la plaza de Vaudemont, y los enemigos acudieron á socorrerla. El caudillo francés, guerrero muy esperimentado, queria esperar á los contrarios detras de los atrincheramientos: pero el ardor de Renato triunfó de los consejos de la prudencia. Dióse la batalla, y los franceses fueron derrotados. Barbazan quedó muerto, y Renato prisionero. El rey mandó enterrar á su general en san Dionis; honor reservado á los reyes y á los mas grandes capitanes. Este reves se compensó con algunas rotas que dió á los ingleses el bastardo de Orleans, que tomó á Chartres y á Lagny. Las turbulencias religiosas se juntaban entonces á las civiles para agitar á Europa. El concilio de Basilea, que se oponia á la autoridad de la

corte de Roma, no quiso recibir los embajadores de Cárlos VII, á pesar de las instancias de Eugenio IV, sumo pontífice. Al mismo tiempo consiguió el rey de Francia, por la mediacion del cardenal de santa Cruz, hacer treguas de seis años con Felipe, duque de Borgoña. Pero como las costumbres feudales prevaleciesen contra las intenciones pacíficas de los dos príncipes, sus vasallos continuaban peleando con frecuencia, sin respeto á la tregua jurada. Cárlos sabia que la opinion pública se declaraba cada dia mas contra sus ostinados enemigos, y que inconstante como la fortuna, comenzaba á vengarle de sus traiciones. La infame Isabela, su indigna madrastra, y se via abandonada de sus viles cortesanos, y casi reducida á la miseria. Estaba en la ventana de su palacio, cuando su yerno Enrique V entró en París. Pasó delante de ella y la saludó con frialdad. La orgullosa princesa vertió lágrimas, atribuidas mas bien á la humillacion que á los remordimientos. Lo que apenas es creible, fue que el hijo del usurpador inglés y su parlamento se hallaron en tal penuria que no se pudieron pagar los costos de archivo del acta de coronacion. Despues de algunos renglones acerca de este suceso, se leen estas palabras notables: "las demas solemnidades relativas á la llegada del rey, no se escriben aquí por falta de pergamino." *De cæteris solemnitatibus præsentis adventus regis nihil aliud hic describitur ob defectum*

pergamini et eclipsim justitiæ. El diario de París dice que la ceremonia fue tan mezquina y tan poco suntuosa como la entrada de un particular en su casa. Poco tiempo despues de esta corta aparicion volvió Enrique á Ruan, y no faltó mucho para que le prendiese en el castillo el mariscal de Boussac, que se habia acercado de noche y con silencio; pero por desgracia sobrevino una riña entre los oficiales franceses, y los ingleses despertaron, y la empresa se malogró. Movióse una disension muy grande entre los duques de Alenzon y de Bretaña, y llegaron á tomar las armas: pero Richemont los reconcilió. Los ingleses fueron vencidos en un combate dado junto al Sarta. De Lore taló la Normandía, y el jóven Enrique, débil monarca de dos grandes reinos, viendo que sus negocios declinaban cada dia, dejó á Francia, cuya corona estaba poco firme en su cabeza, y pasó á Inglaterra donde le aguardaban nuevos infortunios. Bedford, que se hallaba sin dinero, confiscó las tierras de los partidarios de Cárlos, y dobló los impuestos en Normandía. Con estos recursos alistó nuevas tropas, acometió á Bayeux, y la tomó haciendo prisionero al valiente Lahire que la defendia. La traicion de una jóven, que estaba enamorada de un oficial inglés, puso la plaza de Montargis en poder de los enemigos de Francia.

El aborrecimiento que la codicia del valido La Tremouille le habia grangeado, se

aumentó con estas pérdidas. Acusáronle de negligente: y el conde de Maine, la reina, Gaucourt y otros señores se conjuraron para su ruina. Las costumbres del siglo eran tan contradictorias, que todos los barones peleaban y esponian sus vidas por el rey, y ninguno respetaba su autoridad. Cárlos estaba en Chinon. Gaucourt introdujo en el castillo 50 hombres armados que penetraron en el aposento de La Tremouille y le acometieron. En vano se defendió valerosamente. Coetivy le hirió de una estocada, Debevil le cogió y le llevó al castillo de Montresor, donde estuvo prisionero muchos años hasta que pagó cuantioso rescate. La pérdida de un valido solo afligia al rey hasta que tenia otro: porque sentia la necesidad de ser dominado: y cuando se hallaba sin dueño, se creia sin apoyo. La reina que sabia esto, le suplicó que depositase su confianza en el conde de Maine. El rey consintió en ello; y el año despues en los estados de Tours tuvo la flaqueza de aprobar la violencia cometida contra la Tremouille, y contra su propia dignidad. En fin el orgulloso Bedford, cuyas tropas fueron vencidas en diferentes puntos, creyó necesario proponer la paz: pero dió este paso humillante con la altivez de un conquistador; y pidió por primera condicion, que Cárlos, conservando los dominios que estaban en su poder, renunciase á la corona de Francia. El rey desechó con indignacion una propuesta tan vergonzosa. En-

tonces le ofreció Bedford fijar dia y sitio para uua batalla, en que los dos partidos decidiesen su querella. Pero Cárlos no quiso; porque el tiempo y las circunstancias hacian que el trance de un combate fuese mas peligroso para él que para su enemigo, cuyas fuerzas, muy disminuidas ya, astaban próximas á estinguirse. El príncipe de Orange, mediante algunas tierras que Cárlos le cedió en el delfinado, prometió seguir la causa del rey, y recobró su principado, pagando el rescate de Renato de Anjou.

En esta época convocó Cárlos en Bourges al clero de Francia, en cuya asamblea se decretó que no pudiesen poseer beneficios en el reino sino naturales franceses adictos al rey. El papa Eugenio, á quien desagradaba esta decision porque excluia á los italianos, autorizó al rey de Inglaterra para cobrar dos décimas del clero de Normandía. Cárlos, por su parte empeñó todas sus rentas y alistó nuevas tropas para continuar la guerra. La provincia del Delfinado le dió un florin por cada hogar.

El trono legítimo era entonces amado de toda la nacion. Veinte mil normandos tomaron las armas en favor de Cárlos, y se alistaron voluntariamente en las banderas del mariscal de Rochefort, tomaron por asalto á Dieppe, y ocuparon otras muchas villas. Cada uno se armaba y peleaba á su voluntad, sin plan ni orden; robaba los campos, y venia des-

pues á pedir al rey recompensa de sus servicios. Una circunstancia imprevista acabó de romper los últimos lazos que unian á Borgoña con Inglaterra. La esposa de Bedford, hermana de Felipe el Bueno, falleció: y el regente, sin consultar al duque, sin darle siquiera parte de su designio, casó con la hija del conde de san Pol, vasallo del borgoñon. Felipe prorrumpió en espresiones de enojo. Winchester, que se interpuso para apaciguar esta diferencia, consiguió que los dos príncipes conferenciasen: pero una disputa que se movió sobre la precedencia, irritó los ánimos y rompió la negociacion. Sin embargo, un poder, tan fuertemente establecido como el de los ingleses, no podia perder en un momento el fruto de tantas victorias. Talbot trajo nuevos refuerzos al ejército de Bedford, y se compensaron los reveses y los triunfos. Muchas ciudades fueron perdidas y recobradas por unos y otros. Lahire, habiendo alcanzado su libertad, se apoderó de Clermont por una perfidia, indigna de un caballero. Era gobernador de la plaza por los ingleses un francés, antiguo amigo suyo. Lahire le engañó. Convidóle á una entrevista, y le metió en un calabozo. Cárlos, justamente indignado contra esta felonía, exigió que Lahire pusiese en libertad á Dauffemont su prisionero. Lahire obedeció como se obedecia entonces: dejó libre á su cautivo, pero despues que pagó cuantioso rescate. La prision de la Tremouille habia desvaneci-

do todos los obstáculos que se oponian á la reconciliacion del rey con su condestable. Richemont volvió á su antigua privanza. Este guerrero altivo, tirano algunas veces de su soberano, pero siempre servidor leal y valeroso, se apoderó de Ham y de gran parte de Picardía; y á pesar de las murmuraciones de sus tropas, preservó del pillage aquella provincia.

El conde de Clermont, que ya era duque de Borbon por la muerte de su padre, estaba reñido con el duque de Borgoña: y cada uno de estos príncipes talaba las tierras del otro. La duquesa de Borbon los reconcilió: lo que no fue dificil, porque los vasallos de ambos estaban cansados de aquella guerra que los arruinaba. Las conferencias comenzaron por un baile, en el cual dijo un caballero borgoñon: "somos muy necios en pelear por los caprichos de nuestros señores, que luego hacen las paces cuando quieren, despues de habernos destruido.» El condestable y el arzobispo de Reims, con el pretesto de asistir á esta reconciliacion, negociaron con Felipe para que concluyese una paz sólida con el rey.

Congreso y tratado de Arras (1433). Estaban ya convenidos en los artículos: pero el duque, antes de firmar el tratado, pidió que se celebrase un congreso en Arras, y que se exortase á los ingleses á enviar á él sus plenipotenciarios. Este congreso se reunió, y fue célebre, porque aquella era la vez primera

que todos los príncipes de Europa fueron representados por sus ministros en una asamblea solemne. Los enviados del rey fueron el duque de Borbon, el conde Vendoma, el condestable Richemont, el arzobispo de Reims su canciller, el mariscal de Lafayette, Adam de Cambray, primer presidente del parlamento, y muchos jurisconsultos. Presentáronse en el congreso, mas bien como testigos que como enviados del rey de Inglaterra, el cardenal de Winchester, tio de Enrique, y otros ministros. El duque de Borgoña asistió acompañado de sus vasallos mas ilustres y de los duques de Bretaña y de Bar. Las ciudades de Flandes, siempre poderosas á pesar de sus derrotas, enviaron tambien diputados. Las partes contratantes eligieron por mediadores al cardenal Santa Cruz, legado del papa, y al cardenal de Chipre, enviado por el concilio de Basiléa. Concurrieron tambien embajadores de Castilla, Navarra, Polonia, Sicilia y Milan. Los ingleses consentian en dejar á Cárlos el título de rey y los paises situados al mediodia del Loira: condiciones que se hubieran aceptado algunos años antes: pero hallándose los franceses mas fuertes en todas partes que sus enemigos, no teniendo ya por adversario al duque de Borgoña, solo ofrecieron ceder la Guiena y la Normandía como feudos de la corona de Francia.

La paz con Borgoña se hizo, á despecho de los ingleses, despues de 15 dias de nego-

siacion. Este tratado, tan ventajoso para el rey, le costó el sacrificio de su amor propio: pues se exigió que el dean de la metropolitana de París pronunciase en su nombre, como lo hizo, las siguientes palabras ante el congreso: "el rey declara que la muerte de Monseñor Juan, duque de Borgoña, fue única y malamente perpetrada por sus asesinos: y que afligió y siempre ha afligido el corazon del rey: que á haberlo sabido, la habria impedido con todas sus fuerzas: pero que era muy jóven, poco instruido y cauto para preverla: que suplica á Monseñor de Borgoña que no conserve rencor alguno por esta causa, y que haya entre los dos amor y buena paz. (*Estracto de los documentos de la cámara de cuentas de Lila*). Felipe quiso que se insertase en el tratado esta declaracion. Cárlos prometió ademas entregar al duque de Borgoña los asesinos que este le designára: y fundar en Montereau una capilla, en que se hiciesen sufragios por las almas del duque Juan y del señor de Noailles. Obligóse tambien á pagar al duque, en indemnizacion de las joyas robadas ó perdidas el dia del asesinato, 150000 escudos de oro. En fin, cedió á Felipe las ciudades y condados de Macon y Auxerre, á Bar del Sena, Luxeuil, Perona, Mondidier, Roie, el condado de Artois, á san Quintin, Corbie, Amiens, Abbeville, y todo el condado de Ponthieu, pero redimible en 400000 escudos de oro. Felipe quedó dispensado, durante su

vida, de prestar homenage por las tierras que poseía en el reino: y Cárlos, asimilado mas bien á vasallo que á soberano, se obligaba á socorrer al duque contra los ingleses. Con estas condiciones, reconoció Felipe al rey por su señor, y juró sobre la hostia consagrada no acusarle jamas de la muerte de su padre. Cuando el duque de Borbon y el condestable pidieron perdon á Felipe en nombre del rey, por el homicidio del duque Juan, Felipe declaró que perdonaba por el amor de Dios. Firmose despues el tratado, y el conde de Charolais, hijo del duque, prometió recibir por esposa á Catalina, hija de Cárlos, con un dote de 120000 escudos. La alegría universal que produjo reconciliacion tan importante, fue el único consuelo del rey, obligado por su vasallo á hacer tan humillantes sacrificios. Casi todos los señores, adictos á la causa del duque de Borgoña, ofrecieron sus servicios á Cárlos. El mariscal de L'isle Adam le abrió las puertas de Pontoise, y todas las plazas cercanas á la capital siguieron su ejemplo. Harfleur se sometió, como tambien el pais de Caux. Bedford, cuya vida durante muchos años fue una lid ostinada y desigual contra la fortuna, terminó sus dias en el momento que el tratado de Arras destruía sus últimas esperanzas.

Rendicion de París á Cárlos VII (1436). La política, las armas y aun la naturaleza misma favorecian entonces la causa del

rey. Su madre, que era su mas cruel enemiga, murió en París nueve dias despues de haberse firmado el trato de Arras, que rompia el último hilo de la trama urdida por esta pérfida reina contra su hijo y contra Francia. La reconciliacion de Felipe y de Cárlos irritó sobremanera á los ingleses; y en vez de disimular prudentemente su ira, provocaron con altanería la del duque de Borgoña. Este príncipe les habia hecho algunas proposiciones pacíficas: pero sus enviados fueron recibidos en Lóndres con menosprecio, se les dió alojamiento en casa de un zapatero, y despues de leidos los pliegos que llevaban, se les despidió sin respuesta. El jóven Enrique manifestó enojo infantil, cuando vió que el duque de Borgoña no le reconocia ya en sus cartas por rey de Francia, ni le llamaba su señor. Las hostilidades iban á suceder prontamente á los denuestos é injurias. La regencia de Inglaterra hizo vanos esfuerzos para sublevar las provincias de Holanda, Zelanda y Frisia: y Felipe, irritado con razon, declaró guerra al monarca inglés. Entonces amenazaban la tranquilidad interior de la Gran Bretaña las querellas del duque de Glocester y del cardenal de Winchester que disputaban la autoridad. Estas disensiones detuvieron en Londres mucho tiempo al duque de York, que sucedió al de Bedford en la dignidad, ya mas ilusoria que verdadera, de regente de Francia.

La capital de esta monarquía iba á rom-

per su yugo. Los parisienses, adictos durante muchos años al partido de los borgoñones, despues de la paz de Arras, asegurados del perdon del rey por cartas de este príncipe, no disimulaban su odio á los ingleses y el deseo de verse libres de ellos. Richemont, L'isle Adam y Dunois ocupaban las orillas del Sena, é impedian la entrada de refuerzos y víveres á las tropas inglesas que habia en París. L'isle Adam conservaba muchos amigos en esta plaza, desde el tiempo que fue su gobernador por Bedford: y al favor de ellos formó un proyecto que fue aprobado por el condestable. Despues de haber ocupado á san Dionis, se apostó en Montmartre y en Aubervilliers, de donde echó á los ingleses, y se acercó á los muros con el designio de penetrar en la ciudad por la puerta de los Cartujos. Pero los vecinos que estaban de guardia en el muro, le gritaron que dirigiese el ataque á la puerta de Santiago. Entretanto el pueblo tomó las armas, ocupó las plazas y mercados: y los ingleses, atacados por los vecinos, sufrieron una lluvia de piedras, tejas y maderos que las mugeres y los niños les tiraban desde lo alto de las casas. Entretanto L'isle Adam y los suyos llegan á la puerta de Santiago, parlamentan con los vecinos que la guardaban, les muestran el perdon del rey, y entran en la ciudad con Dunois, mientras Richemont y otros gefes penetraron por otras puertas ó por el rio, abriéndoles el paso la multitud á los

gritos de *viva el rey: viva el duque de Borgoña.* Los ingleses vencidos y arrojados de todas partes, se hicieron fuertes en la Bastilla. En este triunfo del partido realista no hubo venganza ni derramamiento de sangre. Lord Willoughvy, y caudillo de los ingleses, y la guarnicion de la Bastilla capitularon, se embarcaron en el Sena, y se les despidió con silbidos: su dominio en Francia habia ya pasado. De todas sus grandes conquistas solo le quedaban una parte de Normandía y Guiena, y algunas plazas diseminadas en las otras provincias.

Cárlos estaba en el Delfinado cuando supo la rendicion de París, y al momento devolvió á esta ciudad, por medio de una declaracion, todas sus franquicias, y mandó instarlar en ella el parlamento fiel que residia en Poitiers; permitió tambien á algunos consejeros del antiguo tomar asiento en él, á pesar de las injurias que de ellos habia recibido. Aunque sus rentas no eran grandes, concedió de sueldo tres libras diarias á cada presidente y dos libras á cada consejero.

Al mismo tiempo recibió en Tours á Margarita de Escocia, que habia escapado de los cruceros ingleses, y que estaba prometida por esposa al delfin Luis. Arnaldo de Corbie, arzobispo canciller, les dió la bendicion nupcial. Mientras la estrella de Francia salia brillante de entre las nubes que por tanto tiempo la habian oscurecido, la de Inglaterra se amorti-

guaba diariamente. El duque de Borgoña, aliado antiguo suyo, la era ya enemigo. Los ganteses enviaron 17000 hombres á Felipe, y al frente de ellos acometió á Calés. Pero los flamencos, tan temibles cuando peleaban por su independencia, mostraban poco valor cuando defendian la causa de sus señores: y así asaltaron flojamente los muros de Calés. El duque les echó en cara su cobardía: y le respondieron que no los habia llevado al sitio de esta plaza sino para deshacerse de ellos esponiéndolos á una muerte segura.

A la indisciplina siguió en breve la rebelion. Hubo un motin en Brújas: el duque acudió con prontitud para reprimirle: pero los sediciosos le rechazaron, le hirieron de un flechazo y le obligaron á retirarse. El mariscal de L'isle pereció en este alboroto. Glocester, deseando aprovecharse de estas circunstancias, desembarcó con un ejército en las playas francesas: pero por la falta de víveres no pudo hacer empresa de consideracion. Talbot, mas dichoso que él, rindió á Pontoise. Lahire y Xantrailles atacaron sin efecto á Ruan: y el duque de York, que desembarcó en Normandía, mantuvo esta provincia á su devocion. Poco despues Lahire recibió el castigo de la perfidia que habia mancillado su vida gloriosa: porque cerca de Beauvais cayó en poder del Dauffemont, que ya estaba libre, y que le abrumó de cadenas y le exigió un rescate cuantioso. Hasta entonces habia dejado Cár-

los pelear á sus generales, y esponer por él su vida y libertad. Pero Inés Sorel, que no se cansaba de luchar inútilmente contra su indolencia, logró en fin vencerla. Tomó las armas y se presentó á lo menos como soldado entre los héroes que defendian su trono. Despues de convocar y presidir los estados del Delfinado y los del Languedoc, que le concedieron subsidios, viendo que ya no podia recibir socorros de Escocia, por haber muerto su rey Jacobo asesinado por el conde de Athol, reunió en Gien sus mas valientes guerreros, tomó á Chateau Loudun y á Nemours, sitió á Montereau, echó por otra parte el Yonne, que inundaba los fosos de esta plaza, abrió brecha á cañonazos, subió el primero al asalto, y se hizo dueño de la villa.

Conjuracion de la Praguería (1437). Poco despues hizo su entrada solemne en París, donde fue recibido con entusiasmo, iluminaciones, representaciones dramáticas de los misterios y otros regocijos públicos. En la catedral juró en manos del obispo de París, segun la antigua costumbre, sostener los privilegios de la nobleza.

Pero el lujo de este recibimiento no podia disimular el estado infeliz de la poblacion, cuya cuarta parte habia perecido. Gran número de casas estaban reducidas á escombros: los hombres, acometidos de una epidemia, morian en las calles; y los lobos acudian de noche á alimentarse de sus cadáveres, de mo-

do que los magistrados daban por premio veinte sueldos, que equivalian á 12 francos de la moneda actual, por cada cabeza de estos animales. El hambre y la miseria hacian perecer á muchos, no solo en París, sino tambien en las provincias: y en Ableville prolongó su vida una muger alimentándose de la carne de sus hijos. El rey huyó de la capital por no ser testigo de tantas calamidades que no podia remediar: y el terror que causaban el contagio y la escasez de víveres, suspendió por algun tiempo las hostilidades. Pero de esta calma engañosa salieron nuevas cuadrillas de bandidos, acaudilladas por algunos nobles, entre ellos dos bastardos de Borbon. La que mandaba Villandras, constaba de 8000 hombres, codiciosos de botin y de sangre, que cometieron atrocidades inauditas, por las cuales merecieron el nombre de *Desolladores*. Y lo que no puede contarse sin indignacion es que Lahire y el mariscal de Boussac capitanearon algunas veces estas tropas infames; para las cuales nada era sagrado: hollaban las leyes y la religion por el ansia del oro, que era su único ídolo: y en sus correrías devastadoras robaban las tierras del sumo pontífice y á los padres del concilio de Basiléa.

La discordia reinaba en este concilio, que emprendió deponer al papa Eugenio: este mandó disolver el sínodo y convocar otro en Ferrara. Los prelados resistieron: el rey Cárlos se declaró á favor de ellos y prohibió á los

obispos de Francia ir al concilio convocado por el sumo pontífice. Un acontecimiento imprevisto, aunque mucho tiempo deseado, consoló la iglesia y aseguró el triunfo de Eugenio. Los griegos, estrechados cada dia mas por los otomanos, se veian reducidos á la estremidad, y los límites de su imperio no pasaban mas allá de las murallas de Bizancio. Constantino Paleólogo, emperador de Oriente, vino á echarse á los pies del pontífice: acompañábale el patriarca de Constantinopla, y uno y otro renunciaron al cisma y se sometieron á la iglesia de Roma. Solicitó y esperó grandes socorros: mas solo pudo conseguir promesas y limosnas. Cuando volvió á Oriente, el pueblo griego, ostinado en el cisma, le denostó por su adhesion á la verdadera creencia. Entre tanto el concilio de Basiléa continuaba sus sesiones, y depuso á Eugenio: y para ganar la opinion pública, ofendida de este atentado, promulgó reformas severas, pronunció rigorosas sentencias contra los clérigos concubinarios y contra los jueces eclesiásticos que toleraban el escándalo y se contentaban con imponer multas á los delincuentes. En fin, puso entredicho en el reino de Francia, porque Cárlos VII continuaba reconociendo á Eugenio, aunque al mismo tiempo adoptaba los decretos del sínodo, por ser conformes á las máximas de la iglesia galicana. Ningun príncipe ha tenido mas enemigos que combatir ni mas obstáculos que vencer en sus proyectos de restauracion, que

Cárlos VII. Apenas se reconcilió con el duque de Borgoña y echó á los ingleses de París, se vió obligado á luchar contra Roma, contra el concilio, contra los príncipes y señores de su reino que aspiraban á hacerse independientes, y en fin, contra la peste que asolaba los pueblos, y el latrocinio que devastaba los campos. Marchó en persona contra Villandras, le alcanzó y cercó con sus tropas. Aterrado el bandido, se sometió, logró su perdon, alistó sus camaradas en las banderas del rey, peleó contra los ingleses en Guiena, les quitó muchas plazas, y con sus proezas espió á los ojos del pueblo sus delitos; porque el valor purificaba entonces todo, como el fuego. Xantrailles y el bastardo Alejandro de Borbon unieron sus tropas á las de Villandras. Entretanto el condestable se apoderaba de Meaux con el auxilio de un vecino de París, llamado Juan Bureau, que perfeccionó el arte de hacer, dirigir y apuntar los cañones. Talbot acudió para pelear con Richemont, y este, que no confiaba mucho en sus tropas, evitó el choque y se retiró: pero de allí á pocos dias le sorprendió su adversario en las cercanías de Avranches, y le obligó á huir en desórden. "Tal era en aquella época, dice Chartier, la indisciplina del ejército, que todas las noches se desmandaba para robar, y no quedaban 400 hombres en los reales." Fueron inútiles los esfuerzos que se hicieron para la paz en un congreso que se celebró en Gravelinas: pero en esta

reunion se estrecharon los vínculos de amistad que habian vuelto á enlazar á los príncipes de la familia real. El conde de Charolais casó con Catalina, hija de Cárlos, se pagó el rescate del duque de Orleans y se dió al bastardo de esta familia el condado de Dunois.

En este tiempo el concilio de Basiléa dió el título de papa á Amadeo, duque de Saboya, que habia renunciado al mundo y retirádose á una ermita: pero el rey de Francia protestó contra esta eleccion y continuó reconociendo al legítimo pontífice. Reuniéronse los estados generales en Orleans, y se promulgaron ordenanzas contra el alistamiento de gente de guerra sin autorizacion del rey, contra los incendiarios, contra los que robaban las iglesias y descepaban las viñas, y contra los impuestos arbitrarios que echaban los nobles á los mercaderes y viajeros. Esta misma asamblea concedió á Cárlos la *talla* perpétua: contribucion que hasta entonces solo habia sido temporal: tan grandes eran las necesidades del erario, y tal el deseo que todos tenian de terminar la duradera y calamitosa lid que atormentaba al reino.

Cárlos VII se mostró entonces activo, intrépido, prudente, severo con los grandes, benigno con el pueblo: y á su anterior indolencia que le dejába á merced de sus favoritos, sucedió la vigilancia propia de un rey que desea gobernar por sí mismo. Sus generosas resoluciones no fueron hijas de un esfuerzo re-

pentino y momentáneo: y cuando despertó de su indolencia, no volvió á entregarse á ella.

Esta transformacion inesperada dió nuevas fuerzas á la autoridad real, é hizo que el orden triunfase de la anarquía: pero Cárlos era destinado á no gozar nunca de reposo: fué hijo desgraciado, y padre aun mas infeliz: venció á sus enemigos, y no pudo sujetar á su hijo. Apenas tenia el delfin Luis 17 años, y ya mostraba su carácter orgulloso, turbulento, pérfido y cruel. Ningun vínculo respetaba: no podia sufrir estar sumiso: no tenia mas pasion que la de dominar: odiaba á su padre, porque era su señor: y probó en todas su acciones que el rencor era en él constante é implacable. Cárlos tenia esperanza de dar á la ambicion de su hijo un movimiento mas noble, y apartarlo de la intriga conduciéndole á la gloria: y así le confió el mando de un ejército destinado á pelear contra los enemigos de Francia, y á purgar el reino de los bandidos que le infestaban.

El jóven príncipe obedeció: pero despues de haber hecho algunas proezas, oyendo á malos consejeros que halagaban su codicia y su altanería, despreció las amonestaciones de su padre, quebrantó sus órdenes, formó un partido numeroso de los descontentos, y puso en peligro la causa de la monarquia, porque al mismo tiempo acababan de desembarcar los ingleses en Guiena con fuerzas considerables. Cárlos mandó al delfin que volviese á la corte:

pero Luis, rebelándose á las claras, conservó el mando, prosiguió su marcha y se acampó cerca de Niort. Allí se tramó una gran conjuracion, cuyos gefes eran el delfin, los duques de Borbon y de Alenzon, el conde de Vendoma, Dunois, Chabanes, Boucicaut y la Tremouille. Su objeto era destruir el influjo del conde de Maine en la corte, y del condestable en el ejército, resvestir al heredero del trono, de la autoridad soberana, y poner en tutela al rey, que decian estaba sometido y dominado por sus privados y ministros. Esta tempestad inesperada sorprendó y afligió ál rey: pero Richemont vino á la corte y le alentó. La primera accion de los rebeldes se malogró vergonzosamente. El duque de Alenzon acometió á Saint Maxens: pero un religioso incitó á los habitantes á tomar las armas, rechazó á los agresores y los obligó á retirárse. El duque de Borbon esperaba que la Auvernia seguiria su partido: pero esta provincia le abandonó y se declaró á favor del rey. Cárlos reunió sus tropas, se apoderó de muchas plazas que ocupaban los rebeldés, persiguió á su hijo y á los conjurados de asilo en asilo, y prohibió á los habitantes del Delfinado que le recibiesen. Luis se vió reducido á implorar la proteccion del duque de Borgoña: Felipe intercedió por él y alcanzó su perdon con tal que lo pidiese. Los rebeldes desalentados pasaron á la corte que estaba entonces en Cussac: Cárlos los recibió á todos, escepto á la Tremouille,

de Prie y de Chaumont, á los cuales condenó á destierro. El delfin, obligado á someterse á la autoridad paterna, se presentó mostrando en su continente mas ira que arrepentimiento. "Luis, le dijo el rey, seais bien venido: habeis estado ausente mucho tiempo. Id á vuestro cuarto á descansar ahora, y mañana hablaremos." Al otro dia se presentó el delfin en el consejo, y se negó á aceptar el perdon que se le ofrecia, si antes no se alzaba el destierro á los tres señores. Entonces el rey, justamente indignado, le dijo: «Idos, las puertas teneis abiertas: y si os parecen poco anchas, se derribarán 20 varas de muro para que podais salir con toda libertad. Gracias á Dios, los príncipes de nuestra sangre serán mas útiles á nuestra gloria y poder, que lo habeis sido hasta aquí.»

Las previsiones de Cárlos eran ciertas: el mal suceso de la conjuracion habia dividido á los conjurados, y cada uno miró por su interés personal. El duque de Borbon consiguió su gracia cediendo al rey las plazas de Loches, Vincennes, Corbeil y Melun. A los demas se concedió gratuitamente la amnistía. Así se terminó esta guerra civil que duró seis meses, y á la cual se dió el nombre de *guerra de la Praguería*. Poco despues, Cárlos dando oidos á la ternura de padre mas que á su dignidad ofendida, perdonó á su hijo, y le dió el Delfinado. Este año se apoderaron los ingleses de Harfleur, á pesar de Gaucourt y

Lahire que acudieron tarde á socorrerla. Pero el rey se hizo dueño de La Charité, de Louviers, de San German en Laye y de otras fortalezas de Champaña. En esta época fue condenado al fuego el duque de Retz que confesó haber sacrificado mas de cien niños al diablo, con la esperanza de que el maligno espíritu le descubriria el secreto de la piedra filosofal para hacer oro. El duque de Orleans, despues de tantos años de cautiverio en Lóndres, consiguió su libertad. Pagaron su rescate el rey y el duque de Borgoña, y se estinguió la funesta rivalidad de estas dos familias, casando el de Orleans con la princesa de Cleves, sobrina del duque. En la solemnidad de estas bodas instituyó Felipe el Bueno la célebre orden del Toison.

El bastardo Alejandro de Borbon suscitaba nuevos alborotos: fue vencido, preso, juzgado, y se le condenó á ser metido en un saco y arrojado al rio. Las mugeres celebraban su hermosura, y los soldados su valor: pero el pueblo le despreciaba por sus vicios y los aldeanos le aborrecian por su crueldad. Al principio de su juventud entró en religion: pero abandonó el claustro, se juntó con los aventureros y los venció á todos en ferocidad. Su hermano el duque de Borbon, que no pudo librarle de la justicia, emprendió vengar su muerte. El duque de Borgoña estaba tan ofendido como él, porque la duquesa su esposa habia pedido el perdon del reo: y enojada de

la repulsa que recibió, volvió á sus antiguos tratos con Inglaterra. Estas querellas de los grandes aterraban á la nacion, víctima de la tiranía feudal. Felizmente las armas de Cárlos triunfaban, é hicieron respetable su autoridad.

Victorias de Cárlos VII (1438). El ejército real sitió á Pontoise. Talbot, con cuatro mil hombres, acudió á proveerla de víveres, reforzada por el duque de York: y sus movimientos obligaron á Cárlos á retirarse. Los ingleses le ofrecieron segunda vez la batalla: y aunque la prudencia aconsejaba no admitirla de un enemigo superior en número, el honor se opuso á la retirada, y peleó. Pero engañando á los ingleses y dando un rodeo, volvió á Pontoise, la asaltó y tomó, pasó á cuchillo 500 hombres, trajo á París en triunfo muchos prisioneros, y segun la costumbre bárbara de aquel tiempo, arrojó en el Sena á todos los que no tenian dinero para pagar el rescate. Pero la capital se afligió mas que se alegró con esta victoria: porque se le pidieron 20000 escudos para pagar el ejército.

El rey pasó despues al mediodia, á donde le llamaban los pueblos, mas oprimidos y saqueados que nunca por los señores y los aventureros. Cárlos esterminó á muchos de estos bandidos: pero mientras llenaba la primera obligacion de un monarca, defendiendo á sus vasallos de la tiranía, supo que los duques de Orleans, Borgoña, Borbon, Vendoma y

Alenzon formaban contra él una liga, cuyo tratado de union se firmó en Nevers. Cárlos tomó la resolucion prudente de oponer á esta nueva tempestad los ardides políticos y no la fuerza de las armas. Disimulando su ira, envió á decir á los príncipes coligados, que su reunion era ilegal, y ademas inútil: pues él habia resuelto convocarlos en Bourges para oir y satisfacer sus quejas. Los principes, admirados de esta declaracion pacífica é inesperada, enviaron al rey una memoria en que esplicaban todos sus agravios contra las usurpaciones, que segun ellos habia hecho la autoridad real. Cárlos, asistido de consejeros hábiles y de un parlamento al cual las desgracias del tiempo obligaban á ser dócil, respondió á la memoria artículo por artículo: y á esta respuesta acompañó la del parlamento consultado por él, y que ya no adoptaba nuevas máximas contrarias á su antiguo ardor en defensa de las franquicias públicas. "El rey, decian aquellos magistrados, puede en virtud de su autoridad real imponer contribuciones, y no tiene necesidad de reunir los tres estados para cobrar las *tallas*. Las diputaciones son muy dispendiosas al pueblo y muy gravosas á los señores: y basta enviar comisiones á las personas que designe y elija el rey." Así el establecimiento de la talla perpétua, y mas que todo, el escarmiento de las desgracias causadas por la anarquía, estendieron en gran manera los límites del poder regio.

Mientras Cárlos ganaba tiempo con estas contestaciones, procuró aprovecharse de él para dividir á los príncipes, y lo consiguió. Llamó á su corte al duque de Orleans, pagó sus deudas, le dió una pension y le ganó con beneficios. Separado de la conjuracion un personage de tanta importancia, lo demas acabó sin necesidad de esfuerzos. Felipe enmudeció: el de Bretaña se volvió á sus estados: y el rey marchó al mediodia, donde el señor de Albret habia prometido á los ingleses entregarles la plaza de Tartas: el rey la socorrió, y obligó á los enemigos á retirarse. Despues tomó por asalto á San Severo. Rindiéronsele Miranda, Dax y Reolé.

Reunion del condado de Cominges á la corona (1440). Margarita de Cominges, muger liviana é inconstante, mudaba con frecuencia de galanes y aun de maridos. El último de estos, que era Fesenzac, murió de los pesares que le causaba la mala conducta de su esposa. El conde de Armagnac, su pariente, quiso vengarle: tomó las armas contra Margarita y la hizo prisionera: pero como entonces muriese la hija única de la condesa, esta por su testamento legó todos sus señorios al rey. Armagnac se ladeó al partido de los ingleses, que desembarcaron entonces en Guiena á las órdenes del duque de Somerset. El delfin Luis marchó contra el conde, le venció é hizo prisionero, puso en libertad á Margarita, y consolidó así la donacion de los estados de

Cominges. Cárlos perdonó al de Armagnac, á condicion de que cediese algunas tierras al delfin, y que no se llamase, como habia hecho, *conde por la gracia de Dios*.

Establecimiento del parlamento de Tolosa (1443). "El pueblo, dice Mezeray, afligido por los males presentes, y no pensando en los venideros, prefirió la contribucion de la talla al saqueo y á los otros medios arbitrarios de pagar las tropas: sin considerar, que una vez establecido este impuesto, no estaria ya en su mano limitar su duracion ni su cantidad." Esto no tardó en realizarse. El gobierno, no teniendo ya necesidad de reunir los estados para pedir subsidios, se olvidó de convocarlos. El orden público ganó en ello á costa de las franquicias y libertades de la nacion. Esta mudanza aumentó la consideracion y dignidad de la clase de los magistrados: y desde entonces se aumentaron la autoridad y las pretensiones del parlamento: el cual presumió, y algunas veces creyó ser verdadero representante de las antiguas asambleas nacionales, del tribunal de los pares y de los estados generales.

Cárlos, conociendo cuán necesaria era la justicia despues de tantos desórdenes, quiso establecer en 1443 un segundo parlamento en Tolosa. El de París se opuso al principio á la creacion de este nuevo tribunal que desmembraba su jurisdiccion: pero cedió despues de alguna resistencia, y el parlamento de Tolosa

quedó instalado. Estendíase su jurisdiccion á Languedoc, Guiena y á todas las tierras situadas al mediodia del Garona. El derecho romano, conservado desde el tiempo de los visigodos en las provincias meridionales, y el de costumbre, adoptado en las del norte, designaban suficientemente los límites de los dos parlamentos.

Tregua con Inglaterra (1444). En 1444 Inglaterra, desalentada por tantas derrotas y debilitada por las disensiones intestinas que la destrozaban, hizo treguas con Francia; y Cárlos, queriendo que su reino gozase de aquel reposo momentáneo, licenció la mayor parte de sus tropas. La industria y la agricultura recobraron alguna actividad con el trabajo de los soldados, que depuestas las armas, se convirtieron en mercaderes ó labradores. Mas difícil era licenciar las cuadrillas de aventureros, ignorantes de otra profesion que la del latrocinio y la guerra. El rey adoptó la resolucion de dar empleo en paises estranjeros á su brutal denuedo, y los envió á pelear contra Metz en favor de Renato de Anjou, y contra los suizos, en favor del emperador Federico III. El rey de Inglaterra imitó su ejemplo. El delfin mandó las fuerzas reunidas de entrambos: y fue una gran novedad, despues de tantos odios y querellas sangrientas, ver al heredero del trono de Francia reunir bajo sus banderas 14000 franceses y 8000 ingleses ausiliares.

Metz se resistió ostinadamente á las tropas de Cárlos, y conservó su independencia mediante una suma de dinero que le costó la capitulacion. El delfin marchó despues contra los suizos, que puestos recientemente en libertad, ásperos como sus montañas, despreciadores de las amenazas, ignorantes de las astucias políticas y resueltos á morir ó ser independientes, salieron al encuentro de sus enemigos sin contarlos. El ejército suizo no llegaba á 6000 hombres. Deveuil, que mandaba la vanguardia francesa, acometió impetuosamente. Oprimidos los suizos por el número, se retiraron en buen orden y renovaron dos veces el combate. En fin, acosados y sitiados por todas partes, hicieron alto cerca del cementerio de san Hipólito, apostados en algunas viñas y protegidos por los valladares y paredones antiguos que allí habia: opusieron tan ostinada resistencia á los franceses, que estos no pudieron vencerlos sino esterminándolos. Todos perecieron, excepto 150 que se escaparon heridos. Esta sangrienta victoria costó dos mil hombres al ejército del delfin. Despues de las dos últimas acciones solo quedaron 800 suizos que sostuvieron el tercer ataque. La ventaja de esta batalla desigual fue para los vencedores, y la gloria para los vencidos. Las ciudades de Helvecia, consternadas por esta derrota, capitularon. El emperador Federico habia prometido al delfin conservarles sus

franquicias, pero no lo cumplió. Luis decia de aquel príncipe, que "todo *adjetivo* malo le convenía." Los suizos, protegidos por el concilio de Bsiléa y el duque de Saboya, consiguieron dos meses despues hacer una paz honorífica.

Cárlos VII tuvo la gloria de libertar su reino de las tropas, valientes, pero indisciplinadas, que lo devastaban mas bien que lo defendian. Como los aventureros no recibian paga alguna, y las tropas del rey la recibian pocas veces, no era posible mantener en los ejércitos la subordinacion ni impedir el latrocinio. Los reyes Juan y Cárlos VI deseando atacar el principio del mal, que consistia en el régimen feudal, dispusieron que la convocacion y alistamiento de las milicias señoriales se hiciesen por ordenanza regia y á son de trompa.

Cárlos VI creó algunos cuerpos de gendarmas, llamados *compañías de ordenanza*, para distinguirlos de las tropas *de feudo*: pero su servicio era temporal y su disciplina mal observada. Cárlos VII aumentó su número, las hizo permanentes, y dió el mando de ellas al condestable. La nueva gendarmería se dividió en 15 compañías, compuesta cada una de cien hombres de armas. El hombre de armas era seguido de dos ginetes, tres flecheros y un page. Dábase á cada *lanza* (que este nombre tenian) 30 libras al mes, 10 para él, 5 para los caballeros, cuatro para cada flechero, y

tres para el page. Las compañías, sometidas á un servicio continuo y arreglado, sirvieron para guarnecer las plazas fuertes. Sus capitanes estaban sometidos á otros capitanes generales que mandaban cada uno 500 hombres, y á inspectores. Todos los hombres de armas ó soldados que no fueron comprendidos en la formacion de estas nuevas compañías de ordenanza, recibieron orden de volver á sus hogares y de permanecer en ellos bajo la sobrevigilancia de los bailíos. Así organizó el rey una fuerza permanente, una gendarmería respetable, compuesta de cerca de 10000 hombres. Su disciplina se arregló por una ordenanza, que el condestable, su gefe, hizo observar con todo rigor. Los grados y puestos fueron dados, no al nacimiento, ni á la mayor importancia de los feudos, sino al mérito y á la antigüedad de servicios. Los sucesores de Cárlos, aprovechándose de esta institucion, multiplicaron el número de las compañías. Y así los nobles, abandonando poco á poco sus castillos y su independencia, se convirtieron en cortesanos y sirvieron en palacio para mandar en los campamentos. Desde esta época comenzaron los progresos rápidos del poder real y la pronta decadencia del feudalismo.

Tambien emprendió Cárlos formar una infantería reglada y dispuesta siempre á combatir. Las victorias de los ingleses y la intrepidez de los suizos babian enseñado cuan

importante era esta arma, tan despreciada de los caballeros. Estableció por ordenanza que cada parroquia del reino armase y mantuviese á su costa un flechero, escogido entre los hombres mas á propósito para el servicio militar: y como se les exceptuó de todo impuesto, salvo las ayudas y gabelas, tomaron el nombre de *flecheros francos*. A pesar de la superioridad incontestable de este nuevo cuerpo de flecheros sobre los que habian peleado tan mal con los ingleses en las jornadas de Azincourt, Crevan y Verneuil, los mal contentadizos los ridiculizaban, llamándolos *soldados en la aldea y aldeanos en el ejército*. Los nobles les daban por desprecio el nombre de *topillos francos*. Estos flecheros debian usar trage militar, y ejercitarse en tirar el arco todos los domingos y fiestas. Cuando eran llamados al servicio activo, tenian 4 libras de soldada al mes. Componiase esta milicia de cerca de 20000 hombres. Por medio de esta infantería pagada, los pueblos se hallaron ó se creyeron libres del latrocinio: pero compraron la tranquilidad con el desarmamento de sus milicias y la obligacion de pagar subsidios para mantener las guarniciones del rey. Cárlos hizo mas: prohibió á todos sus súbditos, cualquiera que fuese su condicion, tomar las armas ni reunirse, sino en virtud de ordenanza real. A la verdad, esta disposicion se quebrantó algunas veces: pero acostumbró la nacion á reconocer en el rey el derecho de alistar y licen-

ciar; lo que disminuyó en gran manera las franquicias de los pueblos, y la independencia de los señores.

Las grandes dignidades de la corona habian sufrido progresivamente notables alteraciones. Ya no habia empleo de senescal: y el condestable, que en otro tiempo no era mas que gefe de las caballerizas, mandaba ya el ejército: y los mariscales, intendentes al principio de las mismas caballerizas, fueron los primeros empleados militares. El que llevaba el Oriflama, era superior á todos: pero esta bandera no volvió á parecer desde el reinado de Cárlos VI, como ya hemos dicho: y no faltan autores que afirmen que Cárlos VII fue quien mandó ocultarlo, porque era una insignia feudal, perteneciente á la abadía de san Dionis, usada por los monarcas, no como reyes de Francia, sino como condes de Vexin, á cuyo título estaba unido el protectorado de aquel monasterio. Entonces dejaron tambien de ser enseñas militares las banderas de las parroquias, y sirvieron solo en las ceremonias religiosas. Los estandartes de los barones desaparecieron poco á poco del ejército del rey. Su bandera blanca, sembrada de flores de lis, y usada de los tiempos desde Felipe Augusto, era la insignia principal del ejército.

El último golpe, que dió Cárlos VII al feudalismo, fue el examen y modificacion del derecho de costumbre, establecido en los señoríos segun el capricho de los barones: pero

este rey, que aumentó en tanto grado la prerrogativa de la corona, mandó á sus tribunales que no obedeciesen sus cartas y órdenes, si no eran conformes á razon y justicia.

En otro tiempo los comunes se habian confederado para negar los impuestos: las tropas feudales, no pagadas, abandonaban el campo del rey, despues de corto tiempo de servicio, y robaban impunemente al pueblo. En fin, los tres órdenes, reunidos en París en tiempo de la regencia de Cárlos V, procuraron limitar la autoridad suprema hasta tal punto, que se atribuyeron el derecho de nombrar perceptores de subsidios, pagadores y aun ministros y consejeros del príncipe. Este era el estado débil y precario del trono, cuando de improviso, victorioso Cárlos VII, despues de haber sido proscrito y desterrado de su capital, estendió sobre todas las clases sin obstáculos su cetro dominador. Los grandes perdieron sus mas importantes prerrogativas. Los estados generales se anularon, concediendo al rey la *talla* perpétua. Los pueblos depusieron las armas y el clero se sometió á la pragmática sancion que Cárlos le impuso. En fin, todo le favoreció, y nadie se atrevió á resistirle. Mably dá una esplicacion muy verosímil de este fenómeno singular y de esta revolucion estraordinaria. "Los grandes y nobles, dice, habiendo dirigido el gobierno del estado en la larga demencia de Cárlos VI, y dispuesto, en el interés de su ambicion y codicia, de las

fuerzas y tesoros del poder real, en lugar de debilitarlo, procuraron hacerlo mayor: porque esperaban bajo su sombra dominar arbitrariamente." Los habitantes de las villas y aldeas, despues de vanos esfuerzos para sacudir un yugo tan odioso, y libertarse del latrocinio de los nobles, soldados y aventureros, no hallaron otro medio de salvacion que el de ponerse bajo la proteccion del monarca. En fin, el clero que defendia sus franquicias contra la corte de Roma, buscó por apoyo la soberanía real, que tambien estaba en lucha con aquella corte. Los estados, que representaban estas tres clases, se hallaron, pues, inclinados á favorecer al rey en todos sus planes de reforma militar, disciplinaria y legislativa. Hasta mucho tiempo despues no despertaron los grandes vasallos de la corona, ni se ligaron para recobrar sus antiguos derechos é independencia: pero ya era tarde. El trono tenia ejércitos, su poder estaba consolidado, y Luis XI consumó con su política hábil y artificiosa la gran revolucion, que la fortuna y prudencia de su padre habian comenzado. El pueblo manifestaba en todas partes la mayor alegría por la derrota de los ingleses, su espulsion de la capital, la ruina de los bandidos, y el restablecimiento de la seguridad, del orden y de la justicia.

Muerte de la delfina Margarita (1445). Estos fueron los dias mas venturosos de la vida del rey. Pero de improviso se turbó su ale-

gría por la muerte de la delfina Margarita de Escocia y por las tristes circunstancias de tan infausto suceso. Jamet du Tillay, privado de Cárlos, envidioso del crédito que tenian con el monarca la reina y Margarita, procuró sembrar la discordia entre ambas. Entró una noche en el aposento de la delfina, á hora que estaba oscuro por no haberse encendido todavía luces. Las damas de la princesa estaban sentadas al rededor de ella: y el señor de Estouteville, acercándose á hablarla, por descuido puso el brazo sobre la cama en que estaba Margarita. Du Tillet se muestra escandalizado, y declara que es indecente dejar á la delfina hablar á oscuras tan familiarmente con un hombre. Margarita se enoja: Du Tillet sale, y propaga los rumores mas injuriosos á la reputacion de la princesa; y aun se dice, que la reina, á pesar de su virtud, no fue inaccesible á esta calumnia: cosa que llegó al alma á la delfina, cuya pureza no se habia manchado hasta entonces ni aun con la mas leve sospecha. Solo se censuraba la poca gravedad de sus modales. En una ocasion, hallando dormido en la antesala al célebre escritor Alano Chartier, le dió un beso, diciendo á las damas que se admiraban de su accion, que "no besaba al hombre, sino á la boca que tan lindas cosas sabia decir." Margarita enfermó de pesar por la calumnia de Jamet, y murió en poco tiempo maldiciendo la vida. El delfin irritado citó en justicia al calumniador: Du

Tillet ofreció hacer desafío con sus acusadores: pero el rey se opuso á ello, y su proteccion hizo que triunfase el privado.

Conspiracion del delfin (1446). En este tiempo los embajadores de Castilla, Borgoña y Bretaña en Londres, favorecieron la pretension del duque de Alenzon, enviado por la corte de Francia á efecto de terminar la gran querella de ambos estados: mas solo se pudo conseguir una tregua por dos años. En este tratado se abolió el pillage, que hizo aquella lid tan cruel y desventurada, pagándose á Francia, por el abandono de este derecho, que entonces se creia de buena guerra, 4500 libras. Por mas injusto que sea, todavía le vemos respetado y favorecido en las guerras marítimas, al mismo tiempo que está proscrito como latrocinio en los ejércitos de tierra. Prusia y los Estados unidos son las únicas potencias que han anulado por actos solemnes este vestigio de la barbarie, renunciando mútuamente al derecho de corso.

Este mismo año falleció el duque de Bretaña: sucedióle su hijo Francisco, y prestó homenage al monarca francés. Cárlos le concedió entera amnistía por su pasada defeccion: y Richemont, aunque ya condestable, creyó conveniente solicitar que le incluyesen en ella. La nueva corte de Bretaña fue teatro algun tiempo despues de una accion trágica digna de aquella época de barbarie. Gil de Bretaña, hermano del duque, habia casado con la he-

redera del condado de Dinan. Esta muger tenia trato ilícito con Arturo de Montauban, y aun le prometió su mano, si conseguia que se anulase su primer matrimonio. El artificioso Arturo logró ganar el afecto del duque con su asistencia y afectacion de lealtad: y se aprovechó de la ocasion para persuadirle que su hermano Gil conspiraba para destronarle, favorecido de los ingleses. El duque, hombre de poco ánimo y suspicaz, temeroso de la fingida conspiracion, acusó á su hermano ante los estados de Bretaña, é informó de su peligro al rey de Francia, pidiéndole socorro. Los estados, no hallando pruebas contra el acusado, rehusaron condenarle. Pero Arturo y su infame manceba fingieron una carta del rey de Inglaterra, en la cual reclamaba este monarca la persona de Gil, que entonces estaba preso, y le declaraba condestable suyo. Engañado el duque por esta maldad, cerró los oidos á la justicia y á la naturaleza, y mandó ohogar en la prision á su infeliz hermano.

Luis, heredero del trono de Francia, de quien ninguna consideracion bastaba á aplacar el rencor, ni á desarmar la venganza, ni á contener la ambicion, formó una conspiracion contra la vida, ó cuando menos, contra la autoridad de su padre. Confiado en la amistad de Chabannes, conde de Dammartin, le declaró su designio y le pidió que le favoreciese para sorprender y degollar la guarda escocesa del rey. Chabannes vacilaba: pero el prín-

cipe le prometió una pension de mil libras; y creyéndose seguro con esto de su secreto y de su ausilio, le descubrió que habia ganado al capitan de la guardia, y què 50 hombres resueltos estaban ya determinados á ejecutar sus órdenes. "En fin, añadió, si quereis facilitarme los medios de introducir mi gente en Razilly, donde el rey ha de ir dentro de pocos dias, me haré dueño de este castillo, y por consiguiente del poder." Dammartin respondió que no bastaba tomar aquella fortaleza, porque las guarniciones vecinas acudirian á recobrarla." No temais: respondió Luis: allí estaré yo. No ignoro que todos tiemblan del rey: pero en mi presencia no harán los soldados mas de lo que yo les mande." Dammartin calló: pero en lugar de hacerse cómplice en la conspiracion, la reveló á Cárlos. El delfin, llamado é interrogado, desmintió solemnemente al denunciador, y Dammartin ofreció sostener la verdad de lo que decia peleando con el campeon que el delfin designase. Cárlos no quiso que hubiese desafío; sino mandó comparecer á los flecheros, al capitan de ellos y á otros testigos. Muchos de los acusados fueron condenados á muerte: y Luis, sin manifestarse aterrado con aquellas justicias, tuvo el escandaloso valor de permanecer muchos dias en la corte de su padre. En esta época fatal dió á luz la reina un hijo, llamado Cárlos, que fue despues duque de Berry, y que si se ha de creer á muchos escrito-

res contemporáneos, en el reinado de un nuevo Neron tuvo la triste suerte de Británico.

El delfin, despues de haber sostenido con arrogancia durante algun tiempo las miradas de un padre ofendido, salió para el delfinado. Los ministros, en vez de oponerse á su viaje, manifestaron suma alegría por la ausencia de un príncipe que los detestaba y que era implacable en sus rencores. Su salida de la corte fue muy agradable tambien á Ines Sorel, víctima de sus violencias, que habian llegado, segun dicen algunos escritores, hasta maltratarla. En aquella provincia gobernó casi como monarca independiente: y el rey, á pesar de los consejos de sus ministros, llevado de la ternura paternal, esperó á que el tiempo corrigiese la indocil condicion de su hijo.

Espedicion de Génova y Milan (1447). En este tiempo Fregoso, gefe de una de las facciones que dividian á Génova, triunfó de sus contrarios con el auxilio de los franceses: mas no permitió á estos tremolar sus banderas en la capital, y solo les dejó la plaza de Final. Felipe Visconti, duque de Milan, murió á la sazon sin dejar hijos. El duque de Orleans tenia por su madre Valentina derechos á aquel señorío, y el emperador lo pretendia como feudo del imperio: el rey de Aragon, como heredero testamentario: y los milaneses, aspirando á la independencia, á ninguno querian reconocer. Entonces se presentó un

nuevo competidor, que fue el aventurero Jacomazo Attandolo, gañan, segun unos, hidalgo pobre segun otros, y que adquirió despues tanta celebridad con el nombre de Esforcia el grande. Habia casado con Blanca, hija bastarda del último duque: y decia que por el testamento de este le habia nombrado su sucesor. Al frente de numerosos partidarios se preparó á disputar la herencia al duque de Orleans, que con 10000 franceses pasó á Italia, y fue completamente derrotado por Esforcia, que era uno de los primeros generales de su tiempo. Modesto despues de este triunfo, disimuló sus ambiciosos designios, y solo apareció á la vista de los milaneses como defensor de su libertad. El duque de Orleans, vencido, se retiró á Francia y reservó para otra ocasion sus pretensiones.

En París hubo por aquellos tiempos varias sediciones. Los magistrados habian preso algunos estudiantes; el obispo de París los reclamó como clérigos, y la universidad alegaba sus privilegios. El parlamento irritado fulminó sentencias: la universidad resistió, declinó la jurisdiccion del tribunal y cerró sus clases. Ambas autoridades sostenian sus pretensiones con violencias y alborotos: pero el poder del monarca, entonces superior, terminó esta querella declarándose en favor del parlamento, y sometió la universidad á un estatuto por el cual se reformaron muchos abusos inveterados en la disciplina de aquella sa-

bia corporacion. Otra contestacion mas importante se terminó en la misma época. Los ingleses habian prometido restituir la ciudad de Mans al duque de Maine, cuñado, ministro y valido del rey: pero como se negasen á ejecutar su promesa, volvieron las hostilidades y Dunois sitió á Mans. El gobierno británico era entonces muy débil para sostener lucha tan desigual. Margarita, muger de Enrique VI, era francesa, y habiendo triunfado del partido de Glocester, hizo que se cediese definitivamente á Francia la provincia de Maine.

Nada turbaba ya la paz general, sino la renovacion del cisma, que tanta influencia tuvo en el estado de la iglesia galicana: para cuya inteligencia convendrá describir sumariamente los acontecimientos desde tiempos mas antiguos. Gregorio VII habia convertido la Europa en una especie de república ó confederacion de monarcas y barones, sometida á la dictadura pontificia: la cual se ejercia al mismo tiempo sobre las potestades temporales y espirituales. Pero la iglesia y trono de Francia reclamaron constantemente su independencia de la corte de Roma en materia temporal: y la temeridad de Bonifacio VIII, estendiendo mas de lo justo sus derechos, produjo las violentas reacciones de Felipe el Hermoso, rey de Francia, que debilitaron en gran manera el poder pontificio. Los sucesores de Bonifacio cometieron un

grave yerro, buscando la proteccion del mismo monarca que habia luchado victoriosamente contra la curia romana, y puede decirse que la traslacion de la corte pontificia de las orillas del Tiber á las del Ródano, poniendo en cierto modo bajo la influencia del gobierno francés el primer magistrado del cristianismo, minó los cimientos de la autoridad temporal de los papas sobre toda Europa.

Cuando conocido este yerro, se restituyó la corte á Roma, el partido francés era ya muy poderoso en el colegio de cardenales: y el cisma, que dividió la iglesia, contribuyó en gran manera á la rápida decadencia de la dictadura papal. El concilio de Constancia terminó el cisma con la eleccion de Martino V, declaró la dignidad de sumo pontífice sometida á la jurisdiccion de los sínodos generales, y emprendió la reforma de la disciplina eclesiástica. Promulgó varias leyes á este efecto y mandó redactar un estatuto para la coleccion de los beneficios. Trece años despues el concilio de Basiléa trabajó en esta materia con mas empeño en virtud de las quejas de la asamblea del clero de Francia que convocó Cárlos VII en Bourges el año de 1432. Los decretos de este concilio fueron enteramente contrarios á las pretensiones de la corte de Roma: y cuando fueron enviados á Bourges y leidos en presencia del rey, de los grandes y de los doctores franceses, Cárlos VII los adoptó despues de modificados: y el nuevo estatuto que se

promulgó en la asamblea, tomó el nombre de *Pragmática sancion.* Por este acto se reconocia la superioridad del concilio general sobre el papa, se suprimian los entredichos, se restablecian las elecciones por el clero con aprobacion del rey, y se abolian las reservas, espectativas y annatas. La pragmática fue verificada y archivada en el parlamento en el mes de julio de 1439. Dos años despues decidió el rey en virtud de declaracion que "la pragmática no podria surtir sus efectos sino desde el dia que fue archivada, sin atender á la fecha del decreto de Basiléa:" cláusula puesta para asegurar la independencia de la corona; y desde entonces los decretos de los concilios generales en materia de disciplina y las bulas y breves de los papas, no pueden ser publicadas ni ejecutadas en Francia, sino en virtud de letras patentes del príncipe, examinadas y archivadas en el parlamento. Cárlos VII obró con suma prudencia en este negocio: pues aunque aprobó los cánones del concilio de Basiléa relativos á la reforma de los abusos, no admitió la deposicion del papa Eugenio VII, hecha por aquella asamblea. El nuevo cisma, que produjo dicha deposicion, no sostenido por ninguna potencia de primer orden, causó pequeña perturbacion en la iglesia. El concilio de Basiléa se disolvió: los de Ferrara y Florencia produjeron una reconciliacion momentánea con el emperador de Oriente y el patriarca de los griegos; Eugenio IV era ve-

nerado en toda la cristiandad, y el nombre de su competidor Felix apenas era conocido fuera de los muros de Ripaille. El emperador queria que se convocase un nuevo concilio. Cárlos VII aconsejaba terminar las diferencias por una transaccion en virtud de la cual Eugenio conservase la silla pontificia y Felix tuviese el primer lugar despues de él en la gerarquía eclesiástica.

Tal era el estado de las cosas cuando Eugenio murió. Los cardenales romanos eligieron al cardenal de Bolonia que tomó el nombre de Nicolás V, y Cárlos VII le reconoció, á pesar de las instancias del duque de Saboya. Reuniéronse en Leon los embajadores de muchas potencias: y el delfin, afectando ser soberano independiente, se atrevió tambien á enviar los suyos. El papa Felix de Saboya residia á la sazon en Ginebra, donde despues opuso Calvino á la iglesia una resistencia mas funesta. Felix, viéndose sin protector, prometió renunciar á la tiara, con tal que se le diese algun título honorífico. Nicolao, que al principio no respondió á su ofrecimiento sino lanzando contra él los rayos del Vaticano, cediendo á las instancias de los embajadores de Cárlos, uno de los cuales era Santiago Coeur, ministro de hacienda, convino en transigir. Ajustose que Felix reuniese á los eclesiásticos partidarios suyos: que ante ellos diese su consentimiento á la elevacion y á los actos de Nicolaso, y abdicase; conservando el título de

cardenal, el uso de los ornamentos pontificales y el título de vicario perpétuo de la Santa Sede en Saboya. Decidióse tambien que se elegiria de nuevo á Nicoláo en un concilio, que se celebró en Lausanna en 1448.

Rompimiento con Inglaterra (1449). Cárlos veia sometidos á su autoridad el clero, la nobleza y el pueblo, y vencidos sus contrarios por las armas: solo su hijo le hacia resistencia. El rey, disimulando su enojo, dudaba todavía si emplearia sus fuerzas contra él. En el mismo tiempo un hombre, llamado Mariette, denunció á Pedro de Brezé, senescal del Poitou, una nueva conspiracion de Luis contra su padre: pero el delfin tuvo medios de haber á sus manos al denunciador, y le entregó al parlamento. Examinada la causa, fue convencido Mariette de calumnia.

Cárlos, informado de las graves turbulencias de Inglaterra, producidas por las sangrientas discordias de las casas de Yorck y de Lancaster, resolvió aprovecharse de ellas; y dando oidos á la política mas que á la justicia, con el pretesto de los latrocinios de un aventurero inglés y de algunas providencias que habia tomado Talbot para reparar los muros de Vernon, rompió la tregua, juntó sus tropas y se apoderó de Pont de l'Arche y de otras plazas vecinas. Reunió su consejo al mismo tiempo, y declaró que la conducta de los ingleses le obligaba á comenzar la guerra por las hostilidades que cometian contra sus alia-

dos los reyes de Escocia y de Castilla, y contra sus vasallos en Dieppe y en la Rochela. Dunois sitió á Ruan, defendida valerosamente por Talbot. Pero los habitantes de la ciudad estaban cansados de sufrir el yugo estrangero: subleváronse pues, tomaron las armas, y trataron con Cárlos, que les prometió amnistía y la conservacion de sus privilegios. La guarnicion inglesa procuraba reprimir á los vecinos: los dos partidos vinieron á las manos, y durante la accion, que fue muy sangrienta, llegó Dunois. Abriéronsele las puertas: entregáronsele los fuertes, de que fue arrojada la guarnicion: y Somerset, gobernador de la plaza, obligado á hacer sacrificios para conseguir la libertad de retirarse, cedió á los franceses las plazas de Harfleur y Caudebec, prometió pagar 56000 escudos, y dejó á Talbot en rehenes de su palabra. Poco despues Cárlos tomó á Harfleur: y la adquisicion de esta plaza, primer conquista de los ingleses en Normandía, causó en el reino júbilo universal.

Pero Cárlos gozó poco estos favores de la fortuna: porque la muerte imprevista de Inés Sorel le causó grande afliccion. Esta dama era hija de Juan Sorel, señor de Fromenteau. El rey le habia dado un palacio, situado en el estremo del bosque de Vincennes, llamado *Beauté* del Marne: y así los cortesanos llamaban á Inés la señora de la belleza. Los que la trataban, hacian grandes elogios de su bondad y discrecion: pero su lujo inmoderado la hizo

aborrecible al pueblo. Cárlos tuvo de ella cuatro hijas. Como no podia vivir sin favoritos ni queridas, la señora de Meignelais sucedió en breve á Inés Sorel. Pero por corto que fuese el sentimiento del monarca, le hizo perder un tiempo precioso: y el general inglés Kiriel, reuniendo un cuerpo de tropas, venció en diversos reencuentros al conde de Clermont.

Richemont, cuyo valor ardiente no retardaba debilidad alguna, salió contra él; le dió batalla en Formilly, cerca de Bayeux, le venció, le hizo prisionero, y mató 4000 ingleses. Dunois completó la victoria rindiendo casi todas las fortalezas de Normandía. Caen faltaba, y el rey en persona la sitió. Somerset, gobernador de la plaza, resistió dos asaltos, y capituló cuando los franceses se preparaban á dar el tercero. Los ingleses, indignados de tantas pérdidas, acusaron de traidores á este general y á la reina Margarita. Este año falleció Francisco, duque de Bretaña, y le sucedió su hermano Pedro, menos afecto á los intereses de Francia. En Guiena fueron tambien felices las armas del rey. El vizconde de Limoges se apoderó de Bergerac y de Sainte Foix, y el señor de Albret sacó cuantiosas contribuciones del Medoc. El contento de esta victoria salvó la vida á un perceptor general de rentas, condenado por delito de concusion. El rey le perdonó. Al mismo tiempo, en premio de los servicios de Dunois, nombró á este guerrero su lugarteniente general en Guiena. Dunois jus-

tificó la confianza de su monarca con brillantes acciones, haciéndose dueño de Blaye, de cinco navíos grandes que encontró en aquel puerto, de Livourne, de Castillon, y de Fronsac, llave de la provincia. Saintrailles cercó á Burdeos, y le intimó la rendicion. La tropa inglesa capituló, prometiendo entregar la plaza al rey, si no recibia socorro dentro de dos meses: llegado este término, se rindió la ciudad. Solo Bayona resistia aun, sitiada por Dunois y por el conde de Foix, capital de Buch: al fin se entregó por una causa singular. La señal distintiva del partido francés era en este tiempo una cruz blanca: y la del inglés una cruz roja. Por una casualidad estraordinaria, un nublado que se levantó cerca de la muralla, tomó en el cielo la forma de cruz blanca: Los habitantes y la guarnicion, admirados de este fenómeno, lo creyeron cosa sobrenatural; y abrieron las puertas á los franceses. Así concluyó una lid tan larga, costosa y funesta: y los ingleses perdieron toda la Guiena despues de 300 años de dominacion. Inglaterra, destrozada por las querellas de sus príncipes, pero orgullosa como en el tiempo de sus conquistas, aunque no podia continuar la guerra, se negaba á hacer la paz. El arzobispo de Ravena y el cardenal de Estouteville propusieron á los ministros ingleses la mediacion del pontífice para terminar la guerra. "Será buen tiempo, respondieron los altivos bretones, para tratar de paz, cuando los ingleses hayan

tomado tantas plazas como han conquistado sus adversarios." Pocos años antes era difícil prever que Cárlos, desheredado, proscrito y vencido tres veces, llegaria á ser mas poderoso que todos sus predecesores. Sus victorias le aseguraban la veneracion del pueblo. Su bondad hacia que se perdonasen sus debilidades; y era amado por su justicia. Al contrario, el delfin era temido y aborrecido de los pueblos del Delfinado, oprimidos por su avaricia. Su orgullo le hacia incómodo al clero: y ofendia profundamente á los señores, quitándoles el derecho de sostener sus querellas con las armas. En fin, sus pasiones violentas anunciaban ya el cruel tirano, cuyo cetro de hierro iba á descargar terribles golpes sobre la aristocracia francesa. Su humor envidioso é indocil estaba irritado, porque el rey confió al valiente Dunois la espedicion del mediodia, negando á Luis el mando del ejército que conquistó la Guiena.

Espedicion de Talbot en Guiena (1452). Luis, sin consultar á su padre, pidió por esposa la hija del duque de Saboya. Cárlos, sabedor de este designio, envió un rey de armas al delfin prohibiéndole celebrar aquel casamiento. Luis se apresuró á contraerlo, y no recibió al enviado de su padre sino despues de la ceremonia: y le respondió con disculpas mas bien irónicas que respetuosas, alegando que las órdenes habian llegado muy tarde y cuando ya no era posible obedecerlas. Estos

pliegos llegaron á la corte al mismo tiempo que los barones del ducado de Saboya reclamaban la proteccion del rey contra su duque y contra el delfin. Cárlos dió acogida á sus pretensiones, juntó un ejército y marchó contra su hijo. Una guerra impía iba á comenzarse: pero el cardenal de Estouteville impidió que hijo y padre viniesen á las manos. El ejército del rey era numeroso y estaba ensoberbecido con sus triunfos: y así amedrentado el duque prometió reparar los agravios, y el delfin imploró la clemencia de su padre. Cárlos, ó engañado, ó afectando serlo por este fingido arrepentimiento, concedió el perdon, aprobó el casamiento de Luis, y dió la mano de su hija Yolanda al príncipe del Piamonte.

Los partidarios de los ingleses estaban vencidos en Guiena, pero no domados. El anciano y valiente Talbot, creado recientemente conde de Shrewsbury, desembarcó en aquella costa con 5000 hombres, y á su voz se conmovió la provincia. Burdeos sublevada le abrió las puertas, y el general inglés se apoderó de otras muchas plazas por grado ó por fuerza. Cárlos, sabedor de tan tristes nuevas, se puso al momento en marcha con un ejército de 20000 hombres: y apenas llegó á la provincia, asedió las plazas de Chalais y de Castillon. Talbot acudió á socorrerlas, encontró en el camino un cuerpo de flecheros franceses, que se replegó, y siguiendo el alcance, se halló al frente del ejército real, apostado ventajosamente

defendido con atrincheramientos. El intrépido inglés, sin hacer caso del número ni del peligro, dió la señal del ataque: los ingleses fueron rechazados y huyeron: Talbot murió, á la edad de 80 años y al lado de su hijo, de un tiro de culebrina. Cárlos recobró todas las plazas: solo le resistió Burdeos, defendida por 8000 ingleses y gascones. Púsole sitio, y bloquearon el puerto las escuadras aliadas de Castilla, Bretaña, Holanda y Flandes. La artillería francesa, dirigida por Bureau su maestre, abrió larga brecha y obligó la plaza á capitular. Los ingleses la evacuaron, y veinte barones franceses que habian seguido sus banderas, fueron desterrados. Cárlos mandó construir el castillo *Trompette* y el de *Ha*, para contener aquella poblacion turbulenta. Desde entonces Burdeos ha pertenicido siempre al rey de Francia.

Fuga del delfin Luís á Borgoña (1453). Santiago Coeur, comerciante riquísimo, se habia consagrado al bien de su patria y al servicio del rey, sacándole de sus mayores apuros con dineros y crédito, dándole consejos útiles, regalándole 200000 escudos de oro para reconquistar á Normandía, y sirviéndole tanto con su prudencia, como Richemont, Dunois, Lahire y Xantrailles con sus armas. Cuando fue enviado de embajador á Lausanna, contribuyó eficazmente á la pacificacion de la iglesia. El rey le habia dado el empleo de *Argentario* ó tesorero: pero los validos del

monarca, envidiosos del favor que tenia Santiago, se conjuraron para su ruina, le acusaron de concusiones, y aun hicieron creer al rey que era cómplice en los designios criminales del delfin, y que habia dado muerte á Inés Sorel con un veneno. Cárlos, con ingratitud y debilidad inescusables, le entregó á sus enemigos que repartieron sus despojos. Fue arrojado en una cárcel, juzgado por el parlamento; condenado á reconocerse delincuente y á pagar 100000 escudos al tesoro real. Sin embargo, hizo su defensa con el vigor de una conciencia pura, y los jueces no pudieron convencerle de otros crímenes, que haber restituido á un turco un esclavo cristiano, culpable de traicion, y haber vendido armas sus dependientes al soldan de Egipto. Santiago Coeur no tuvo otro consuelo en las persecuciones de que fue víctima y en el olvido de su rey, sino el agradecimiento y la lealtad generosa de sus amigos y corresponsales. Todos se reunieron para resarcir sus pérdidas y dulcificar su infortunio. Juan de Village, marido de una de sus sobrinas, le sacó de un convento de Beauvais donde se le habia recluido, y le dió medios para que se refugiase en Roma. El papa Calixto III le acogió y protegió, y aun le dió el mando de una escuadra de galeras, destinada á pelear contra los turcos. Santiago Coeur murió en 1456 en la isla de Quio donde habia hecho un desembarco. Algunos autores dicen que el par-

lamento le condenó á ser degollado á pesar del privilegio de clérigo que reclamaba, y que el rey le perdonó la vida. Luis XI rehabilitó despues su memoria.

Los ingleses estaban abatidos: el ejército francés sometido á disciplina regular: la legislacion se reformaba: el cetro habia dado golpes mortales al feudalismo: pero faltaba dar un paso importante, y era anticiparse á la venganza de los grandes vasallos de la corona, haciéndoles ver con un ejemplar rigoroso, que ni eran, ni debian creerse superiores á las leyes. Cárlos entregó á la justicia á Juan V, conde de Armagnac, uno de los señores mas poderosos del reino, que afectaba entera independencia y se burlaba de las órdenes del rey. Ni hacia mas caso de las leyes religiosas que de las civiles: pues estaba casado dos veces y habia querido justificar su segundo matrimonio suponiendo falsas dispensas. Cárlos encargó al conde de la Marcha, que intimase sus órdenes á aquel vasallo orgulloso, y que le obligase á obedecer. Armagnac intentó asesinarle, se sublevó abiertamente, invadió los dominios del rey, y puso guarnicion en la ciudad de Auch. El castigo fue pronto. Cárlos se puso en campaña, venció al rebelde y tomó la ciudad de Leihure donde se habia hecho fuerte. Armagnac, citado ante el parlamento, reclamó en vano el privilegio del clerigo. Despues de algun tiempo de prision, fue desterrado, y pasó á Roma pidiendo limosna para subsis-

tir en el camino. Luis XI le restituyó á su patria: pero habiéndose revelado de nuevo, le mandó dar de puñaladas. Este acto de violencia no era de estrañar en un príncipe que mientras vivió su padre, llenó sus últimos dias de amargura con sus vicios é idocilidad.

Queriendo ausiliar á Renato de Anjou para que recobrase el trono de Nápoles y obligar á su suegro el duque de Saboya á que le rindiese vasallage por el marquesado de Salucas, levantó tropas y echó pesados tributos á los pueblos del delfinado. Estos se sublevaron contra él, é imploraron el ausilo del rey. Cárlos marchó á aquella provincia con un ejército, desposeyó de ella á Luis, y le obligó á refugiarse en la corte de Borgoña, desde donde escribió á su padre que su designio era acompañar al duque á Oriente para hacer guerra á los turcos, que poco antes habian tomado á Constantinopla. Felipe el bueno le recibió con generosidad: pero esto no era bastante para Luis, que buscaba en él un aliado contra su padre. Hubo una correspondencia entre Cárlos y Felipe, reprehendiendo el rey al duque porque daba alas á su hijo, y exhortando Felipe al padre á que usase de clemencia y benignidad con el delfin. Estas cartas no produgeron resultado satisfactorio: Luis continuó sus intrigas, el duque persistió favoreciéndole con mas política que lealtad, y el rey quedó entregado á inquietudes y sospe-

chas, quizá exageradas, pero que no carecian de fundamento.

Sin embargo, no mandó entrar sus tropas en el delfinado, por temor de enojar al duque de Borgoña: y se contentó con declarar que en lo sucesivo seria gobernado en su nombre aquel pais. Dando á la actividad de su alma direccion mas útil á los intereses de su reino, mandó preparar contra Inglaterra una espedicion de desembarco, con el objeto de obligar aquella potencia á restituirle las plazas de Guignes y Calés. Tripulóse en Honfleur una escuadra, de 4000 hombres de desembarco, y se dió el mando de esta tropa al señor de Brezé, que desembarcó en las costas de Kent y se apoderó de Sandwich. Pero en esta plaza perdió un tiempo precioso en festines, saqueos y banquetes, y dió lugar á que los ingleses juntasen sus fuerzas. Cuando estos se aproximaron, se embarcó y condujo su armada á Francia, mas cargado de botin que de laureles. Otra espedicion de la misma especie tuvo igual éxito.

Causa del duque de Alenzon (1458). El rey, para consolidar su poder, buscaba aliados en paises remotos. Prometió su hija Magdalena á Ladislao, rey de Ungría, que hizo con él un tratado de alianza. La llegada de los embajadores úngaros á París se celebró con grandes fiestas: pero turbólas la noticia imprevista del fallecimiento de Ladislao, á quien mataron con veneno los husitas. La

guerra con los ingleses tocaba ya á su fin: pero la lid contra los grandes vasallos de la corona estaba lejos de terminarse. El poder regio los habia comprimido: pero guardaban en sus corazones profundo resentimiento, que semejante al fuego concentrado, solo esperaba la ocasion para levantar llama.

El duque de Alenzon continuaba preso. Pero, apenas se le perdonó el delito de felonía, se le puso en libertad, volvió á formar con los ingleses conspiraciones criminales por medio de un rey de armas, llamado Hutington. El duque de York gobernaba entonces á Inglaterra con el título de protector. El de Alenzon le hizo saber que los franceses, ocupados en algunas espediciones lejanas, custodiaban con negligencia la provincia de Guiena. "Normandía, añadió, solo está defendida por 400 lanzas. Si los ingleses quieren apoderarse de estos dos paises, prometo auxiliarlos con poderosa artillería, á condicion que se me dé el condado de Maine en Francia, el ducado de Bedford en Inglaterra, y la mano del duque de York para mi hija.» El protector aceptó estas proposiciones: pero como poco despues recobró su salud Enrique VI, y cesó el protectorado de York, Enrique desaprobó la convencion hecha con el de Alenzon, y siguiendo el consejo de su esposa la reina Margarita, al mismo tiempo que rompió la trama concertada, informó en secreto de ella al rey de Francia. Dunois y Brezé arrestaron de orden

de Cárlos al duque de Alenzon, en su palacio de París, que era lo que hoy se llama la cárcel de la torre. El condestable le interrogó: mas el reo no quiso dar respuesta alguna. Entonces se movió una cuestion grave acerca del procedimiento que debia seguirse con él. Consultado el parlamento, declaró que "ningun príncipe podia ser juzgado en materia criminal sino por el rey asistido de los pares, de los demas señores asimilados á estos, de los notables, de los prelados y de los individuos del consejo real: y que así, el duque de Alenzon, habiendo sido reconocido como par, debia ser juzgado, no solo por los 12 pares, sino tambien por los demas nuevamente creados. Y que si el rey no podia asistir al juicio, debia este diferirse: porque ejemplos de Roberto de Artois, de Juana de Montfort, del rey de Navarra y otros mas antiguos no permitian el juicio interlocutorio ó definitivo de un par sin la presencia del rey." Cárlos, pues, combocó los pares á Montargis: pero habiéndole impedido pasar á esta ciudad una enfermedad contagiosa que se propagó en aquel pais, transfirió el tribunal á Vendomax. Los pares se reunieron: el conde de Foix, nombrado poco antes para esta dignidad, fue admitido: habiendo sido el primer par de institucion real que no era príncipe de la sangre. El duque de Alenzon procuró defenderse, aunque en vano. Los duques de Borgoña y de Orleans y el conde de Richemont solicitaron su perdon.

Pero el rey les dijo que no queria suspender el curso de la justicia.

Despues de los alegatos, el duque de Alenzon, convencido de crimen de lesa magestad, fue condenado por sentencia á confiscacion de bienes, á degradacion de la dignidad de par, y á ser degollado. El rey no anuló la sentencia: pero se difirió la ejecucion á voluntad suya. Reuniéronse á la corona su ducado y los condados de Verneuil y de Domfront. Sus demas bienes se dieron á sus hijos. El delfin habia sido complicado en esta causa, y cuando subió al trono, dió al duque cartas de rehabilitacion. Este mismo año Richemont hizo homenage ligio al rey como conde de Montfort: pero se negó á hacerlo como príncipe de Bretaña: y en esta calidad solo prestó, como sus predecesores, el homenage sencillo. Este guerrero célebre alimentaba en su corazon el designio ambicioso de invadir á Inglaterra, y ser en ella otro segundo Guillermo de Normandía. Reunia en su persona las cualidades de un héroe y los vicios de un tirano. Era desinteresado y benévolo con el pueblo, generoso con sus amigos, fiel al rey aun cuando estaba en disfavor: pero implacable contra los privados, feroz contra sus enemigos, desapiadado contra los que entonces se decian hechiceros, de los cuales quemó gran número. A pesar de su carácter belicoso, estuvo muchos años condenado á la inaccion.

Espedicion de los franceses á Italia (1460). En esta época todas las potencias de Europa daban al mundo el espectáculo de un incendio casi universal. Inglaterra era destrozada por las guerras civiles de las casas de York y Lancaster: muchos competidores disputaban con las armas el reino de Bohemia: los husitas, ya perseguidos, ya persiguiendo, devastaban á Alemania y Polonia: Ungría era invadida por los turcos, que desde las murallas de Constantinopla amenazaban al occidente con una irrupcion tan formidable como fue en otro tiempo la de los árabes en Africa, Asia, España y Galia. Una parte del cuerpo germánico atacaba el trono vacilante del emperador. Las guerras civiles continuaban desolando á Italia. Los de Granada se defendian aun del poder de Castilla, dividida en facciones. Pero en medio de este tumulto universal, solo Francia, libre ya de la usurpacion estranjera, gozaba del reposo, tanto tiempo desconocido en su suelo. Mas Cárlos VII, cediendo á las instancias de los Fiescos, Espinolas y Adornos, familias nobles y poderosas de Génova, que le pedian socorro contra Fregoso que dominaba su patria, y contra Alonso, rey de Nápoles y de Aragon, aliado suyo, les envió tropas bajo el mando de Juan, duque de Calabria, hijo de Renato de Anjou, por sobrenombre el Bueno. Este príncipe consiguió á su entrada en Italia algunas victorias: pero obligado á

encerrarse en Génova, defendió está plaza con valor. No obstante, á pesar de su resistencia hubiera tenido que rendirse; pero la muerte imprevista del rey Alonso le sacó del peligro, y los enemigos levantaron el sitio. Don Juan, hermano de Alonso, le sucedió en el reino de Aragon, y Fernando, hijo natural del mismo, en el de Nápoles. Este príncipe se hizo odioso á los napolitanos y al papa. La ciudad de Nápoles se sublevó contra él, y dió la corona á Renato. Pero este suceso debilitó en Génova el partido francés: porque el duque de Calabria envió á Nápoles para defender los intereses de su padre, todos los genoveses que le eran afectos. Fregoso quiso aprovecharse de esta circustancia: mas sus tentativas fueron inútiles, y pereció en una batalla contra el duque de Calabria. Este príncipe, viéndose triunfante y confiado de su fortuna, se alejó de Génova, dejando por su lugarteniente en esta plaza á un caballero, llamado Tomás Valet, con pocas tropas. Entretanto los genoveses, á instigacion de Esforcia, duque de Milan, que empezaba á temer, como ellos, el engrandecimiento repentino de Francia, hicieron con este príncipe tratado secreto de alianza. El duque sitió á Génova con fuerzas considerables. Tomás Valet, que no tenia tropas para resistirle, pidió socorro. Renato de Anjou acudió con 6000 hombres y se acampó á la vista del castillo de Génova. Esforcia ocupaba la altura opuesta. Dióse batalla en-

tre los dos ejércitos. Esforcia, viendo que sus tropas cejaban, echó voz de que le llegaba un refuerzo considerable; noticia que causó terror pánico á los franceses. Renato huyó casi con la victoria en la mano: y la ciudad abrió sus puertas al duque y á los genoveses de su partido. Entretanto el duque de Calabria se habia apoderado de muchas ciudades de Nápoles. Pero Fernando, habiendo recibido socorros de Esforcia y reconciliádose con los grandes de su reino, recobró lo perdido, y obligó al de Anjou á volverse á Francia con las reliquias de su ejército. Este funesto resultado tuvo la primera irrupcion de los franceses en Italia: pais que fue por muchos años teatro de sus efímeras conquistas, de sus derrotas infaustas, y que se llamó con razon *sepulcro de los franceses*. El triste éxito de esta espedicion hizo conocer á Cárlos cuanta habia sido su imprudencia: pero las intrigas contínuas del delfin afligian mas cruelmente su vegez. Luis, suspicaz, rencoroso y rebelde, acusaba á su padre de haber intentado desheredarle y dar la corona á su hijo segundo. Empleaba toda la sutileza de su ingenio en resucitar la antigua discordia del duque de Borgoña con Cárlos. Ladislao, rey de Ungría, falleció, cediendo en el testamento sus derechos sobre el ducado de Luxemburgo, á Magdalena, hija del rey de Francia: pero el duque de Borgoña se habia puesto en posesion de aquel señorío, y se negaba á entregarlo. Ambas po-

tencias se prepararon á la guerra, y los pueblos gemian por las calamidades que les amenazaban: solo el delfin se complacia en aquella discórdia, teniéndola por prenda segura de sus culpables esperanzas. Ya el duque de Borgoña habia ofendido sin miramiento alguno la dignidad del rey, admitiendo á una ceremonia pública al representante del duque de Alenzon, dando con esto á entender que su condenacion habia sido acto de violencia y tiranía.

El rompimiento parecia inevitable, cuando falleció en Mehun Cárlos VII el 22 de julio de 1461, á los 59 años de edad y 37 de reinado. Entonces se estendió la voz de que uno de sus oficiales le habia advertido que algunos emisarios de sus enemigos intentaban darle veneno: que durante ocho dias se abstuvo de todo alimento: y en fin, que cuando se le persuadió á que comiese, su estómago cerrado no recibió ningun manjar. Contra esta narracion está la carta que escribieron al delfin los consejeros del rey, y en la cual solo hablan de una enfermedad de dentadura y encías, muy semejante al escorbuto. Pero Comines dice que Cárlos temió ser envenenado, que rehusó tomar alimento, que los médicos le hicieron comer por fuerza; y que murió del nudo que formaron los manjares entrando violentamente. Añade que Luis XI echó de palacio á los oficiales que habian detenido al rey cuando en el delirio de una calentura

quiso tirarse por una ventana, y que reprehendió severamente á los que le obligaron á tomar alimento. Un autor contemporáneo dice que Cárlos murió de veneno, y que el delfin, lejos de mostrarse afligido por su muerte, hizo muchos regalos á los que le trageron la noticia de ella. Cuenta ademas que el dia de las exequias se puso Luis una túnica, mitad blanca y mitad encarnada, y que despues de comer, salió á caza aquel mismo dia, y prohibió á sus cortesanos vestirse de luto. Si estos testimonios no prueban el parricidio, por lo menos gravan la memoria de Luis con horribles sospechas.

Cárlos fue, entre todos los reyes, el mas favorecido de la fortuna, y el mas injuriado por la naturaleza: pues fue hijo sumamente desgraciado y padre aun mas infeliz. La reina María de Anjou murió dos años despues que su marido: sus hijos fueron Luis XI que subió al trono, muerto Cárlos: Santiago y Felipe, que murieron de poca edad, y Cárlos, que fue sucesivamente duque de Berry, de Normandía y de Guiena, y que segun se crée, murió envenenado por su hermano en 1471. Las hijas de Cárlos fueron Radegunda, que casó con Sigismundo, duque de Austria: Catalina, con el conde de Charolais: Yolanda, con Amadeo, duque de Saboya: Juana, con Juan de Borbon: Margarita, María y otra Juana, que murieron niñas: y Magdalena, que fue muger de Gaston, conde de Foix. De Inés

Sorel tuvo el rey á Carlota, casada con Santiago de Brezé, que la mató á puñaladas, por adúltera, segun algunos escritores: á Margarita, muger de Oliveros de Coetivi, y á Juana, que lo fue de Antonio de Bevil, conde de Sancerre. Los ministros de este rey fueron la Tremouille, Louvet, Giac, y Santiago Cœur; y sus condestables, Cárlos de Lorena, Juan Estuardo, conde de Douglas, y Arturo de Bretaña, conde de Richemont, que llegó á ser duque de Bretaña sin perder la espada de condestable. Mandaron sus ejércitos los mariscales de Sevrac, de Rieux, de Beauvoir de l'isle Adam, de Dammartin, de la Beaume, de Lafayette, de la Brosse, de Retz, de Loheac, de Culan, y otros héroes como Lahire, Dunois y Poton de Xantrailles. Juvenal de los Ursinos, hermano del canciller, fue abogado del rey y arzobispo de Reims, y escribio la historia de Cárlos VI. El poeta Alano de Chartier fue secretario de hacienda.

En el reinado de Cárlos VII hizo la civilizacion material rápidos progresos por la invencion de la brújula, á la que se debió el descubrimiento del nuevo mundo, la estension indefinida del comercio y la reunion en un solo punto de la tierra de las producciones de toda ella, al mismo tiempo que la invencion de la imprenta dio á la civilizacion intelectual el impulso mayor que ha recibido. Este descubrimiento pertenece al año 1440: los holan-

deses lo atribuyen á Lorenzo Janson, vecino de Leideu, y dicen que se lo robó Juan Fust. Los alemanes proclaman por inventor de la imprenta á Juan Guttemberg, caballero de Strasburgo, y esta es la opinion mas seguida, aunque Juan Mentel, natural de la misma ciudad, le disputó este honor. Antes de Guttemberg se imprimia lenta é imperfectamente, con planchas de madera; verdaderas ediciones estereotipas. Así que solo se conservan de este método algunas colecciones de figuras con inscripciones, y algunos libros pequeños de iglesia ó de escuela. La verdadera invencion de Guttemberg fue imprimir con carácteres móviles. En 1446 estableció en Maguncia la primera imprenta, cuya existencia está averiguada. Algun tiempo despues tomó por compañeros al librero Juan Fust y á su yerno Pedro Schoeffer, que inventó en 1452 la manera de fundir los caracteres. Y así, en el espacio de 20 años llegó la imprenta á su perfeccion en Europa por medio de caracteres móviles y fundidos. Durante esta compañía aparecieron las ediciones de Guttemberg, sin fecha ni nombre de lugar ni otra señal alguna que indicase de qué prensa salian. Sus autores tomaban estas precauciones para aprovecharse de su descubrimiento. En efecto, aquellas ediciones tenian todas las apariencias de manuscritos. "La compañía cesó en 1445. Guttemberg fue recibido con mucha distincion por el elector de Maguncia, que mas tarde, dicen, le

dió una pension y le nombró gentilhombre de su cámara. Entonces dejó de trabajar: murió en 1468. Sus dos antiguos asociados Fust y Schoeffer se establecieron separadamente, y ejercieron hasta su muerte la profesion que los ha hecho tan ilustres. M. Daunou, crítico hábil, dice que la Biblia de 640 hojas, llamada de 42 líneas, fue uno de los primeros libros impresos despues de la invencion de los caracteres fundidos. M. Van Praet, conservador de los libros impresos de la Biblioteca real de París, y uno de los mas sabios bibliógrafos de Europa, ha confirmado la conjetura ingeniosa de Daunou, descubriendo un ejemplar de dicha Biblia, con una nota manuscrita de Enrique Cremer, vicario de la iglesia colegial de San Estéban de Maguncia, cuya fecha es de 15 y 24 de agosto de 1456. El secreto que los primeros impresores guardaron acerca de sus operaciones, les aseguró el monopolio de la imprenta naciente: monopolio que conservó muy alto el precio de los manuscritos. En tiempo de Luis XI eran vendidos todavía por contrato como los predios. Este príncipe, queriendo tener prestadas las obras del médico árabe Razis, dió en prendas 20 marcos de plata, y una obligacion de 100 escudos de oro. Un Tito Livio costaba 120 escudos de oro, y los hombres ilustres de Plutarco 70.

Cárlos VII se elevó sin duda á la altura de su siglo. Reconquistó su corona, sacudio

el yugo de los ingleses, libertó su pueblo del latrocinio de los grandes, de las milicias y de los aventureros, dió vigor á la justicia, protegió la agricultura y el comercio, y sometió el ejército á severa disciplina. La facilidad con que coartó las franquicias comunales, y estableció el impuesto perpétuo, prueba hasta qué punto estaban cansados los pueblos de los desórdenes anteriores, y cuánta necesidad tenian del poder monárquico que los salvase de sus propios delirios y de los desórdenes feudales. Cárlos era naturalmente bueno, justo y generoso: pero mas propio para los placeres que para el gobierno, y dócil mas de lo que convenia, á la voz de los que le rodeaban. La virtud de su esposa afirmó su valor: los consejos caballerescos de Inés le arrancaron de la ociosidad: la heroina de Vaucoleurs le conservó la plaza de Orleans, baluarte de su reino, y le restituyó la corona: Richemont le sacó de entre las cadenas de sus validos: hábiles ministros le dictaron leyes sabias, le hicieron amable al pueblo, y temible á los grandes, y estendieron y consolidaron su poder: y las hazañas suyas y la habilidad de sus generales le grangearon el renombre de *Victorioso*.

CAPÍTULO ADICIONAL.

Historia de Italia desde la estincion de la casa de Suevia hasta la batalla de Pavía, que afirmó la dominacion española en aquella península.

En el tomo XVI de esta obra escribimos la historia de Italia bajo la dominacion de los hérulos, ostrogodos, lombardos, francos y alemanes: lo que comprendia un periodo de cerca de 800 años desde la caida del imperio de Occidente hasta la extincion de la familia de Suevia y el establecimiento de la de Anjou en el mediodia de la península: suceso, que acabó para muchos años con el imperio de los alemanes en aquel pais. Desde 1265, que Cárlos de Anjou hizo su espedicion á Italia, hasta muy entrado el siglo XVI, se disputaron la supremacía con crueles guerras, á las cuales contribuian los mismos italianos por sus disensiones y rivalidades, tres naciones poderosas, como eran franceses, españoles y alemanes: hasta que al fin la superioridad de los españoles en disciplina militar y en riquezas, y su union con los alemanes, nacida de la elevacion de la casa de Austria en el trono de España, les dió la superioridad y afirmó su imperio, y la dominacion de su política; siendo la batalla de Pavía, dada en 1525, la que

decidió la querella entre españoles y franceses.

Dividiremos la historia de este intérvalo, que comprende cerca de 300 años, en tres periodos. El primero, desde el principio del reinado de Cárlos de Anjou, fundador de la dinastía de los anjevinos de Nápoles, hasta la primera paz que se celebró entre Nápoles y Sicilia, en 1372, despues de la separacion de los dos reinos. El segundo, de la paz de 1372 hasta 1443, en que Alonso V, rey de Aragon, despues de haber arrojado á los angevinos de Italia, fue jurado rey de Nápoles. El tercero concluye en la batalla de Pavía.

SECCION I.

Desde la conquista de las dos Sicilias por Cárlos de Anjou hasta la paz de 1372.

Vísperas sicilianas (1282). La situacion de Italia, cuando Cárlos de Anjou quedó rey pacífico de las dos Sicilias, por la derrota y suplicio de Conradino, era la siguiente. Cárlos mandaba en Nápoles y Palermo como rey: en Roma, como senador: en Toscana, como vicario del papa: aspiraba á dominar en Lombardía, como caudillo del partido Güelfo, á pesar de la oposicion de las ciudades dondo dominaban los gibelinos; y Milán, Bolonia y otras plazas que no le querian por señor, le pagaban sin embargo tributo, para no tenerle

por enemigo. Era pues, evidente que el dominio de Italia, á pesar de la autoridad de la santa Sede, y del espíritu democrático de las ciudades lombardas, habia pasado de los alemanes á los franceses de Cárlos, llamados en aquella época *angevinos*, porque seguian al conde de Anjou, y *provenzales*, porque la mayor parte de ellos eran de esta provincia, sometida tambien al poderoso hermano de san Luis.

El pontífice Clemente IV no podia ya destruir el imperio de Cárlos, que tan empeñadamente habia contribuido á formar: y el nuevo rey de Nápoles, valiente, impetuoso por caracter, ensoberbecido con sus victorias, y embriagado por la felicidad de sus empresas, no desmentida hasta entonces, á nada menos aspiraba, que á conquistar el flaco imperio de Constantinopla, donde reinaba á la sazon Miguel Paleologo.

El primer revés que sufrió, fue en Lombardía. Los habitantes de Asti atacaron y sorprendieron un cuerpo de provenzales, y les mataron 2000 hombres. Guillermo, marqués de Monferrato, yerno de Alonso el sabio, rey de Castilla, que tenia entonces pretensiones á la corona de Alemania, era su vicario imperial en Lombardía: y con el ausilio de 500 lanzas españolas, que recibió de su suegro, favoreció el movimiento de los astitanos. Uniéronse á estos los de Alejandría de la Palla, tomaron á Alba, Sagliano y Saluces, arrojaron

á los provenzales del Monferrato, y les hicieron perder la supremacía en las ciudades lombardas que recobraron su libertad, al mismo tiempo que los genoveses destruyeron sus escuadras en muchos combates que les dieron en el mediterráneo.

Clemente habia fallecido, cuatro años antes, en 1268, y su sucesor Gregorio X, siguiendo una política mas conforme á la libertad de Italia, y queriendo substraerla al dominio de los angevinos, no halló otro medio que el de acabar el grande interregno de Alemania, dividida entre los dos competidores Ricardo de Cornwalles y Alonso de Castilla, que ninguno podia ser emperador: éste por demasiado lejano, y aquel por no ser bien visto en el imperio. Fue pues, elevado al trono Rodulfo de Habspurg, fundador de la segunda casa de Austria, que de pequeños principios se levantó á ser la dinastía mas poderosa de Europa. Gregorio creyó tener un protector en el nuevo rey de Germania: pero Rodulfo, cuya política se dirigía á afirmar el dominio de su casa en el imperio antes de empeñarse en guerras estrangeras, atendió poco á los negocios de Italia: y teniendo mas necesidad de dinero que de conquistas, vendió la libertad á todas las ciudades lombardas que se la pidieron; y les permitió gobernarse por sus fueros y leyes, conservando solamente la soberanía de emperador, que era nominal. Á Gregorio X, que falleció en 1276, sucedieron

en el espacio de un año, Inocencio V, Adriano V y Juan XXI, que murió al siguiente, y á éste, Nicoláo III, el primero que introdujo el uso de engrandecer y dar estados á los sobrinos de los sumos pontífices, por cuya razon se dió á esta costumbre el nombre de *nepotismo*. Adquirió del emperador Rodulfo la Romanía ó Romaña, perteneciente de derecho á la santa Sede, pero ocupada de hecho por los reyes y emperadores. Rodulfo, cuya política fue igualmente que la de su familia, la adhesion á los intereses de Roma, no tuvo dificultad de ceder aquellos dominios, que no disfrutaba, porque las ciudades ó eran libres ó estaban sometidas á señores particulares: pero consiguió en cambio de la cesion, que se le relevase el voto de pasar con ejército á la conquista de la Tierra Santa: voto que habia hecho á instancias de Gregorio X, protector suyo y autor de su elevacion al imperio.

Nicoláo III, enemigo de la prepotencia de los angevinos, dueño de Romanía y teniendo á su devocion otras muchas ciudades lombardas, por medio, ya del magistrado municipal que era de nombramiento pontificio, ya de los legados apostólicos, asegurado por otra parte de que el emperador de Alemania no emprenderia nada en Italia, procuró estender el dominio de la santa Sede, disminuyendo el poder de Cárlos de Anjou, le obligó á que renunciase al vicariato de Toscana y á la dignidad de senador de Roma, y puso por estatu-

to que esta dignidad no pudiese recaer en lo sucesivo ni en rey, ni en hijo de rey. Pero los planes de engrandecimiento de Nicoláo III cesaron con su muerte, acaecida en 1280: y su sucesor Martino IV fue siempre amigo de Cárlos de Anjou, á cuya recomendacion y poder debia la tiara.

La amistad de Martino no pudo libertar á los franceses de la catástrofe que les amenazaba. Juan de Proquita, caballero napolitano, adicto á la familia de Suevia, y despojado por eso de sus bienes en el triunfo de Cárlos de Anjou, corrió con varios disfraces, no solo las dos Sicilias, sino gran parte de Europa, buscando vengadores á Manfredo y Conradino de Suevia, y alentando los enemigos que los provenzales se habian grangeado en toda Italia por su codicia, violencias y desonestidades. Entraron en esta conjuracion el emperador de Constantinopla, amenazado por las armas de Cárlos: Pedro III, rey de Aragon, marido de Constanza, hija del rey Manfredo de Suevia, cuyo derecho reclamaba: y no falta quien asegure, que el mismo pontífice Nicoláo III, en cuyo tiempo empezó á tramarse esta conspiracion, era sabedor de ella y la aprobaba.

Preparados todos los materiales, reventó la mina al tercer dia de Pascua de Resurreccion en Palermo, cuando las campanas tocaban á vísperas, por la osadía de un francés, llamado Droquet, que insultó á una señora

principal. El pueblo y los conjurados, dispuestos ya, tomaron las armas, no solo en Palermo, sino en toda la isla, y asesinaron á los franceses con crueldad inaudita, sin reservar á ninguno, excepto Guillen de Porcelet, gobernador de Calatafiume, cuyas virtudes le hicieron respetable á hombres tan feroces, que ni aun perdonaban á los niños medio formados todavía en el vientre de sus madres. Entretanto Pedro de Aragon navegaba con su armada á Sicilia, donde fue recibido y jurado rey por los sicilianos. Este terrible suceso fue orígen de la guerra cruel y casi no interrumpida por el espacio de cinco siglos entre españoles y franceses: y fue el primer paso de la dominacion de los primeros en Italia. Empeñóse con grande ardor la lid entre aragoneses y angevinos, ausiliando á estos la santa Sede con las censuras espirituales que fulminó Pedro de Aragon, y Felipe el atrevido, rey de Francia, hijo y sucesor de san Luis, que abrazando el partido de su tio Cárlos de Anjou, invadió con ejército poderoso las fronteras de Cataluña.

El reino de Aragon, estrechado en sus principios en la cuenca de este rio, al cual debe su nombre, se estendió por el valor de sus habitantes y de sus reyes, y por la union del principado de Cataluña, desde los Pirineos hasta las fronteras de Murcia, donde estaban ya puestas las lindes del reino de Castilla. El denuedo con que pelearon contra los sarrace-

nos durante tres siglos, no habia tenido tiempo de debilitarse todavía por las dulzuras de la paz. Su infantería era la mejor de Europa, conocida con el nombre de almugabares, hombres avituados á vivir en las sierras y bosques, y á salir de ellas para llevar el espanto y la desolacion á los campos y poblaciones de los moros. Su marina era, sino la mas numerosa, la mas atrevida del mediterráneo: y en el mismo siglo, cuya historia escribimos, frecuentaban los navíos catalanes de comercio los puertos mas interiores del mar Negro y del de Azof, y tenian factorías en Cafa, Azof y Taganrok, protegidas por los grandes príncipes de Moscovia con varios privilegios. No es estraño, pues, que en la guerra terrestre y marítima que emprendieron los aragoneses contra los angevinos, que despreciaban toda arma que no fuese la caballería, lograsen casi constantemente la superioridad; mucho mas, teniendo en su auxilio á los sicilianos, constantes en su rencor contra los franceses, y dispuestos á perecer antes que volver otra vez bajo su yugo.

En vano Cárlos de Anjou con la actividad y valor que le caracterizaban, puso sitio á Mecina: las tropas aragonesas le obligaron á levantarlo: y la escuadra catalana, mandada por don Jaime Perez, hijo del rey, derrotó completamente á la provenzal en las aguas de Regio: pero queriendo este príncipe, mas intrépido que prudente, tomar la ciudad, fue

rechazado con pérdida, por lo cual indignado su padre, le quitó el mando, y nombró almirante al célebre Roger de Lauria, el primer marino de su siglo: pero cuya patria se ignora. Unos le creen catalan: otros natural de Calabria.

Al año siguiente se apoderó don Pedro de Regio y de otras ciudades cercanas en la costa del continente: y habiendo hecho jurar rey de Sicilia, á su hijo segundo don Jaime, dejando en la isla á su muger Constanza de Suevia, y á Roger de Lauria, dió la vela para Aragon, donde le aguijaba el cuidado de defender aquel reino contra Felipe, rey de Francia, y el ridículo cartel del desafío, que no tuvo efecto, que le envió Cárlos de Aujou, señalándole campo en Burdeos, ciudad sometida entónces al rey de Inglaterra. Entretanto Roger de Lauria derrotaba la escuadra provenzal junto á la isla de Malta, se apoderaba de esta isla y de las de Lipari, y con sus victorias y hazañas consolidaba la dominacion de los aragoneses en Sicilia.

Batalla naval de Nápoles (1284). Cárlos, rey de Nápoles, habia dejado á su hijo mayor, del mismo nombre que él, príncipe de Salerno, el gobierno del reino y de la guerra, durante el viage inútil que hizo á Burdeos para el mencionado desafío. El príncipe aprestó una escuadra de 30 galeras que tenia en Nápoles; y su intento era reunirse á otra de 40 que estaba en Bríndis: pero el activo

Lauria, antes de que se verificase la reunion de todas las fuerzas enemigas, bloqueó el puerto de Nápoles. El príncipe Cárlos salió contra él con su armada, y se dio una batalla reñidísima. Los aragoneses apresaron diez galeras del enemigo: mas como la almiranta provenzal que montaba el príncipe Cárlos y la flor de sus caballeros, se defendiese con sumo valor, Roger de Lauria mandó barrenarla para que se fuese á fondo: lo que obligó á Cárlos á rendirse prisionero.

Roger dió la vuelta á Sicilia, entregó su prisionero á la reina, y salió contra el rey Cárlos, que ya venia con nueva armada y poderoso ejército contra los vencedores. Pero su estrella, hasta entónces victoriosa, cedió al ascendiente de Lauria. Parte de la armada provenzal pereció en el estrecho por una tormenta: el rey hubo de levantar el sitio de Regio que habia emprendido: y el almirante aragones, echando su gente en tierra, se apoderó de Cotrona, Esquilache, Nicotera y gran parte de Calabria, puso á su devocion algunos pueblos de la Basilicata, que se habian revelado contra Cárlos, y obligó á este á volverse sin haber hecho nada á la Pulla, donde al año siguiente falleció de enojo y pesadumbre: príncipe, en quien la historia no halla otra prenda ó virtud que celebrar sino el valor.

Los mecineses, cuyo ódio no estaba aun satisfecho con la muerte de tantos provenzales, se sublevaron, pasaron á cuchillo 60 de los

caballeros, que habian sido hechos prisioneros en la batalla de Nápoles, y aun quisieron poner en un cadahalso á Cárlos, príncipe de Salerno, en venganza del suplicio que sufrió el infeliz Conradino de Suevia. Pero la reina doña Constanza y su hijo don Jaime, interponiendo toda su autoridad, arrancaron al príncipe de manos de sus verdugos y le trasladaron al castillo de Cefalú, de donde pasó despues á Aragon.

El 15 de julio de 1285 tomó Roger de Lauria por asalto la ciudad de Tarento; pero cuando se preparaba á hacer nuevas conquistas, recibió orden del rey de Aragon para que viniese á las costas de Cataluña, infestadas por una armada francesa muy poderosa. Lauria atravesó el Mediterráneo, sorprendió en las aguas de Barcelona á los franceses, y logró de ellos una señalada victoria: mas la afeó tratando á los prisioneros con suma crueldad, en venganza, segun dijo, de las que habian cometido las tropas francesas en Cerdania y Rosellon.

La muerte de Felipe el atrevido, rey de Francia, y de Pedro, rey de Aragon, que sucedieron poco despues, como tambien la de Martino IV, á quien sucedió Honorio IV, dieron fundadas esperanzas de que se terminaria la guerra de Sicilia.

Don Jaime, rey de Sicilia (1286). El rey de Aragon dejó sus estados de España á su primogénito don Alonso, y el reino de Sici-

lia á su hijo segundo don Jaime. Honorio IV, enemigo de la casa de Aragon, hizo que se prosiguiese la guerra, instigado de Cárlos de Valois, hermano de Felipe el Hermoso, rey de Francia, á quien la curia de Roma, segun el derecho público de aquella época, habia dado la corona de Aragon, cuando se fulminó la escomunion contra el rey don Pedro por haber invadido á Sicilia, feudo de la santa Sede.

Pero la guerra no fue favorable á los franceses. Los almirantes de Sicilia asolaron las costas de Nápoles en uno y otro mar: el intrépido Lauria arrojó á los franceses de Augusta, ciudad marítima de Sicilia, fundada por el emperador Federico II de Suevia sobre las ruinas de la antigua Megara, de la cual se habian apoderado por sorpresa los angevinos. Persiguió despues la armada enemiga y le dió una terrible rota en Survento, apoderándose de 40 galeras.

Estos reveses y la prision de Cárlos, príncipe de Salerno, obligaron á los franceses á hacer primero treguas y despues paces en 1291 con don Alonso, rey de Aragon, obligándole empero á separar del servicio de su hermano don Jaime todos los caballeros y tropas aragonesas que le servian, y á dar libertad bajo rescate y rehenes á Cárlos, príncipe de Salerno, que volvió á Italia, y recibió la corona de Sicilia del papa Nicolao IV, sucesor de Honorio en 1288. Las victorias de don Jaime, rey de Sicilia, en el continente, obli-

garon á los franceses á celebrar con él treguas por dos años: tiempo que empleó el almirante Lauria en hacer guerra á los musulmanes en África y Palestina, tomando á Tolometa en la costa de Libia, é introduciendo socorro en la ciudad de Acre, asediadas por los infieles.

Principios de la dominacion de los Visconti en Milan (1290). En este tiempo no estaba menos alterado el norte de Italia que el mediodia. Las repúblicas marítimas de Venecia y Génova disputaban en todos los mares la supremacía mercantil, y se hacian guerras crueles y nada gloriosas. Las ciudades lombardas, que tanta fuerza habian tenido concordes contra los emperadores de la casa de Suevia, despues de haber triunfado en lid tan larga y sangrienta, comprando su libertad del emperador Rodulfo, mas atento al engrandecimiento de su casa en Alemania que á las preeminencias nominales del imperio en Italia, adoptaron el gobierno democrático, sufrieron todas las tempestades que son propias de él, aumentadas con los tres gérmenes de discordia que entonces las aquejaban: á saber, el ódio entre güelfos y gibelinos, entre nobles y plebeyos, y entre las ciudades vecinas. Estas guerras civiles, multiplicadas en todas partes, hacen muy dificil de estudiar la historia de este periodo: pero basta conocer el espíritu general de estas lides que devastaron á Italia sin darle gloria alguna. El resultado fue el que

debia esperarse. En cada república, ya mas tárde, ya mas temprano, se levantó un señor que la tiranizó. Estos señores continuaron haciéndose guerra entre sí, é invocando el auxílio de las potencias estrangeras, hasta que últimamente cayeron bajo su dominacion: sin que Roma, que antes habia sido el baluarte de Italia, pudiese salvarlas, porque el poder que ejerciera sobre toda la cristiandad, decayó rápidamente.

Milán era la mas insigne entre las ciudades de Lombardía, por los generosos sacrificios que hizo contra la dominacion de la casa de Suevia. En esta ciudad era gefe del partido de la nobleza su arzobispo Oton Visconti, que despues de haber sostenido una guerra civil de 20 años contra los turiani, gefes del partido popular, logró en fin vencer y arrojar de la ciudad á sus enemigos, consolidar en ella su dominacion, trastornar los designios de Guillermo, marqués de Monferrat, que aspiraba al imperio de Lombardía, y transmitir su autoridad á su sobrino Mateo Visconti, tronco de la familia de este nombre, tan ilustre en Italia.

D. Fadrique I, rey de Sicilia (1296). Don Alonso, rey de Aragon, murió sin sucesion en 1291, y recayó su corona en D. Jaime, rey de Sicilia, su hermano segundo. Mandó en su testamento, que si D. Jaime admitia la corona de Aragon, dejase la de Sicilia á D. Fadrique su hermano tercero, sin duda por no es-

poner sus estados de España á la escomunion en que incurrian los que ocupaban la Sicilia contra la voluntad de la corte de Roma.

La política de D. Jaime fue débil y tortuosa. Primero afectó querer conservar ambas coronas. Habiendo muerto Nicolao IV en 1294, le sucedió Celestino V, digno por sus virtudes privadas de ser colocado en el número de los santos: pero sin capacidad para los negocios del siglo. Conociéndolo él mismo, abdicó la tiara, y tuvo por sucesor á Bonifacio VIII, el pontífice mas altivo, pero al mismo tiempo mas imprudente que ha ocupado la silla de San Pedro.

Bonifacio empezó su pontificado obligando á D. Jaime á hacer las paces con Cárlos, rey de Nápoles, casando con Blanca, hija de éste, y á restituir la Sicilia á la santa Sede, que la daría en feudo al Angevino. Pero el parlamento de Sicilia, convocado en 1296, resolvió la cuestion de otro modo: porque dió la corona á D. Fadrique, infante de Aragon, y determinó defenderlo hasta derramar la última gota de su sangre. Tan grande era el aborrecimiento de los sicilianos á la dominacion francesa.

Entonces se encendió de nuevo la guerra de Sicilia, mas empeñada y sangrienta que nunca. El rey D. Fadrique se halló á punto de perder su reino y su gloria por dos motivos. El primero fue que su hermano D. Jaime, rey de Aragon, siempre pesaroso de no haber podido conservar la corona de Sicilia, y alha-

gado por Bonifacio VIII con la cesion de Cerdeña y Córcega, y con el título de *Gonfalonero*, ó capitan general de la Iglesia, se unió á los enemigos de su hermano. El otro, que roger de Lauria, héroe y escudero hasta entonces de los sicilianos, ofendido de D. Fadrique, porque no cedia á todos sus deseos, y envidioso de D Blasco de Alagon, gran capitan y escelente marino, que gozaba todo el favor del nuevo monarca, se pasó á las banderas de Cárlos, rey de Nápoles, diciendo que él era vasallo del rey de Aragon, y no del de Sicilia, y causó á esta isla tantos males como victorias le habia antes adquirido.

La primera batalla en que se encontraron Lauria y Alagon, fue la de Catanzaro, dada en 1297; y el célebre admirante fue vencido por la vez primera. Pero la campaña de 1299, en la cual el rey D. Jaime acometió á Sicilia y derrotó enteramente la escuadra de su hermano Fadrique en un combate naval, dado junto á Trapani, obligó al nuevo rey á abandonar las conquistas, hechas en Calabria, y concentrar sus fuerzas en Sicilia.

Allí le acometieron los enemigos, atacando á un mismo tiempo el valle de Mázara, y los campos de Cataro, en la costa oriental de la isla: mas fueron derrotados por el rey D. Fadrique los primeros, y los segundos por el esforzado D. Blasco de Alagon. En la Campaña siguiente, á pesar de la batalla naval de Proquita que ganó Roger de Lauria á los genove-

ses, aliados de D. Fadrique, y de la muerte de D. Blasco, que falleció de enfermedad en Mecina, sitiada á la sazon por los angevinos, sabiendo el rey que en la pérdida ó conservacion de esta ciudad consistia la de su corona, se encerró en ella, resuelto á perecer ó triunfar, y la defendió tan heróicamente que los enemigos hubieron de levantar el sitio.

Paz entre Nápoles y Sicilia (1301). Al año siguiente volvieron á la isla con duplicadas fuerzas que las que tenia D. Fadrique: y ya estaban para dar una batalla decisiva cerca de Calatabellota, cuando se firmaron los capítulos de la paz. Varias causas influyeron en este suceso feliz é inesperado. Primera: D. Jaime, con el pretesto de sus enfermedades, no peleaba ya contra su hermano, que solo temia á él: Cárlos, rey de Nápoles, era de carácter moderado, pacífico y enteramente opuesto al de su padre: y Bonifacio VIII, que hasta entonces habia sido el mas ardiente enemigo de la dinastía aragonesa, le era ya favorable porque habian comenzado los tristes disturbios entre él y Felipe el Hermoso, rey de Francia, que tan funestos fueron á la autoridad temporal de la santa Sede. Por el tratado de paz quedó D. Fadrique dueño de Sicilia, reconociendo vasallage al sumo pontífice, y casando con Leonor, hija del rey de Nápoles.

Bonifacio VIII, despues de haber sido preso en Anagni por los emisarios de Felipe el Hermoso, con el ausilio de la faccion de los colo-

nas, ilustre familia romana y enemiga suya, y puesto en libertad por los habitantes de aquel pueblo, falleció, y tuvo por sucesor á Benedicto XI, en 1303. Sus virtudes le merecieron el título de santo: pero gozó la tiara muy poco tiempo, pues falleció al año siguiente. Fue su sucesor Clemente V, adicto á los intereses del rey de Francia, y célebre por la ruina de los templarios, y por la traslacion de la corte pontificia á Aviñon, ciudad perteneciente á los condes de Provenza y reyes de Nápoles: traslacion fatal á la autoridad de los sumos pontífices dentro y fuera de Italia.

Espedicion del Emperador Enrique VII á Italia (1312). A Rodulfo I, fundador de la segunda casa de Austria, sucedió en la corona imperial Adolfo de Nasau, á quien quitó el trono y la vida Alberto I de Austria, hijo de Rodulfo. Muerto éste, los príncipes electores nombraron emperador á Enrique, conde de Luxemburgo, que reinó con el título de Enrique VII.

La política de Rodulfo y Alberto habia sido engrandecer su casa en Alemania, sin intervenir en los negocios de Italia, sin conservar en ella mas que la soberanía nominal, que les fue muy útil por las sumas que sacaban de las ciudades de Italia y que les servian para aumentar su clientela y su poderío en el cuerpo germánico. Pero Enrique de Luxemburgo, cuyos estados eran pequeños en Alemania, no tenia otro camino de adquirir

gloria y riquezas, que el de hacer respetable otra vez la autoridad del cetro imperial en Italia: y no escarmentado con el mal éxito de las espediciones de los emperadores de las casas de Franconia y Suevia, proyectó y puso en ejecucion una nueva despues de tantos años que no se veian en la península ni príncipes ni tropas alemanas.

Recibió en Milán la corona de Lombardía, y restituyó á Mateo Visconti y á su familia, arrojados algunos años antes por la faccion de los Turiani; y nombró gobernador de la ciudad á Mateo, que falleció al año siguiente, y tuvo por sucesor á su hijo Galeazo I, jóven estimado en toda Italia por su valor y virtudes benéficas.

Enrique marchó á Roma, y para entrar en esta ciudad, le fue preciso dar tres batallas contra el partido güelfo, cuyo gefe era Roberto, rey de Nápoles, hijo y sucesor de Cárlos II de Anjou que falleció en 1309.

Enrique VII llegó á la ciudad santa, fue coronado por los legados que Clemente envió desde Aviñon, y segun el tenor de la capitulacion se retiró á Toscana: pero irritado contra Roberto, lo declaró enemigo del imperio: y Fadrique, rey de Sicilia, creyendo oportuna la ocasion para conquistar la Calabria, se decidió á favor del emperador. Así se encendió de nuevo la guerra entre Nápoles y Sicilia. Enrique de Luxemburgo murió poco despues, y los alemanes se volvieron á su pais: pero el

fuego, cuyas cenizas habia suscitado en el mediodia de Italia, no se apagó en muchos años. En esta guerra, interrumpida por algunas treguas, tomaron parte todos los güelfos y gibelinos de Italia, siendo gefe de los primeros el rey de Nápoles, y de los segundos el rey de Sicilia. Génova arrojó de su seno á los gibelinos, y con el ausilio de Roberto se sostuvo contra la armada de D. Fadrique, que la puso sitio.

Establecimiento del gobierno aristocrático en Venecia (1319). Al mismo tiempo se consumaba en Venecia una grande revolucion. Aunque el gobierno siempre habia sido democrático en aquella república, y la autoridad del dux muy limitada, se concedia sin embargo á los descendientes de las primeras familias que poblaron las islas del golfo, y á los que tenian por abuelos hombres distinguidos por los servicios que habian hecho á la patria, cierta veneracion habitual. El pueblo, ocupado en los intereses del comercio mas lucrativo que entonces existia, dejaba á los nobles y patricios (que así se llamaban) los empleos de magistratura y de milicia. Este hecho, repetido muchos años, se convirtió en derecho por medio de varias leyes que restringieron la soberanía popular, hasta que al fin el dux Pedro Gradénigo propuso en 1319 *cerrar el gran consejo*: es decir, prohibir en lo sucesivo la eleccion de individuos para la asamblea soberana, declarar hereditaria esta dignidad en

los que entonces la tenian, é inscribir sus nombres en un libro, que se llamó de *oro*. La proposicion del dux fue adoptada, y desde entónces Venecia quedó sometida á la aristocracia mas rigurosa. La conspiracion del dux Marino Faliero, tramada, descubierta y castigada 36 años despues, consolidó la obra de Gradénigo: y la policía de estado suspicaz y cruel que despues se instituyó, hizo imposible hasta la queja. Los nobles, pues, fueron los dueños de Venecia: pero la sabiduría de su gobierno, su moderacion en todo lo que no tocaba á la soberanía, la severidad inflexible con que el cuerpo aristocrático castigaba las faltas de sus individuos, y los bienes materiales que dejaban gozar al pueblo, los hicieron grandes y gloriosos, hasta que el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza, y la nueva direccion que tomó el comercio del mundo, destruyeron el cimiento del poder de Venecia, que eran sus relaciones mercantiles con el Oriente.

Espedicion del emperador Luis V á Italia (1327). La lucha continuaba en Italia entre güelfos y gibelinos: y la de Nápoles con Sicilia solo era un apéndice de aquella guerra civil. Pero los sucesos militares ni fueron notables, ni decisivos. Defender una plaza ó tomar un castillo en las costas del enemigo eran entonces el resultado de una campaña.

Despues de la muerte de Enrique VII,

nombraron emperador los electores de Alemania á Luis, duque de Baviera, que reinó con el nombre de Luis V: tuvo por competidor á Federico, duque de Austria; y el pontífice Juan XXII, que sucedió en 1314 á Clemente V, y que continuó residiendo en Aviñon, sometido á la política de los reyes de Francia y de Nápoles, no quiso reconocer á ninguno de los dos, aunque se manifestaba mas inclinado á Federico, cuya casa habia sido siempre mas sumisa á la santa Sede que la de Baviera. Pero el austriaco fue vencido y hecho prisionero por su rival, que resuelto á favorecer en Italia el partido de los gibelinos, se confederó con los Visconti de Milán, y con el rey de Sicilia, enemigo de Roberto de Anjou, gefe de los g ielfos, pasó á Italia, entró en Roma, hizo elegir un antipapa y recibió la corona de sus manos. Esta espedicion dió algun aliento á los gibelinos: pero el emperador se volvió á Alemania, donde le llamaban los enemigos, que allí le habian suscitado las cortes de Francia y Aviñon, y los partidos quedaron en Italia en la misma situacion respectiva que antes tenian. Galeaso, señor de Milán, falleció en 1328, y le sucedió en el mando su hijo Azo. Un año antes habia muerto don Jaime II, rey de Aragon, y tuvo por sucesor á su hijo don Alonso el IV.

Don Pedro, rey de Sicilia (1337). Todos los esfuerzos de Juan XXII y de Benedicto XII, que le sucedió en 1334, no pudieron

apagar el incendio de la guerra civil de Italia. Don Fadrique, rey de Sicilia, falleció sin ver el fin de la larga y sangrienta lucha que habia sostenido con tan diversos trances contra los angevinos: príncipe verdaderamente heróico, hábil capitan, sábio estadista, y amado de sus vasallos, por cuya independencia espuso tantas veces la vida en el campo de batalla. Tuvo por sucesor á su hijo el infante don Pedro, y escluyó en su testamento á sus hijas de la herencia del reino, llamando, en caso de que faltase sucesion varonil, á los príncipes de la casa de Aragon, de donde él descendia: determinacion contraria á la ley fundamental y antigua de aquel reino, desde el tiempo de los normandos: pues la casa de Suevia no entró á reinar en Sicilia sino por el derecho de una hembra: y los que reclamaba la dinastía aragonesa, no eran otros que los de doña Constanza de Suevia, muger de don Pedro III de Aragon.

El reinado del nuevo monarca de Sicilia fue breve é infeliz. La retirada del emperador Luis V dejó la Italia meridional y la central á merced de los guelfos, y Roberto, rey de Nápoles, gefe de este partido, libre del temor de los alemanes, pudo volver todas sus fuerzas contra Sicilia, donde algunos varones, enemigos de los gibelinos, y por consiguiente del rey don Pedro, mantenian con el angevino secreta inteligencia, y entregaron á sus tropas algunos castillos. En 1339 la armada de Rober-

to puso sitio al castillo de Lipari, y habiendo acudido en su socorro la siciliana, se dió una gran batalla, en que fueron rodeados y apresados por los angevinos todos los buques de don Pedro. Esta derrota privó á Sicilia de su único baluarte, que eran las fuerzas marítimas.

El rey de Sicilia falleció tres años despues, consumido de las fatigas militares y de las pesadumbres, casi al mismo tiempo que el papa Benedicto XII. Este pontífice quiso restituir su corte á Roma: mas no pudo, porque el partido francés y angevino era superior en el colegio de cardenales. Sucedióle Clemente VI.

Don Luis, rey de Sicilia (1342). A don Pedro sucedió su hijo don Luis en la menor edad de cinco años, bajo la tutela de su tio el infante don Juan, hijo del rey don Fadrique. Añadidos á los desórdenes é infortunios anteriores los inconvenientes del gobierno de una regencia, anunciaban la ruina próxima de la monarquía siciliana: pero la muerte de Roberto, rey de Nápoles, que acaeció en 1343, libró á la isla de su mas temible enemigo. Roberto es célebre en la historia, no solo por la prudente política, que le hizo el señor mas poderoso de Italia, sino tambien por su constante aficion á la poesía y á la literatura, á las cuales debió aquella península los principios de su civilizacion intelectual. Petrarca, Dante y Boccacio, que florecieron en esta época, dan-

do formas mas agradables á la lengua italiana, y enseñando á su siglo á espresarse mejor y á sentir el hechizo de la armonía, empezaron á suavizar insensiblemente los ánimos feroces, llamados entonces á las guerras y discordias civiles, é introduciendo el gusto y aprecio de la literatura, dieron una nueva y mas generosa direccion á la actividad de los espíritus.

Roberto, hallándose en su vejez sin hijos varones, casó á Juana su nieta y heredera, hija de su hijo Cárlos ya difunto, con su primo Andres, hijo segundo de Cárlos, rey de Hungría, y nieto de Cárlos Martel, tambien rey de Ungría y hermano de Roberto. A la muerte de este fueron coronados los dos esposos reyes de Nápoles, y parecia que la guerra contra Sicilia iba á emprenderse con mas furor que nunca: pero el 15 de setiembre, estando la corte en Aversa, amaneció Andres ahorcado de una ventana de su cámara, y todos tuvieron por cierto que su muger Juana, que á las prendas de hermosura é ingenio añadia el vicio de la liviandad, fue autora de este crímen, irritada por la grosería de su marido, que educado entre los húngaros, aun agrestes, no podia sufrir ni imitar las costumbres afeminadas y voluptuosas de la corte de Nápoles.

Este atentado destruyó para siempre la preponderancia de la casa de Anjou en Italia. Luis, rey de Hungría, hermano mayor de Andres, fue con ejército poderoso sobre Nápoles: degolló en el mismo palacio de Aversa

un gran número de señores que salieron á recibirle, por ser parientes y allegados de Luis de Tarento, con quien la reina habia tenido la imprudencia de pasar á segundas nupcias poco despues del asesinato de su primer marido: obligó á Juana á refugiarse con su nuevo esposo al condado de Provenza, y quedó sin oposicion dueño del reino de Nápoles.

La corte de Aviñon decidió la querella entre húngaros y napolitanos á favor de Juana, y el nuncio de su santidad pasó á Nápoles, obligó al rey de Hungría á volverse á su reino con sus tropas, y la reina de Nápoles á su corte con su marido Luis de Tarento en 1352. Poco despues murió Clemente VI y le sucedió Inocencio VI.

Los sicilianos se aprovecharon de estas revoluciones que afligian al reino de Nápoles, para recobrar á Lípari y otras plazas que habian perdido y aun atacar las costas enemigas. Mientras vivió el infante don Juan, que gobernaba el reino con suma prudencia y justicia, floreció Sicilia y gozó de paz: mas habiendo fallecido este príncipe en 1348, los condes de Claramonte y de Palici, favorecidos en secreto por la reina viuda doña Isabel, se declararon contra el gobierno de don Blasco de Alagon, conde de Mistreta y Justicia mayor del reino, nombrado regente por el testamento del rey don Pedro en el caso de que falleciese el infante don Juan.

Esta guerra civil, que afligió muchos

años á Sicilia, tenia por motivo el odio de los barones sicilianos á los catalanes y aragoneses: de modo que se vió á los descendientes de los que ensangrentaron las vísperas sicilianas, implorar el auxilio de los angevinos y de Juana, reina de Nápoles. Pero ésta y su esposo Luis hicieron la guerra muy flojamente: y por otra parte la intervencion del papa y el temor de las armas del rey de Aragon contuvieron la turbulencia de los sicilianos. El rey don Luis de Sicilia falleció á la edad de 18 años, todavía menor de edad.

Fadrique II el Simple, rey de Sicilia (1355). Sucedióle su hermano don Fadrique, llamado el *Simple*, y que mereció este sobrenombre por su corta inteligencia, en la menor edad de 13 años: y fue nombrado regente del reino la infanta doña Eufemia su hermana. En esta regencia se exasperó mas la guerra civil de los barones: mas ya no servian de pretesto los nombres de güelfos y gibelinos, ni de sicilianos ó aragoneses. Confederábanse, ó hacian guerra entre sí, por pretensiones ó intereses privados, sin atender á nacion ni á partido. Esta guerra, sin banderas conocidas, aunque mas estensa y sangrienta, presentó despues menos dificultades para su estincion

Aumentó los males que sufrió Sicilia en esta época la invasion que hicieron en la isla los reyes de Nápoles. Apoderáronse sin dificultad de Mecina, que era la llave del reino:

pero sus conquistas se limitaron á esta plaza; y dejándola bien guarnecida, se volvieron á disfrutar las delicias de Nápoles.

Don Pedro IV, rey de Aragon, por sobrenombre el *Ceremonioso*, que habia sucedido á su padre Alonso IV en 1336, estaba casado con doña Leonor, hermana del rey de Sicilia, y ademas habia prometido á éste por esposa á su hija doña Constanza: matrimonio, que se celebró en 1360. Estos vínculos de parentesto, y el honor de su familia, que no le permitia tolerar la ruina de la rama aragonesa de Sicilia, le estimularon á sosegar las cosas de aquel reino con armas y negociaciones.

Habiendo fallecido en 1362 Clemente VII, le sucedió Urbano V, y á éste el año siguiente Gregorio XI, que se dedicó muy de veras á establecer la concordia entre los príncipes cristianos, señaladamente en España. A este pontífice recurrió Pedro de Aragon, y por su medio se ajustaron paces en 1372 entre los reinos de Nápoles y Sicilia, quedando ambos separados, y feudatarios de la santa Sede, pero el rey de Sicilia debia tener esta isla por el de Nápoles, y asistirle con 10 galeras y cien hombres de armas cada año, siempre que en sus estados hubiese notable incursion de enemigos En este tratado se reconoció el derecho de las hembras á la sucesion de la corona de Sicilia, contra la cláusula del testamento del rey Fadrique I, que nunca llegó á

ser ley fundamental, ni á ponerse en ejecucion.

Así se terminó la terrible lid dè 30 años que con muy breves intervalos de tregua sostuvo un corto número de intrépidos aragoneses, ausiliados por el odio de los sicilianos á la casa de Anjou, contra el poder de ésta y de la santa Sede. La fundacion del reino de Sicilia fue el primer cimiento de la dominacion de los españoles en Italia. Durante esta lid disminuyó mucho el espíritu democrático en las ciudades del norte y centro de la península. Venecia habia establecido el gobierno aristocrático: Milán obedecia á los Visconti: Azo habia consolidado la dominacion de su familia, formando una liga general de todas las repúblicas italianas en 1331 contra el papa y contra Juan de Bohemia, que habia venido con ejército aleman á Lombardía, como vicario del emperador Luis V. Las tropas de la confederacion le sorprendieron y derrotaron, cuando tenia puesto sitio á Ferrara.

Azo murió en 1339, dejando el señorío de Milán á su tio Luquino, hermano de su padre Galeazo. Luquino murió envenenado por su muger Rusca en 1348; y Juan Visconti su hermano, arzobispo de Milán, prelado insigne por sus virtudes, le sucedió en el gobierno; y despues de haber agregado á sus dominios las ciudades de Génova y Bolonia, dejó al morir en 1355 su floreciente estado á sus so-

brinos Galeazo II y Bernabé, hijos de su hermano Estevan; célebres por su union y por el valor con que se defendieron contra casi todos los príncipes de Italia, conjurados en su ruina.

Génova, ya libre, ya sometida á otras potencias estrangeras é italianas, era víctima de las contínuas disensiones de sus familias nobles. Florencia, aunque ciudad güelfa y siempre adicta á los intereses de la santa Sede, estaba en anarquía permanente por la animosidad de nobles y plebeyos, y la rivalidad de las grandes familias comerciantes. La historia de esta república mercantil es monotona, y no ha podido ser amenizada ni por la pluma de Maquiavelo ni por la de Condillac. Lucha perpétua de facciones, triunfo de la una, proscripcion de la opuesta. A esto se reduce la historia de Florentin mientras fue libre. Pisa, tan célebre en otro tiempo, se redujo á ser una ciudad del Florentin. Luca obedeció á señores particulares: Mantua á los Gonzagas: Módena, á la familia de Este, y las demas ciudades tuvieron gobernadores independientes, que se hacian guerra unos á otros, y que en caso de necesidad, solicitaban el auxilio é intervencion de los estrangeros. No habia en Italia un poder dominante que obligase á tantos y tan diversos estados á formar una nacion. Las esperanzas que dió Roma de ser esta potencia moderadora en los tiempos de Gregorio VII, Inocencio III y Alejan-

dro III, se disminuyó con la llamada de los angevinos á Italia, y se desvaneció enteramente con la impolítica traslacion de la corte pontificia á Aviñon. Los pueblos de Italia, aunque respetando siempre la autoridad espiritual del pontificado, no miraron ya su autoridad temporal como protectora y moderadora; porque la creian sometida á la política francesa. Fue imposible, pues, que cesasen las enemistades entre tantos príncipes y repúblicas ambiciosas, cuyos intereses y pretensiones estaban siempre encontrados.

SECCION SEGUNDA.

Desde la paz de 1372 entre angevinos y aragoneses hasta la conquista de Nápoles por Alonso V, rey de Aragon y de Sicilia.

Restitucion de la corte pontificia á Roma (1377). La empresa atrevida de Nicolás Gabrini, que en el año de 1350, siendo sumo pontífice Clemente VI, proclamó en Roma la antigua república, y con el título de *tribuno de la plebe* ejerció la autoridad suprema, hizo ver á los sumos pontífices cuán peligrosa era para su autoridad la residencia en Aviñon.

Nicolás, conocido en la historia con el sobrenombre de Rienzi, era de ínfima estraccion, mas osado que hábil, mas vano que firme. Las

estravagancias y arbitrariedades que cometió mientras tuvo el poder en sus manos, obligaron al pueblo de Roma á quitarle el gobierno. Rienzi huyó á la corte de Cárlos IV de Luxemburgo emperador de Alemania, adicto á la santa Sede, que le mandó prender y le envió á Aviñon, donde estuvo preso hasta la muerte de Clemente VI. Su sucesor Inocencio VI le sacó de la prision, le honró con el título de senador, y le envió á gobernar segunda vez á Roma, en donde reinaba la mas espantosa anarquía, en 1364. Pero su caracter no se habia corregido con la adversidad. Por causa muy leve mandó matar á un caballero principal, generalmente estimado: y el pueblo enfurecido se sublevó contra el senador y le dió muerte. Con el asesinato de Rienzi no tuvieron fin las discordias de Roma: de modo que el pontífice Gregorio XI formó el designio, y lo puso en ejecucion, de trasladar su corte á la antigua residencia del Tiber y á la ciudad, que era cabeza del mundo cristiano.

El remedio para los males de Italia era bueno: pero el pontífice Gregorio XI, que por su prudencia y virtud era digno de aplicarlo, falleció al año siguiente: y su muerte empeoró la situacion de las cosas, dando orígen al cisma grande de Occidente. Los cardenales reunidos en conclave eligieron pontífice á Urbano VI: pero los del partido francés, deseosos de volver á tener la corte del papa en Francia, se juntaron en Fondi, villa del reino de

Nápoles, y con el pretesto de que la eleccion de Roma habia sido nula, porque el pueblo habia obligado al conclave á elegir un italiano, nombraron papa á Clemente VII, que puso su corte en Aviñon.

Los diferentes gobiernos de la cristiandad dieron obediencia á Urbano, ó á Clemente, segun sus aficiones ó intereses particulares; y los pueblos siguieron el mismo partido que los gobiernos. Los reyes de Francia, Castilla, Aragon, Portugal, Escocia, Chipre y Nápoles se declararon por Clemente: Alemania, los reinos de Escandinavia, y casi toda la Italia septentrional, por Urbano. Del uso de las armas espirituales que un partido lanzaba contra el otro, se pasó al de las corporales: y la Italia fue teatro de nuevas lides, y víctima de nuevos infortunios.

Don Fadrique el simple, rey de Sicilia, habia fallecido en 1374, sin dejar mas sucesion que una hija llamada doña María. Don Pedro, rey de Aragon, en desprecio del tratado de paz de 1372, se opuso al derecho de sucesion de esta princesa, y alegó el testamento del rey don Fadrique I de Sicilia, que las escluia: pero sabiendo, que los barones sicilianos se oponian á sus pretensiones y querian casar á María con Juan Galeazo, sobrino de Bernabé, señor de Milán, á instancias del papa Clemente VII, á quien obedecian por no esponerse en una nueva guerra á que la isla saliese del dominio de su familia, vino en que

la reina doña María, que habian puesto en su poder algunos barones sicilianos de su faccion, volviese á Sicilia, pero casada con su nieto don Martin, hijo de don Martin, duque de Momblanc é hijo segundo de don Pedro.

Doña María y don Martin, reyes de Sicilia (1394). Los nuevos reyes, con el auxilio de su tio el rey don Juan de Aragon, hijo primogénito de don Pedro, y que le sucedió en 1387, redujeron bajo su obediencia los barones rebeldes, y restituyeron á Sicilia la paz y la prosperidad.

Entretanto el cisma continuaba produciendo estragos en el continente. Luis, marido de Juana, reina de Nápoles, falleció en 1362; y su esposa pasó á terceras nupcias con don Jaime de Aragon, infante de Mayorca, y muerto este, á cuartas, cuando ya tenia 46 años, con Oton, duque de Brunsvik, en 1376. Juana y su marido Oton favorecieron la eleccion de Clemente VII y pusieron el reino bajo su obediencia: pero Urbano mandaba en Roma, y para castigarlos, incitó las armas del rey de Hungria, que invadieron á Nápoles, mandadas por Cárlos de Durazo, á quien la reina, que no tenia hijos, habia reconocido por sucesor suyo antes de su cuarto casamiento, y que estaba sumamente irritado contra ella por este nuevo enlace.

Cárlos de Durazo era hijo de Juan de Durazo, hermano de Roberto, rey de Nápoles. Tenia este sobrenombre por Durazo, ciu-

dad de Albania, conquistada por Carlos I de Anjou, y dada en infantazgo por Cárlos II á su hijo Juan. Era pues, el heredero mas inmediato de la corona despues del fallecimiento de Juana. Tenia todas las prendas de un buen capitan, pero ninguna de las que constituyen un buen hombre ó un buen ciudadano. Juana, viéndose acometida por su primo, declaró por hijo adoptivo á Luis, duque de Anjou, hermano del rey de Francia Cárlos V, é imploró su socorro. Pero este llegó tarde; porque le detuvieron en su pais los negocios de la menor edad de Cárlos VI, hijo y sucesor del V; y Cárlos de Durazo, despues de haber vencido junto á Aversa el ejército napolitano mandado por Oton, y haber hecho prisionero á este príncipe, se apoderó de aquella ciudad, recluyó á la reina Juana, que habia caido en su poder, en la fortaleza de Muero, la mandó ahogar por consejo de Luis, rey de Hungría, y se ciñó la corona de Nápoles con el nombre de Cárlos III. Esta horrible catástrofe sucedió en 1382. Así entró en posesion del trono de Nápoles la rama angevina de Durazo. La adopcion de Luis, hecha por Juana, dió á la segunda casa de Anjou derechos á la corona de Nápoles que ensangrentaron la Italia durante dos siglos.

Al año siguiente pasó á Italia á sostener sus pretensiones Luis de Anjou, con poderoso ejército, pagado con el tesoro de su difunto hermano Cárlos V, que sustrajo durante

su regencia al erario de Francia. Apoderóse de muchas plazas en la provincia de Pulla: pero habiéndole sorprendido la muerte en 1384, su ejército se disipó, y Cárlos de Durazo quedó pacífico poseedor del trono. Un año despues fue elegido rey de Hungría y sucesor de Luis, en perjuicio de María, hija de éste, por la nobleza húngara. Esta usurpacion le costó la vida. Entrando sin desconfianza á visitar á la princesa y á su madre Isabel, fue asesinado en Buda el año de 1386.

Sucedióle en el reino de Nápoles su hijo Ladislao, de edad de diez años, bajo la tutela de la reina viuda Margarita. Tres años despues sucedió á Urbano VI, papa de Roma, Bonifacio XI que continuó el cisma contra Clemente VII.

Luis, duque de Anjou, hijo del príncipe del mismo nombre que murió en Italia, y heredero de sus derechos, acometió con una escuadra en 1390 el reino de Nápoles, y se apoderó de la capital donde halló muy poca resistencia: pero tres años despues, viniendo sobre ella Ladislao, la evacuó por capitulacion, y se volvió á Provenza.

Mientras estas revoluciones asolaban el mediodia de Italia, los Visconti consolidaban su poder en Lombardía. La concordia que tuvieron siempre Galeazo II y Bernabé, hijos de Azo Visconti, fue muy útil á su dominacion. Pero cuando Juan Galeazo, hijo de Galeazo II, llamado *príncipe de las virtudes* por el talento superior, instruccion no comun

en aquel siglo y bondad de corazon que sabia aparentar, llegó á la edad de la ambicion, formó un partido contra su tio Bernabé, sobornó parte de las tropas, y un dia en que fingió ir á una romería, y su tio con sus hijos le acompañó hasta la puerta de la ciudad, hizo la señal convenida, aparecieron los conjurados, puso en prision á su tio y á sus primos, y se apoderó del gobierno. Esta revolucion fue agradable al pueblo, á pesar de los desórdenes que cometieron las tropas saqueando muchas casas, porque todos aborrecian á Bernabé por los pesadísimos tributos con que gravó el señorío.

Juan Galeazo, dueño de los tesoros de su antecesor, que murió poco despues en la prision, juntó un ejército, mercenario á la verdad, pero bien pagado y disciplinado, y se apoderó de Pavía, competidora hasta entonces y enemiga de Milán casi desde el tiempo de los reyes lombardos.

En 1399 el emperador Venceslao, cuya soberanía era reconocida aunque nominalmente en Italia, dió á Juan Galeazo la investidura y el título de duque de Milán. Así se formó en Lombardía, por el valor y habilidad de los Visconti, un estado poderoso, que durante algunos años tuvo la mayor influencia en la suerte de Italia. El nuevo duque, deseoso de humillar á los florentinos, sorprendió las plazas de Perusa, Siena y Pisa, y tomando á Bolonia, se hizo en cierta manera árbi-

tro de Italía. En vano el mismo Venceslao, que le creó duque, instigado de los florentinos, pasó con ejército al Milanesado: Juan Galeazo le venció junto á Alejandría, le obligó á volver fugitivo á Alemania, marchó contra Florencia, obligó á esta república á recibir las condiciones de paz, y falleció poco despues en 1402, dejando por sucesor de su poder á Juan María Visconti, su hijo primogénito en menor edad, bajo la tutela de un consejo de regencia. A su hijo segundo Felipe dió en infantazgo la ciudad de Pavía, y otras que habia conquistado en los territorios de Génova y Florencia.

Don Martín II, rey de Sicilia y I de este nombre en Aragon (1409). En 1394 falleció Clemente VII, el papa de Aviñon, y los cardenales de su obediencia eligieron sumo pontífice al cardenal de Aragon D. Pedro de Luna, que tomó el nombre de Benedicto XIII: varon instruido, muy sagaz en política y el mas ostinado de todos los papas que se nombraron durante el cisma. Al año siguiente falleció el rey D. Juan de Aragon sin hijos varones, y en obedecimiento del testamento de su padre D. Pedro el ceremonioso, le sucedió su hermano D. Martin, padre del rey de Sicilia, del mismo nombre.

En 1400 falleció la reina Doña María de Sicilia, y dejó por su testamento la corona á su marido D. Martin, al cual efectivamente pertenecia por derecho de nacimiento: pues

era el pariente mas cercano de su difunta esposa en línea de consanguinidad. Este príncipe murió en 1409, poco despues de haber ganado una gran victoria naval á los sardos; rebeldes contra su padre el rey D. Martin, capitaneados por el vizconde de Narbona. Sucedióle sin contradiccion en el trono de Sicilia su padre D. Martin, rey de Aragon; uniéndose de este modo aquella isla, aunque gobernada por sus parlamentos y leyes propias, á la corona de Aragon, de la cual no volvió á separarse hasta principios del siglo XVIII.

En este intervalo se sucedieron en Roma los papas Inocencio VII y Gregorio XII, que continuaron el cisma contra Benedicto XIII. En 1409 se reunió un concilio en Pisa, que depuso á los dos pontífices Gregorio y Benedicto, y nombró cabeza de la iglesia á Alejandro V. Toda la cristiandad le reconoció, escepto la corona de Aragon, que obedecia á Benedicto, y Ladislao, rey de Nápoles, que protegia á Gregorio. Así el único resultado que produjo el concilio de Pisa, fue dar tres papas á la iglesia, en lugar de dos que antes habia.

Alejandro V favoreció las pretensiones de Luis de Anjou al trono de Nápoles: y ausiliado con las armas de este príncipe, se hizo dueño de Roma, de donde huyo Gregorio, á pesar de la oposicion de Ladislao, en 1410: pero poco despues falleció en Bolonia, y tuvo por sucesor á Juan XXIII.

Fernando I, rey de Aragon y Sicilia (1412).

D. Martin, rey de Aragon y Sicilia, falleció en 1410, sin dejar sucesion: y los estados de la corona de Aragon comprometieron la eleccion de nuevo rey, entre los muchos pretendientes colaterales que solicitaban la corona, á la decision de nueve jueces, al frente de los cuales estaba san Vicente Ferrer, varon insigne en santidad y en letras. La sentencia fue favorable á D. Fernando, infante de Castilla, hermano del rey Enrique III el enfermo: célebre por su valor y pericia militar, manifestados en la conquista de Antequera; célebre por la prudencia y justicia con que gobernó el reino como regente en la menor edad del rey D. Juan II de Castilla; mas célebre todavía por la virtud heróica con que desechó la propuesta de algunos ricos hombres que quisieron elevarle al trono, en perjuicio de su sobrino, cuando murió su hermano D. Enrique.

Su derecho á la corona de Aragon se fundaba en ser el mas cercano pariente del último rey D. Martin, pues era hijo de Doña Leonor, su hermana, esposa de D. Juan I de Castilla: y este derecho, aunque contrario al testamento de D. Pedro el ceremonioso, que escluyó sus hijas de la corona, prevaleció contra el del conde de Urgel y el del duque de Gandía, que descendian de la estirpe real de Aragon por línea varonil, pero mas lejana.

Durante el interregno de Aragon, hubo bandos y parcialidades en Sicilia, deseando

unos conservar á la reina viuda Doña Blanca la autoridad de vicario del reino, que la dejó su marido D. Martin II, y otros que se nombrase un consejo de regencia para gobernar la Isla: pero apenas se supo la eleccion del infante de Antequera, nuevo rey de Aragon, la fama de sus hazañas y virtudes sometió todos los ánimos y fue reconocido unánimemente por rey de Sicilia.

Juana II, reina de Nápoles (1414). La Guerra entre Luis de Anjou y Ladislao de Nápoles habia cesado, porque el primero, á pesar de sus victorias, por flogedad ó falta de recursos, y mientras Juan XXIII iba al concilio de Constancia, reunido por el celo del emperador Segismundo para poner fin al cisma que afligia la cristiandad, se retiró á Provenza, donde murió poco despues. Ladislao volvió á salir del reino de Nápoles con poderoso ejército, tomó posesion de Roma y marchó contra los florentines, que se habian declarado enemigos suyos en la lid con Luis.

En esta guerra pereció envenenado, segun los historiadores, de una manera estraordinaria. Estaba enamorado de la hija de un médico de Perusa, que deseoso de salvar su patria de las armas de un tirano, ungió á la manceba con una confeccion ponzoñosa, que transmitió á su amante el veneno, y le produjo una enfermedad lenta de que murió. Como no dejó sucesion, recayó la corona en Juana su hermana, hija de Cárlos de Durazo. Esta prin-

cesa, viuda ya del duque de Austria, casó en segundas nupcias con Jacobo de Borbon, conde de la Marcha, con el cual tuvo continuas desavenencias: ya por las pretensiones del marido al poder, ya por la deshonestidad y mala conduta de la esposa.

El rey don Fernando de Aragon y Sicilia falleció en 1415, dejando cuatro hijos, conocidos en Castilla con el nombre de *los infantes de Aragon*, que tantas turbulencias causaron en ella durante el reinado de Juan II, validos de la superioridad que les daba ser hijos de un infante de aquel reino. Llamábanse Alonso, Juan, Enrique y Pedro. El primero sucedió á su padre en los tronos de Aragon y Sicilia, con el nombre de Alonso V: estendió la dominacion de los españoles en Italia por la adquisicion del reino de Nápoles, y mereció por sus hazañas y cualidades verdaderamente regias el sobrenombre de *Magnánimo*. El segundo fue rey de Navarra por su casamiento con la heredera de aquel reino. El tercero casi siempre estuvo en Castilla sosteniendo, ya con las armas, ya con las intrigas, la guerra contra el condestable don Alvaro de Luna, privado del rey don Juan II. El cuarto acompañó á su hermano don Alonso en las guerras de Italia.

Fin del cisma (1417). El concilio de Constancia terminó con felicidad el cisma de occidente, deponiendo á los tres papas Juan, Benedicto y Gregorio, y eligiendo á Martino V, que fue reconocido en toda la iglesia. El inflexi-

ble Benedicto, aunque reducido su colegio á solos dos cardenales, murió sin ceder sus derechos: y aun despues de su muèrte eligieron los dos cardenales un nuevo antipapa: pero este se sometió, y la iglesia, despues de tantos disturbios recobró su anterior unidad.

Mas ya el gran golpe estaba dado al poder temporal de la santa Sede. Verificóse en él la máxima conocida del evangelio: *todo reino dividido será desolado.* Cuando se habia visto en el concilio de Constancia intervenir los príncipes de la cristiandad en la pacificacion de la Iglesia, y aun exigir y lograr en parte la reforma de sus ministros: cuando la animosidad de los pontífices que se habian disputado la tiara, les habia hecho recurrir á los medios políticos, usados en aquel siglo, y no siempre legítimos, para sostener su partido: en fin, cuando los soberanos, que habian aprendido de la Iglesia misma á introducir en el gobierno de sus estados los principios del derecho comun y de la justicia universal en lugar de la violencia, conocieron que ya no necesitaban de tutor, y que la Sede de Roma, que por tantos siglos lo habia sido, destrozada y dividida por el cisma, no estaba en situacion de poder egercer su antigua dictadura, ya no era posible que volviesen las épocas de los Gregorios, Inocencios y alejandros. A la verdad se conservaron al romano pontífice todos los honores y preeminencias debidos al padre universal de los fieles y al soberano temporal de Roma:

conservóse cuidadosamente el centro de la unidad católica en la capital de la cristiandad: mas ya no era posible considerar las decisiones de la curia romana en materias temporales como leyes inviolables que era forzoso obedecer. Los sucesores de Martino V que quisieron renovar el antiguo derecho público de Europa, y colocar la autoridad de la santa Sede sobre todos los soberanos de la cristiandad aun en asuntos temporales, causaron notable perjuicio á la Iglesia Católica.

Mientras el cisma desolaba el mundo cristiano, los desórdenes de Juana I ensangrentaban el reino de Nápoles, la ambicion activa de los Visconti formaba un estado poderoso en Lombardía, y la isla de Sicilia aumentaba la potencia de Aragon, la república de Venecia, cuyo poder hasta entonces solo habia sido marítimo, despues de verse espuesta á inminente ruina, salió del peligro mas fuerte y glorioso que nunca, y añadiendo á su señorío posesiones en el continente de Italia, adquirió en él una preponderancia, á que hasta entonces no habia aspirado.

Eran frecuentes las guerras entre Venecia y Génova, por los celos del comercio que una y otra república se hacian en Oriente: pero en 1378 logró Génova formar contra su competidora una liga compuesta del rey de Hungría, del conde de Ceneda, y de Francisco Carrara, señor de Padua; todos vecinos y rivales de la república mercantil del Adriático.

Venecia no tuvo mas aliado que á Bernabé Visconti, señor entonces de Milan, cuyo designio en esta guerra era apoderarse de Génova y de Verona.

La armada genovesa, á pesar de haber sido derrotada por los venecianos una division suya junto á Ancío, penetró en el golfo de Venecia, mandada por Luciano Doria, y en el verano de 1379 derrotó tan completamente la armada veneciana en las aguas de Pola, ciudad de Istria, que no quedó á Venecia otra defensa sino la de sus lagunas. La escuadra genovesa penetró en ellas y tomó la ciudad de Chioza. Sus fuerzas reunidas con las del señor de Padua ascendian á 24000 hombres: pero en lugar de marchar contra Venecia, Pedro Doria, comandante de la armada, quiso antes fortificarse en el puesto que habia conquistado; y esta tardanza fue la salvacion de aquella república.

Los venecianos estaban consternados, y á sus proposiciones de paz, que acompañaron con el don de la libertad de algunos genoveses, respondió Doria: "podeis volverlos á Venecia: porque pronto iré á libertarlos á ellos y á sus demas compañeros." El señor de Padua les dijo que "no prestaría oidos á ninguna proposicion hasta haber enfrenado los caballos de bronce, que adornaban el pórtico de San Marcos." Este santo era patron de la república.

El peligro dió á los venecianos una energía que solo se halla, en circunstancias seme-

jantes, en los gobiernos donde domina el principio aristocrático. Por medio de suscripciones voluntarias tripularon una armada: dieron el mando á Pisani, sacándole de la prision en que le habian puesto por haber perdido la batalla de Pola, y el dux Contarini se embarcó á pesar de su avanzada edad, jurando no volveria á Venecia sino victorioso.

Esta escuadra se acercó de noche y en silencio á los pasos estrechos que desde el puerto de Chioza donde estaba ociosa la armada genovesa, esperando refuerzos para atacar la capital, comunicaban al mar esterior y á las islas sobre que está fundada. Pisani mandó cegar estos pasos con pontones llenos de piedras que se pusieron en las entradas: y á pesar de la resistencia de los enemigos concluyó esta operacion que los dejaba bloqueados. Pero una empresa tan atrevida y dificil no bastaba: porque ó las tempestades ó los mismos genoveses podian remover aquellos estorvos cuando les acomodase, por ser superiores en número. La fortuna de Venecia hizo que Cárlos Zeno, marino valiente, que recorria con una division veneciana los mares de Liguria, de Nápoles y de Siria persiguiendo los buques enemigos, sabiendo el peligro de su patria, dió la vela para el golfo, y llegó á reunirse con Pisani, cuando ya las tripulaciones de este no podian tolerar mas la fatiga y el peligro de guardar los pasos que bloqueaban la armada genovesa. Chioza atacada por

tierra y mar, se rindió por capitulacion en junio de 1380: y la armada y el ejército genoves cayeron en poder de los vencedores.

Este fue el éxito de *la célebre guerra de Chioza*: que así se llamó tomando su nombre del lugar en que los venecianos tuvieron la lid mas peligrosa y de mas gloria que se refiere en sus anales. Al año siguiente se hizo la paz por mediacion del duque de Saboya.

En 1388 celebró la república un tratado con Juan Galeazo, duque de Milán, para repartir los estados de Carrara, señor de Padua. Los venecianos se apoderaron de Treviso y los milaneses de Padua, que se restituyó en 1390 al hijo de Carrara por mediacion de la misma república. En 1397 declararon los venecianos la guerra al duque de Milan, porque habia invadido el territorio de Mántua: pero habiendo muerto Juan Galeazo en 1402, dejando á sus dos hijos Juan María y Felipe en menor edad; la república medió entre la regencia y el señor de Padua que acometió sus estados, mediante la cesion que los milaneses hicieron á los venecianos de las plazas de Vicenza, Feltro y Bellano. Como los Carraras no quisieron hacer la paz, confiados en el auxilio del marques de Este, duque de Ferrara, los venecianos enviaron contra ellos ejército poderoso. El de Ferrara hizo la paz, cediendo la Polesina de Rovigo. Los Carraras perdieron sus estados, la libertad y la vida, y los límites del territorio continental de la repúbli-

ca se estendieron hasta el Adige. Esto sucedia por los años de 1406. Doce años despues, en una guerra que tuvo la república con Segismundo, emperador de Alemania, como rey de Hungría, y con el patriarca de Aquileya, conquistó el Friul y lo conservó cuando se hizo la paz. Desde esta época fue considerada la señoría de Venecia como potencia de Italia, y tuvo influencia en todos los negocios.

En Milán, habiendo sido asesinado el duque Juan María en 1412, le sucedió su hermano Felipe, príncipe prudente y valeroso, que recobró gran parte de los estados que durante su menor edad y la de su hermano se habian perdido por la usurpacion de algunos tiranos, señaladamente Oton de Terzi, célebre por su ferocidad, y que fue asesinado por las tropas del célebre Esforcia, aventurero que militaba al servicio de los florentines, y que se hallaba con un cuerpo auxiliar de éstos en el ejército del duque de Ferrara, enemigo secreto de Oton. Este mismo Esforcia fue el que por sus hazañas mereció que la reina de Nápoles Juana II le nombrase condestable del reino: bien que no tardó en perder su empleo y en retirarse á Florencia, por la enemistad que tenia á Sergiani, favorito de aquella princesa.

Don Alonso de Aragon, adoptado por Juana de Nápoles (1420). Esforcia, cuyo nombre era ya célebre en toda Italia, deseoso de vengarse de Sergiani, y de la reina que le

protegia, incitó á Luis III, duque de Anjou, hijo de Luis II, á sostener los derechos al trono de Nâpoles que adquirió su familia por la adopcion de Juana I. El duque se presentó con numerosa armada en el golfo de Nápoles, bloqueó la ciudad por mar, mientras Esforcia, que volvió á tomar el título de condestable de Nápoles por el rey Luis, entrando con sus banderas en Campania, la asedió por la parte de tierra.

El conflicto de la reina fue grande. Su marido se habia vuelto á Francia, cuando vió que no le era posible corregir los desórdenes de su esposa: Juana ni tenia tropas ni aliados, y el golpe era imprevisto. Hallábase entonces el rey don Alonso de Aragon en Cerdeña con su armada; su designio era quitar la isla de Córcega á los genoveses. Allí recibió á Antonio Carrafa, enviado de la reina de Nápoles que imploraba su ausilio. Don Alonso lo prometió: dió la vela una parte de su escuadra para el continente, y apenas se presentó en el golfo, huyeron los navíos de Luis de Anjou, y Esforcia levantó el sitio, retirando á Aversa la guarnicion de Castelamare. Don Ramon Perellós, general de don Alonso, tomó posesion del castillo Nuevo de Nápoles en nombre de su rey. En dicho castillo se celebró un acto, por el cual la reina declaró á don Alonso su hijo adoptivo, y su heredero. La fortaleza del Ovo recibió tambien guarnicion aragonesa, y se cedió al rey de Sicilia el ducado de Calabria.

Don Alonso, que con el grueso de su armada habia ido sobre Córcega, se apoderó de Calvi; mas no pudo tomar á Bonifacio, que le importaba mas para la comunicacion con Cerdeña: y reflexionando que sus fuerzas no eran suficientes para continuar á un mismo tiempo dos empresas tan grandes, como la de Córcega y la de Nápoles, resolvió prudentemente suspender por entonces la primera para dedicarse enteramente á la segunda. Pasó, pues, con su armada á Palermo, embarcó en ella sus mejores tropas, desembarcó en Calabria, recobró los pueblos que en aquella provincia se tenian por los angevinos y por Esforcia, y fue á Nápoles á verse con la reina, de la cual fue magnífica y cordialmente recibido.

En la campaña de 1421 sosegó con su valor y prudencia la mayor parte del reino; quitó á Luis de Anjou las plazas que aun conservaba en Campania, y le obligó á salir de Nápoles: atrajo á su partido á Esforcia, y consiguió del sumo pontífice Martino V, que favorecia á los angevinos, el consentimiento al acta de adopcion. Solo le faltaba que someter algunos barones del partido contrario que se habian hecho fuertes en las provincias meridionales.

Adopcion de Luis de Anjou por la reina Juana (1423). Era imposible que en aquel estado de cosas no estuviese en manos de don Alonso el sumo gobierno del estado, á lo me-

nos mientras durase la guerra, mucho mas conociendo que los ministros de Juana y el mismo Esforcia procuraban conservar las fuerzas del partido angevino, para oponerlo al aragonés, cuando sus intereses privados lo exigiesen. Por otra parte la reina, que no habia podido sufrir á su marido, llevaba muy á mal el predominio de su hijo adoptivo. De estos principios resultó un odio mortal entre los dos, de modo que en un viaje que don Alonso hizo á Nápoles, donde debia verse con la reina, ésta se retiró al castillo de Capuana y se hizo fuerte en él.

Don Alonso sabiendo que el proyecto de los ministros de Juana era prenderle, arrestó al senescal un dia que fue á visitarle: y marchó inmediatamente á Capuana para hacer lo mismo con la reina: pero fue rechazado con gran riesgo de su vida, que solo salvó porque Juan de Bardají, que se halló á su lado, le dió su celada. Al mismo tiempo le acometió Esforcia con las tropas que habia juntado, y el pueblo de Nápoles se sublevó contra los aragoneses, de modo que costó al rey mucho trabajo retirarse al castillo nuevo, donde se hubiera entregado por falta de víveres, á no haber entrado á la sazon en el puerto una nao siciliana con municiones y bastimentos.

La armada de Sicilia, mandada por don Juan Ramon Folch, conde de Cardona, sabido el peligro del rey, acudió en su socorro, y con los refuerzos que le trajo, tomó don

Alonso la ofensiva, y á pesar del valor y la habilidad de Esforcia, se hizo dueño de toda la ciudad de Nápoles, no sin mucha sangre derramada en un combate que duró dos dias, ni sin el saqueo que hicieron los aragoneses en el pueblo, aunque el rey lo atajó con la prontitud que le fue posible.

Juana publicó entonces un manifiesto en que, tomando por pretesto la ingratitud del rey don Alonso hácia ella, revocó su adopcion, é hizo otra á favor del duque de Anjou, que inmediatamente volvió á Campania. La guerra, pues, era inevitable: y necesitando el rey de Aragon mayor número de tropas y mas dinero para hacerla con ventaja, dejó á su hermano el infante don Pedro por lugarteniente suyo en Nápoles, y pasó á España en su armada. Apoderóse al paso de Marsella y la saqueó.

Sitio de Nápoles (1424). Don Alonso pasó á Castilla, donde le detuvieron mas de lo que pensó las discordias de sus hermanos contra el condestable don Álvaro de Luna. Entretanto los angevinos, despues de apoderarse de Gaeta, Sorrento, el castillo de la Capuana, y demas fortalezas de las cercanías de Nápoles, vinieron sobre esta plaza y la pusieron sitio. Jacobo Caldora, capitan muy hábil del partido de la reina, por medio de inteligencias que tuvo con los vecinos de Nápoles, entró en la ciudad y la ocupó toda, escepto los castillos, dando muerte á los aragoneses

que no tuvieron tiempo para refugiarse á ellos.

Entonces llegó al puerto la armada aragonesa, de 25 galeras, mandada por don Fadrique de Aragon, conde de Luna. El infante don Pedro, que estaba sitiado por los angevinos en el castillo nuevo, dejando en él por gobernador á Dalmao Sucirera, caballero catalán, pasó á la ribera de Génova, se apoderó de Sestri, y se volvió á Sicilia, dejando abastecidos los castillos de Nápoles.

Batalla del Aquila (1426). Bracho de Monton, único general del partido aragonés, que hacía la guerra en el reino de Nápoles, tenia sitiada desde algunos años antes la fortaleza de Aquila. Jacobo Caldora y Francisco Esforcia, hijo de Esforcia, fueron enviados por el duque de Anjou contra él: diéronle batalla, que fue muy sangrienta, y fue Bracho vencido y muerto. Así quedó reducida la potencia aragonesa en el reino de Nápoles á los castillos Nuevo y del Ovo.

Pero el rey de Aragon, que se hallaba entonces en Valencia, procuró adquirir la superioridad por medio de las negociaciones en que fue muy hábil y feliz. Felipe Visconti, duque de Milán, era entonces señor de Génova: pero los venecianos habian invadido sus estados y tomádole las ciudades de Brescia, Crema y Bérgamo, con que al fin se quedaron; y ademas temia perder el señorío de Génova por las frecuentes revoluciones que habia en esta ciudad.

El rey D. Alonso negoció separadamente con el duque de Milán y con la señoría de Génova: y aunque por entonces nada se decidió, dejó entablada con Felipe Visconti una amistad, que despues le fue utilísima, y á la cual debió en gran manera la posesion definitiva del reino de Nápoles. La causa del mal éxito que tuvieron por entonces sus negociaciones, fue la muerte del papa Martino V, que se le mostraba favorable, acaecida en 1431, y la mala voluntad de su sucesor Eugenio IV, adicto al duque de Anjou.

Nueva espedicion del rey D. Alonso á Italia (1432). Desembarazado D. Alonso de Aragon de los negocios de Castilla, pasó á Italia con poderosa armada para sostener las negociaciones que tenia entabladas, y dar calor á los varones de Nápoles que le eran favorables. La reina estaba tan disgustada del duque de Anjou, como lo habia estado de D. Alonso: y aunque Luis se le manifestó siempre tan sumiso, que en obedecimiento de sus órdenes habia salido de la corte y retirádose á Calabria, la política de la reina fue siempre tener entretenidos los dos rivales y temerosos de que se ladease al partido contrario, para mandar siempre ella sola. Y así, viendo cercano á D. Alonso con fuerzas formidables, trató de neutralizarlas entablando con él una negociacion secreta: cuyo resultado fue un acta, en la cual renovó la adopcion del aragonés y anuló la del angevino, á condicion que D. Alonso

le entregase las plazas que aun le quedaban en el reino de Nápoles, y prometiese no poner los pies en el continente sin permiso y mandamiento de Juana.

D. Alonso, conociendo que siempre seria tiempo de ocupar á Nápoles á fuerza abierta, y que su verdadero poderío se fundaba, no en el capricho de una muger veleidosa, sino en el amor, que habia sabido grangearse, de los principales señores del reino, aceptó estas condiciones: y para mostrar que en nada menos pensaba que en proseguir la guerra del continente, hizo dos espediciones á Berbería contra los moros: de una á la isla de los Gelves, que se hizo dueño, despues de haber derrotado en una gran batalla al rey de Túnez, que era señor de ella: otra, en 1433, al reino de Trípoli, donde hizo grande estrago en la morisma, y adquirió rico botin.

Hallábase reunido entonces el concilio de Basiléa. El emperador Segismundo tenia grande empeño en que se continuase en aquella ciudad: y el papa queria que se transfiriese á Italia. Segismundo, con el pretesto de coronarse en Roma, pasó los Alpes, aunque con el corto ejército que le permitia la mezquindad de sus recursos, para obligar al papa á que accediese á sus deseos, y entabló confederaciones con Felipe de Milán y con Alonso de Aragon para que le ayudasen á conseguir su objeto. Mas nada logró: sabiendo que los florentines, los venecianos y el duque de Milán

se confederaban con el papa á fin de echarle de Italia, se volvió á Alemania á dar calor al concilio, que miraba como obra suya.

Batalla de Ponza (1435). La reina de Nápoles falleció sin cumplir á D. Alonso ninguna de las palabras que le habia dado: pues por su testamento dejó la corona á Renato, duque de Anjou y hermano de Luis, que habia fallecido sin hijos. Este príncipe era entonces prisionero del duque de Borgoña, hecho en una guerra que babian tenido: pero Eugenio IV, los Caldora y todo el partido angevino de Nápoles sostuvieron sus derechos contra D. Alonso; el cual resuelto á defender los suyos, salió de Mecina con la armada aragonesa y puso sitio á Gaeta, mientras los señores de su partido se apoderaban del castillo de la Capuana cercano á Nápoles, y de la ciudad y fortaleza de Capua, cercaban por tierra á Gaeta las tropas de los barones que favorecian la causa del rey, de modo que la ciudad se hallaba muy apretada.

Ya estaba próxima á rendirse, cuando la armada de Génova, que acudió en su socorro, se presentó, mandada por el almirante Blas de Acereto, en las aguas de Terracina. La del rey, que estaba cerca de la isla de Ponza, viendo que los Genoveses se alargaban para ganar el viento, creyendo que huian, salió desordenadamente contra ellos. Trabóse la batalla, que duró desde la mañana hasta la tarde, y consiguieron los genoveses una de las mas señala-

das victorias. De las catorce naves de la armada aragonesa cayeron trece en poder del enemigo. El rey D. Alonso, D. Juan, rey de Navarra, y el infante D. Enrique sus hermanos, y gran parte de la principal nobleza de Nápoles del partido aragones, quedaron prisioneros. La guarnicion de Gaeta, apenas vió la derrota de los contrarios, hizo una salida y obligó al ejército de tierra á retirarse á Fundi.

Este éxito tuvo la batalla de Ponza, que parecia haber destruido para siempre las esperanzas del rey D. Alonso, y que por el contrario fue el medio mas poderoso de su engrandecimiento. El almirante vencedor le llevó á Savona, plaza del genovesado, y como Génova estaba entonces bajó la proteccion del duque de Milán, y la escuadra vencedora se habia armado y tripulado á costa suya, fue considerado el rey de Aragon, á pesar de los genoveses, como prisionero de Felipe María y transferido á su corte.

El duque le recibió con la mayor magnificencia, le acarició como amigo, é hizo con él un tratado de alianza ofensiva y defensiva. Contribuyó mucho á esta concordia no esperada el carácter magnánimo, la habilidad política, y la constancia en las amistades que se reconocia generalmente en D. Alonso: pero el de Milán se guiaba por otros principios. Teniendo contra sí al papa, á los florentinos y á los venecianos, potencias limítrofes y envidiosas de su poder, necesitaba en el medio-

dia de la península, un aliado poderoso en tierra y mar, que neutralizase los esfuerzos de sus enemigos: y para este fin le acomodaba mas el aragonés que los angevinos, porque si los franceses se hacian poderosos en Italia, el ducado de Milán seria su primer presa.

D. Alonso, sus hermanos y los barones napolitanos que habian sido hechos prisioneros en la batalla naval de Ponza, recobraron su libertad, y volvió á hacer la guerra en Nápoles con mas vigor que nunca, de modo que en la campaña siguiente de 1436, la plaza de Gaeta, causa de la desventura del rey de Aragon, se rindió al infante D. Pedro, que se presentó en su puerto con las galeras de Sicilia.

Batalla de la Cava (1441). Las fuerzas del rey eran suficientes para triunfar de los angevinos en el reino de Nápoles: pero contra la alianza que tenia con el duque de Milán, se formó otra compuesta de la corte de Roma, y de las repúblicas de Venecia y Florencia: y así, concurriendo á esta querella casi todas las potencias de Italia, se prolongó la lid con vario suceso. Peleábase al mismo tiempo en tierra de Labor, Calabria, Abruzo y Marcá de Ancona.

El objeto principal del rey era Nápoles: porque sabia que dueño de esta ciudad, lo seria de todo el reino. Dos veces la sitió sin efecto: la primera en 1437: la segunda, en 1439, habiendo llegado á esta capital Renato

de Anjou, donde fue recibido con gran pompa como soberano. Este segundo sitio, tan infructuoso como el primero, le costó la vida de su hermano el infante D. Pedro, á quien en uno de los ataques partió la cabeza un tiro de cañon: príncipe valeroso, y tan amante del rey, que abandonó por seguirle todas las comodidades que en su alta clase le ofrecia la memoria tranquila de su patria.

El rey tenia su plaza de armas en Capua: y las posiciones que habian tomado entre esta plaza, Nola y Benevento eran tan fuertes y fueron defendidas con tanto valor, que nunca pudieron desalojarle de ellas sus enemigos. En 1441, volviendo el duque Renato de una espedicion contra las plazas que tenian los aragoneses en Abruzo, acometió al ejército del rey, que estaba á orillas de la Cava, pequeño rio que pasa cerca de Benevento, y que separaba los dos reales. La batalla no duró mucho, porque los barones del partido de Renato reusaban pelear, y la victoria quedó por D. Alonso.

La política de los napolitanos que militaban en entrambos partidos, consistia en disminuir sus esfuerzos cuando vian que su faccion estaba próxima á conseguir una victoria definitiva, que pondria fin á la guerra: porque siendo su único objeto vender caros sus servicios y obedecer al rey que mejor les pagase, deseaban que durase la lid, de la cual esperaban cada dia mayores ventajas.

Al año siguiente ganó D. Alonso otra ba-

talla junto á Troya, ciudad de la Pulla. Agregóse entonces un nuevo enemigo á los que ya tenia, y fueron los genoveses, que se habian apartado del duque de Milán, y formaron un ejército que mandado por el cardenal de Tarento, legado del papa, amenazaba echar á los aragoneses de Italia: pero D. Alonso se hallaba entonces con fuerzas superiores sobre Nápoles, á la cual sitiaba por tercera vez, y el legado se volvió sin hacer mas que firmar una tregua.

Toma de Nápoles por los aragoneses (1443). Al fin la fortuna de las armas coronó el valor y constancia de D. Alonso, probados en 20 años de lides y peligros. Teniendo sitiado á Nápoles por mar y tierra, introdujo, como habia hecho Belisario nueve siglos antes, un cuerpo de tropas, por una mina resto de antiguos acueductos, que terminaba en el interior de la ciudad, y al mismo tiempo mandó asaltar las murallas. De los 650 soldados que habian entrado en la mina, solo 40 pudieron desembocar por ella en una casa cercana á la puerta de santa Sofía. Estos hombres, viéndose solos y espuestos á una muerte segura, salieron desesperados, sorprendieron la torre de santa Sofía, y mientras el duque Renato acudia inutilmente á desalojarlos, las tropas del rey forzaron la puerta de san Genaro y ocuparon la ciudad. Así quedó Nápoles por D. Alonso, que fue jurado en ella y coronado rey. Despues de esta victoria, derrotó en varios combates parciales

las reliquias del partido enemigo, y se hizo dueño de todo el reino, volviéndose á reunir, aunque por breve tiempo, las coronas de Nápoles y Sicilia, despues de mas dè siglo y medio dè separacion.

Este suceso dió á los aragoneses gran preponderancia en Italia, y preparó los caminos á la dominacion española en aquella península. Mientras vivió don Alonso, fue el árbitro de los sucesos, no solo por el respeto que todos tenian á su valor, á su política y á sus fuerzas, sino tambien por las virtudes conciliadoras, que le hicieron dedicarse á conseguir la paz de la cristiandad para volver todas sus fuerzas contra los turcos, próximos ya á ser dueños de Constantinopla. Se opuso á los progresos del antipapa Amedeo de Saboya, nombrado en el concilio de Basiléa, cuando ya se habia convertido en conciliábulo; por lo cual Eugenio IV depuso su antigua enemistad y le dió la investidura del reino de Nápoles: recobró para la Iglesia la marca de Ancona, ocupada por Francisco Esforcia: intervino entre este aventurero y su suegro el duque de Milán para que hiciesen paces: porque Esforcia, envidioso de Nicolás Picinino, general de las armas del duque, servia á los venecianos contra Milán: obligó á los Florentines á hacer la paz, tomando á Piombino, plaza fuerte en la costa de Toscana: envió socorros á Jorge Castrioto, déspota de Albania, contra los turcos: y en fin consiguió en 1455 lo

que tanto deseaba, que era la paz entre todas las potencias italianas. Tres años despues falleció colmado de gloria merecida, y con el renombre de príncipe justo, valeroso y amante de las letras. Su gran principio de política fue hacer amar su dominacion: cosa muy dificil en un pueblo como el italiano, el mas enemigo del yugo estranjero, aunque el ménos á propósito para evitarlo.

SECCION TERCERA.

Desde la conquista de Nápoles por don Alonso V de Aragon hasta la batalla de Pavía.

Francisco Esforcia, duque de Milán (1448). Francisco Esforcia, hijo de Esforcia, el que fue condestable de Nápoles en tiempo de la reina Juana, es uno de los hombres mas célebres de Italia, por su valor y pericia militar, y por la nobleza de su caracter. Despues de haber tenido gran parte en las disensiones civiles del reino de Nápoles, pasó al servicio de la república de Venecia en la guerra que esta hizo al duque de Milán Felipe María, y compitió en habilidad y atrevimiento con el célebre Picinino, general de Felipe.

Estaba enamorado de Blanca, hija del duque de Milán, é hizo la paz entre esta señoría y Venecia en 1441, logrando la mano de aquella princesa, que satisfacia su amor

y su ambicion: pero sin olvidar por eso los intereses de la república, por la cual militaba, y en cuyo favor consiguió, no solo la restitucion de las plazas que eran suyas en Lombardía antes de la guerra, sino tambien la cesion de Lonato, Valeggio y Peschiera, pertenecientes al marques de Mántua, aliado del duque de Milán. Este príncipe, inconstante en su política, aunque no en sus afectos, conservó la antigua animosidad contra Francisco Esforcia, aun despues de ser yerno suyo. En la guerra que se movió entre Felipe y el papa, con motivo de Bolonia y otras plazas de Romanía y de la Marca de Ancona que ocupaba el duque, Esforcia peleó casi siempre mandando contra el de Milán el ejército de los venecianos, aliados del papa. Esta guerra se terminó por la mediacion de Alonso, rey de Nápoles, que tambien reconcilió á Esforcia con su suegro.

Pero antes de terminarse esta negociacion, falleció Felipe María Visconti en 1447, siendo el último duque de Milán, de su dinastía. Dejó en su último testamento todos sus dominios al rey de Nápoles y de Aragon. El mismo año falleció el sumo pontífice Eugenio IV, y tuvo por sucesor á Nicoláo V.

La muerte de Felipe fue uno de los sucesos mas notables del siglo XV, porque puso en armas una gran parte de Europa, y encendió guerras que solo se terminaron en el siguiente. Tenian pretensiones al ducado de

Milán la casa de Orleans por el matrimonio de Luis, tronco de esta familia y hermano de Cárlos VI, rey de Francia, con Valentina Visconti, hija de Juan Galeazo: el rey de Nápoles, por el testamento del último duque: Francisco Esforcia, por el derecho de su muger Blanca; y la república de Venecia, por el de la conquista y de las armas.

Alonso V era demasiado prudente para emprender una guerra lejana, contra poderosos adversarios, y en la cual tendria contra sí á toda Italia, y así se limitó al oficio de pacificador que le hacia mas respetable: el duque de Orleans ni tenia grande ejército, ni la situacion de Francia permitia entonces que se proyectasen espediciones considerables á Italia. Los únicos contendedores fueron los venecianos y Francisco Esforcia, amigo tan antiguo de la república, pero su enemigo natural desde que tuvo derecho al dominio del Milanesado y esperanzas de conseguirlo.

Los ciudadanos de Milán se declararon libres, y su ciudad, cabeza de toda Lombardía. Esforcia, que entonces solo era conde de Cremona, dote de su muger, les ofreció su espada y sus tropas; y ellos, aceptando semejante aliado conocieron bien pronto que habian aceptado un sucesor de Felipe: porque habiendo ocupado á Pavía, destrozada por discordias civiles, la guardó para sí, contra las pretensiones de la nueva república. En el mismo año que murió Felipe, tomó á Plasen-

cia que estaba en poder de los venecianos: al año siguiente tomó á Casano, destruyó una escuadra de la Señoría que habia penetrado en el Pó, junto á Casal Maggiore, derrotó junto á Caravagio su ejército de tierra, y obligó á los enemigos á firmar una paz, que rompieron al año siguiente, aliándose con los milaneses; los cuales llamaban tirano á Esforcia, despues de haberle llamado libertador. En 1450 sitió á Milán, se apoderó de ella, y continuó la guerra contra la señoría de Venecia con vario suceso, hasta que cinco años despues se hizo la paz general de Italia.

En esta época empezaba á engrandecerse en la república de Florencia la familia de los Médicis, perteneciente á la plebe, pero enriquecida por el comercio, é ilustrada por su amor á las ciencias y á las artes, y por el talento, prudencia y moderacion de sus individuos. El primero de ellos que logró elevarse á las magistraturas superiores, fue Silvestre de Médicis, nombrado *gonfalonero* de la república en 1378: pero el partido de los nobles que constantemente disputaba el poder al de los plebeyos, habiendo conseguido un efímero ascendiente, le desterró en 1381.

Su hijo llamado Juan de Bicci, obtuvo la magistratura suprema de justicia, y fue padre de Cosme, á quien se dió el título de *padre de la patria*; por sobrenombre el *antiguo*, para distinguirle de otros descendientes suyos del mismo nombre. Fue gefe de la re-

pública 30 años desde 1434 hasta 1464. Fue amigo y aliado de Francisco Esforcia: contribuyó notablemente al renacimiento de las letras: conservó la paz en su patria, mejoró la agricultura, la industria y el comercio, y con el modesto título de gonfalonero, ejerció sobre sus conciudadanos, como Perícles, autoridad casi absoluta.

Fernando I, rey de Nápoles (1458). Alonso V de Aragon y I de Nápoles, falleció sin sucesion legítima: y así las coronas hereditarias de Aragon, Cerdeña y Sicilia recayeron en su hermano don Juan, rey de Navarra: y dejó el reino de Nápoles, que miraba como conquista suya de la cual podia disponer, á su hijo bastardo don Fernando. Este nombramiento habia recibido la aprobacion de la santa Sede; pero Calixto III, que sucedió á Nicoláo V en 1455, se negó á dar la investidura al nuevo rey, con el pretesto de la ilegitimidad de su nacimiento: pero en la realidad instigado por su sobrino Pedro Luis de Borja que esperaba engrandecerse moviendo guerra en el reino de Nápoles.

Dividiéronse entonces en parcialidades los barones napolitanos: unos seguian la causa del rey: otros proclamaron á don Juan, su tio, rey de Aragon, y viendo que este reconoció á su sobrino no queriendo dedicarse á conquistas lejanas que divirtiesen sus fuerzas de la península donde tenia pretensiones que sostener en Castilla y guerras civiles que re-

primir en sus propios estados, volvieron los ojos á la casa de Anjou, y abrazaron el partido del duque de Lorena, que entonces era gobernador de Génova por Cárlos VII, rey de Francia, bajo cuya proteccion se habia puesto aquella señoría.

La guerra amenazaba á toda Italia: porque Francisco Esforcia, duque de Milán, sostenia contra el papa al rey de Nápoles, y la corte de Roma apelaba al auxilio de sus aliados los venecianos y florentines: pero la muerte de Calixto III, acaecida en 1558, desvaneció el temor de la guerra general. Su sucesor Pío II, afligido de los progresos de los turcos que en 1553 se habian apoderado de Constantinopla y destruido el imperio de Oriente, conservó la paz de Italia, dió á Fernando la investidura del reino de Nápoles, y en 1460 juntó en Mantua un concilio con el objeto de incitar los príncipes cristianos á la guerra contra los infieles.

Batallas de Sarno y de Troya (1462). Pero los barones napolitanos no por eso dejaron de continuar la guerra contra su rey, con el furor y perfidia que es propio de las discordias civiles. Era entonces gefe de los disidentes el príncipe de Rosano. Deseoso de concluir la lucha con un solo golpe, convidó á don Fernando á una conferencia para hacer las paces: y apenas llegaron al puerto, Deifebo, que acompañaba al de Rosano, acometió al rey con un puñal para matarle. Fernando, sacando la espada con maravillosa preste-

za; ahuyentó al traidor y á sus cómplices.

Poco despues pasó el duque de Lorena á Nápoles con un ejército, al cual se unieron todos los barones enemigos del rey: pero habiendo desbaratado su escuadra, despues que desembarcó mucha gente en la playa de Sorrento, Antonio de Olcina, comendador de Alcañices y general de las galeras del rey Fernando, se retiró á los lugares ásperos de la sierra de Sarno, y se hizo fuerte en ellos. El rey, resuelto á terminar la guerra en una batalla, le acometió imprudentemente, ganó una puerta del burgo de Sarno, deshizo parte del ejército enemigo: pero al subir á la montaña por un desfiladero muy estrecho, dieron los contrarios sobre él, le derrotaron y vencieron y se apoderaron de sus reales. Esta derrota le hubiera costado el reino, á no ser por la lentitud de los enemigos, y por los socorros que le enviaron el duque de Milán y el sumo pontífice Pio II.

El duque de Lorena se apoderó de toda la tierra de Labor, excepto Nápoles, Capua, Sorrento, Aversa y Acerra, que permanecieron fieles á don Fernando. Entretanto los enemigos estrechaban el sitio de Cosenza, plaza importante de Calabria; los aragoneses acudieron con fuerzas respetables y levantaron el cerco. Tomaron despues á Marturano, Nicastro y Visiñano, y dieron socorro á Jovenaco, cercada por los angevinos. Despues de varios movimientos militares en Abruzo y Calabria, se encontra-

ron el rey y el duque de Lorena al frente de sus ejércitos junto á Troya, ciudad de la Pulla, y se dió la batalla decisiva. Don Fernando comenzó la accion, y logró una de las victorias mas señaladas de aquel tiempo, debida á su pericia y á su heróico valor. El duque de Lorena quedó tan completamente derrotado, que fue á guarecerse á la isla de Iscla, sublevada entonces contra el rey. De allí pasó al Abruzo, donde mantuvo la guerra tres años, hasta que perdiendo la esperanza de conseguir su empresa, salió del reino de Nápoles y se volvió á Francia. Don Fernando quedó pacífico dueño de sus estados, y todos los barones se le sometieron sucesivamente.

Conquista del genovesado por el duque de Milán (1464). Los genoveses, siempre implorando un protector, y nunca contentos con el que ellos mismos habian elegido, despues de haber estado bajo el dominio de Francia, se revelaron, se arrepintieron, y enviaron embajadores al rey Luis XI, declarando que se daban á él. "Pues yo os doy al diablo," les respondió aquel príncipe. Francisco Esforcia, que ambicionaba el señorío de Génova, y que por otra parte temia los derechos de la casa de Orleans, conociendo el carácter y las máximas políticas de Luis XI, contrarias al engrandecimiento de los príncipes de su casa y de los varones de su reino, le envió á su hijo Galeazo, y supo ganarle la voluntad de modo que no solo impidió toda espedicion del duque de Or-

leans á Lombardía, sino tambien permitió al de Milán emprender conquista del Genovesado, y aun le entregó la plaza de Savona, ocupada todavía por guarnicion francesa. Esforcia se aprovechó de la ocasion, puso sitio á Génova, que despues de breve resistencia se le rindió. En 1464 falleció el sumo pontífice Pio II, y tuvo por sucesor á Paulo II. El mismo año murió Cosme de Médicis, y le sucedió en el gobierno de Florencia su hijo Pedro I.

Galeazo IV, duque de Milán (1466). Francisco Esforcia murió, habiendo adquirido por su valor y prudencia, por sus heróicas hazañas, y por el estenso señorío que formó en Lombardía, el título de *grande*. Sucediole su hijo Galeazo María, príncipe que no heredó ninguna de las grandes cualidades de su padre. Era negligente, afeminado, pusilánime, amigo de los placeres, y muy deshonesto. Vejaba los pueblos con impuestos, para emplear su producto en fiestas, banquetes y mugeres: y como temia las quejas del pueblo, se escóndia en su palacio, y era muy difícil lograr audiencia.

Sin embargo los diputados de Génova vencieron esta dificultad. Francisco Marquez, que era gefe de ellos, y gran jurisconsulto, envió al duque un paquete sellado, diciendo qué contenia un regalo de mucho precio; Galeazo le abrió, y solo halló algunas hojas de una planta pequeña, llamada *basílica*. Deseoso de saber el misterio que habia en aquel presente, permitió llegar hasta él á los diputados de Gé-

nova, y preguntó á Marquez qué significaba su yerba. "Señor, respondió Marquez, los genoveses son como esta planta, que tocada con suavidad, exhala un aroma muy agradable: mas si es pisada ó apretada con escesiva fuerza, su olor es pestilencial, y se llena de insectos." Galeazo, en favor de esta ingeniosa alegoría, perdonó á Génova una parte de las contribuciones: mas no corrigió sus defectos; su reinado fue aborrecido y sin gloria, y su fin trágico.

Pedro de Médicis, gefe de la república florentina, aunque no tan vicioso como Galeazo, fue muy inferior á su padre. Cometió al principio de su gobierno un yerro, que le hizo perder el afecto popular. Confió la administracion de sus bienes á Dioti Salvi Neroni, hombre muy artificioso, que le habia sido recomendado por su padre: y que formó el proyecto de derribar á Pedro del alto puesto que ocupaba. Para lograr este designio, le aconsejó que cobrase las cantidades debidas á su casa por los préstamos que su padre Cosme, sumamente liberal, habia hecho; fundando su consejo en que, recobradas dichas sumas, tendria en ellas un recurso infalible para consolidar su poder en Florencia. Pedro adoptó este consejo pérfido, y llenó la ciudad de lágrimas y de bancarrotas: porque casi todos los mercaderes eran deudores de Cosme. Pedro cobró sus deudas y se grangeó el ódio de casi todo el pueblo.

Los Soderini, los Accioli, los Pitti, y de-

mas familias poderosas de Florencia, que envidiaban la dominacion de los Médicis, se aprovecharon de las circunstancias para arruinar á Pedro: pero todos sus esfuerzos fueron en vano. Era harto reciente la memoria de los beneficios de Cosme para que el pueblo se mostrase ingrato en su hijo al padre de la patria. Los enemigos de Pedro, viendo que por medios legales no podian derribarlo, apelaron á la violencia y armaron sus partidarios: pero no se atrevieron á pelear con los de Médicis, mas numerosos y valientes. Huyeron de Florencia, y con el auxilio del duque de Ferrara y de los venecianos invadieron la Toscana y pelearon con el ejército de Pedro. La batalla duró gran parte del dia: pero si se ha de creer á Maquiavelo, no murió un solo hombre ni del partido de los Médicis, que venció, ni de los desterrados que vencidos evacuaron el territorio de la república. Atribuyóse este fenómeno militar á las armas defensivas de que entonces se usaba, y que daban una victoria incruenta al que se cansaba mas tarde de dar golpes sobre el hierro y acero de que estaban cubiertos los contrarios.

Pedro era enfermizo y abandonaba el egercicio del poder á sus partidarios: estos abusaron de la autoridad vejando al pueblo hasta tal punto, que poco antes de morir entabló Médicis negociaciones con las familias desterradas para que volviesen á Florencia, y remediasen de acuerdo con él los males de la repú-

blica: lo qué prueba que sus intenciones eran rectas, aunque su habilidad para el gobierno no fuese muy grande. Pero falleció en 1469, y no se concluyó el tratado.

Fernando, príncipe de Aragon, rey de Sicilia (1468). El suceso mas importante de esta época fue el matrimonio del príncipe don Fernando, hijo de don Juan, rey de Aragon, con doña Isabel, heredera del reino de Castilla: porque así se reunieron estas dos coronas, y se formó la monarquía española con fuerzas suficientes primero para arrojar á los moros del reino de Granada y perseguirlos al África, y despues para influir poderosamente en los negocios de Italia.

No queriendo don Juan que su hijo apareciese desairado al dar su mano á la princesa de Castilla, le dió el título de rey de Sicilia, y una gran parte en el mando de aquella isla. Entretanto gozaba el reino de Nápoles y el resto de la Italia los frutos de la paz asentada en 1455 por Alonso V de Aragon y Francisco Esforcia, duque de Milán. En 1471 falleció el pontífice Paulo II, y le sucedió Sixto IV.

Juan Galeazo María, duque de Milán. (1476). Galeazo IV, aborrecido por sus vejaciones, deshonestidades y violencias, fue asesinado por dos caballeros milaneses, cuyas mugeres habia deshonrado. Matáronle á puñaladas cuando iba entrando por la puerta de la iglesia de San Esteban el 26 de diciembre dia de la fiesta de este santo. Su hijo Juan Ga-

Feazo María, jóven de corta edad, le sucedió bajo la tutela de su madre Bona de Saboya y de Ceco Simoneta, caballero muy estimado en Milán: pero Ludovico Esforcia, hermano del duque difunto, se apoderó violentamente de la regencia, arrojó de Milán á su cuñada Bona, é hizo perecer en el suplicio á Simoneta, acusado y condenado inicuamente.

Dos años despues hubo en Florencia un asesinato igualmente horroroso. Lorenzo y Julian de Médicis habian sucedido á Pedro en el gobierno de la república. Los Pazzi y Salviati, familias poderosas en Florencia, y rivales de la dominante, formaron una conspiracion contra ella. Su plan era asesinar á los dos hermanos, y proclamando libertad, apoderarse del mando. Pusiéronlo en ejecucion un dia que entrambos estaban oyendo misa en la catedral: Julian quedó muerto: pero Lorenzo se defendió con valor de los dos conjurados que le acometieron, los obligó á huir, se refugió en la sacristía, y auxiliado de sus numerosos amigos, descubrió toda la trama, castigó á los asesinos, y consolidó su poder. Lorenzo gobernó la república hasta su muerte acaecida en 1492, con tanta moderacion y prudencia, que fue en su tiempo el oráculo de Italia. Protegió las letras y las artes. Angelo Policiano y Pico de la Mirándula, condiscípulos suyos, fueron siempre sus mas íntimos amigos. El célebre Miguel Angel tuvo siempre su mesa, y cuarto en su palacio. Diósele el renombre de *magni-*

fico por su noble y bien empleada liberalidad.

En 1475 falleció Enrique IV, rey de Castilla, y heredó sus estados su hermana Isabel. Fernando, rey de Sicilia, marido de esta princesa, añadió á ellos en 1479 los estados de la corona de Aragon, que heredó por muerte de su padre don Juan segundo. Fernando é Isabel tomaron el título de reyes de España: al cual se agregó el sobrenombre de *católicos*, que conservan sus sucesores, dado por la santa Sede en 1496, despues que hubieron lanzado de España, con la conquista de Granada, las reliquias de los árabes.

Al papa Sixto IV, enemigo de la casa de Médicis, sucedió en 1484 Inocencio VIII, que los colmó de favores, y contribuyó en gran manera á la elevacion de esta familia. Por su union con Lorenzo el Magnífico conservó la paz de Italia. Su objeto principal era reunir todos los príncipes de este pais contra los turcos, que subyugada Grecia, pensaban en volver sus armas contra la capital del cristianismo. Una armada turca se apoderó de Otranto, ciudad del reino de Nápoles en las riberas del mar Jonio; pero el rey don Fernando la recobró despues de un sitio de cinco meses. Tres años despues, en 1484, falleció Luis XI, rey de Francia, dejando á su hijo y sucesor Cárlos VIII un reino rico y poderoso, una nobleza valerosa y sometida y una autoridad cual nunca tuvieron tan grande sus antecesores.

Guerra de los varones en Nápoles (1485).

El rey de Nápoles don Fernando era querido de sus pueblos: pero otro tanto aborrecian á don Alonso, duque de Calabria, su hijo y heredero; príncipe de condicion severa, y mas valeroso que político. Decia frecuentemente que "él obligaria á los varones, ya que no le amaban á que le temiesen." Revocaba las gracias que el rey su padre habia hecho: en fin, trataba á los grandes del reino, no solo con desafeccion, sino tambien con desprecio: conducta muy arriesgada en una monarquía donde las guerras entre angevinos y aragoneses, habian dado á la aristocracia privilegios muy estensos, porque los que aspiraban á la corona no tenian otro medio de ganar el afecto de los grandes que los habian de auxiliar, sino el de concederles riquezas, honores y estados. Don Fernando, aunque mas disimulado y prudente que su hijo, se dejaba llevar del amor paterno, y aprobaba todo lo que don Alonso hacia: de modo que en breve fueron uno y otro objeto del ódio de los varones.

Del ódio nació la conjuracion, y de ésta la guerra civil. Los sucesos militares no fueron importantes. Desbaratadas junto á la ciudad de Aquila las tropas rebeldes en 1486, los varones se acogieron á la clemencia del rey que los perdonó por mediacion del papa y de Fernando el católico: algunos no se fiaron, y se retiraron á sus castillos y los fortificaron.

El rey mandó celebrar en el castillo nue-

vo de Nápoles las bodas de una nieta suya, hija del duque de Amalfi, su yerno, con el hijo del conde de Sarno que habia sido uno de los caudillos rebeldes. Apenas estuvieron dentro del castillo los convidados, que pertenecian á la principal nobleza del reino, mandó prender á todos los que se habian declarado contra él en la anterior guerra civil, y siete de ellos dejaron la cabeza en el cadahalso. Esta venganza, indigna de un rey, enagenó para siempre los ánimos de sus vasallos y fue causa de todas las desgracias que sobrevinieron despues á Italia, y de la ruina de su dinastía. Gran número de varones huyeron de Nápoles, y los mas se refugiaron á la corte de Cárlos VIII, rey de Francia, á quien no cesaron de incitar á la conquista de aquel reino, pintándola como muy facil, atendido el ódio de los naturales al rey Fernando y á su hijo don Alonso. Cárlos habia heredado, por la estincion de la casa de Anjou, los derechos de esta rama al trono de Nápoles.

Espedicion de Cárlos VIII á Italia (1494). Este año empezó para la historia de Italia una nueva era, por la intervencion en sus intereses políticos, de dos potencias estrangeras tan poderosas, como eran entonces Francia y España. La primera, lanzados los ingleses de su territorio y sometida su indócil nobleza, iba, teniendo por caudillo á un monarca jóven, valeroso y respetado, á renovar en Italia los triunfos de Brenno y Carlo magno. La

segunda, triunfante de los moros en su larga lid de ocho siglos y fuerte por la reunion de las coronas, tenia que defender en aquel pais los intereses de la dinastía de Aragon, cuyas dos ramas reinaban en Nápoles, en Sicilia y Cerdeña. Dirigia su política un monarca como Fernando el católico, célebre ya por sus victorias y conquistas y por la prudencia y habilidad de su gobierno: el cual tenia á sus órdenes la mejor infantería de Europa y los generales de mas pericia y esperiencia.

Cárlos VIII, inclinado ya á hacer la espedicion de Nápoles por las promesas y exhortaciones de los caballeros napolitanos refugiados en su corte, recibió un nuevo impulso que le decidió á emprenderla, de Ludovico Esforcia, regente de Milán, á quien dieron el sobrenombre de *moro*, ó por su crueldad y perfidia, ó por el color de su tez.

Este hombre ambicioso tenia usurpado el gobierno de Milán á su sobrino Juan Galeazo Esforcia, que habia casado con Isabel de Aragon, hija de don Alonso, duque de Calabria, y nieta del rey de Nápoles: y temiendo que tarde ó temprano caerian sobre él las fuerzas de este reino para obligarle á restituir el poder usurpado, incitó por sus embajadores al rey de Francia para que hiciese valederos sus derechos al trono de Nápoles. Cárlos VIII pasó á Italia con poderoso ejército; y entonces quedó destruido el sistema de equilibrio y pacificacion, establecido por

Alonso V de Aragon y Francisco Esforcia, y que habia durado 40 años.

El estado de las principales potencias de Italia era el siguiente. Gobernaba la silla de san Pedro Alejandro VI que sucedió á Inocencio VIII en 1492: hombre, á quien todos los historiadores han acusado de horribles crímenes, dirigidos á favorecer el engrandecimiento de sus hijos. En esta época se opuso, como potentado de Italia, á la invasion de los franceses: mas no pudo impedirla. Lo mismo sucedió á Pedro II de Médicis, gefe de la república de Florencia, y sucesor de su padre Lorenzo el Magnífico que falleció en 1492. Unido á la santa Sede por su afecto y sus intereses, se opuso tambien, aunque en vano, á la invasion. La república de Venecia, afligida por sus contínuas guerras contra los turcos, resolvió en esta ocasion observar neutralidad. Ya hemos dicho cuál era la posicion de Ludovico el Moro. El rey de España, que lo era tambien de Sicilia y Cerdeña, se opuso por medio de sus embajadores al designio de Cárlos VIII: mas no intervino por entonces con sus armas. En fin, el rey de Nápoles, contra quien se dirigia la tempestad, envió una escuadra á las aguas de Génova, que desembarcó tropas en el territorio de la república: pero fueron vencidas por los franceses que ocupaban ya las plazas del Genovesado, cerca de Rapallo: y la armada se volvió sin hacer nada á los puertos de Toscana.

En estas circunstancias falleció don Fernando, rey de Nápoles, y le sucedió su hijo don Alonso, mas aborrecido que el padre, de los napolitanos. Al mismo tiempo murió en Pavía Juan Galeazo, duque de Milán, ó de enfermedad causada por la pesadumbre de la usurpacion de su tio, ó de veneno dado por Ludovico: á éste dieron los estados del señorío el título de duque, aunque Galeazo tuvo un hijo de corta edad: pero se pretestó que en aquellas circunstancias no podia confiarse á una regencia el gobierno del ducado.

Cárlos VIII, no hallando obstáculo alguno á su marcha en la Italia septentrional, pasó el Apenino por las montañas de Parma con el objeto de ocupar á Pisa: penetró por Pentrémoli en la Lunegiana, donde se le juntaron las tropas de suizos que tenia á su sueldo y que venian de Génova, y la artillería que recibió por el mar. Tomó y saqueó á Fivizano, fortaleza de los florentines, rompió en Sarzana las tropas de esta república, y obligó á su gefe Pedro de Médicis á entrar en concierto con él, obligándose Florencia á prestar al rey doscientos mil ducados, y el rey á tomar la ciudad bajo su amparo y proteccion. Dueños los franceses de todos los puntos militares de Toscana, pasó el rey á Florencia, cuyos ciudadanos habian desterrado á Pedro de Médicis, ofendidos del convenio ignominioso que habia hecho con Cárlos: y Pedro Caponi, uno de los cuatro diputados de la

ciudad, rasgó en su presencia la escritura de la capitulacion, diciéndole: "si quereis, tocad vuestras trompetas; que nosotros tocaremos nuestras campanas."

El rey, cuyo objeto principal era la conquista de Nápoles, hizo nuevo tratado, renunciando al préstamo, y declarando á la república confederada suya. Ajustadas las cosas de Toscana, marchó á Roma, donde llegó á fines del año mientras una de sus divisiones arrojaba las tropas napolitanas de la Marca de Ancona.

El papa Alejandro VI, aunque pesaroso de ver á Italia invadida por los franceses, y animado por Fernando el Católico, rey de España, á defenderse, viendo cercano al contrario con un ejército poderoso, y tan lejano á su defensor, cedió á la ley de la necesidad, é hizo concierto con él de darle la investidura del reino de Nápoles y de cederle las plazas de Civitavechia, Terracina y Sepulcro, para que sirviesen de defender las espaldas á su ejército, mientras durase la conquista.

Al principio de la primavera de 1495 salió Cárlos VIII de Roma con direccion á Nápoles, y en la primer jornada le encontraron los embajadores del rey de España Antonio Fonseca y Juan de Albidu. Manifestáronle que el rey estaba resuelto á no permitir la sujecion de la corte de Roma y de Italia á las armas francesas: y como Cárlos respondiese que no abandonaria por eso su

designio, Alonso de Fonseca rompió en presencia suya y de su consejo el último tratado de paz, celebrado entre Francia y Aragon.

Apenas el ejército francés se acercó á las orillas del Garellano, conoció don Alonso, rey de Nápoles, cuánta habia sido su imprudencia en haberse grangeado el odio de sus vasallos. Casi todos esperaban á los franceses como libertadores: las lenguas se desenfrenaban; las deserciones eran contínuas, el peligro inminente. Alonso no supo conservar en la adversa fortuna el valor y la arrogancia que habia manifestado siendo duque de Calabria; cedió la corona, que estaba ya para caérsele de la cabeza, á su hijo don Fernando, príncipe generalmente querido por sus escelentes cualidades, y se retiró á Mazara, donde falleció al año siguiente.

Este remedio era ya tardío. Los franceses solo hallaron resistencia en Montefortino, que tomaron por asalto. Capua fue entregada á Cárlos VIII por su gobernador Juan Jacobo Trivulcio, capitan muy esclarecido en la guerra, pero que con suma infamia suya, cediendo en esta ocasion á resentimientos particulares, vendió al enemigo los intereses de su patria, y se pasó á sus banderas. Este ejemplo siguieron Gaeta, Aversa, y los castillos de Nápoles, y Cárlos se hizo dueño de todo el reino en menos tiempo que el que necesitaba para atravesarlo. El rey don Fernando de Nápoles, no pudiendo poner en ejercicio el

valor militar para defender sus estados, tuvo á lo menos fortaleza de ánimo para hacer cara á la adversa fortuna y esperar mejores tiempos. Abandonó su capital al enemigo, y pasó á la isla de Iscla, cuyo gobernador fue tan insolente que no quiso recibirle en el castillo sino acompañado de un solo caballero: pero el rey, apenas entró, se arrojó sobre el desleal alcaide con tanto valor, que los soldados, movidos de la magestad de su persona y dignidad regia, y de la intrepidez que mostraba, se declararon á su favor y conservaron aquel puesto importante á su monarca.

De este modo por la alevosía y usurpacion de Ludovico Esforcia, por la poca union de los potentados italianos y por el odio que inspiraba á sus vasallos el rey Alonso de Nápoles, se apoderó Cárlos VIII de una gran parte de Italia en menos de dos campañas, y á costa de mucha sangre.

Batallas de Fornovo y Setrinara (1496). Ludovico Esforcia habia logrado todo lo que esperaba de la venida de los franceses á Italia: por que tenia asegurado el ducado de Milán por la investidura que de él le habia dado el emperador Maximiliano, en perjuicio de su sobrino Francisco Esforcia, hijo del último duque Juan Galeazo: pero comenzaba á temer los perniciosos efectos de su mala política, viendo á los franceses, que eran sus enemigos naturales por las pretensiones de la casa de Orleans al Milanesado, señores del

mediodia de Italia, y de muchas plazas en el estado de la Iglesia, en Toscana, en el Genovesado y en Lombardía.

Los venecianos tenian la preponderancia de una nacion tan belicosa como la francesa en un pais tan dividido: el papa deseaba recobrar su independencia: los genoveses y florentines tascaban el freno; y en fin, los mismos napolitanos volvian ya los ojos á su rey D. Fernando, porque bastaron pocos dias de la dominacion estrangera para que se quejasen de las violencias, robo y deshonestidades de los conquistadores. El rey de España se presentaba como libertador de Italia: y ya habia enviado á don Fernando de Nápoles, que estaba en Sicilia, una armada con tropas al mando del célebre Gonzalo Fernandez de Córdoba, á quien los franceses dieron el renombre de *gran capitan*, con el cual fue conocido de Europa y de la posteridad.

Admitiéronse pues, en todas partes los embajadores y proposiciones del rey de España. Confederáronse para acabar con la potencia francesa en Italia, el duque de Milán, las repúblicas de Venecia y de Florencia y el sumo pontífice, y pusieron un ejército en campaña sobre las orillas del Pó, al mismo tiempo que don Fernando de Nápoles y el gran capitan desembarcaron en Calabria y se apoderaron de Regio y de otras plazas.

La posicion de Cárlos VIII era crítica: y si se detenia, estaba espuesto á que le corta-

sen el camino para Francia los enemigos del norte, cuando los del mediodia aumentaban diariamente sus fuerzas y su atrevimiento. Entonces comenzó una de las mas brillantes campañas que se refieren en los anales de la nacion francesa: pero cuyo resultado, despues de largas marchas y dos victorias, fue la pérdida del reino de Nápoles y la evacuacion de Italia. Tan falsa era la situacion en que le habia puesto su ambiciosa temeridad.

Cárlos dejó por virey de Nápoles á Gilberto de Montpensier, con las tropas que creyó necesarias para la defensa del reino al mando de Mr. Aubigny, á quien nombró gran condestable, y se puso en marcha para Francia. Cuando pasó por Roma, el papa se retiró á Orvieto: entró en Toscana, dejó guarnicion en Sena y Pisa, y fue á Pontemolí que se rindió por capitulacion, aunque no por eso dejó de ser saqueada, y dió vista á las llanuras de Lombardía, donde le esperaba el ejército de los confederados, mandado por el marqués de Mántua, resuelto á disputarle el paso de la montaña de Fornovo, cercana á Parma. El rey bajó de la montaña y pasó el rio Taro á vista del enemigo, que acometió con algun desórden su retaguardia, en que iban los bagajes, pasando tambien el rio. Los franceses hicieron frente y los italianos pelearon con gran valor. Hubo un momento en que Cárlos estuvo á pique de caer en poder de los italianos peleando con intrepidez en las primeras filas.

Al fin el grueso de la batalla francesa entró en combate, y arrojó del campo al enemigo, que volvió á pasar el Taro, no sin llevarse los bagajes de los franceses. Esta fue la célebre batalla de Fornovo: los franceses perdieron menos de 200 hombres y los italianos 3000.

Cárlos VIII llegó con su ejército á Asti en ocho alojamientos. Al mismo tiempo la armada francesa fue derrotada por los genoveses, y el reino de Nápoles y todas las plazas que el rey de Francia habia dejado á la espalda, se perdian: mas no sin haber conseguido el condestable Aubigní una victoria contra el rey don Fernando y el gran capitan, en las cercanías de Seminara. Las tropas de Fernando eran bisoñas y colecticias, levantadas poco habia en la parte de la provincia de Calabria que estaba por él: y no pudieron resistir á los soldados franceses aguerridos y disciplinados. Pero Fernando, mas feliz por mar que por tierra, pasó á la isla de Iscla donde estaba su armada, dió la vela para Nápoles, el pueblo tomó las armas contra los franceses, que se refugiaron á los castillos y despues los rindieron, el rey entró en su capital, y aunque fue derrotado por los franceses en Eboli, ni su constancia ni el amor de sus vasallos se desmintió. El gran capitan recobró la provincia de Calabria: don Fadrique de Aragon, la de Pulla; una armada veneciana tomó á Monópoli, ciudad situada en la tierra de Bari: el gran capitan venció junto á Laino las tropas de los ba-

rones, partidarios de los franceses, y reunió su ejército con el del rey en el campo de Atela: las ciudades de Abruzo tomaron las armas por sí mismas, y arrojaron á los franceses: el ejército de Fernando sitió á Atela, donde estaba el duque de Montpensier, y le obligó á capitular la entrega de las plazas que aun se mantenian por él, mientras el gran capitan, que volvió á Calabria, hizo un convenio con Aubigni que estaba enfermo y casi sin tropas, por el cual este general debia evacuar por tierra el reino de Nápoles.

Tal fue el éxito de la famosa espedicion de Cárlos VII á Italia, y este fue el primer ensayo que España hizo de su poder y de su política en aquel pais despues de la union de las coronas y espulsion de los sarracenos. D. Fernando, rey de Nápoles, falleció sin hijos, cuando solo le faltaba que recobrar las plazas de Gaeta, Otranto y el monte de Santangel: sucedióle su tio don Fadrique, hermano de su padre don Alonso é hijo segundo de Fernando I. El nombre del gran capitan se hizo mas célebre en Italia por la toma de Ostia, que restituyó á la santa Sede. Teníala ocupada el cardenal de san Pedro *Ad vincula*, partidario de los franceses. Cárlos VIII que se habia vuelto á Francia, aquejado por la guerra que el rey de España le hacía en la frontera de Rosellon, no pudo enviar grandes fuerzas á Italia á reparar sus pérdidas. Firmóse una tregua entre las dos naciones en 1497, y

al año siguiente falleció, despues de un reinado menos glorioso de lo que prometian su valor y su propension á las grandes empresas.

Espedicion de Luis XII á Italia (1499). A Cárlos VIII, que murió sin hijos, sucedió Luis XII, duque de Orleans, y heredero de los derechos de Valentina Visconti á la corona ducal de Milán. Hizo paz con el rey católico, se confederó con los venecianos contra Ludovico Esforcia, pasó á Italia con un ejército, tomó la plaza de Tortona, y despues todo el Milanesado hasta las riberas del Adda. El pais que está al oriente de este rio quedó para los venecianos. Así cayó en una corta campaña el poder que fundó en Lombardía Francisco Esforcia el grande: y su hijo Ludovico perdió en un momento el fruto de sus maldades y perfidias. En vano volvió en 1500 con tropas alemanas á recobrar sus estados: despues de haber tomado á Milán, fue vencido y hecho prisionero por los franceses junto á Navarra, conducido á Leon de Francia, donde á la sazon se hallaba Luis XII, y encerrado en una jaula de hierro en el castillo de Loches, en el cual murió seis años despues.

Apenas el rey de Francia se vió dueño del Milanesado, estendió sus miras al centro y al mediodia de Italia: y para no tener por enemigo en la empresa de Nápoles, como su antecesor Cárlos VIII, al rey de España, no ignorando que este príncipe estaba descontento del rey don Fadrique por los tratos secre-

tos que traia con el gran señor, le propuso imprudentemente el repartimiento del reino de Nápoles, de modo que Calabria y Pulla quedasen al rey Católico, y el Abruzo y la Campania al de Francia.

Este despojo hecho por dos potencias las mas poderosas de Europa, admiró á Italia. El pretesto fue la necesidad de oponer en la península una muralla invencible á los progresos del turco que la amenazaba: pero todos los que sabian ver en política, adivinaron facilmente que aquel convenio entre franceses y españoles no podia durar largo tiempo. El gran capitan, que entonces peleaba en Grecia contra los infieles en ausilio de los venecianos, y adquirió nueva gloria con la toma de la plaza é isla de Corfú, volvió á Italia, invadió la Calabria y la Pulla, y se hizo dueño de estas dos provincias, mientras el ejército francés mandado por Aubigny se apoderaba de Capua y Nápoles. El rey don Fadrique se fue á Francia donde terminó su vida. Su hijo don Alonso, duque de Calabria, fue sitiado en Tarento por Gonzalo de Córdoba, y entregó el castillo y su persona al rey de España. Fue conducido al castillo de Játiva donde estuvo preso algunos años.

Así acabó la rama aragonesa de Nápoles, descendiente de Alonso el magnánimo, ilustrada por las virtudes de este príncipe, y por el valor de los dos Fernandos, su hijo y su biznieto: dejando á los franceses y españoles un

terrible campo de batalla. Los potentados de Italia fueron testigos indiferentes de su ruina.

Batalla de Cerinola: conquista del reino de Nápoles por el gran capitan (1503). Cogida la presa, riñeron españoles y franceses por el repartimiento. La provincia de Capitanata pertenecia á la Pulla, y los franceses la querian, alegando que la parte del reino que tenian producia menos rentas que la del rey de España. Gonzalo de Córdoba propuso primero que se trocasen las provincias, lo que no admitió el de Francia, porque á la posesion de la ciudad de Nápoles estaba unido el título de rey: y ademas, aceptar la Pulla y la Calabria era ponerse entre las posesiones de su rival, y sin comunicacion terrestre con la Italia septentrional. Fernando el Católico, ó por cargarse de razon, ó por amor de la paz, convenia ya en ceder la Capitanata: pero los franceses recibieron un refuerzo considerable, atacaron y tomaron á Venusa, y la guerra fue inevitable.

El gran capitan, inferior en número, evacuó la Capitanata, y concentró sus fuerzas en Barleta. El duque de Nemours, Aubigny y Alegre, generales del ejército contrario, le tenian poco menos que sitiado, apostándose en las orillas del Ofanto, y enviando gruesos destacamentos á tierra de Bari, Basilicata y Calabria.

Los sucesos de esta guerra entre dos naciones belicosas fueron muchos y de diver-

sos géneros. Hubo dos desafíos, uno de doce españoles contra otros tantos franceses, y otro, de los franceses contra los italianos. En el primero, los españoles capitaneados por el valiente Diego García de Paredes, llevaron lo mejor: pero los franceses, atrincherándose detras de los caballos muertos, sostuvieron la lid denodadamente hasta concluir el dia. Los jueces dieron sentencia dando á unos y otros por *buenos*. *Por mejores envié yo á los mios*, dijo el gran capitan cuando lo supo. En el segundo desafío vencieron los italianos, porque los jueces no cuidaron de partir el viento, que siendo muy fuerte y contrario á los franceses, les derribó las lanzas de las manos á casi todos.

Las operaciones militares de mas importancia fueron el asalto y toma de Rubo por los españoles, en que quedó prisionero Mr. de la Palisse, caudillo francés de mucha fama, y el combate de Seminara en Calabria, en que fue vencido y preso Mr de Aubigny, vengando los españoles la rota que habian sufrido en aquella misma llanura en la campaña de 1496.

En fin, habiendo recibido entrambos ejércitos los refuerzos que esperaban, y no siendo los recursos del pais suficientes á mantenerlos, aceptaron los franceses la batalla que por tercera vez les presentó el gran capitan. Esta se dió en Cerinola, pueblo pequeño, y poco distante de la famosa Cannas, célebre por la vic-

toria de Anibal. Los españoles estaban muy fatigados de su larga marcha desde Barleta en un dia muy caluroso, que fue el 28 de Abril: motivo que determinó al duque de Nemours á no diferir el combate, aunque solo faltaban dos horas de tarde cuando se avistaron los dos ejércitos. La posicion de los españoles era mejor, y su artillería hizo mucho daño al enemigo: mas no pudo disparar mas de una vez, porque un artillero italiano, viendo cejar alguna caballería perseguida de la francesa, creyó perdida la batalla y pegó fuego al repuesto de pólvora porque no cayera en poder de los enemigos. "Animo, hijos, esclamó el gran capitan: que estas son luminarias por la victoria." La infantería española, no solo se sostuvo contra la caballería francesa, sino desbarató la infantería suiza, que era estimada entonces como la mejor de Europa. Los franceses completamente derrotados huyeron hasta sus reales, que estaban muy distantes: el vencedor persiguió sin intermision á los fugitivos, y asaltaron y tomaron el campamento, donde hallaron la cena aparejada. En esta gran batalla pereció el duque de Nemours.

El resultado de la victoria fue la conquista del reino de Nápoles. La capital abrió sus puertas á Gonzalo de Córdoba, y los franceses se retiraron al Garellano, no poseyendo ya en todo el mediodia de Italia mas plaza que la de Gaeta, donde tenian cerca de 5000 hombres de guarnicion. El primer dia del año si-

guiente dió á los franceses el gran capitan una segunda rota, tan grande como la primera de Cerinola, junto al Garellano, tomó á Gaeta, y quedó definitivamente el reino de Nápoles por España: cuya potencia en Italia, disminuida por la separacion que Alonso V de Aragon hizo de los reinos de Nápoles y Sicilia, creció ahora en gran manera, no sin placer de los potentados de aquella península, que odiaban y temian la dominacion francesa.

En 1503 terminó su vida el pontífice Alejandro VI. Su política se dirigió siempre al engrandecimiento de sus hijos: pero el menor de ellos Cesar Borja, fue un monstruo de crueldad y perfidia. Dedicado en su juventud al estado eclesiástico, y revestido de la púrpura cardenalicia, mandó asesinar á su hermano mayor Pedro, duque de Gandía, dicen que por celos de su hermana Lucrecia, en cuyo amor incestuoso ardian entrambos: renunció al estado eclesiástico; auxiliado por Luis XII, que para tener á su favor la corte de Roma, le dió el título de duque del Valentines, hizo guerra justa y útil á la santa Sede, pero con crueldad y perfidia estraordinaria, á los pequeños tiranos que tenian usurpadas las ciudades de Romaña y Umbría, el ducado de Urbino y la marca de Ancona: fue nombrado por su padre duque de Romaña, y era temido y respetado como el señor mas poderoso de Italia y como el hombre mas perverso de su siglo. Pero su último crímen le hizo per-

der el fruto de los demas. Teniendo necesidad de dinero para conquistar la Toscana, resolvió dar veneno en un banquete, á que debia asistir él y el papa, y algunos cardenales, y apoderarse de sus bienes. El sirviente encargado de suministrar la bebida fatal, equivocó las botellas, y Cesar y su padre bebieron del vino emponzoñado. El papa, ya viejo, no pudo resistir á la fuerza del veneno. La juventud de Cesar le salvó, reservándole para mayores desdichas.

Á Alejandro VI sucedió Pio III, que murió á los 26 dias de pontificado, y á este Juliano de la Rovere, cardenal de Ostia, que tomó el nombre de Julio II. Influyó mas que sus antecesores en los negocios públicos de Italia, y consolidó el poder de la santa Sede sobre los estados de la Iglesia. Los venecianos atacaron la Romaña, con el pretesto de que no hacian guerra al pontífice, sino al duque del Valentines, señor de aquel pais. Julio mandó á Cesar que entregase á la santa Sede aquella provincia para impedir que los venecianos la ocupasen; y como se negase á hacerlo, el papa le mandó prender. El duque hubo de obedecer, recobró su libertad, y pasó á Nápoles, donde el gran capitan, por orden del rey de España, enemigo personal suyo, le prendió, y le envió á Medina del Campo, pueblo de Castilla. Tres años despues se escapó de esta prision, y pasó á Navarra; allí murió en 1516 en la guerra

que el rey don Juan de Albret, su cuñado, hacia á sus rebeldes.

Segunda espedicion de Luis XII á Italía (1507). Las dos victorias de Cerinola y del Garellano, y el gobierno justo y moderado del gran capitan, consolidaron la dominacion española en el mediodia de Italia, é hicieron temer á Luis XII la pérdida del ducado de Milán, objeto de la ambicion de Maximiliano, emperador de Alemania, y no dificil de lograr, si el rey católico auxiliaba con tropas y dinero al padre de su yerno el archiduque Felipe el hermoso, marido de Juana, hija mayor y heredera de Fernando, y ya rey de Castilla por fallecimiento de Isabel la católica. Procuró pues, el rey de Francia entablar de nuevo paz y alianza con el de España, y cobrar en Lombardía las provincias perdidas en Nápoles.

Á este efecto pasó con ejército y armada poderosa contra Génova, tantas veces sometida á los franceses y sublevada contra ellos. Los genoveses confiados en la aspereza de su terreno, no pidieron auxilio á ninguna potencia de Italia; de modo que el rey sitió á Génova por tierra y mar, sin encontrar impedimento. La ciudad, careciendo de medios y recursos para defenderse, envió embajadores á capitular: pero como el rey se negó á todo ajuste, que no fuese el de que se entregaran á discrecion, se vieron obligados á hacerlo.

Luis XII entró en la ciudad á pie, debajo de Palio, armado y con el estoque desnudo en la mano. Esta vana ostentacion de poder fue sumamente perniciosa á los franceses: porque el ejemplo de tan antigua é ilustre república, hizo ver á las demas ciudades de Italia, que el objeto de la política francesa era privarlas de su libertad: y así prepararon los medios para hacer coaliciones contra los franceses: coaliciones que fueron muy útiles á España, mas amiga de poseer la potencia efectiva que de ostentarla.

Pero estas confederaciones de los pueblos de Italia contra Luis XII, no se formaron hasta algunos años mas tarde. El rey de Francia, despues de haber impuesto á Génova una contribucion de 200000 ducados y un servicio feudal de guerra y marina, y de enviar al cadalso algunos de los ciudadanos mas desafectos á su dominacion, perdonó á los demas, licenció el ejército para mostrar á las potencias de Italia que su único objeto habia sido recobrar á Génova, y tuvo vistas en Savona con el rey católico, que á la sazon pasaba de Nápoles á España, y que puso por cebo á la ambicion de Luis los estados que poseia en el continente la república de Venecia, para que divertido en esta empresa, no pensase en hacer alguna nueva tentativa contra el reino de Nápoles. En la conferencia de Sabona quedaron los dos reyes muy amigos, segun parecia.

Liga de Cambray (1508). Los venecianos, potencia marítima la mas fuerte de Italia, se aprovechaban de todas las ocasiones que se les presentaron para estender su dominio en el continente. Poseian en el reino de Nápoles los puertos de Trani, Brindis, Otranto, Polignani y Gallípoli, que ocupaban desde la invasion de Cárlos VIII, y que debian restituir siempre que se les pagasen 200000 escudos de oro en indemnizacion de los gastos que habian hecho para conservarlos y defenderlos contra franceses y turcos. Al estado pontificio tenian usurpadas muchas plazas de Romaña. El emperador Maximiliano estaba en guerra con ellos, por las fronteras de sus estados que eran vecinos; y el rey de Francia deseaba arrojarlos del continente, ó á lo menos de Lombardía, para ensanchar los límites de su ducado de Milán.

Concurrieron pues, á Cambray los plenipotenciarios de estos príncipes, y firmaron la célebre liga que tomó su nombre de aquella ciudad, y que reduciendo á Venecia á un estremo tan grande como el de la guerra de Chiozza, la obligó á desplegar segunda vez toda la habilidad de su política, todos los esfuerzos de su intrépida constancia. Los coligados repartieron anticipadamente entre sí los dominios de la república. El rey católico debia poseer, sin pagar indemnizacion alguna, los puertos que ocupaban los venecianos en el reino de Nápoles: la santa Sede, las pla-

La república conoció en fin cuán necesario y urgente era reconciliarse con el sumo pontífice Julio II, que ya habia logrado todas las ventajas que esperaba de la liga, pues sus tropas habian arrojado á las venecianas de Cervi, Faenza, Rimini y demas plazas que ocupaban en Romaña: no se mostró inflexible, mucho menos siendo su intencion disminuir la presencia de los franceses en Lombardía. Y así, antes de que concluyese la campaña, absolvió á los venecianos de la escomunion que habia fulminado contra ellos, como usurpadores de los bienes de la iglesia, y les concedió la paz.

Venecia envió tambien embajadores al emperador: pero este no quiso dar oidos á sus proposiciones. Sin embargo las provincias que tenia ocupadas, estaban guarnecidas de muy pocas tropas, y estas no se mantenian, sino echando fuertes contribuciones á los habitantes, á los cuales por otra parte vejaban con crueldades inútiles y gratuitas, al mismo tiempo que el senado de Venecia prometia en un decreto á sus súbditos de tierra firme, que concluida la guerra, serian indemnizados por el erario público de cuantas pérdidas sufriesen durante las hostilidades. No era menester tanto para que todos deseasen volver á vivir bajo un gobierno tan paternal y procurasen sacudir el yugo de sus nuevos señores.

Animados los venecianos con esta disposicion de los espíritus, se atrevieron á acome-

ter á Padua, y la sorprendieron del modo siguiente. La mañana del 17 de julio, apenas se abrió la puerta de la ciudad, se presentaron para entrar en ella muchas carretas en fila, cargadas de heno, detras de las cuales iban ocultos seis gendarmas venecianos, llevando cada uno un arcabucero á la gurupa. Apenas llegaron á la puerta, hicieron fuego á la guardia los arcabuceros, los gendarmas acometieron, y un destacamento, mandado por Andres Gritti, acudió al primer tiro, se apoderó de la puerta y entró en la plaza. La guarnicion que era de 800 alemanes, se defendió valerosamente: pero acometida por todo el ejército veneciano que llegó á las órdenes del conde de Petigliano y por los mismos habitantes de la ciudad, se retiró al castillo y se rindió pocas horas despues.

Venecia envió al mismo tiempo una armada á las costas de Friul y de Istria, se apoderó de Fiume y de Udina y dió dos asaltos, aunque infructuosos, á Trieste. Los venecianos disputaron á las tropas alemanas los distritos de Feltro, Belluno y Cadore, sorprendieron á Legnago, puesto importante sobre el Adige, y en la isla de Scala, que forma el rio tártaro, derrotaron é hicieron prisionero al marqués de Mántua que iba con un cuerpo de tropas á reforzar la guarnicion francesa de Verona.

Maximiliano pareció en fin decidido, á pesar de la inconstancia de su carácter, á ha-

cer grandes esfuerzos para recobrar á Pádua, y pasó á Italia con ejército numeroso, al cual se reunieron 6000 españoles auxiliares y 700 gendarmas franceses. Luis XII habia ya licenciado parte de su ejército, y dado vuelta á Francia creyendo concluida la guerra.

El sitio de Pádua por Maximiliano fue uno de los mas célebres de aquellos tiempos por las consecuencias que hubiera tenido para Italia á haberse apoderado de la plaza los confederados. Petigliano y Andrés Gritti se encerraron en ella para defenderla con las mejores tropas de Venecia: y tanto la guarnicion como los habitantes de la ciudad y de los campos inmediatos juraron morir antes que entregar á Pádua.

Maximiliano no cercó enteramente la plaza, sino se contentó con atacar un punto principal: lo eligió mal al principio, y poco despues mudó de posicion. Sus ingenieros proyectaron echar por otra madre el curso del Brenta: pero las nivelaciones fueron mal hechas, y se abandonaron como inútiles los trabajos ya comenzados.

El emperador, dando ejemplo de intrepidez y de actividad, habia puesto su cuartel á medio tiro de cañon de la plaza. El dia nono del sitio estaban abiertas tres brechas en el bastion de la puerta de Cadalunga. Despues de dos asaltos que fueron rechazados, consiguieron los españoles en el tercero tremolar en la brecha la bandera imperial; pero una

mina, que reventó, los voló, y los sitiados, peleando denodadamente entre los escombros, rechazaron las tropas del asalto.

Maximiliano exhortó despues á los gendarmas franceses á que subiesen á la brecha: pero siguiendo el dictámen del célebre Bayard, que era uno de ellos, se negaron á pelear á pie donde *podrian morir, siendo caballeros, á manos de un panadero ó de un sastre.* Tales eran las preocupaciones militares del siglo. Los gendarmas alemanes respondieron lo mismo: Maximiliano hubo de abandonar su empresa á los diez y seis dias de sitio, y se retiró á Alemania. Los venecianos recobraron todas las plazas que habia al oriente del Adige: pero fueron desgraciados en su espedicion contra Ferrara, de cuyo duque, aliado de los franceses, deseaba vengarse: porque las baterías enemigas echaron á pique la armada veneciana que habia subido por el Pó, con muerte de mas de 2000 entre soldados y marineros.

Liga contra Francia (1510). Los principios de la campaña siguiente fueron muy adversos para los venecianos. Maximiliano reforzó su ejército, y nombró general al príncipe de Anhalt, que se puso al momento en campaña, como tambien Chaumont de Amboise gobernador del Milanesado. Como el ejército veneciano, mandado por Pablo Baglioni, era inferior en número, hubo de mantenerse á la defensiva, y perdió cuanto habia

recobrado en la campaña, á escepcion de Padua. El duque de Ferrara se apoderó de la Polesina de Rovigo, Este y Montagnana: los alemanes tomaron á Vicenza, y trataron á sus habitantes con la última barbarie. Los franceses se apoderaron de Legnago. Citadella, Marostica y Basciano se rindieron á la primer intimacion: Feltro fue entregada á las llamas. La guarnicion de Monselice, sitiada la ciudad se retiró al castillo, y pereció en el fuego que los enemigos le pusieron. Pero Julio II detuvo los progresos de los confederados contra Venecia, suscitando á la Francia enemigos muy temibles é inesperados.

Encargó al obispo de Sion, que tenia grande influencia en los cantones suizos, exasperarlos contra Luis XII, con quien ya estaban en discordia á causa de las pagas debidas á los regimientos de aquella nacion que militaban al servicio de Francia: invadió con su ejército los estados del duque de Ferrara, protegido de los franceses, con el pretesto de que usaba de las salinas de Rovigo, y no se proveia ya de sal en las de Romaña, y movió al rey católico á declararse enemigo de Luis XII. Ligados, pues, contra este rey los suizos, los venecianos, el papa y el rey de Nápoles, tomaron nuevo giro las operaciones militares y políticas.

Un ejército suizo entró en el Milanesado: la escuadra combinada de Venecia y del papa ocometió á Génova, que era entonces de los

franceses, y el ejército de la iglesia se apoderó de Módena, perteneciente al duque de Ferrara. El mismo Julio II pasó á Bolonia, y desde esta ciudad aceleraba y dirigia los movimientos de sus tropas.

Chaumont hizo frente á tantos peligros, y se cubrió de gloria en esta campaña, sin dar ni aceptar ninguna accion general. Retirado al centro de las posesiones francesas en Italia, siguió á los suizos que penetraron por entre el lago Mayor y el de Lugano, sin permitirles ocupar puestos ventajosos, ni darles combate: y como ni tenian víveres suficientes, ni medios de sitiar las plazas ni de atravesar los grandes rios, se volvieron á su pais por Como. La espedicion contra Génova, aunque se presentó dos veces delante de esta plaza, no hizo efecto alguno: pero el ejército veneciano, despues de la retirada de Chaumont á Milán, volvió á campear, y recobró las plazas perdidas, escepto Legnago.

Luis XII, enojado contra el papa, pensaba en los medios de deponerle: á lo cual no dejaba de prestarse Maximiliano, á lo menos mientras le dominó la idea singular de reunir en su cabeza la corona imperial y la tiara. Chaumont, desembarazado de los suizos, formó el atrevido proyecto de prender á Julio II en Bolonia, á instigacion de los bentivoglios, que habian sido desposeidos de esta ciudad por la corte de Roma: y se presentó de improviso delante de aquella plaza, mal fortifi-

cada y peor guarnecida. Los embajadores de Inglaterra y del rey católico cerca de la santa Sede, fueron á hablarle, y le declararon que si continuaba asediando la ciudad, harian guerra á Francia, España y la Gran Bretaña. Chaumont no se atrevió á seguir una empresa, para la cual no habia recibido orden de Luis XII y que iba á suscitar contra su rey enemigos tan formidables; firmó un armisticio de dos dias, y concibió esperanzas de mover al papa á reconciliarse con su rey. Pero apenas llegaron á Bolonia los ejércitos de Venecia y de Nápoles, que acudian en socorro de Julio, se rompieron las conferencias, y Chaumont se retiró pesaroso de haber perdido la ocasion oportuna de lograr su designio.

El papa tomó despues á Concordia y sitió la Mirándula. En este cerco, armado de yelmo y peto, hizo todos los oficios de un general, esponiéndose al fuego y animando sus tropas: y cuando la plaza capituló, entró en ella por la brecha. Juan Jacobo Trivulcio, mariscal de Francia, que fue nombrado gebernador de Milán por muerte de Chaumont, penetró al frente del ejército francés en Romaña: recobró á Concordia y ocupó á Bolonia, cuyas puertas le abrieron los habitantes. Trivulcio hubiera continuado su marcha, pues ya los vecinos de Imola le habian enviado las llaves de su ciudad, á no haber recibido orden del rey de Francia para detenerse en las fronteras del estado eclesiástico.

Entonces trataba Luis de triunfar de Julio II por otros medios. Él y el emperador citaron al papa al concilio que convocaron en Pisa. Este concilio, que solo se compuso de obispos franceses y algunos cardenales, no produjo efecto alguno, á pesar de que lanzó decreto de destitucion contra el sumo pontífice.

En 11 de octubre de 1511 el rey Católico hizo un tratado con el papa por el cual se obligó á hacer la guerra á favor suyo no solo como rey de Nápoles y vasallo de la iglesia, sino como rey de Aragon y regente de Castilla. La liga contra Francia tomó el nombre de *Union santa*, y se dió el mando del ejército aliado á don Ramon de Cardena, virey de Nápoles. El mismo año declararon los suizos la guerra á los franceses, é hicieron una nueva irrupcion en el Milanesado. Gaston de Foix, duque de Nemours, sobrino del rey de Francia, joven intrépido y hábil general, que habia sucedido á Trivulcio en el gobierno de Milán, se apostó delante de esta capital para defenderla. Los suizos, que ni tenian caballería, ni artillería, ni subsistencias aseguradas, se contentaron con quemar algunos villages de las riberas del Adda; y no habiendo querido esperar á los venecianos que marchaban á unirse con ellos, se volvieron á su pais.

Saco de Brescia: batalla de Ravena: los franceses evacuan á Italia (1512). La campaña de 1512 fue una de las mas estraordina-

rias; pues su resultado fue perder los franceses lo que poseian en Italia, despues de conseguir dos victorias muy señaladas sobre los ejércitos de la union.

El plan de los confederados era acometer á un mismo tiempo á Brescia y á Bolonia, para apoderarse de una de estas dos plazas por lo menos: pero la actividad de Gaston las salvó á entrambas. Acudió primero á Bolonia, sitiada por el ejército de Roma y del rey de Nápoles: y sabiendo que el de Venecia, mandado por Andrés Gritti, marchaba contra Brescia, no queriendo partir á socorrer esta plaza hasta haber librado á Bolonia, hizo una marcha forzada á favor de un horrendo temporal, entró en la plaza sin ser visto del enemigo, y no pudiendo salir contra él aquella noche por el escesivo cansancio de sus tropas, dejó el ataque para el siguiente dia: mas los de la union supieron de un soldado francés prisionero que Gaston estaba en Bolonia, y validos de la oscuridad se retiraron á Imola.

El general francés, habiendo reforzado la guarnicion de la ciudad, voló á socorrer á Brescia, y en nueve dias atravesó 50 leguas y rios que venian muy caudalosos; y de paso derrotó una division veneciana junto al Adige. Cuando llegó á Brescia, era ya Andrés Gritti dueño de la ciudad, en la cual habia introducido tropas por un acueducto al mismo tiempo que la atacó por tres partes: pero la guarnicion francesa se sostenia en el castillo. Gas-

ton dejó una parte de sus tropas fuera de la plaza, entró en el castillo por la puerta del campo y salió de él por la que daba á la ciudad, acometiendo impetuosamente al ejército veneciano que estaba en la esplanada, y que se iba retirando de calle en calle. Los franceses que estaban fuera, derribaron á cañonazos una puerta no amurallada, entraron en la plaza, cogieron por la espalda á los enemigos, é hicieron en ellos horrible carnicería. De 15000 hombres entre soldados y ciudadanos pasaron los muertos en aquel terrible dia que fue el 15 de febrero: Andrés Gritti quedó prisionero: y la ciudad entonces riquísima, fue saqueada. Los franceses se hartaron de botin; y la mayor parte se volvieron á su patria á gozar de lo adquirido, y fueron indirectamente causa de la pérdida de Italia. Un muchacho de familia plebeya, de diez á doce años, recibió durante la matanza, entre los brazos de su madre, cinco heridas peligrosas; una de ellas le rompió el labio. Sanó, y se le dió el nombre de Tartaglia (mellado): tan oscuro era el de su familia: y fue despues famoso matemático, y restaurador del estudio de las ciencias exactas en Italia.

Gaston, recobrada Brescia, volvió á Romaña reforzado con tropas que recibió de Francia, y con las que le trajo el duque de Ferrara, cuya artillería era escelente: porque tenia la fundicion mejor de Italia despues de la de Venecia.

El virey de Nápoles hallándose con un ejército inferior en número al de los franceses, y con instrucciones del rey católico de no arriesgar nada al trance de una batalla, sino cuando fuese necesario, se retiró á Imola, despues á Castel Bolognese, despues bajo el cañon de Faenza, atrincherándose en todas partes. Gaston deseaba la batalla: porque el emperador Maximiliano, reconciliado ya con la santa liga, habia dado órden á los súbditos del imperio que militaban al sueldo del rey de Francia, de abandonar sus banderas: y queria tenerlos consigo el dia del combate.

Cercó, pues, á Ravena y le dió un asalto, seguro de que el virey Cardona no dejaria de acudir al socorro de plaza tan importante. Así sucedió: pero siempre circunspecto el general español, habiéndose acercado á los franceses se atrincheró y esperó en sus líneas el combate. Gaston le acometió, pero perdia mucha gente, que le mataba el fuego de los cañones enemigos. El duque de Ferrara tomó con los suyos una posicion que enfilaba la línea enemiga. La infantería española se puso pecho por tierra, y la gendarmería del papa sufria toda la descarga. Fabricio Colona que la mandaba, sin esperar órden del general, salió fuera de las trincheras y acometió al enemigo tan impetuosamente, que penetró su primer línea: la infantería española, mandada por el célebre ingeniero Pedro Navarro,

siguió á los italianos á la llanura y la accion fue general.

Colona quedó en breve fuera de combate, acometido por la gendarmería francesa; y los españoles, sin caballería, atacados por todas partes, sufrieron muchos asaltos y los rechazaron; hasta que al fin, no pudiendo conservar el campo de batalla, se retiraron en buen orden, parándose cuando el enemigo los seguia demasiado cerca. Gaston, seguro ya de la victoria, pero no contento si se le escapaba aquelle inespugnable infantería, la acometió al frente de un escuadron de gendarmas, y halló entre sus filas una muerte prematura y gloriosa.

Este éxito tuvo la famosa batalla de Ravena, dada el 11 de abril de 1512. Perecieron en ella 7000 hombres de la santa liga: el cardenal de Médicis, legado del papa, Fabricio Colona y Pedro Navarro quedaron prisioneros, y cayó en poder de los enemigos toda la artillería y bagage.

Pero el rey de Inglaterra Enrique VIII, yerno del rey católico, acababa de declarar la guerra á Francia, y Luis XII tuvo que llamar, para defender la frontera de Picardía, 400 lanzas de su ejército de Italia: las tropas alemanas que servian en él, abandonaron sus banderas de orden del emperador; y en fin, la muerte del heróico Gaston de Foix equivalia á una derrota. Al mismo tiempo el ejército suizo se unió al veneciano, y obligó á los fran-

ceses, mandados por el señor de la Paliza, á abandonar á Ravena, que cayó en su poder el dia despues de la batalla, dejando en ella guarnicion, y á evacuar sucesivamente todas las provincias del Milanesado y el condado de Asti, sin batalla alguna: porque su ejército, muy disminuido ya, se debilitaba continuamente por las guarniciones que tenia que dejar en los castillos. La santa union, vencida en Brescia y en Ravena, triunfaba sin pelear: y los franceses, vencedores el 11 de abril, junto al golfo adriático, se acamparon á 28 de junio en las llanuras del Piamonte.

Batallas de Novara y de la Mota (1513). Julio II cogia abundantes frutos de su política y de su constancia. Génova se reveló contra los franceses, apellidando libertad: todas las fortalezas desde la de Ravena hasta la de Asti, se entregaron á los confederados, escepto el castillo de Cremona. Pero el repartimiento de los despojos de la victoria produjo, como siempre, la division.

El ducado de Milán se dió á Maximiliano Esforcia, hijo de Ludovico: pero separando de él los ducados de Parma y Plasencia, que el sumo pontífice queria agregar á los estados de la iglesia: mas el rey católico, cuyo ejército ocupaba aquel territorio, y que no gustaba de que se engrandeciese mas el estado eclesiástico, no vino nunca en ello. El duque de Ferrara quedó á disposicion de la santa Sede, cuyo perdon imploró. A los venecia-

nos no se le restituyeron de lo que ántes poseían al occidente del Adige mas plazas que Bérgamo y Crema: y el emperador no quiso convertir las treguas que tenia con ellos en paz definitiva, sino á condicion de que renunciasen á la posesion de Brescia, Verona y Vicenza. Los suizos que ocupaban el Milanesado, robaban impunemente las ciudades y aldeas de todos los confederados: solo el rey católico sacó ventajas reales de la santa liga, conquistando el reino de Navarra, cuya investidura le dió Julio II en virtud de escomunion lanzada contra el rey Juan de Albret, como fautor y aliado de Luis XII. Esta fue la última ocasion en que se puso en ejercicio la antigua autoridad de la santa Sede para dar y quitar coronas.

Los venecianos no hallaron mas arbitrio de recobrar sus antiguas posesiones que el confederarse con Luis XII, que aceptó su alianza, dió libertad á Bartolomé de Albiani, preso en la batalla de Agnadel, para que mandase los ejércitos de la república; y envió á Italia con poderoso ejército al señor de la Tremouille, que conquistó rápidamente á Génova y á Milán: pero queriendo tomar á Novara, donde se habia retirado el duque Maximiliano á guarecerse de los suizos que ocupaban aquella fortaleza, fue completamente derrotado por la valerosa infantería que acometiendo intrépidamente el campamento francés y tomándolo con muerte de 7000 de sus do-

fensores, probó que la mejor arma de los ejércitos son los infantes, y que puede luchar ventajosamente contra la artillería, así como los españoles habian probado en la batalla de Ravena que puede sostenerse contra la caballería.

El virey de Nápoles, que acampado con los españoles en las orillas del Trevia habia esperado el éxito de la campaña, porque el rey católico ténia firmado treguas con el de Francia, apenas vió que derrotados los franceses se volvian á su pais, atravesó el Pó, tomó á Brescia, Bérgamo y Peschiera, plazas de los venecianos, y auxilió al ejército imperial para cercar á Padua. Este sitio no produjo efecto, ya por la desunion de los confederados, ya por el valor y pericia de Albiani. Los imperiales se retiraron á sus cuarteles, y los españoles devastaron el Dogado y los campos del Paduano. Albiani salió contra ellos, emprendió cortarles el paso del Brenta, no pudo, los persiguió y alcanzó en la Mota, á dos millas de Vicenza, donde se dió una sangrienta batalla. Los españoles, á pesar de que ya estaban estenuados del cansancio y las privaciones, sacando fuerzas de la misma desesperacion, lograron una señalada victoría, con muerte de 4000 venecianos, y se retiraron despues bajo el cañon de Verona, plaza ocupada por los imperiales.

Este año falleció el papa Julio II, pronunciando en el delirio de la calentura estas pa-

labras: *los franceses fuera de Italia.* Príncipe digno de todo elogio por sus grandes miras, su valor y habilidad política, á no haber sido sacerdote: porque muchas de sus cualidades eran incompatibles con la mansedumbre propia de su estado. Sucedióle el cardenal de Médicis, cuya familia habia sido restituida á Florencia el año anterior. Juliano II, hermano menor de Pedro II, que pereció desterrado de su patria, peleando á favor de los franceses en la batalla del Garellano, gobernaba aquella república con el título de gonfalonero.

Espedicion de Francisco I, rey de Francia á Italia: batalla de Marignan (1515). Los venecianos se defendieron valerosamente, en la campaña de 1514, contra los españoles, y contra los imperiales, con el nombre de Leon X, á los cuales quitaron la mayor parte de las plazas del Friul: pero siempre era muy crítica su posicion hasta que el año de 1515 produjo una mutacion muy ventajosa en la suerte de la república. El primer dia de enero falleció Luis XII sin hijos: y le sucedió Francisco I, descendiente de Luis de Orleans, el que fue asesinado por el duque de Borgoña, por su hijo segundo Juan, conde de Angulema.

Este príncipe jóven, fogoso, valiente é idólatra de la gloria, renovó la alianza de su antecesor con los venecianos, pasó á Italia con poderoso ejército, y vengó en Marignan la rota que los suizos habian dado á los fran-

ceses junto á Novara. La batalla, que tuvo por sobrenombre *de los gigantes*, por la terrible animosidad con que se peleó, duró dos dias, pasando el rey la noche del primero sobre el afuste de un cañon. En el segundo acometió á los franceses la formidable infantería de los suizos: mas salióle al encuentro la que habia formado y disciplinado de los montañeses de Provenza y Grenoble, Pedro Navarro, que hecho prisionero en la batalla de Ravena, y ofendido del rey católico, porque no quiso pagar su rescate, habia tomado servicio en el ejército francés. Estos nuevos infantes destrozando á los suizos, dieron á la caballería francesa su superioridad, y quedó por Francisco la victoria. La pérdida de los vencidos fue inmensa: pues la de los vencedores pasó de 5000 hombres.

El virey de Nápoles habia tomado á Vicenza pocos dias antes: pero sabiendo la venida de los franceses á Italia, intentó reunirse con los suizos, y para lograrlo, ocultó una marcha á los venecianos, atravesó el Pó por Ostiglia, con designio de volverlo á pasar por el confluente del Adda: pero el general veneciano Albiani, advertido de su movimiento, llegó á aquel punto casi al mismo tiempo que él, y estuvieron observándose mútuamente mientras se daba la batalla de Marignan.

Este combate mudó la suerte de Italia. Los suizos no volvieron á tener influencia en el Milanesado, de que se apoderó Francisco I.

Maximiliano Esforcia se consoló con una pension de la pérdida de sus estados, y pasó á Francia á vivir como simple particular: y los españoles evacuaron la Italia septentrional, y se retiraron á defender el reino de Nápoles. El rey hizo paces con el sumo pontífice y con los cantones suizos. A principios de 1516 falleció el rey católico, y le sucedió en sus vastos dominios de España y de Italia, y del nuevo mundo descubierto por Cristobal Colon, Cárlos de Austria, su nieto, hijo de Felipe el hermoso ya difunto, y de doña Juana, hija mayor de Fernando.

Cárlos era menor de edad: y la regencia fue encomendada en Castilla al cardenal arzobispo de Toledo, y en lo de Aragon, al arzobispo de Zaragoza. El gobierno español concluyó con Francisco I un tratado de paz en Noyon á 13 de agosto, en el cual se arreglaban los negocios de Italia. Las cosas quedaron en la misma situacion que estaban antes de la liga de Cambray, que dió principio á esta lucha cruel de ocho años. El rey de Francia fue duque del Milanesado, los venecianos recobraron todos sus estados de tierra firme, y quedó agregada la Romaña á los dominios de la santa Sede.

Cárlos I, rey de España, nombrado emperador de Alemania (1519). Despues de esta paz, que verdaderamente solo fue una tregua entre dos monarquías rivales y poderosas, gozó Italia de algun descanso. Pero la

muerte del emperador Maximiliano, y la competencia que hicieron á la corona imperial los reyes de Francia y de España, exasperó la enemistad de estos dos príncipes. Cárlos I triunfó, y fue coronado emperador de Alemania, donde fue el V de su nombre.

Este suceso tuvo consecuencias muy importantes en los negocios de Italia: porque reunidas en unas mismas manos la fuerza y la política de las naciones española y alemana, ambas belicosas, nada podia oponerse en Italia á la dominacion de Cárlos, sino las armas francesas; y Venecia y el papa, que eran los potentados italianos mas poderosos, serian grandes motivos para ser mas favorables al emperador que á Francisco I, en la lid que se preparaba.

El sumo pontífice via comenzar en Alemania la heregía de Lutero, y tenia necesidad del emperador para reprimirla: y la república de Venecia, que despues de tantos riesgos habia salido de la sangrienta guerra de ocho años conservando la integridad de su territorio, no se hallaba en estado de volver á correr los mismos peligros, mucho mas cuando el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza por los portugueses, sus navegaciones á las Indias orientales, y las frecuentes guerras que tenia la república con los turcos, habian disminuido considerablemente las ganancias de su comercio de Levante, principal fundamento de su poder.

Los franceses arrojados del Milanesado (1521). Las hostilidades entre España y Francia empezaron en Navarra, adonde Francisco I envió un ejército para restituir aquel reino á la casa de Albret: y al punto se formó en Italia una coalicion entre el emperador, el papa y la república de Florencia para arrojar á los franceses del Milanesado. Mandaba el ejército de la liga el marques de Pescara, y á los franceses de Milán, Lautrec, capitan hábil y esforzado. Los venecianos que se conservaron fieles en la alianza de Francia, le auxiliaron con un pequeño cuerpo de tropas.

Pero esto no bastaba para resistir á fuerzas tan considerables como eran las de la liga; y si bien Lautrec logró hacer que levantasen el sitio de Parma, auxiliado por la vigorosa defensa de la guarnicion, no pudo evitar que pasasen el Po en Casalmaggiore, ocupasen los pasos del Adda, y se apoderasen de Conso. Allí se reforzó el ejército de la liga con un cuerpo de tropas alemanas que trajo por la Valtelina Francisco Esforcia, hermano de Maximiliano, á quien el emperador afectaba querer restituir el dominio de sus antepasados.

Lautrec no pudo conservar á Milán, fue rechazado de Pavía, plaza que habia caido en poder de los de Liga, y fue arrojado del pais con la misma facilidad que lo fueron por dos veces las tropas francesas en tiempo de Luis XII. Este mismo año falleció el papa Leon X: le sucedió Adriano VI, natural de

Utrech, y que habia sido ayo del emperador Cárlos V.

Batalla de la Bicoca (1522). El mariscal de Lautrec, que habia recibido un refuerzo de suizos y otro de venecianos, resolvió tentar la suerte de los combates, y acometió al ejército de la liga, apostado en la Bicoca, aldea que está á tres millas de Milán. El campamento estaba en el parque pueblo, defendido por una muralla y un foso. Lautrec dispuso dos ataques: uno que darian los suizos, y otro los franceses y venecianos, mientras que un cuerpo destacado rodeaba los enemigos, y atacaba la estremidad opuesta de los reales. Antes que estas tropas llegasen al punto designado, los suizos acometieron el foso y la muralla; mas no pudieron pasarla, y fueron rechazados con pérdida de 3000 hombres. Los franceses tuvieron mas fortuna, y penetraron el centro mismo de los reales: pero los de la liga, no teniendo ya otros enemigos que combatir, se reunieron contra ellos y los arrojaron del campamento.

Los franceses, sin esperanza ya de mejorar su fortuna despues de esta derrota, pasaron los Alpes. Los venecianos, no queriendo quedarse espuestos á la venganza del vencedor, se separaron de la alianza de Francia, y se unieron al emperador: bien que se resistieron con su política acostumbrada á que esta nueva alianza fuese ofensiva. La república no pensaba ya en conquistar, sino en conser-

var. Mayor fue la pérdida que hizo Francia en la persona de Cárlos, duque de Borbon, príncipe de la sangre, y condestable del reino; que ofendido de la poca confianza que Francisco I hacía de él, y de las pretensiones que la madre de este monarca tenia contra los estados del duque, se pasó al servicio del emperador, y empleó contra su patria el invencible valor y la habilidad militar que poseia.

Al año siguiente falleció el Papa Adriano VI, y le sucedió Clemente VII, de la casa de Médicis. En 1524 envió Francisco I con un ejército á Italia al almirante Bonivet, su privado: pero que dió muy pocas muestras de pericia, dejando perder las plazas fuertes que aun tenian guarnicion francesa, apostándose en Monza donde los enemigos le cortaron los víveres, y enviando una division á Pizigitone, que fue desbaratada. Viendo que ninguna empresa le salia bien, y que sus fuerzas estaban muy disminuidas, se volvió á Francia. Los aliados entraron en Provenza y aun pusieron sitio á Marsella: pero Francisco I cargó sobre ellos con nuevo ejército y los obligó á retirarse á Italia, persiguiéndolos hasta los Alpes.

Segunda espedicion de Francisco I á Italia: batalla de Pavía (1525). Francisco I los sigió, y destacó de su ejército dos cuerpos, uno para sorprehender á Génova, otro para hacer una diversion en el reino de Nápoles. Con el resto de sus tropas marchó á

Milán, creyendo llegar á esta plaza antes que los imperiales, que hacian su marcha muy trabajosamente por la ribera de Génova.

En el mismo dia que llegó el rey á Verceli, entraba el marqués de Pescara en Alba; envió á Antonio de Leiva á Pavía con 5000 infantes, y marchó á Milán con el resto de sus fuerzas: mas viendo que ya los franceses ocupaban las avenidas de esta capital, se retiró á Lodi, no sin peligro de ser desbaratado, si el rey le acometiera entonces, porque venia la gente muy fatigada de tan largas marchas.

Francisco tomó facilmente posesion de Milán, y mandó poner sitio al castillo que estaba defendido por 700 españoles. Despues con el grueso de su ejército, en vez de perseguir á los imperiales, puso sitio á Pavía, por no dejar á las espaldas una plaza tan fuerte. Puestas las baterias, dieron los franceses el asalto, y fueron rechazados. Quiso el rey separar el Tesino por otra madre para acometer la parte mas flaca de la plaza que daba al rio, y tampoco esto le salió bien.

Apenas Clemente VII vió acercarse á los estados romanos el cuerpo francés destinado á Nápoles, declaró el tratado tercero que tenia con el rey de Francia. Juan Estuardo, que mandaba aquellas tropas, fue recibido con agasajo en Florencia y Roma. Entretanto el ejército imperial que estaba en Lodi, se reforzó con gente que les trajo de Alemania

Cárlos de Borbon: pero los defensores de Pavía estaban en sumo aprieto, porque les faltaban víveres y municiones; y ademas el rey de Francia habia recibido tropas suizas, y un parque de artillería que le envió el duque de Ferrara, constante aliado de los franceses.

El ejército imperial, resuelto á socorrer las plazas, salió de Lodi el 25 de enero, llegó el mismo dia á Marignan, fingiendo ir á Milán; y pasando el Lambro, revolvió hácia Pavía. Francisco, viendo sobre sí el ejército imperial, hizo venir á sus reales toda la gente que tenia en Milán, escepto dos mil infantes que observasen la guarnicion del castillo, y continuó el sitio de Pavía estrechando los alojamientos; porque créia tener gente para resistir al enemigo, y conservar al mismo tiempo cercada la plaza; en lo cuál padecia engaño. Los proveedores y pagadores le habian presentado listas de cuerpos mas numerosos de los que habia, y él no tuvo cuidado de exáminárlas, siendo la diferencia, segun algunos historiadores, de 15000 hombres.

Los imperiales pasaron el 2 de febrero el pequeño rio Olona, y el 3 dieron vista á Pavía y al campamento francés. Allí estuvieron hasta el 24 favoreciendo las surtidas de Antonio de Leiva, que casi siempre eran felices, y en una de ellas quitó al enemigo tres piezas de artillería y muchos carros de municiones. Tambien lograron introducir en la plaza un socorro de pólvora que hacía notable

falta, llevándola en saquillos 50 ginetes en las gurupas.

La noche del 24 no cesaron de dar alarma en Mirabel, donde alojaba una division del ejército enemigo, por la parte del Pó, y por la del Tesino, para impedir que descansasen las tropas francesas: y poco antes de rayar el dia se formaron cuatro divisiones de infantería con dos escuadrones de caballería: la primera, compuesta de italianos, alemanes y españoles, mandada por el marqués del Basto: la segunda, de solo infantería española, por el de Pescara: la tercera y cuarta, de alemanes, por Cárlos Lanoy, virrey de Nápoles, y por el duque de Borbon. Llegaron en silencio al parque de Pavía, derribaron 60 varas de tapia, pasaron por el intérvalo, y la primera division marchó contra Mirabel, y el resto del ejército, contra los reales franceses.

Francisco no quiso esperarlos en ellos, porque confiaba en su caballería: salió al campo abierto, y dirigió la artillería de modo que hiriese de costado; lo que causó algun daño en la retaguardia imperial. Trabóse la accion entre los cuerpos de batalla de ambos ejércitos, y la arcabucería española deshizo el batallon del rey, por el acierto de sus tiros, que ninguno fue en vano. Los suizos hicieron retirar algun tanto á la infantería española, ausiliados por la caballería francesa; pero los alemanes acudieron, y los suizos, que no pe-

learon en esta célebre jornada con su acostumbrado valor, fueron derrotados con gran mortandad. El animoso rey estaba alentando á su caballería para que no siguiese el ejemplo de los suizos, cuando, muerto el caballo, cayó en tierra herido en una mano y en la cara. Cinco soldados españoles se arrojaron sobre él, sin conocerle: pero el virey de Nápoles acudió, le besó la mano con reverencia, y le recibió por prisionero en nombre del emperador.

El marqués del Basto habia ya roto la caballería francesa que estaba en Mirabel: el intrépido Leiva, saliendo de la plaza al frente de su guarnicion, atacó por las espaldas á los franceses y decidió la victoria. En esta batalla perecieron 6000 hombres del ejército francés, y 700 del imperial: el despojo de los reales fue inmenso, y la prision de Francisco I, el mayor troféo de la jornada.

Este gran suceso decidió la suerte de Italia para cerca de dos siglos. El ducado de Milán, objeto principal de la guerra, quedó en poder de la casa de Austria, alegando sospechas justas ó afectadas que habia de la parcialidad de Francisco Esforcia á favor de los franceses: Génova, aliada de España, y protegida por ella, sin ser nunca oprimida, prosperó á favor de la tranquilidad que tuvo segura, con el comercio lucrativo que hacia con españoles, franceses é italianos: Venecia perdió su influencia en Italia: pero á fuerza de circunspeccion y política logró que fuese res-

petada su independencia: los Estes de Ferrara y los Gonzagas de Mántua conservaron sus estados poniéndose bajo la proteccion del emperador: la casa de Saboya, que en todas las guerras anteriores habia observado prudente neutralidad, se unió por matrimonios y alianzas con la de España: los Médicis ejercieron en Florencia la autoridad suprema con el título de duques: Parma y Plasencia fueron dadas á la casa Farnesia, casando uno de sus príncipes con una hija de Cárlos V: Roma, siempre que quiso formar ligas y confederaciones contra España, como las habia formado contra Francia, se vió obligada á ceder, recordando el terrible saqueo que sufrió, tres años despues de la batalla de Pavía, de las tropas imperiales mandadas por el duque de Borbon: y los españoles, dueños del mediodia de Italia por la posesion de Nápoles y Sicilia, dueños del Norte por la posesion del Milán, y las alianzas de Saboya, Génova, Parma, Mántua y Ferrara; casi señores del centro por su union con los duques de Florencia, ejercieron sobre aquel hermoso pais cerca de dos siglos una dominacion no disputada, pero útil, por las grandes sumas que los italianos sacaban de España mediante el comercio, por el baluarte que tenia contra los turcos en una nacion, que entonces era la mas poderosa de Europa; y en fin, por la prudencia que tuvo el gobierno español, de respetar las leyes y costumbres de todos los pueblos,

así súbditos como aliados, y de no alterar en nada la condicion de las ciudades y de los príncipes despues de concluida la guerra.

En la época, que hemos descrito, llegaron las bellas artes y la literatura en Italia á un alto grado de perfeccion. Leon X mereció dar su nombre á su siglo, por su aficion á las artes, hereditaria en su familia, por la proteccion que concedió á los artistas, y por las sumas que empleó, quizá á costa de intereses mas sagrados, en la construccion de obras que fueron la admiracion de su tiempo y lo son de la posteridad. Guicciardini y Maquiavelo escribieron la historia con elegancia que se acercaba á la de los tiempos de Grecia y Roma: Taso, Ariosto, Bembo y Sannazaro perfeccionaron con sus inmortales poesías el idioma de las musas: y en las artes de diseño Rafael de Urbino, Miguel Angel y Ticiano emularon los prodigios de la antigüedad. Al mismo tiempo renacian las matemáticas y empezaba la aficion al estudio de la verdadera física. Mucho contribuyó á este movimiento estraordinario de las luces la triste catástrofe de Constantinopla, donde se conservaron mas monumentos que en otros paises de la sabiduría griega y romana. Cuando aquella metrópoli del oriente cayó en poder de los turcos, emigraron á Italia los hombres mas instruidos del imperio griego, y pagaron la hospitalidad que se les dió, estendiendo en el Ocidente los libros, las luces y las

tradiciones de la antigüedad que se habian conservado entre ellos.

Hemos omitido de intento la historia particular de las ciudades de Italia, y de los tiranos que las oprimieron durante la guerra contra la casa de Suevia, y despues de su estincion: porque todas estas narraciones son iguales á las de Milán, Florencia y Génova, variados los nombres, sin mas diferencia que los milaneses cayeron bajo el poder de los Visconti, los florentines bajo el de los Médicis, los genoveses bajo el de su aristocracia; cuando la familia de Romano que tiranizó á Padua, la Escala en Verona, los Bentivoglios en Bolonia, y otros pequeños tiranos en otras partes no pudieron sostenerse contra príncipes mas poderosos. Gobiernos populares mal constituidos, divisiones, bandos, tiranía y subyugacion por una potencia estranjera: esta es en breves palabras la historia de las ciudades de Lombardía y Romaña en la época que habemos recorrido.

Pero lo que merece un lugar distinguido en la historia, porque la virtud es preferible á todos los sueños de la ambicion y á todas las combinaciones de la política, es la pequeña república de San Marino, cuyo territorio es una montaña de dos leguas de diámetro, situada al sudeste de Rimini, su capital un pueblo construido en la cima del monte, su poblacion 6000 vecinos, y sus magistrados, todos electivos, dos capitanes, el comisario

de justicia, el médico y el maestro de escuela.

Fundóla San Marino, arquitecto dalmata, que trabajaba en Rimini, y que movido del cielo, se retiro á hacer vida eremítica en lo alto de la montaña á principios del siglo VII. Muchos le imitaron, y le nombraron superior. San Marino los constituyó en república, les dió leyes observadas hasta el dia, y les inspiró el amor del trabajo y de las virtudes. El territorio es fértil, aunque carece de agua, pues solo tiene la que se conserva en algibes, de las lluvias y de las nieves derretidas.

Esta república carece de historia: los papas, cuando Pipino les cedió el exarcado, no usaron de este derecho contra San Marino, y siempre dejaron gozar á la república de su independencia: beneficio que ésta pagó á la santa Sede, ausiliando al pontífice Pio II contra los Malatestas, tiranos del Rimini. El papa les dió en premio algunos castillos de las cercanías: pero luego los cedieron contentándose con su territorio.

La república de San Marino solo paga á los embajadores que envía á las cortes estranjeras 24 sueldos diarios (cinco reales poco mas ó menos): pero á favor de esta pobreza ha logrado conservar su libertad: cuando Italia entera, víctima de invasiones que provocó ella misma, dividida en partidos, despues de haber aceptado y sacudido el yugo aleman y el francés, recibió el de los españoles. En vano Julio II, príncipe superior á su siglo, indig-

nado de ver que los venecianos llamaban á los franceses para repartir con ellos los dominios de la casa de Esforcia, se empeñó en castigarlos, y despues se valió de ellos para echar á los franceses de Italia: en vano formó el atrevido proyecto de arrojar tambien á los alemanes y á los españoles: no le fue posible ni á él ni á sus sucesores unir los potentados italianos: porque ya la Sede de Roma, árbitra un tiempo de los negocios temporales de la cristiandad, habia perdido gran parte de su influencia. Despues del pontificado de Alejandro VI y los horrores y maldades de César Borja, no era posible que la corte romana, aunque obedecida en materias religiosas, fuese oráculo de los pueblos y de los gobiernos en las políticas.



CUADRO CRONOLÓGICO

de la historia de Italia desde la extincion de la casa de Suevia hasta la batalla de Pavía.

Vísperas sicilianas. Don Pedro, III de Aragon, es proclamado rey de Sicilia. Hace levantar el sitio de Mecina á Cárlos I de Anjou, rey de Nápoles. 1282

Roger de Lauria, almirante del rey de Aragon, vence á los provenzales en la batalla naval de Nápoles. 1284

Jaime, rey de Sicilia, hijo segundo de don Pedro, sucede á su padre en Sicilia, y su hermano mayor don Alonso en Aragon. 1285

Cárlos II, rey de Nápoles, sucede á su padre Cárlos I: continua la guerra contra los aragoneses disputando la isla de Sicilia. Engrandecimiento de la familia de los Viscontis en Milán. 1288

Fadrique, rey de Sicilia. Habiendo pasado su hermano don Jaime á España á recibir la corona de Aragon por haber muerto sin hijos el rey don Alonso, fue jurado rey por los sicilianos. 1296

Sicilia invadida por las fuerzas de los angevinos á los cuales se habia unido don Jaime, rey de Aragon. Don Fadrique defiende su corona. 1299

Paz entre los reyes de Sicilia y Nápoles. 1301

Roberto, rey de Nápoles: sucede á su padre Cárlos II. Espedicion del emperador Enrique de Luxemburgo á Italia. Fadrique, rey de Sicilia, se confedera con él contra Roberto de Anjou. Renovacion de la guerra entre Nápoles y Sicilia. 1312

Don Pedro II, rey de Sicilia: sucede á su padre don Fadrique. Continua la guerra con el rey de Nápoles. 1337

Don Luis, rey de Sicilia: sucede á su padre don Pedro II en menor edad. . . 1342

Juana I, reina de Nápoles: sucede á su abuelo roberto de Anjou. 1343

Asesina á su marido Andres, rey de Ungría: pierde el reino de Nápoles, invadido por Luis, rey de Hungría, hermano de Andres, y lo vuelve á recobrar por mediacion de la corte de Roma. Tregua entre Nápoles y Sicilia. 1348

Renovacion de la guerra de Sicilia. 1352

Don Fadrique II el simple, rey de Sicilia sucede á su hermano don Luis, que murió sin sucesion. Paz definitiva entre los reyes de Sicilia y Nápoles. . . 1372

Doña María, reina de Sicilia: sucede á don Fadrique II su padre. 1374

Cisma grande de Occidente. 1378

Guerra de Chioza entre venecianos y genoveses. 1380

Cárlos III de Durazo, quita el reino y la vida á Juana I, reina de Nápoles. 1382

Ladislao, rey de Nápoles: sucede á su padre Cárlos III de Durazo. 1386

Don Martin I, rey de Sicilia: sucede á su esposa doña María. 1400

Don Martin, rey de Aragon, II de este nombre en Sicilia: sucede á su hijo don Martin I. 1409

Don Fernando I, rey de Aragon y Sicilia 1412

Juana II, reina de Nápoles: sucede á su hermano Ladislao. 1414

Concilio de Constancia: fin del cisma de Occidente. 1417

Don Alonso V de Aragon, y I de Sicilia: sucede á su padre don Fernando I. 1415

Don Alonso socorre á Juana, reina de Nápoles, acometida por los angevinos, y es adoptado por ella. Su amistad con Felipe María Visconti, duque de Milán. 1421

Discordia entre Juana y don Alonso: la reina anula la adopcion anterior y declara por heredero al duque de Anjou 1423

cion de su padre don Juan de Aragon. 1468

Juan Galeazo, Esforcia, duque de Milán, bajo la tutela de su tio Ludovico el moro. 1476

Don Alonso II, rey de Nápoles: sucede á su padre don Fernando I, y renuncia la corona en su hijo don Fernando II. Espedicion de Cárlos VIII rey de Francia á Italia, llamado por Ludovico el moro, que usurpó el ducado de Milán, y conquista del reino de Nápoles por los franceses. 1494

Liga de los potentados de Italia contra Cárlos VIII. Batalla de Fornovo, en que los franceses se abrieron paso para volver á su pais. Fernando II de Nápoles recobra su reino, y muere; le sucedió su tio don Fadrique, hijo de don Fernando I. 1496

Espedicion de Luis XII, rey de Francia, á Italia, y conquista del Milanesado. 1499

Division del reino de Nápoles entre franceses y españoles. 1501

Guerra entre franceses y españoles por el reino de Nápoles. Batalla de Cerinola. Los franceses arrojados de Nápoles, que quedó por el rey católico. 1503

Segunda espedicion de Luis XII á Italia. Conquista del genovesado. 1507

Liga de Cambray contra venecianos:

Fin dél tomo VIII de la historia de Francia, XI de la moderna, XIX de la obra.

INDICE

DE LOS

CAPITULOS COMPRENDIDOS EN ESTE TOMO.

HISTORIA DE FRANCIA.

Capitulo XXXII.

CAPITULO XXXIII.

CAPITULO ADICIONAL.



SEGUR

19


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm